

LEE  
CHILD

# EL INDUCTOR

UNA HISTORIA DE JACK REACHER

Lectulandia

Clandestino: sin duda la situación más solitaria y vulnerable para trabajar. Sin embargo, Jack Reacher está dispuesto a actuar en esas condiciones cuando un equipo extraoficial de la DEA le propone una misión de alto riesgo. Reputado por su destreza e inteligencia y la experiencia adquirida durante sus años como policía militar, Reacher trabaja ahora por libre aceptando casos que la mayoría rechazan.

**Lectulandia**

Lee Child

# **El inductor**

**Jack Reacher - 07**

ePub r1.1

Piolin 31.1.2015

Título original: *The Persuader*  
Lee Child, 2003  
Traducción: Juan Soler  
Retoque de portada: eKionh

Editor digital: Piolin  
Primer editor: eKionh  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Jane y las aves de la playa

El poli bajó del coche exactamente cuatro minutos antes de que le dispararan. Como si conociera su destino de antemano. Empujó la puerta contra la resistencia que ofrecía una dura bisagra, giró lentamente en el gastado asiento de vinilo y plantó ambos pies en la calzada. Después se agarró con las dos manos al marco de la puerta y se impulsó hacia fuera. Permaneció de pie un instante en el aire límpido y frío y acto seguido se volvió y cerró tras él. Se quedó inmóvil unos segundos. A continuación dio unos pasos y se apoyó en el lateral del capó junto al faro.

El coche era un Chevy Caprice de siete años de antigüedad. Negro y sin distintivos policiales. De todos modos, tenía tres antenas de radio y cubos cromados descubiertos. La mayoría de los polis con que uno habla aseguran que el Caprice era el mejor vehículo policial que ha habido jamás. Por lo visto, aquel tipo estaba de acuerdo. Parecía un detective veterano con lo mejor del parque automovilístico a su disposición. Como si condujera el viejo Chevy porque le apetecía. Como si no le interesaran los nuevos Ford Taurus. Conocía muy bien a esa clase de personaje obstinado y de porte chapado a la antigua. Era voluminoso y llevaba un oscuro traje sencillo de una especie de lanilla gruesa. Alto pero encorvado. Un viejo. Volvió la cabeza y miró calle arriba y abajo y después giró el ancho cuello para echar un vistazo atrás, a la entrada de la universidad. Estaba a unos treinta metros de mí.

La entrada de la universidad era todo un poema. Dos altos pilares de ladrillo se elevaban en el borde de una gran extensión de cuidado césped que llegaba hasta la acera. Sostenían una alta verja doble hecha de barras de hierro dobladas, plegadas y retorcidas en formas estrafalarias. Era de un negro brillante. Parecía que habían acabado de repintarla. Seguramente lo hacían al final de cada invierno. No tenía función alguna relacionada con la seguridad. Cualquiera podía evitarla conduciendo directamente por el césped. En todo caso, estaba abierta de par en par. Tras ella había un camino en cuyo inicio había dos pequeños postes de hierro que llegaban a la altura de la rodilla, colocados a cada lado. Tenían ranuras. Cada una de las puertas abiertas quedaba sujeta a una de ellas. El camino llevaba hasta un conjunto de edificios de ladrillo claro situados a unos cien metros. Los edificios tenían tejados inclinados cubiertos de musgo y estaban rodeados de árboles. El camino de entrada estaba bordeado de árboles. La acera estaba llena de árboles. Había árboles por todas partes. Empezaban a brotarles las hojas, pequeñas, rizadas y de un verde brillante. En seis meses serían grandes, rojas y doradas, y el lugar estaría plagado de fotografías captando imágenes para la revista de la universidad.

A veinte metros del poli, su coche y la puerta había una furgoneta de reparto aparcada en el otro lado de la calzada. Estaba pegada al bordillo; encarada hacia mí, a unos cincuenta metros. Parecía algo fuera de lugar. Era de un rojo descolorido, y tenía

un gran parachoques de un negro apagado que parecía haber sido doblado y enderezado un par de veces. En la cabina había dos hombres. Jóvenes, altos, elegantes, rubios. Permanecían totalmente inmóviles, con la vista al frente. No miraban al poli. Me miraban a mí.

Yo estaba orientado hacia el sur. Tenía una vulgar camioneta marrón aparcada frente a una tienda de discos. La tienda era la típica que suele encontrarse cerca de una universidad: en la acera expositores con discos compactos de segunda mano, y en el escaparate pósters de bandas de las que nadie había oído hablar. Las puertas traseras de la camioneta estaban abiertas. Dentro había cajas amontonadas. Yo sostenía un fajo de papeles. Llevaba abrigo, pues era una fría mañana de abril. También guantes, porque las cajas, que habían sido abiertas apresuradamente, tenían grapas sueltas. Disponía de un arma, como de costumbre. La llevaba encajada en la parte de atrás de la cintura, bajo el abrigo. Era un Colt Anaconda, un enorme revólver de acero con la recámara preparada para balas Magnum 44. Medía unos treinta y cinco centímetros y pesaba casi un kilo y medio. No era mi arma preferida. Resultaba dura, pesada y fría; todo el rato era consciente de ella.

Me detuve en mitad de la acera, levanté la vista de los papeles y oí que la furgoneta se ponía en marcha. No fue a ninguna parte. Se quedó donde estaba, quieta. Los blancos gases del tubo de escape rodeaban las ruedas traseras. Hacía frío. Era temprano y la calle estaba desierta. Retrocedí hasta mi camioneta y eché un vistazo a los edificios de la universidad por el lado de la tienda de discos. Vi un Lincoln Town Car negro esperando frente a uno de ellos. Había dos tipos de pie al lado del vehículo. Me encontraba a bastante distancia, pero me quedó claro que ni uno ni otro tenía pinta de conductor de limusina. Estos no van en parejas y no parecen jóvenes y fuertes ni se mueven tensos y cautelosos. Aquellos tíos daban la impresión de ser guardaespaldas.

El edificio delante del que aguardaba el Lincoln era una especie de pequeño dormitorio. En su gran puerta de madera se apreciaban letras griegas. Se abrió y salió un chico joven y delgado. Parecía un estudiante. Llevaba el cabello largo y desaseado e iba vestido desastrosamente, pero su bolsa parecía de piel cara y lustrosa. Uno de los guardaespaldas se quedó en su sitio mientras el otro abría la puerta del coche. El muchacho arrojó la bolsa en el asiento de atrás y luego subió. El hombre cerró la puerta tras él. Oí el golpe, débil y amortiguado por la distancia. Los guardaespaldas echaron una fugaz mirada alrededor y acto seguido subieron a la parte delantera y el coche arrancó. Unos treinta metros por detrás, un vehículo de la seguridad de la universidad avanzó lentamente en la misma dirección, no como si pretendiera hacer de escolta sino como si estuviera allí casualmente. Dentro iban dos guardias contratados, hundidos en sus asientos, y parecían aburridos, sin propósito fijo.

Me quité los guantes y los tiré al asiento trasero de la camioneta. Me situé en medio de la calle para ver mejor. El Lincoln iba por el camino a una velocidad moderada. Era negro, reluciente, impecable. Mucho cromo. Mucha cera. Los guardias

de la universidad iban bastante por detrás. Se pararon ante la aparatosa verja y giraron a la izquierda, hacia el Caprice negro. Y hacia mí.

Lo que sucedió después duró ocho segundos, pero pareció un suspiro.

La furgoneta de reparto de color rojo marchito abandonó el bordillo. Aceleró de golpe. Alcanzó al Lincoln y empezó a adelantarlo a la altura del Caprice. Casi rozó al poli. Aceleró un poco más, el conductor dio un volantazo y el borde del enorme parachoques golpeó de lleno contra el guardabarros delantero del Lincoln. El conductor de la furgoneta mantuvo el volante girado y obligó al otro a subirse a la acera. El coche arrancó hierba, redujo bruscamente la velocidad y finalmente colisionó de frente contra un árbol. Se oyó un estampido de metal retorcido y faros hechos añicos, y se formó una gran nube de humo. Las pequeñas hojas del árbol se agitaban y estremecieron en el apacible aire de la mañana.

A continuación, los dos sujetos de la furgoneta se apearon y abrieron fuego. Tenían pistolas ametralladoras negras y disparaban al Lincoln. El estruendo era ensordecedor, y vi arcos de esquirlas de metal lloviendo sobre el asfalto. Entonces los tipos abrieron de golpe las puertas del Lincoln. Uno se inclinó hacia el asiento de atrás y empezó a sacar al chico a rastras. El otro seguía descargando su arma contra el asiento delantero. Luego introdujo la mano en un bolsillo y sacó una especie de granada. La arrojó al interior del Lincoln, cerró las puertas de golpe, agarró a su compañero y al chaval por los hombros y los arrastró hasta ponerlos en cuclillas. Dentro del coche se produjo una explosión fuerte y luminosa. Las seis ventanillas saltaron en pedazos. Me hallaba a unos veinte metros y noté la sacudida en toda su intensidad. Volaron piedras y cristales por todas partes formando arcos iris contra el sol. De pronto, el tío que había lanzado la granada se incorporó rápidamente y se precipitó hacia el lado del acompañante de la furgoneta mientras el otro arrastraba al chico, lo metía dentro y él hacía lo propio.

Las puertas se cerraron de golpe, y el chaval quedó atrapado en el asiento del medio. Vi terror en su rostro. Estaba pálido por la conmoción, y a través del sucio parabrisas advertí que abría la boca en un grito mudo. Oí el motor rugir y los neumáticos chirriar, y de repente la furgoneta se dirigió directamente hacia mí.

Era una Toyota. Distinguí la palabra TOYOTA en la rejilla tras el parachoques. Llevaba la suspensión levantada y alcancé a ver un enorme diferencial en la parte delantera. Era del tamaño de un balón de fútbol. Tracción en las cuatro ruedas. Neumáticos anchos. Abolladuras y zonas despintadas; no la habían lavado desde que salió de fábrica. Se acercaba a toda velocidad.

Tenía menos de un segundo para decidir qué hacer.

Aparté de un manotazo el faldón del abrigo y saqué el Colt. Apunté con cuidado y disparé. El arma destelló, retumbó y me dio un culatazo en la mano. La enorme bala del 44 destrozó el radiador de la Toyota. Luego tiré a un neumático delantero, que estalló en una espectacular explosión de trozos de caucho negro. Bailaban en el aire tiras de goma reventada. La furgoneta torció y se paró quedando el lado del conductor



frente a mí. A diez metros. Me agaché tras mi camioneta, cerré las puertas traseras, salí a la acera y volví a disparar al neumático izquierdo. Lo mismo que antes. Goma por todas partes. La furgoneta cayó sobre la llanta, quedando desnivelada. El conductor abrió la puerta, saltó al asfalto y se incorporó sobre una rodilla. Tenía su arma en la mano mala. Se la cambió a la otra mano y esperé hasta estar seguro de que iba a apuntarme. Acto seguido, con la mano izquierda sostuve el antebrazo derecho que soportaba el kilo y medio de Colt y apunté cuidadosamente al centro de gravedad, como me habían enseñado hacía tiempo, y apreté el gatillo. El pecho del tipo pareció estallar en una colosal nube de sangre. Dentro de la cabina, el muchacho estaba paralizado, mirando con horror lo que ocurría. El otro tío ya había salido de la cabina y gateaba rodeando el capó, hacia mí. Su arma se acercaba. Giré a la izquierda, aguanté la respiración y sostuve el brazo como antes. Apunté al pecho y disparé, con el mismo resultado. El tipo cayó de espaldas tras el guardabarros en medio de una nube de vapor rojo.

El chico se movió en la cabina. Corrí hacia él y lo saqué por encima del cuerpo del primer tipo. Lo llevé a toda prisa a mi camioneta. Estaba desfallecido a consecuencia del sobresalto y la confusión. Lo metí en el asiento del acompañante, cerré la puerta y me dirigí al lado del conductor. Con el rabillo del ojo vi que un tercer individuo se acercaba a mí. Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta. Era un tipo alto y grueso. Vestía ropa oscura. Apunté, disparé y vi la gran explosión roja en su pecho exactamente en la misma décima de segundo en que me di cuenta de que era el viejo poli del Caprice que estaba sacando sus credenciales del bolsillo. Era una placa dorada en un gastado soporte de piel, que voló de su mano y fue dando vueltas hasta estrellarse en el bordillo, delante de mi camioneta.

El tiempo se detuvo.

Miré fijamente al poli. Había quedado tendido de espaldas junto al bordillo. Su pecho era un amasijo de color rojo. Todo él. No había bombeo ni hemorragia. Ni rastro de latidos. Se apreciaba un orificio grande y desigual en su camisa. Permanecía completamente inmóvil. Tenía la cabeza vuelta a un lado, con la mejilla apoyada en el duro asfalto. Estaba con los brazos abiertos, y alcancé a ver venas pálidas en sus manos. Fui consciente del gris oscuro de la calzada, del verde intenso de la hierba y del azul luminoso del cielo. Oía el estremecimiento que causaba la brisa en las hojas nuevas por encima de los disparos que aún retumbaban en mis oídos. Vi que el chaval observaba por el parabrisas al poli caído y luego me miraba fijamente. Advertí que el coche de la seguridad de la universidad salía por la puerta. Avanzaba más despacio de lo normal. Se habían disparado docenas de tiros. Quizás estuvieran preocupados por saber dónde empezaba y dónde terminaba su jurisdicción. Tal vez sólo tuvieran miedo. Vislumbré la palidez de sus caras tras el parabrisas. Se volvieron hacia mí. Su vehículo debía de ir a poco más de veinte por hora. Avanzaba lentamente hacia donde yo estaba. Eché un vistazo a la placa dorada del arroyo. El metal estaba desgastado por tantos años de uso. Miré mi camioneta. Me quedé totalmente quieto. Hace tiempo

aprendí que es muy fácil matar a un hombre. Pero absolutamente imposible resucitarlo.

Oí al vehículo de la universidad aproximarse despacio. Y los neumáticos aplastar gravilla en el asfalto. Todo lo demás permanecía en silencio. De pronto el tiempo volvió a transcurrir y oí una voz interior que decía: «Huye huye huye». Y huí. Me metí a toda prisa en el vehículo, arrojé el arma sobre el asiento, puse el motor en marcha y arranqué haciendo un cambio de sentido tan brusco que llegamos a estar sobre dos ruedas. El muchacho rebotó de un lado a otro. Sujeté el volante con fuerza, pisé el acelerador y puse dirección sur. En el retrovisor mi visión era limitada, pero observé que los polis de la universidad encendían la luz del techo y comenzaban a perseguirme. A mi lado, el chico permanecía totalmente callado. La mandíbula colgando. Estaba concentrado en mantener el equilibrio; y yo en correr todo lo posible. Menos mal que no había mucho tráfico. Era una ciudad soñolienta de Nueva Inglaterra a primera hora de la mañana. Puse la camioneta a ciento veinte y aferré el volante, con la mirada fija en la calle, al frente, como si no quisiera saber qué había detrás.

—¿Están muy lejos? —pregunté al muchacho.

No respondió. Estaba inerte y desolado por el shock en el extremo del asiento, todo lo lejos de mí que podía. Miraba fijamente el techo. Su mano derecha aferraba la puerta. Piel pálida, dedos largos.

—¿Muy lejos? —volví a preguntar. El motor bramaba con fuerza.

—Has matado a un poli —balbuceó—. Ese viejo era un poli, ya lo sabes.

—Sí, lo sé.

—Le has disparado.

—Fue un accidente —repliqué—. ¿Están muy lejos?

—Te estaba mostrando la placa.

—¿Están muy lejos? —insistí en tono perentorio.

Se movió en el asiento, se volvió y agachó un poco la cabeza para alinear la visión con la luna trasera.

—A unos treinta metros —dijo, indeciso y asustado—. Muy cerca. Uno de ellos se asoma por la ventanilla con un arma en la mano.

En ese preciso instante oí la lejana detonación de una pistola por encima del rugido del motor y los gemidos de los neumáticos. Cogí el Colt. Volví a dejarlo donde estaba. Me había quedado sin balas. Ya había disparado seis veces. Un radiador, dos neumáticos, dos tipos. Y un poli.

—La guantera —señalé.

—Deberías parar —sugirió—. Explicárselo. Querías ayudarme. Fue un error. —No me miraba. Tenía la vista fija en la luna trasera.

—He matado a un policía —dije con voz totalmente neutra—. Eso es todo lo que saben. Todo lo que quieren saber. Les dará igual cómo o por qué lo hice.

El chico no dijo nada.

—La guantera —repetí.

Se volvió de nuevo y abrió la guantera con torpeza. Allí había otro Colt Anaconda de reluciente acero. Estaba cargado. Lo cogí de manos del muchacho. Bajé el cristal de mi ventanilla. Entró un vendaval de aire frío. Transportaba el sonido de una pistola que nos disparaba por detrás, rápido y sin parar.

—Mierda —solté.

El chaval no abrió la boca. Los tiros llovían con un ruido fuerte y sordo, percutiendo sin cesar. ¿Cómo era posible que fallaran?

—Échate al suelo —dije.

Me deslicé de lado hasta que mi hombro izquierdo quedó encajado entre el marco de la puerta y el asiento y estiré el brazo derecho hasta que la nueva arma estuvo fuera de la ventanilla apuntando hacia atrás. Abrí fuego. El chico me miró horrorizado y a continuación se acurrucó entre el asiento y el salpicadero, cubriéndose la cabeza con los brazos. Un instante después estallaba la luna trasera, a tres metros de su cabeza.

—Mierda —solté otra vez. Maniobré hacia un lado para disponer de mejor ángulo de tiro. Volvieron a dispararnos.

»Necesito que vigiles —dije.

El muchacho no se movió.

—Levántate con precaución —añadí—. Ahora. Tienes que mirar.

Se incorporó lo imprescindible para mirar hacia atrás. Advertí su cara de sorpresa cuando descubrió que la luna trasera estaba hecha añicos y comprendió que su cabeza había estado en la línea de fuego.

—Voy a reducir un poco la velocidad —señalé—. Para que me adelanten.

—No lo hagas —suplicó—. Aún puedes arreglar esto.

No le hice caso. Aminoré hasta unos ochenta y me eché a la derecha. El coche de la universidad instintivamente se fue a la izquierda y llegó a mi altura. Disparé mis tres últimas balas. Su parabrisas se hizo añicos y el coche salió dando tumbos como si el conductor estuviera herido o un neumático hubiera reventado. Se desvió hacia el arcén contrario, aplastó una hilera de arbustos y desapareció de mi campo visual. Dejé el arma vacía en el asiento contiguo, subí la ventanilla y pisé el acelerador. El chico permanecía callado. Se limitaba a mirar fijamente hacia la parte trasera de la camioneta. El aire que entraba por la luna rota producía un ruido extraño, semejante a un gemido.

—Bien —dije. Estaba sin aliento—. Ahora ya podemos irnos.

El chico se volvió y se encaró conmigo.

—¿Estás loco? —espetó.

—¿Sabes qué les ocurre a los que matan polis? —dije.

Él no sabía responder a eso. Guardamos silencio durante medio minuto, casi un kilómetro, parpadeando, resollando y mirando al frente como si estuviéramos hipnotizados. El interior de la camioneta apestaba a pólvora.

—Ha sido un accidente —insistí—. No puedo devolverle la vida. Así que olvidémoslo.

—¿Quién eres? —preguntó.

—No, ¿quién eres tú? —pregunté a mi vez.

Se quedó callado. Respiraba ruidosamente. Miré por el retrovisor. Detrás, la calzada se veía totalmente vacía. Y también por delante. Ya estábamos en campo raso. Quizás a diez minutos de un cruce en trébol de la autopista.

—Soy un objetivo —respondió—. Para ser abducido.

Era una palabra extraña.

—Intentaban secuestrarme —musitó.

—¿Tú crees?

Asintió.

—Ya ha pasado otras veces —dijo.

—¿Por qué?

—Dinero —contestó—. ¿Por qué iba a ser?

—¿Eres rico?

—Mi padre lo es.

—¿Quién es tu padre?

—Sólo alguien.

—Pero alguien con mucha pasta —solté.

—Se dedica a importar alfombras.

—¿Alfombras? —repetí—. ¿Felpudos y eso?

—Alfombras orientales.

—¿Puedes hacerte rico importando alfombras orientales?

—Mucho.

—¿Tienes nombre?

—Richard —respondió—. Richard Beck.

Volví a mirar por el retrovisor. La carretera seguía vacía. Reduje un poco la velocidad, establecí la camioneta en el centro de mi carril y traté de conducir como una persona normal.

—Así pues, ¿quiénes eran esos tipos? —inquirí.

Richard Beck meneó la cabeza.

—Ni idea.

—Sabían adónde ibas. Y cuándo.

—Iba a casa para el cumpleaños de mi madre. Es mañana.

—¿Quién podía saberlo?

—No estoy seguro. Cualquiera que conozca a mi familia. Cualquiera que forme parte de la colectividad de las alfombras, supongo. Somos muy conocidos.

—¿La colectividad de las alfombras?

—Todos competimos —explicó—. Las mismas fuentes, el mismo mercado. Nos conocemos.

Me limité a seguir conduciendo, a casi cien por hora.

—¿Y tú, tienes nombre? —preguntó.

—No.

Asintió como si entendiera. Chico listo.

—¿Qué vas a hacer? —dijo.

—Voy a dejarte cerca de la autopista. Puedes hacer autoestop o llamar un taxi, y luego te olvidas de mí.

Se quedó callado.

—No puedo llevarte a la policía —expliqué—. No puede ser y ya está. Lo entiendes, ¿verdad? He matado a uno de ellos. Tal vez a tres. Tú has visto cómo lo hacía.

Se hizo el silencio. Había llegado el momento de decidir. La autopista estaba a seis minutos.

—No atenderán a explicaciones —añadí—. Metí la pata, fue un accidente, pero no me escucharán. Nunca lo hacen. Así que no me pidas que vaya a ninguna parte a hablar con nadie. Ni como testigo ni como nada. No estoy aquí, es como si no existiera. ¿Ha quedado claro?

No respondió.

—Y no les des ninguna descripción —añadí—. Diles que no te acuerdas. Que estabas conmocionado. Si no, te buscaré y te mataré.

Silencio.

—Te dejaré en algún sitio. Y tú, como si nunca me hubieras visto.

Se volvió y me miró fijamente.

—Llévame a casa —dijo—. Sin detenerte. Te pagaremos. Te ayudaremos. Si quieres, te ocultaremos. Mi familia te estará agradecida. Quiero decir que yo te estoy agradecido. Créeme. Me has salvado. Lo del poli ha sido un accidente, ¿vale? Sólo un accidente. Has tenido mala suerte. Era una situación muy tensa. Lo entiendo. Lo mantendremos en secreto.

—No necesito tu ayuda. Sólo necesito librarme de ti.

—Pero yo he de ir a casa —insistió—. Nos ayudaríamos mutuamente.

Faltaban cuatro minutos para la autopista.

—¿Dónde está tu casa? —pregunté.

—En Abbot.

—¿Abbot qué?

—Abbot, Maine —precisó—. En la costa. Entre el puerto de Kennebunk y Portland.

—Vamos en la dirección equivocada.

—En la autopista puedes girar hacia el norte.

—Habrá trescientos y pico de kilómetros, como mínimo.

—Te pagaremos bien. Haremos que te salga a cuenta.

—Podría dejarte cerca de Boston —sugerí—. Habrá algún autobús que vaya a

Portland.

Meneó violentamente la cabeza como si fuese presa de un ataque.

—Ni hablar. No puedo coger el autobús. No puedo quedarme solo. Ahora no. Necesito protección. Esos tipos tal vez aún anden por ahí.

—Esos tipos están muertos —puntualicé—. Igual que el maldito poli.

—Quizá tengan socios.

Otra palabra extraña. El chico parecía pequeño, delgado y asustado. Se le notaba el pulso en el cuello. Se apartó el pelo con ambas manos y se volvió hacia el parabrisas para que yo pudiera ver su oreja izquierda. No era más que un bulto duro de tejido cicatrizal. Parecía un trozo de pasta sin cocer. Un tortellini.

—Me la cortaron y la mandaron por correo —explicó—. Eso ocurrió la primera vez.

—¿Cuándo?

—Tenía quince años.

—¿Tu padre no pagó?

—Tardó demasiado.

Guardé silencio. Con Richard Beck allí sentado, enseñándome su cicatriz, conmocionado, asustado y respirando como una máquina.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—Llévame a casa —suplicó—. Ahora no puedo quedarme solo.

Faltaban dos minutos para la autopista.

—Por favor —insistió—. Ayúdame.

—Mierda —solté por tercera vez.

—Por favor. Podemos ayudarnos mutuamente. Has de esconderte.

—No podemos ir en esta camioneta. Supongo que ya tienen su descripción en todo el estado.

Me miró fijamente, recobrada la esperanza. En un minuto llegaríamos a la autopista.

—Tenemos que conseguir otro coche —dije.

—¿Dónde?

—En cualquier parte. Hay coches por todos lados.

Había un gran centro comercial en las afueras, al suroeste de los pasos elevados. Lo vi a lo lejos. Enormes edificios de color marrón sin ventanas y luminosos anuncios de neón. Extensos aparcamientos más o menos llenos de coches. Entré y di una vuelta entera al lugar. Era grande como una ciudad. Había gente por todas partes. Eso me puso nervioso. Recuperé la compostura y pasé frente a una hilera de contenedores de basura hasta llegar a la parte trasera de unos grandes almacenes.

—¿Adónde vamos? —inquirió Richard.

—Al aparcamiento de los empleados. Los clientes entran y salen durante todo el día. Son imprevisibles. Pero los que trabajan pasan mucho más tiempo dentro. Es más seguro.

Me miró como si no comprendiera. Me dirigí a una fila de coches aparcados de frente junto a una pared negra. Había un espacio vacío al lado de un Nissan Maxima de un tono apagado y de unos tres años de antigüedad... Serviría. Era un vehículo bastante discreto. Estábamos en un sitio apartado, tranquilo y aislado. Paré más allá y reculé, dejando la trasera de la camioneta bien pegada a la pared.

—Para que no se vea la luna rota —aclaré.

El muchacho no dijo nada. Me metí los Colt en los bolsillos del abrigo y me apeé. Probé las puertas del Maxima.

—Busca un trozo de alambre —dije—. Cable eléctrico grueso o alguna percha.

—¿Vas a robar este coche?

Asentí.

—¿Está en buen estado?

—Si hubieras matado accidentalmente a un poli, pensarías que sí.

Al chaval le quedó por un instante una expresión vacía, pero enseguida volvió en sí y empezó a buscar. Yo vacié las Anaconda y arrojé los doce casquillos usados en un contenedor de basura. El muchacho volvió con un metro de cable eléctrico que había cogido de un montón de desperdicios. Quité el material aislante con los dientes, hice un pequeño gancho con un extremo y lo introduje entre la ventanilla del Maxima y la tira de goma que permitía su cierre hermético.

—Vigila —le dije.

Se alejó y echó un vistazo al aparcamiento mientras yo metía el alambre dentro del coche y lo iba moviendo enganchado al tirador de la puerta hasta que ésta se abrió. Me metí bajo la dirección y arranqué la protección de plástico. Revolví entre los cables hasta encontrar los dos que necesitaba y los puse en contacto. El arranque zumbó y el motor empezó a funcionar sin más. El muchacho miraba convenientemente impresionado.

—Juventud desperdiciada —dije.

—¿Está en buen estado? —preguntó.

Asentí.

—En mejor estado no puede estar. No lo echarán de menos hasta las seis, quizá las ocho, cuando cierren. Estarás en casa mucho antes.

Se detuvo con la mano apoyada en la puerta del acompañante y pareció sufrir una especie de estremecimiento. Luego agachó la cabeza y entró. Tiré el asiento del conductor hacia atrás, ajusté el retrovisor y salí marcha atrás. Por el aparcamiento me lo tomé con calma. A unos cien metros había un coche patrulla moviéndose despacio. Volví a estacionar en el primer sitio que encontré y allí me quedé con el motor encendido hasta que los polis se alejaron. Acto seguido me apresuré hacia la salida y el cruce en trébol y dos minutos más tarde nos dirigíamos al norte por una ancha y lisa autopista a unos respetables noventa por hora. El coche olía a perfume fuerte y había dos cajitas de kleenex. En la ventana de atrás había pegado una especie de oso peludo con ventosas de plástico por patas. En el asiento trasero reposaba un guante de

la Little League, y alcancé a oír un bate de aluminio golpeteando en el maletero.

—El taxi de mamá —dije.

El chico no contestó.

—No te apures —añadí—. Seguro que lo tiene asegurado. Probablemente es una ciudadana seria.

—¿No te sientes mal? —preguntó—. Por el poli.

Le eché una mirada. Estaba pálido, otra vez desolado y lo más lejos posible de mí. Apoyaba la mano derecha en la puerta. Los largos dedos le daban aspecto de pianista. Creo que quería tenerme simpatía, pero yo no necesitaba eso.

—A veces uno la caga —dije—. No hace falta darle más vueltas.

—¿Qué mierda de respuesta es ésa?

—La única que hay. Fue un daño colateral secundario. No significa nada a menos que vuelva y nos muerda. No podemos cambiar las cosas, así que sigamos adelante.

No dijo nada.

—En todo caso, es culpa de tu padre —agregué.

—¿Por ser rico y tener un hijo?

—Por contratar guardaespaldas ineptos.

Apartó la vista, con la boca cerrada.

—Porque eran guardaespaldas, ¿no?

Asintió en silencio.

—¿Te sientes mal por ellos? —pregunté.

—Un poco —contestó—. Supongo. No los conocía bien.

—Eran unos inútiles.

—Todo ha pasado muy deprisa.

—Los malos estaban esperando allí mismo —señalé—. Una furgoneta de reparto vieja y destartada como ésa dando vueltas por una pequeña y remilgada ciudad universitaria. ¿Qué clase de guardaespaldas no reparan en algo así? ¿Nunca habían oído hablar del cálculo de amenazas?

—¿Me estás diciendo que te diste cuenta?

Asentí.

—Sí, me di cuenta.

—No está mal para ser conductor de camionetas.

—Estuve en el ejército. Era policía militar. Entiendo de guardaespaldas. Y de daños colaterales.

El chaval cabeceó indeciso.

—¿Aún no tienes nombre? —preguntó.

—Depende. He de conocer tu opinión. Podría meterme en muchos líos. Hay al menos un poli muerto y acabo de robar un coche.

Se quedó callado. Yo hice lo propio, durante kilómetros y kilómetros. Le di tiempo para pensar. Casi ya habíamos salido de Massachusetts.

—Mi familia valora la lealtad —dijo—. Has prestado un servicio a su hijo. Y



también a ellos. Al menos se han ahorrado un dinero. Te demostrarán su gratitud. Estoy convencido de que jamás te denunciarían.

—¿Tienes que llamarlos?

Negó con la cabeza.

—Me están esperando. Si voy a aparecer, no hace falta que llame.

—Los llamarán los polis. Pensarán que estás en un apuro.

—No tienen el número. Nadie lo tiene.

—La universidad tendrá tu dirección. Averiguarán el número.

Volvió a menear la cabeza.

—La universidad no tiene la dirección. Nadie la tiene. Somos muy cuidadosos con esas cosas.

Me encogí de hombros y conduje en silencio otro par de kilómetros.

—¿Y tú, qué? —dije—. ¿Te vas a chivar?

Vi que se tocaba la oreja derecha. Lo que le quedaba de ella. Sin duda era un gesto inconsciente.

—Me has salvado el pellejo —respondió—. No voy a denunciarte.

—De acuerdo. Me llamo Reacher.

Tardamos unos minutos en atajar por una esquina de Vermont, luego de lo cual nos dirigimos al norte y al este a través de New Hampshire. Bien instalados para el largo paseo. El nivel de adrenalina fue bajando, el muchacho superó su conmoción y los dos acabamos un poco desinflados y soñolientos. Bajé la ventanilla para que entrara algo de aire. El ruido del motor me mantenía despierto. Hablamos un poco. Me contó que tenía veinte años. Cursaba su penúltimo año de carrera. Se estaba especializando en algo de expresión artística contemporánea que a mí me sonó a pintar con los dedos. No se relacionaba muy bien con los demás. Era hijo único. En su familia había mucha ambivalencia. Desde luego formaban una suerte de clan muy unido, y una parte del chico quería salir del mismo y otra necesitaba permanecer dentro. Naturalmente, estaba traumatizado por el anterior secuestro. Por eso me pregunté si le habían hecho algo más aparte de cortarle la oreja. Acaso algo mucho peor.

Le hablé del ejército. Exageré bastante mis aptitudes como guardaespaldas. Quería que se sintiera en buenas manos, al menos de momento. Conducía rápido y tranquilo. Hacía poco que habían llenado el depósito del Maxima. No necesitábamos pararnos a repostar. Él no quiso comer. Me detuve una vez para ir al servicio. Dejé el motor en marcha para no tener que perder el tiempo con los cables del encendido. Volví al coche y vi al chaval inmóvil en el interior. Regresamos a la carretera, dejamos atrás Concord, New Hampshire, y pusimos rumbo a Portland, Maine. Iba pasando el tiempo. El chico se mostraba más relajado a medida que nos acercábamos a su casa. Pero también más silencioso. La ambivalencia.

Cruzamos la frontera del estado y a unos treinta kilómetros de Portland el chico

miró atentamente y me indicó que tomara la primera salida. Nos metimos por una carretera estrecha que iba recta hacia el este, al Atlántico. Pasaba por debajo de la I-95 y después recorría más de veinte kilómetros de promontorios graníticos hasta llegar al mar. En verano debía de ser un paisaje espléndido. Pero el tiempo aún era frío y húmedo. Se apreciaban árboles atrofiados por vientos salitrosos y afloramientos de roca desnuda donde los vendavales y las fuertes mareas se habían llevado toda la tierra. La carretera torcía y giraba como si tratara de abrirse paso hacia el este para llegar lo más lejos posible. Eché un vistazo al mar que había delante, gris como el hierro. Pasé frente a ensenadas a derecha e izquierda. Vi pequeñas playas de arena gruesa. De pronto el camino doblaba a la izquierda e inmediatamente a la derecha y ascendía hasta un montículo que tenía la forma de la palma de una mano. Esta se estrechaba de golpe hasta convertirse en un dedo que se metía directamente en el agua. Era una península rocosa de unos cien metros de ancho y ochocientos de largo. Noté que el viento zarandeaba el vehículo. Seguí hacia la península y observé una hilera de canijos árboles de hoja perenne que intentaban ocultar un alto muro de granito, aunque sin éxito, porque no eran lo bastante anchos ni altos. El muro debía de tener unos dos metros y medio de altura. Estaba coronado con rollos de alambre de espino. De trecho en trecho había luces de seguridad. Se extendía lateralmente a lo largo de los cien metros de anchura del dedo. En el extremo se inclinaba súbitamente y se hundía en el mar, donde sus grandes cimientos se levantaban sobre enormes bloques de piedra. Éstos estaban musgosos por las algas. El muro tenía una verja de hierro, en el mismo centro. Cerrada.

—Ya estamos —dijo Richard Beck—. Aquí es donde vivo.

El camino llegaba hasta la verja y, detrás de ésta, se convertía en un largo y recto sendero de entrada que conducía hasta una casa de piedra gris, ya casi dentro del mar. Al otro lado de la verja había una caseta. Del mismo diseño y la misma clase de piedra que la casa, pero mucho más pequeña. Compartía los cimientos con el muro. Fui aminorando hasta detenerme frente a la verja.

—Haz sonar el claxon —indicó Richard Beck.

En la tapa del airbag del Maxima había la silueta de una pequeña corneta. La apreté con un dedo y el claxon dio un cortés pitido. Advertí que una cámara de vigilancia en el poste se inclinaba para tener una vista panorámica. Era como un pequeño ojo de vidrio mirándome. Tras una larga pausa se abrió la puerta de la caseta y salió un tipo vestido con un traje oscuro. Sin duda el traje procedía de una tienda de tallas grandes, y aquél seguramente era el más grande que había a la venta, pero aun así le quedaba ceñido en los hombros y le venía corto de brazos. El hombre era bastante más voluminoso que yo, por lo que se encuadraba inequívocamente en la categoría de los ejemplares anormales. Un gigante. Se acercó a la verja y nos miró. Me observó largo rato; con el chico acabó bastante antes. A continuación desbloqueó la verja, tiró de ella y la abrió.

—Conduce hasta la casa —dijo Richard—. No te detengas aquí. Este tío no me

gusta mucho.

Crucé la verja. No me detuve. Pero fui despacio, mirando alrededor. Lo primero que hago cuando entro en un sitio es averiguar dónde está la salida. El muro se extendía a uno y otro lado hasta el encrespado mar. Era demasiado alto para saltarlo y, debido al alambre de espino, imposible trepar. Tras él había una zona despejada de unos treinta metros de ancho. Como una tierra de nadie. O un campo minado. Las luces de seguridad estaban instaladas de manera que la abarcaban toda. No había otra salida que a través de la verja. El gigante la estaba cerrando. Lo vi por el retrovisor.

Había un buen trecho hasta la casa. Mar gris al frente y los lados. La casa era una mole grande y vieja. Tal vez el hogar de algún capitán de barco de otra época, cuando la caza de ballenas permitió a muchos hacerse ricos. Era toda de piedra, con complicados astrágalos, cornisas y pliegues. Todas las superficies orientadas al norte estaban cubiertas de líquenes grises. Lo demás, salpicado de verde. Tenía tres plantas y una docena de chimeneas. El perfil del tejado resultaba algo confuso. Estaba lleno de aguilonos con canalones cortos y gruesas cañerías de hierro para recoger el agua de lluvia. La puerta de entrada era de roble, adornada con tiras y tachones de hierro. El camino rodeaba una pequeña rotonda para dar la vuelta. Lo seguí según el movimiento contrario de las agujas del reloj y me detuve delante de la puerta. Ésta se abrió y salió otro tipo de traje oscuro. Era más o menos de mi talla, es decir, más pequeño que el de la caseta del guarda. Pero no por eso me cayó mejor que el otro. Tenía rostro pétreo y ojos inexpresivos. Abrió la puerta del acompañante del Maxima como si no le sorprendiera, puesto que, por lo que imaginé, su colega de la verja lo habría puesto sobre aviso.

—Espérame aquí —dijo Richard.

Bajó del coche y se alejó hasta desaparecer en el interior de la casa; el tío del traje cerró por fuera la puerta de roble y se plantó delante. No me miraba, pero yo sabía que me hallaba en algún punto de su campo visual. Desconecté los cables bajo la dirección y el motor se apagó. Esperé.

Fue una espera bastante larga, de unos cuarenta minutos. Con el motor parado, en el coche hacía frío. Se balanceaba suavemente en la brisa marina que se arremolinaba en torno a la casa. Miré al frente. Estaba encarado al noreste, y el aire era racheado y claro. A la izquierda veía el litoral doblarse hacia dentro. A unos treinta kilómetros alcanzaba a ver en el cielo una tenue mancha marrón. Seguramente contaminación procedente de Portland. La ciudad estaba oculta detrás de un promontorio.

De repente volvió a abrirse la puerta de roble, el centinela se hizo a un lado y salió una mujer. La madre de Richard Beck. No había duda. Ninguna. La misma figura menuda y la misma palidez. Idénticos dedos largos. Llevaba tejanos y un grueso jersey de pescador. El viento le revolvía el cabello. Debía de tener unos cincuenta años. Parecía cansada y tensa. Se detuvo a unos dos metros del coche, como ofreciéndome la oportunidad de reparar en que sería más correcto bajar y que nos encontráramos a mitad de camino. Así que me apeé. Me notaba rígido y

acalambrado. Me acerqué y ella me tendió la mano. Se la estreché. Estaba fría como el hielo y era toda huesos y tendones.

—Mi hijo me ha contado lo sucedido —dijo en voz baja y algo ronca debido, quizás, a que fumaba mucho o a que había estado llorando—. No encuentro palabras para agradecerle su ayuda.

—¿El chico se encuentra bien? —pregunté.

Torció el gesto, como si no estuviera segura.

—Se ha ido a echar un rato.

Asentí. Le solté la mano, que retiró al costado. Se produjo un silencio breve y embarazoso.

—Me llamo Elizabeth Beck —dijo al cabo.

—Jack Reacher.

—Mi hijo me ha explicado que se halla usted en un apuro.

Era una palabra agradablemente neutra. No respondí.

—Mi esposo estará en casa esta noche —señaló—. Él sabrá qué hacer.

Asentí. Otra pausa incómoda. Aguardé.

—¿Quiere pasar? —sugirió.

Se volvió y entró en el vestíbulo. La seguí. Crucé la puerta y sonó un pitido. Miré y vi que había un detector de metales pegado al interior de la jamba.

—¿Tiene inconveniente? —Elizabeth Beck me dirigió un tímido gesto de disculpa y luego se volvió hacia el inquietante tipo del traje, que se acercó y se dispuso a cachearme.

—Dos revólveres —expliqué—. Descargados. En los bolsillos del abrigo.

Los sacó con los movimientos rápidos y expertos de quien ya ha registrado a mucha gente. Los dejó sobre una mesita pegada a la pared, se agachó, me palpó las piernas y acto seguido se levantó y se ocupó de los brazos, la cintura, el pecho, la espalda. Fue muy concienzudo y no tuvo demasiados miramientos.

—Lo siento —dijo Elizabeth Beck.

El tipo del traje retrocedió y otra vez se produjo un silencio molesto.

—¿Necesita algo? —me preguntó ella.

Se me ocurrían un montón de cosas, pero sólo meneé la cabeza.

—Estoy un poco cansado —dije—. Ha sido un día muy largo. Me iría bien una siesta.

Esbozó una sonrisa, como si tener a su asesino de polis durmiendo en alguna habitación la librara de alguna presión social.

—Por supuesto —dijo—. Duke le acompañará a una habitación.

Me miró unos instantes más. Bajo la tensión y la palidez había una mujer guapa. Tenía huesos delicados y piel tersa. Seguro que treinta años atrás debía de quitarse los tíos a palos. Dio media vuelta y desapareció en las honduras de la casa. Me volví hacia el tipo del traje. Supuse que era Duke.

—¿Cuándo recuperaré las armas? —pregunté.

Se limitó a señalar la escalera. Eché a andar y me siguió. Después señaló la escalera siguiente y llegamos a la segunda planta. Me condujo hasta una puerta, que empujó y abrió. Entré en una sencilla habitación cuadrada revestida con paneles de roble. Había muebles viejos y macizos. Una cama, un armario, una mesa, una silla. En el suelo, una alfombra oriental. Parecía raída. Tal vez se tratara de un objeto de valor incalculable. Duke me apartó para pasar y enseñarme el cuarto de baño. Se comportaba como un botones de hotel. Volvió a apartarme y se dirigió a la puerta.

—La cena es a las ocho —dijo. Nada más.

Salió y cerró la puerta. No oí nada, pero luego comprobé que había echado la llave por fuera. Dentro no había ojo de cerradura. Me acerqué a la ventana y contemplé la vista. Me hallaba en la parte trasera de la casa y sólo veía el mar. Estaba orientado exactamente al este, y entre Europa y yo no había nada. Quince metros más abajo había rocas y olas que rompían en una explosión de espuma. Al parecer empezaba a subir la marea.

Fui hasta la puerta y pegué la oreja para intentar oír algo. Nada. Escruté minuciosamente el techo, las cornisas y los muebles, centímetro a centímetro. No se apreciaba nada. Ninguna cámara. Los micrófonos me daban igual. No iba a hacer ningún ruido. Me senté en la cama y me quité el zapato derecho. Le di la vuelta y con las uñas saqué un imperdible del tacón. Hice girar la suela como si de una portezuela se tratara, puse el zapato sobre la cama y lo agité. Un pequeño rectángulo de plástico negro cayó y rebotó en el colchón. Era un dispositivo de correo electrónico. Nada del otro mundo. Un simple producto comercial, aunque programado para enviar mensajes a una sola dirección. Tenía aproximadamente el tamaño de un buscapersonas grande y disponía de un estrecho teclado con teclas minúsculas. Lo encendí y escribí un breve mensaje. Luego pulsé «enviar».

El mensaje decía: «Estoy dentro».

En realidad, en ese momento ya llevaba dentro once días, desde una húmeda y brillante noche de sábado en Boston, donde vi a un hombre muerto cruzar la acera y meterse en un coche. No era una ilusión óptica. Ni un extraordinario parecido. No era un doble o un gemelo, un hermano ni un primo, sino un hombre que había muerto hacía diez años. No cabía ninguna duda. No había sido ningún efecto luminoso. Parecía mayor debido al paso de los años y exhibía las cicatrices de las heridas que lo habían matado.

Yo iba andando por Huntington Avenue, aún a un kilómetro y medio de un bar del que me habían hablado. Era tarde. Empezaba a verse el Symphony Hall. Yo era demasiado testarudo para cruzar la calle y evitar la multitud. Seguí abriéndome paso. Había muchas personas perfumadas y bien vestidas, la mayoría de edad avanzada. Coches aparcados en doble fila y taxis junto al bordillo, con los motores encendidos y los limpiaparabrisas funcionando a intervalos regulares. Un tipo salía por las puertas del vestíbulo, a mi izquierda. Vestía un grueso abrigo de cachemir y lucía guantes y bufanda. Llevaba la cabeza descubierta. Debía de rondar la cincuentena. Casi chocamos. Me detuve. Se detuvo. Me miró fijamente. Estábamos en un atasco de la acera y ambos vacilamos. A continuación seguimos andando y volvimos a detenernos. Al principio pensé que no me reconocía. De pronto su rostro se ensombreció. Nada concreto. Me contuve, y él pasó frente a mí y se subió al asiento trasero de un Cadillac DeVille negro que lo esperaba junto al bordillo. Me quedé allí y vi que el conductor se iba metiendo con cuidado en el tráfico hasta que consiguió acelerar. Oí el chirrido de los neumáticos en la calzada.

Anoté la matrícula. No estaba alarmado. No estaba poniendo nada en entredicho. Pero estaba dispuesto a creer lo que habían visto mis ojos. En un segundo zozobraron diez años de historia. *El tío estaba vivo*. Lo que me creaba un gran problema.

Eso fue el primer día. Me olvidé del bar por completo. Regresé a mi hotel y empecé a llamar a números medio olvidados de la época en que estuve en la policía militar. Debía encontrar a algún conocido en quien confiara, pero habían pasado seis años y era sábado por la noche, tarde, así que no tenía muchas posibilidades de éxito. Al final di con alguien que me recordaba vagamente, lo cual no tenía por qué afectar al resultado final. Era un suboficial llamado Powell.

—Necesito que localice una matrícula civil —le dije—. Es un simple favor.

Él sabía quién era yo, por lo que no me soltó la consabida historia de que eso no se podía hacer. Le di los datos. Le dije que estaba bastante seguro de que se trataba de una matrícula privada, no un vehículo de alquiler. Apuntó mi número y prometió llamarme por la mañana; lo que nos lleva al segundo día.

No me llamó por teléfono. En lugar de ello, me traicionó. Supongo que dadas las circunstancias cualquiera habría hecho lo mismo. El segundo día era domingo y me levanté temprano. Pedí que me sirvieran el desayuno en la habitación y aguardé. Llamaron a la puerta. Justo después de las diez. Por la mirilla vi a dos personas tan juntas que cabían perfectamente en el campo visual. Un hombre y una mujer. Chaqueta oscura. Sin abrigo. Él llevaba un maletín. Cada uno sostenía en alto una especie de credencial oficial que ladearon para que captara la luz del pasillo.

—Agentes federales —dijo el hombre, con voz lo bastante fuerte para hacerse oír a través de la puerta.

En una situación así no sirve de nada fingir que no estás. Yo había hecho como ellos muchas veces. Uno se queda frente a la puerta y el otro va a buscar al director para conseguir una llave maestra. Así que abrí y me hice a un lado para dejarles entrar.

Por un instante recelaron. Pero se tranquilizaron cuando comprobaron que no iba armado ni tenía pinta de maníaco. Me entregaron sus credenciales, que descifré mientras ellos se movían educadamente de un lado a otro. En la parte superior rezaba: Departamento de Justicia de Estados Unidos. En la inferior: DEA, el departamento de lucha contra la droga. En el centro había toda clase de sellos, firmas y filigranas. Había fotos y nombres escritos a máquina. El hombre figuraba como Steven Eliot, con una ele, como el poeta. Abril es el mes más cruel. A no dudarlo, maldita sea. La foto guardaba un gran parecido. Steven Eliot tenía entre treinta y cuarenta años, era grueso, moreno y un poco calvo, y su sonrisa le hacía parecer simpático en la imagen y mejor aún en persona. La mujer constaba como Susan Duffy; era algo más joven que Steven Eliot y también un poco más alta. Delgada, de piel clara y muy atractiva, y desde que le habían tomado la fotografía había cambiado de peinado.

—Adelante —dije—. Registren la habitación. Hace mucho tiempo que no tengo nada que valga la pena ocultarles, amigos.

Les devolví las credenciales y ellos las guardaron en los bolsillos interiores asegurándose de mover las chaquetas lo suficiente para que yo viera sus armas. Las llevaban metidas en pulcras pistoleras. Bajo el sobaco de Eliot reconocí la acanalada culata de una Glock 17. Duffy tenía una 19, que es igual sólo que algo más pequeña, pegada al pecho derecho. Debía de ser zurda.

—No queremos registrar la habitación —dijo ella.

—Queremos hablar sobre cierta matrícula —precisó Eliot.

—Yo no tengo coche —puntualicé.

Nos hallábamos todavía en un pequeño y primoroso triángulo junto a la puerta. Eliot aún sostenía la cartera en la mano. Traté de dilucidar quién era el jefe. Acaso ninguno de los dos. Tal vez eran iguales. Y sin duda con rango. Iban bien vestidos pero parecían algo cansados. Quizás habían estado trabajando buena parte de la noche y habían llegado en avión esa misma mañana. A lo mejor desde Washington D.C.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Duffy.

—Claro —respondí.

Sin embargo, en una habitación de hotel barato eso resultaba un poco difícil. Sólo había una silla, metida bajo una pequeña mesa encajada entre una pared y el mueble del televisor. Duffy la sacó y la colocó frente a la cama, donde me senté yo, cerca de las almohadas. Eliot se instaló al pie de la cama y dejó encima el maletín. Seguía dedicándome su afable sonrisa, y yo no veía en ella nada sospechoso. Cruzada de piernas, Duffy estaba espléndida. La altura del asiento era la idónea. Llevaba falda corta y unas medias oscuras que se volvían claras en las rodillas.

—Usted es Reacher, ¿no? —preguntó Eliot.

Aparté la vista de las piernas de Duffy y asentí. No me extrañó que lo supieran.

—Esta habitación está registrada a nombre de un tal Calhoun —prosiguió Eliot—. Pagada en metálico por una noche.

—La costumbre —dije.

—¿Se marcha hoy?

—Me quedo un día cada vez.

—¿Quién es Calhoun?

—El vicepresidente de John Quincy Adams. Me pareció adecuado para el lugar. Hace tiempo agoté la nómina de los presidentes. Ahora les toca a los vicepresidentes. Calhoun fue un tipo singular. Dimitió para presentar su candidatura al Senado.

—¿Y consiguió su propósito?

—No lo sé.

—¿Por qué el nombre falso?

—La costumbre —repetí.

Susan Duffy me miraba fijamente. No como si yo estuviera chalado, sino como si tuviese interés en mí. Seguramente consideraba que era una técnica útil en los interrogatorios. Tiempo atrás, cuando el interrogador era yo, hacía lo mismo. El noventa por ciento de la tarea de formular preguntas consiste en atender a las respuestas.

—Hablamos con un policía militar llamado Powell que quería localizar una matrícula. —Hablaba en voz baja, el tono cálido y algo ronco. No respondí—. En el ordenador tenemos señales contra esta matrícula —explicó—. Lo supimos en cuanto la búsqueda entró en el sistema. Lo llamamos y le preguntamos por qué le interesaba. Nos contó que el interesado era usted.

—A regañadientes, supongo.

Ella sonrió.

—Reaccionó lo bastante rápido para darnos un número falso. Así que no ha de preocuparse por las viejas lealtades en la unidad.

—Pero finalmente les dio el número correcto.

—Lo amenazamos —aclaró la mujer.

—Veo que la PM ha cambiado desde que estaba yo —solté.

—Para nosotros es importante —dijo Eliot—. Él lo entendió.



—Así que ahora usted es importante para nosotros —señaló Duffy.

Desvié la vista. Me había encontrado innumerables veces en situaciones así, pero la voz de Duffy al decir eso me provocó cierto escalofrío. Empecé a pensar que quizás el jefe era ella. Además de una interrogadora de todos los demonios.

—Una persona corriente pregunta por una matrícula —dijo Eliot—. ¿Por qué? Acaso el coche en cuestión le abolló el guardabarros. Tal vez causó un accidente y se dio a la fuga. Pero entonces, ¿por qué no fue a la policía? Y además usted nos ha dicho que ni siquiera tiene coche.

—A lo mejor vio a alguien en ese coche —apuntó Duffy.

Dejó la cuestión pendiente. Era un verdadero callejón sin salida. Si el del coche era amigo mío, probablemente sería enemigo suyo. Si era mi enemigo, ella estaba dispuesta a ser mi amiga.

—¿Han desayunado, amigos? —pregunté.

—Sí —respondió Duffy.

—Yo también —dije.

—Lo sabemos —explicó ella—. Servicio de habitaciones, un montoncito de tortitas con un huevo en lo alto, sin más. Una buena jarra de café solo. Lo ha pedido para las siete cuarenta y cinco y lo han traído a las siete cuarenta y cuatro. Ha pagado usted en metálico y le ha dado al camarero tres dólares de propina.

—¿Y me ha gustado?

—Se lo ha terminado todo.

Eliot hizo saltar los cierres del maletín y lo abrió. Sacó un montón de papeles sujetos con una goma. Los papeles parecían nuevos, pero la escritura estaba emborronada. Fotocopias de faxes, hechas seguramente por la noche.

—Su expediente militar —dijo él.

Atisbé las fotos en el maletín. En blanco y negro brillante y de ocho por diez. Una especie de estado de vigilancia.

—Fue usted policía militar durante trece años —dijo Eliot—. Promoción rápida desde subteniente a comandante. Menciones y medallas. Les gustaba. Era usted bueno. Muy bueno.

—Gracias.

—A decir verdad, más que eso. En numerosas ocasiones fue usted su chico preferido.

—Supongo que sí.

—Pero le dejaron marchar.

—Fui replanteado —indiqué.

—¿Replanteado? —repitió Duffy.

—Reducción de *plantilla*. Les encantaba hacer acrónimos. Acabó la guerra fría, se recortó el presupuesto militar y el ejército disminuyó sus efectivos. Así que no precisaban muchos chicos preferidos.

—El ejército aún existe —puntualizó Eliot—. No echaron a todo el mundo.

—Así es.

—¿Por qué a usted en concreto?

—No lo entendería.

No respondió.

—Usted puede ayudarnos —dijo Duffy—. ¿A quién vio dentro del coche?

No contesté.

—¿Había drogas en el ejército? —inquirió Eliot.

Sonreí.

—A todos los militares les encantan las drogas —expliqué—. Siempre hay de todo. Morfina, bencedrina. El ejército alemán inventó el éxtasis, un inhibidor del apetito. La CIA inventó el LSD, que se ensayó en nuestro ejército.

—¿Drogas recreativas?

—La edad promedio de reclutamiento es dieciocho años. Usted mismo.

—¿Fue un problema?

—No lo entendíamos como un problema. Si algún veterano salía de permiso y se fumaba unos petas en la habitación de su chica, hacíamos la vista gorda. Probablemente preferíamos imaginarlos con un par de porros que con dos paquetes de seis cervezas. Cuando no estaban a nuestro cuidado queríamos que se mostraran dóciles, no agresivos.

Duffy echó una mirada a Eliot, y éste se valió de las uñas para sacar las fotos del maletín. Me las dio. Había cuatro. Estaban borrosas y en todas se notaba mucho el grano. En las cuatro aparecía el mismo Cadillac DeVille que había visto la noche anterior. Lo reconocí por la matrícula. Se hallaba en una especie de aparcamiento. Junto al maletero había un par de tipos. En dos de las fotos la tapa del maletero estaba bajada. En las otras dos, levantada. Los dos tíos miraban algo dentro. Imposible saber qué. Uno era un gánster hispano. El otro, un hombre mayor que lucía traje. No lo conocía.

Seguramente Duffy había estado observándome.

—¿Es el hombre que vio? —preguntó.

—No he dicho que viera a nadie.

—El hispano es un traficante importante —aclaró Eliot—. De hecho, es el más importante de la mayor parte del condado de Los Ángeles. No podemos probarlo, naturalmente, pero lo sabemos todo de él. Sus beneficios ascienden a varios millones a la semana. Vive como un rajá. Pero hizo todo el camino a Portland, Maine, para encontrarse con el otro tipo.

Toqué una de las fotos.

—¿Esto es Portland, Maine?

Duffy asintió.

—Un aparcamiento del centro. Hace unas nueve semanas. Yo misma tomé las fotos.

—Entonces, ¿quién es el otro?

—No estamos seguros. Hemos localizado la matrícula del Cadillac, desde luego. Está registrada a nombre de una empresa llamada Bizarre Bazaar. Las oficinas centrales están en Portland, Maine. Todo lo que sabemos es que empezó tiempo atrás dedicándose a una especie de comercio extravagante de importación-exportación con Oriente Medio. Ahora está especializada en importar alfombras orientales. Sólo nos consta que el propietario es alguien llamado Zachary Beck. Suponemos que el de las fotografías es él.

—Lo que lo convierte en importantísimo —añadió Eliot—. Si este individuo de Los Ángeles está dispuesto a volar al Este para verle, seguro que se sitúa un par de peldaños arriba en el escalafón. Y cualquiera que esté dos peldaños por encima del tío de Los Ángeles se halla en la estratosfera, créame. Así que Zachary Beck es un pez gordo que está jugando con nosotros. Importador de alfombras, importador de drogas. Nos está vacilando.

—Lo lamento —dije—. No lo había visto nunca.

—No lo lamente —señaló Duffy. Se sentó en el extremo de la silla—. Nos conviene que no sea el tío que usted vio. De él ya sabemos muchas cosas. Sería mejor que usted hubiera visto a uno de sus socios. Podemos intentar pillarlo por ahí.

—¿No pueden llegar a él directamente?

Hubo un breve silencio, creo que embarazoso.

—Hemos tenido dificultades —dijo Eliot.

—Da la impresión de que podrían entablar ustedes pleito contra el primo de Los Ángeles. Y tienen fotografías en que sale junto al Beck ese.

—Las fotos no sirven —terció Duffy—. Cometí un error.

Más silencio.

—El aparcamiento era propiedad privada —explicó—. Está bajo un edificio de oficinas. No tenía orden judicial. Según la Cuarta Enmienda, las fotos son inadmisibles como prueba.

—¿No puede mentir? ¿Decir que estaba fuera del aparcamiento?

—Habría sido físicamente imposible. El abogado defensor lo vería enseguida y todo se vendría abajo.

—Hemos de saber a quién vio usted —dijo Eliot.

No abrí la boca.

—Hemos de saberlo, en serio —insistió Duffy. Lo dijo con esa voz suave que empuja a los hombres a saltar desde rascacielos. Pero ahí no había truco. Ni simulación. Ella no era consciente de lo bien que sonaba. Realmente necesitaba saberlo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque he de arreglar esto.

—Todo el mundo se equivoca.

—Enviamos a una agente tras Zachary Beck —prosiguió ella—. Una operación clandestina. Desapareció.

Silencio.

—¿Cuándo? —inquirí.

—Hace siete semanas.

—¿La han buscado?

—No sabemos dónde buscar. No sabemos por dónde anda Beck. Ni siquiera dónde vive. No tiene propiedades a su nombre. Seguramente su casa pertenecerá a alguna empresa fantasma. Es como buscar una aguja en un pajar.

—¿Lo han seguido?

—Lo hemos intentado. Tiene chóferes y guardaespaldas. Muy buenos.

—¿Trabajan ustedes para la DEA?

—No. Por nuestra cuenta. Cuando metí la pata, el Departamento de Justicia se desentendió de la operación.

—¿Habiendo desaparecido una agente?

—Esto ellos no lo saben. Le encargamos la misión después de que se cerrara oficialmente el caso. No consta en ningún sitio.

La miré fijamente.

—Nada de esto consta en ninguna parte —agregó.

—Así pues, ¿cómo trabajan?

—Yo soy el jefe del grupo. En el trabajo rutinario nadie me controla. Finjo hacer otras cosas. Pero no es verdad. Estoy trabajando en esto.

—De modo que nadie sabe que esa mujer ha desaparecido.

—Sólo el grupo —dijo—. Somos siete. Y ahora usted.

Me quedé callado.

—Hemos venido directamente —añadió—. Necesitamos un golpe de suerte. ¿Por qué, si no, habríamos volado hasta aquí en domingo?

Hubo otro silencio. Paseé la mirada de Duffy a Eliot y de nuevo hacia ella. Me necesitaban. Los necesitaba. Y me caían bien. Muy bien. Eran gente honrada, agradable. Eran como los mejores con quienes yo acostumbraba a trabajar.

—De acuerdo —dije—. Intercambiaremos información. A ver qué tal. Y luego partiremos de ahí.

—¿Qué necesita?

Le dije que precisaba registros hospitalarios de hasta diez años de antigüedad de un lugar llamado Eureka, California. Le expliqué qué cosas había que buscar. Le dije que permanecería en Boston hasta que ella regresara. Le advertí que no escribiera nada en ningún papel. A continuación se marcharon, y el segundo día eso fue todo.

El tercer día no pasó nada. Ni el cuarto. Di vueltas por ahí. Boston no está mal para un par de días. Es lo que llamo una ciudad 48. Uno se queda más de cuarenta y ocho horas y empieza a hartarse. Desde luego, para mí la mayoría de los sitios son así. No puedo estar quieto. De manera que al inicio del quinto día ya me subía por las

paredes. Estaba dispuesto a aceptar que se habían olvidado de mí. Estaba listo para dejarlo en tablas y ponerme otra vez en camino. Pensaba en Miami. Allí abajo haría mejor tiempo. Pero a última hora de la mañana sonó el teléfono. La voz de ella. Fue agradable oírla.

—Vamos para allá —dijo—. Nos encontraremos junto a la estatua de no-sé-quién a caballo, a mitad de camino del Freedom Trail, a las tres.

No era una cita muy exacta, pero entendí lo que quería decir. Era un lugar del North End, cerca de una iglesia. Estábamos en primavera, y hacía mucho frío para ir allí sin una finalidad concreta, pero igual llegué temprano. Me senté en un banco junto a una anciana que arrojaba trocitos de pan a los gorriones y las palomas. Me miró y se trasladó a otro banco. Los pájaros se apiñaban a sus pies, picoteando en la arenisca. En el cielo, un sol pálido peleaba con unos nubarrones. Era Paul Revere a caballo.

Duffy y Eliot aparecieron puntuales. Vestían impermeables negros llenos de presillas, hebillas y cinturones. Sólo faltaba que llevaran al cuello un letrero que rezara «Agentes Federales de Washington D.C.». Se sentaron, ella a mi izquierda y él a mi derecha. Me recliné en el banco y ellos se inclinaron hacia delante, los codos en las rodillas.

—Los socorristas sacaron del agua a un tipo en los rompientes del Pacífico —explicó Duffy—. Hace diez años, justo al sur de Eureka, California. Era un hombre blanco de unos cuarenta años. Había recibido dos disparos en la cabeza y uno en el pecho. Habían empleado un calibre pequeño, seguramente del 22. Suponen que después fue arrojado al mar.

—¿Estaba vivo cuando lo sacaron? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Le quedaba un soplo de vida —contestó ella—. Tenía alojada una bala cerca del corazón y el cráneo roto, además de un brazo, ambas piernas y la pelvis a consecuencia de la caída. Y también estaba medio ahogado. Lo operaron durante quince horas seguidas. Estuvo un mes en cuidados intensivos y otros seis recuperándose en el hospital.

—¿Su identidad?

—No llevaba nada encima. En el expediente figura como John Doe.

—¿No intentaron identificarlo?

—No se pudieron emparejar las huellas digitales —dijo—. En las listas de personas desaparecidas, nada. Y nadie reclamó el cadáver.

Asentí. Sobre las huellas dactilares, los ordenadores sólo dicen lo que están preparados para decir.

—¿Y después? —inquirí.

—Se restableció —prosiguió Duffy—. Habían pasado seis meses. Estaban tratando de decidir qué hacer con él cuando de repente se esfumó. Nadie volvió a verlo.

—¿Él les dijo algo sobre quién era?

—Le diagnosticaron amnesia, lógicamente debido al trauma, pues es casi inevitable. Supusieron que se había quedado de veras en blanco con respecto al percance sufrido y a uno o dos días previos. Sin embargo, creían que debía ser capaz de recordar episodios anteriores, y tuvieron una firme impresión de que estaba fingiendo. Hay mucha documentación sobre el caso. Psiquiatras, de todo. Lo entrevistaban cada dos por tres. Se mantuvo en sus trece. Jamás dijo nada sobre sí mismo.

—Cuando se marchó ¿cuál era su estado físico?

—Bastante bueno. Se le apreciaban notorias cicatrices debidas a las heridas por arma de fuego, nada más.

—Muy bien —dije. Eché la cabeza hacia atrás y contemplé el cielo.

—¿Quién era?

—¿Quién creen ustedes?

—Disparos de calibre corto en la cabeza y el pecho —dijo Eliot—. Arrojado al mar. Fue un crimen preparado. Un asesinato. Lo hizo un asesino a sueldo.

No dije nada y seguí mirando el cielo.

—¿Quién era? —volvió a preguntar Duffy.

No desvié la mirada y me remonté a diez años atrás, a un mundo totalmente distinto.

—¿Saben algo de tanques? —dije.

—¿Tanques militares? ¿Orugas y cañones? No mucho.

—Me refiero a que todos queremos que los tanques vayan deprisa, que sean fiables, y no ponemos objeciones a cierto ahorro de combustible. Pero si tenemos un tanque, tenemos un tanque; ¿qué es lo único que de veras necesito saber?

—¿Qué?

—¿Puedo dispararte antes de que me dispires? Esto es lo que necesito saber. Si estamos a un kilómetro de distancia uno de otro, ¿mi arma va a alcanzarte? ¿O la tuya me alcanzará a mí?

—¿Y?

—Naturalmente, según las leyes de la física la respuesta más verosímil es que si yo puedo acertar a un kilómetro, tú también puedes darme a mí. Así que dependerá de la munición. Si yo me alejo doscientos metros para que tu proyectil no me haga daño, ¿puedo yo llegar a tener un proyectil que te haga daño? Los tanques consisten en esto. El tipo del mar era un oficial de los servicios secretos del ejército que había estado chantajeando a un especialista en armamento militar.

—¿Por qué estaba en el mar?

—¿Vieron la guerra del Golfo por televisión? —pregunté.

—Sí —respondió Eliot.

—Olvídense de las bombas inteligentes —repuse—. La verdadera estrella del espectáculo fue el tanque de combate M1A1 Abrams. Ganaron por cuatrocientos a cero a los iraquíes, que manejaban el mejor material que habían tenido jamás. Pero

con la guerra en la tele teníamos que enseñar nuestras cartas al mundo entero, así que para la próxima vez mejor ir inventando otra cosa. Y eso hicimos.

—¿Qué más? —inquirió Duffy.

—Si queremos un proyectil que llegue más lejos y golpee más fuerte, podemos meterle más propulsión. O lograr que sea más ligero. O ambas cosas. Naturalmente, si introducimos más explosivo hemos de hacer un cambio radical en alguna parte para que pese menos. Y así fue. Quitaron la carga explosiva. Suena raro, ¿verdad? Porque entonces, ¿qué pasa? ¿Hace un ruido metálico y rebota contra mi blindaje? Pues no. Cambiaron la forma. Idearon esto que parece un dardo gigante. Con aletas y todo. Fabricado a partir de tungsteno y uranio empobrecido, los metales más densos que hay. Va realmente lejos y rápido. Lo conocen como el «penetrador de caña larga».

Duffy me lanzó una mirada con los párpados bajos, sonrió y se ruborizó, todo a la vez. Le devolví la sonrisa.

—Le cambiaron el nombre —proseguí—. Ahora se llama CDEAPB, las iniciales de Casquillo de Desecho Estabilizado con Aletas Perforador de Blindajes. En esencia, está propulsado por su propio pequeño motor espacial. Da en el tanque enemigo con una energía cinética tremenda. Ésta, como nos enseñaban en clase de física en el instituto, se transforma en energía calorífica, que lo derrite todo en una décima de segundo e inunda el interior del tanque enemigo con un chorro de metal fundido que mata a los tanquistas y hace estallar cualquier cosa explosiva o inflamable. Un truco muy ingenioso. Y en cualquier caso, disparas y das en el blanco, porque si el blindaje del enemigo es demasiado resistente o has de tirar desde mucha distancia, la cosa esa sólo se clava como un dardo y se descantilla, es decir, que dentro suelta fragmentos de la capa interior del blindaje y costras de metal al rojo, y el efecto es el de una granada de mano. La dotación enemiga queda hecha pedazos como ranas en una licuadora. Es un arma nueva sensacional.

—¿Qué hay del tipo del mar?

—Consiguió el proyecto original del individuo al que hacía chantaje —expliqué—. Pieza a pieza, durante largo tiempo. Lo vigilábamos. Sabíamos exactamente qué estaba haciendo. Tenía intención de vendérselo al contraespionaje iraquí. Los iraquíes querían que para el próximo partido los equipos estuvieran más igualados. Nuestro ejército no quería que eso sucediera.

Eliot me clavó la mirada.

—Así pues, ¿ellos mataron a ese tipo?

Negué con la cabeza.

—Enviamos a un par de PM a detenerle. Una operación con los procedimientos corrientes, todo legal y en regla, créanme. Pero salió mal. Se escapó. Iba a desaparecer. Y, en serio, el ejército de Estados Unidos no quería que pasara eso.

—Por lo tanto, lo mataron.

Volví a alzar los ojos al cielo. Permanecí callado.

—Eso no fue una operación corriente, ¿verdad?

Seguí sin decir nada.

—No figuraba en ninguna parte, ¿me equivoco?

No respondí.

—Pero no murió —intervino Duffy—. ¿Cómo se llamaba?

—Quinn —dije—. Resultó ser el peor elemento que he conocido en mi vida.

—¿Y lo vio el sábado en el coche de Beck?

Asentí.

—Se alejó del Symphony Hall en un coche con chófer.

Les proporcioné todos los datos que tenía. Pero a medida que hablaba, todos nos fuimos dando cuenta de que esa información era inútil. Era inimaginable que Quinn estuviera usando la misma identidad. Así que lo único que pude hacer fue facilitarles la descripción física de un hombre blanco de aspecto sencillo, de unos cincuenta años y con dos cicatrices en la frente por disparos del calibre 22. Menos da una piedra, pero en realidad aquello no les servía de mucho.

—¿Cómo es que no se pudieron emparejar las huellas digitales? —preguntó Eliot.

—Estaban borradas —respondí—. Como si él no hubiera existido jamás.

—¿Por qué no murió?

—La Silenced de calibre 22 —dije—, nuestra arma reglamentaria estándar para distancias cortas. No es muy potente.

—¿Todavía es peligroso?

—Para el ejército no —contesté—. Es agua pasada. Ocurrió hace diez años. El CDEAPB pronto será una pieza de museo. Igual que el tanque Abrams.

—Así pues, ¿por qué intentar localizarlo?

—Porque según lo que recuerde exactamente podría ser peligroso para el tipo que fue a eliminarlo.

Eliot asintió con la cabeza.

—¿Parecía alguien importante? —preguntó Duffy—. El sábado. En el coche de Beck.

—Más bien rico —dije—. Abrigo de cachemir caro, guantes de piel, pañuelo de seda. Parecía un tío acostumbrado a ir en coche con chófer. Se montó sin más, como si lo hubiera hecho toda la vida.

—¿Saludó al conductor?

—No lo sé.

—Tenemos que ubicarlo —dijo ella—. Necesitamos un contexto. ¿Cómo actuó? Iba en el coche de Beck, pero ¿parecía sentirse con derecho a ello? ¿O era más bien como si alguien le estuviera haciendo un favor?

—Lo primero —respondí—. Como si lo usara cada día de la semana.

—¿De modo que está al mismo nivel que Beck?

Me encogí de hombros.



—Quizás es el jefe de Beck.

—Socio como mucho —terció Eliot—. Nuestro amigo de Los Ángeles no viajaría para encontrarse con un subalterno.

—No me imagino a Quinn como socio de nadie —dije.

—¿Cómo era?

—Normal para ser un agente secreto —contesté—. En la mayoría de los aspectos.

—Salvo en el espionaje —apuntó Eliot.

—Sí, salvo en eso.

—Y para cualquiera que quisiera matarle de manera extraoficial.

—Eso también.

Duffy se había quedado callada. Se devanaba los sesos. Estaba bastante seguro de que le daba vueltas a diferentes maneras de utilizarme. Lo que a mí no me importaba en absoluto.

—¿Se quedará en Boston? —preguntó ella.

Respondí que sí, se marcharon, y así terminó el quinto día.

En un bar deportivo conocí a un revendedor de entradas y pasé la mayor parte de los días sexto y séptimo en Fenway Park viendo a los Red Sox en un torneo de principio de temporada. El partido del viernes tuvo diecisiete turnos de lanzamiento y acabó muy tarde. De modo que dormí la mayor parte del octavo día y por la noche volví a ir al Symphony Hall para observar la multitud. Tal vez Quinn tenía un abono de temporada para una serie de conciertos. Pero no apareció. Recordé de nuevo el modo en que me miró. Acaso sólo fue por aquel inoportuno atasco de gente en la acera. Pero pudo ser algo más.

Susan Duffy me llamó la mañana del noveno día, domingo. Su voz sonaba distinta. Como la de una persona que ha pensado mucho. Una persona que tiene un plan.

—A mediodía en la entrada del hotel —dijo.

Llegó en coche. Un sencillo Taurus. Dentro estaba mugriento. Se trataba de un vehículo oficial. Llevaba unos tejanos descoloridos, unos buenos zapatos y una vieja cazadora de piel. El cabello estaba recién lavado y peinado hacia atrás. Cruzó seis carriles y condujo hacia la entrada del túnel que lleva al Mass Pike.

—Zachary Beck tiene un hijo —informó.

Tomó a toda velocidad una curva subterránea. El túnel se acabó y salimos a la débil luz de un mediodía de abril, justo detrás de Fenway.

—Está en penúltimo curso de la universidad —dijo—. En una especie de facultad de Bellas Artes casualmente no lejos de aquí. Nos enteramos por un compañero de clase a cambio de echar tierra sobre un problema de cannabis. El hijo se llama Richard Beck. No tiene muchos amigos, es algo raro. Parece estar traumatizado por algo sucedido hace unos cinco años.

—¿Algo como qué?

—Fue secuestrado.

No comenté nada.

—¿Se da cuenta? —dijo Duffy—. ¿Con qué frecuencia secuestran hoy día a gente normal?

—No lo sé —dije.

—Pues muy pocas veces. Es un delito obsoleto. Sin duda era una lucha por el territorio. Está prácticamente demostrado que el padre es un mafioso.

—Eso es muy gordo.

—Ya, pero creíble. Además nunca informaron de ello. En el FBI no consta nada. Lo que pasara fue manejado en secreto. Aunque no muy bien. El compañero de clase dice que a Richard Beck le falta una oreja.

—¿Qué más?

No respondió. Se limitó a conducir hacia el oeste. Me estiré en el asiento y la observé por el rabillo del ojo. Tenía buen aspecto. Era alta, delgada y bonita, con ojos llenos de vida. No iba maquillada. Era una de esas mujeres que no lo necesitan. Yo me sentía contento de que me llevara de paseo. Pero no sólo me había sacado de paseo. Me llevaba a algún sitio en concreto. Eso estaba claro. Había llegado con un plan en la cabeza.

—Examiné su expediente militar —dijo ella—. Con todo detalle. Es usted un tipo impresionante.

—No tanto.

—Y tiene los pies grandes —añadió—. Eso también está muy bien.

—¿Por qué?

—Ya lo verá.

—Cuénteme.

—Usted y yo nos parecemos mucho —prosiguió—. Tenemos algo en común. Yo quiero acercarme a Zachary Beck para recuperar a mi agente. Usted, para encontrar a Quinn.

—Su agente está muerta. Ocho semanas...; sería un milagro. Ha de afrontarlo.

No respondió.

—Y a mí Quinn me trae sin cuidado —añadí.

Miró a la derecha y meneó la cabeza.

—No es verdad —soltó—. Me doy perfecta cuenta. Es algo que le consume por dentro. Un asunto pendiente. Y me parece que usted es de los que detesta los asuntos pendientes. —Hizo una pausa—. Actúo partiendo de la base de que mi agente aún vive, a no ser que usted me dé pruebas de lo contrario.

—¿Yo?

—No puedo contar con nadie de mi grupo —explicó—. Lo entiende, ¿no? En lo que concierne al Departamento de Justicia, todo esto es ilegal. Por lo tanto, cualquier cosa que yo haga será extraoficial. Y me parece que usted es de los que entiende de

qué van las operaciones que no constan en ningún sitio. Y se siente cómodo con ellas. Quizás incluso las prefiere.

—¿Por tanto...?

—Necesito que alguien entre en casa de Beck. Y he decidido que sea usted. Usted va a ser mi «penetrador de caña larga».

—¿Cómo?

—Richard Beck le llevará hasta allí.

Abandonó la autopista de peaje a unos sesenta kilómetros de Boston y se dirigió hacia el norte, por el campo de Massachusetts. Pasamos por pueblos de ensueño de Nueva Inglaterra. Los bomberos estaban en la calle brillando sus vehículos. Los pájaros cantaban. La gente trasteaba en el jardín y podaba los setos. El aire olía a madera quemada.

Nos detuvimos en un motel perdido. Un lugar impoluto con discretos revestimientos de ladrillo y cegadores ribetes blancos. En el aparcamiento había cinco coches que bloqueaban el acceso a las cinco habitaciones de un extremo. Todos coches oficiales. Steven Eliot esperaba en la habitación del medio acompañado de cinco hombres. Habían sacado las sillas de sus respectivas habitaciones y estaban sentados formando un semicírculo. Duffy me llevó dentro y saludó a Eliot con la cabeza. Pensé que el gesto significaba: «Se lo he dicho y no ha dicho que no. Todavía». Se dirigió a la ventana y se volvió para quedar de cara a la habitación. Tras ella el día era radiante; era difícil verla al trasluz. Se aclaró la garganta. Se hizo el silencio.

—Muy bien, escuchen todos —dijo—. Una vez más, esto no figura en ningún sitio, no está aprobado oficialmente. Dedicaremos a ello nuestro tiempo y correremos el riesgo exclusivamente nosotros. Si alguien no quiere participar, puede marcharse ahora.

Nadie se movió. Era una táctica sagaz. Me quedó claro que ella y Eliot contaban al menos con cinco tipos que irían y regresarían del infierno con ellos.

—Tenemos menos de cuarenta y ocho horas —dijo—. Pasado mañana Richard Beck se va a su casa para el aniversario de su madre. Según nuestra fuente, lo hace todos los años. Su padre envía un coche con dos guardaespaldas porque al chico le aterra que se produzca otro secuestro. Vamos a aprovecharnos de ese miedo. Quitaremos de en medio a los guardaespaldas y lo secuestraremos nosotros.

Hizo una pausa. Nadie abrió la boca.

—Nuestro propósito es introducirnos en la casa de Zachary Beck —prosiguió Duffy—. Para eso, Reacher rescatará inmediatamente al muchacho de manos de sus supuestos raptos. Será una secuencia rápida, secuestro y rescate, un suspiro. El chico se sentirá de lo más agradecido y Reacher será recibido como un héroe en el hogar familiar.

Al principio todos guardaron silencio. Luego empezaron a removerse. El plan tenía tantos agujeros que a su lado un queso gruyer parecía liso. Miré fijamente a Duffy. Después me sorprendí mirando por la ventana. Hay maneras de tapar los agujeros. Noté que mi cabeza se ponía a trabajar. Me pregunté cuántos agujeros había localizado ya Duffy. Me pregunté cuántas respuestas tenía ella ya. Me pregunté cómo sabía ella que a mí me gustaban esos embrollos.

—Nuestro público lo forma una persona —dijo—. Lo único que importa es lo que piense Richard Beck. Todo será fingido desde el principio al final, pero él debe creer que es real.

Eliot me miró.

—¿Puntos débiles?

—Dos —señalé—. Primero, cómo quitar de en medio a los guardaespaldas sin hacerles daño de verdad. Supongo que no son ustedes tan extraoficiales.

—Rapidez, impacto, sorpresa —dijo él—. El grupo llevará pistolas ametralladoras con balas de fogueo. Además de una granada aturdidora. En cuanto el chico esté fuera del coche, lanzamos una dentro, todo ruido y furia. Quedarán aturridos, nada más. Pero el muchacho creerá que se han convertido en carne para hamburguesa.

—Muy bien —dije—. Segundo, todo debe resultar muy verosímil, ¿no? Yo soy alguien que pasa por allí y casualmente la clase de individuo que puede rescatarle. Lo que hace de mí alguien inteligente y con recursos. Entonces ¿por qué no lo entrego a los polis más cercanos? ¿O espero a que los polis vengan? ¿Por qué me quedo por ahí, me pongo en evidencia y doy pie a que haya declaraciones de testigos? ¿Por qué quiero llevarlo enseguida a su casa?

Eliot se volvió hacia Duffy.

—Él estará aterrorizado —explicó ella—. Querrá que usted haga eso.

—Pero ¿por qué acepto? No importa lo que quiera él sino lo que es más lógico que haga yo. Porque el público no lo forma una persona, sino dos. Richard Beck y Zachary Beck. Primero uno, y más tarde el otro. Éste lo contemplará todo en retrospectiva. A él hemos de convencerle en la misma medida.

—El chico podría pedirle que no acudiese a la policía. Como la otra vez.

—Pero ¿por qué le haría yo caso? Si yo fuera un tipo normal, lo primero que pensaría sería en ir a la policía. Querría hacerlo todo según las reglas.

—Él pondría objeciones.

—Y yo las pasaría por alto. ¿Por qué un adulto inteligente y capaz escucharía a un chaval insensato? Es un agujero. Todo resulta demasiado cooperativo, demasiado resuelto, demasiado falso. Demasiado directo. Zachary Beck se lo olerá al instante.

—Quizá lo mete usted en un coche y los persiguen.

—Iría directo a la comisaría.

—Mierda —soltó Duffy.

—Es un buen plan —dije—. Pero hemos de hacerlo creíble.

Volví a mirar por la ventana. Fuera todo relucía. Había mucho verdor. Árboles, arbustos, lejanas laderas boscosas espolvoreadas de hojas nuevas. Por el rabillo del ojo advertí que Eliot y Duffy miraban el suelo. Y que los cinco tipos estaban inmóviles. Parecía un grupo competente. Dos de ellos eran algo más jóvenes que yo, altos y rubios. Otros dos tenían aproximadamente mi edad, normales y corrientes. Otro era mucho mayor, encorvado y de pelo cano. Me devané los sesos un buen rato. Secuestro, rescate, casa de Beck. «Tengo que entrar en la casa de Beck —pensé—. Me urge hacerlo. Porque he de encontrar a Quinn. Pensemos en el golf, en el juego largo». Contemplé todo el asunto desde la óptica del chico. Después desde la del padre.

—Es un plan —repetí—, pero hay que perfeccionarlo. Así que he de ser la clase de tío que nunca acudiría a la policía. —Hice una pausa—. Aún mejor, para Richard Beck he de ser la clase de persona que no puede ir a la policía.

—¿Cómo? —preguntó Duffy.

La miré fijamente.

—Tengo que herir a alguien. Sin querer, en la confusión. A otro transeúnte. A un inocente. En alguna circunstancia ambigua. Tal vez atropello a una persona, a una anciana que pasea con su perrito. Tal vez incluso la mato. Me entra el pánico y huyo.

—Demasiado difícil para poner en escena —indicó ella—. Y en todo caso, no basta para provocar ninguna huida. Vamos, que en situaciones como éstas se producen accidentes.

Asentí. La habitación volvió a quedar en silencio. Cerré los ojos, pensé un poco más y me figuré el inicio de una escena que empezaba a cobrar forma en mi cabeza.

—Muy bien —dije—. A ver qué tal esto. Mato a un poli. De manera accidental.

Nadie dijo nada. Enarqué las cejas.

—Es un gran *slam* —solté—. ¿No lo ven? Es perfecto. Tranquilizará a Zachary Beck respecto a por qué no actué con normalidad y fui a la policía. Si acabas de cargarte a un poli no vas a la comisaría, aunque haya sido un accidente. Él lo entenderá. Y eso me dará un motivo para quedarme en su casa. Que es lo que debo hacer. Creerá que me estoy escondiendo. Estará agradecido por el rescate de su hijo, y como en todo caso es un criminal su conciencia no será un obstáculo.

No hubo pegas. Sólo silencio y a continuación un lento e indefinible murmullo de valoración, acuerdo, aceptación. Lo desarrollé desde el principio al final. El juego largo. Sonreí.

—Aún mejor —añadí—, quizás incluso me contrate. De hecho, creo que estará tentado de contratarme. Porque crearemos la falsa impresión de que su familia ha sido atacada y perdido dos guardaespaldas, y sabrá que soy mejor pues ellos han caído y yo no. Y se sentirá satisfecho de ofrecirme trabajo porque mientras crea que soy un asesino de polis y me proteja, pensará que es mi dueño.

Duffy también sonrió.

—Pues a trabajar —dijo—. Tenemos menos de cuarenta y ocho horas.

Los dos tipos más jóvenes serían los secuestradores. Decidimos que conducirían una furgoneta de reparto Toyota del depósito de vehículos confiscados de la DEA. Utilizarían Uzi incautadas con proyectiles de nueve milímetros. Así como una granada aturdidora robada en los almacenes de Tácticas y Armas Especiales de la DEA. Después empezamos a ensayar mi papel de rescatador. Como buenos artistas de pega, decidimos que yo debía ceñirme todo lo posible a la verdad, así que sería un vagabundo exmilitar que se encontraba en el lugar oportuno y en el momento oportuno. Iría armado, lo que es técnicamente ilegal en Massachusetts, pero sería muy propio de mí y resultaría verosímil.

—Necesito un revólver pasado de moda —dije—. Debo llevar algo adecuado para un ciudadano. Y todo ha de ser muy espectacular, desde el principio al final. La Toyota se me acerca, tengo que inutilizarla. He de dispararle. O sea que preciso tres balas de verdad y tres de fogueo, en riguroso orden. Las tres reales para la furgoneta, las otras para la gente.

—Podemos preparar así cualquier arma —señaló Eliot.

—Sí, pero he de ver la recámara —advertí—. Justo antes de tirar. No dispararé una carga mixta sin hacer una verificación visual. Necesito saber que empiezo bien. Así que lo mejor es un revólver. Uno grande, nada de chismes pequeños, para que pueda ver claro.

Me entendió perfectamente y tomó nota. Después resolvimos que el tipo mayor sería el poli local. Duffy sugirió que él simplemente se metería por error en la línea de fuego.

—No —objeté—. Tiene que ser el error idóneo. No simplemente una bala perdida. El joven Beck ha de quedar impresionado conmigo. He de hacerlo a propósito pero con temeridad. Como si yo fuera un loco, pero un loco que sabe disparar.

Duffy se mostró de acuerdo, y Eliot repasó mentalmente una lista de vehículos disponibles y me ofreció una vieja camioneta.

Dijo que yo podía dedicarme al transporte. Que eso explicaría que andara por la calle. Confeccionamos listas, en el papel y en nuestra cabeza. Los dos tíos de mi edad permanecían sentados sin ninguna tarea asignada, lo que no les alegraba.

—Ustedes son polis de refuerzo —dije—. Supongamos que el muchacho ni siquiera me ve disparar al primero. Podría desmayarse o algo así. Tienen que perseguirnos en coche, y yo les quitaré de en medio cuando esté seguro de que él está mirando.

—No puede haber policías de apoyo —soltó el tipo de más edad—. Vamos a ver, ¿de repente aquello se llena de polis sin una razón concreta?

—Polis de la universidad —sugirió Duffy—. Sí, esos polis que contratan las facultades. Da la casualidad que estaban por allí. ¿Dónde iban a estar, si no?

—Magnífico —dije—. Pueden empezar desde el mismo interior del campus. Y

controlarlo todo por radio desde la retaguardia.

—¿Cómo se libraré de ellos? —me preguntó Eliot, como si fuera un asunto delicado.

Reparé en el problema. Ya habría disparado los seis tiros.

—No puedo volver a cargar el arma —indiqué—. Al menos mientras esté conduciendo. Tampoco con balas de fogeo. El chaval podría darse cuenta.

—¿Puede embestirlos, sacarlos de la calzada?

—Con una camioneta hecha polvo, no. Debo llevar un segundo revólver. Ya cargado, dentro del vehículo. Tal vez en la guantera.

—¿Va por ahí con dos armas cargadas? —soltó el tipo mayor—. En Massachusetts eso es un poco raro.

Asentí.

—Es uno de los puntos débiles. Tendremos que arriesgarnos y asumir algunos.

—Yo iré de paisano —dijo el tío mayor—. Como si fuera un detective. Disparar a un poli uniformado es más que temerario. Esto también sería un punto débil.

—De acuerdo —convine—. Muy bien. Excelente. Es un detective, saca su placa, y yo creo que es un arma. Suele pasar.

—Pero ¿cómo muerdo? —preguntó—. ¿Me sujeto el estómago y caigo redondo, como en las pelis del Oeste?

—No es muy convincente —opinó Eliot—. Todo tiene que parecer absolutamente real. En interés de Richard Beck.

—Necesitamos material tipo Hollywood —dijo Duffy—. Camisetas ignífugas de Kevlar y condones llenos de sangre falsa que exploten a una señal transmitida por control remoto.

—¿Podemos conseguirlo?

—De Nueva York o Boston, tal vez.

—Vamos justos de tiempo.

—Vaya noticia —soltó Duffy.

Así acabó el noveno día. Duffy quería que me trasladara al motel y sugirió que alguien me acompañara en coche a Boston para recoger el equipaje. Le dije que no tenía ningún equipaje, y ella me miró de reojo pero no dijo nada. Ocupé una habitación junto a la del tipo mayor. Alguien fue a comprar unas pizzas. Todo el mundo iba de acá para allá y hacía llamadas telefónicas. Me dejaron solo. Me tumbé en la cama y repasé todo el plan desde el principio bajo mi perspectiva. Hice una lista mental de todas las cosas que no habíamos tenido en cuenta. Era una lista larga. Pero en todo caso había una cuestión que me preocupaba sobremanera. Y no estaba exactamente en la lista. De alguna forma ambas corrían parejas. Me levanté y fui a ver a Duffy. En ese momento ella regresaba a toda prisa a su habitación desde el coche.

—Zachary no es la clave —le dije—. No es posible. Si Quinn está implicado, significa que Quinn es el jefe. Nunca sería un segundo espada. A menos que Beck sea aún peor que Quinn, lo que no quiero ni imaginar.

—Tal vez Quinn ha cambiado —replicó—. Recibió dos balazos en la cabeza. Quizás eso le haya afectado al cerebro. Lo haya ablandado en cierto modo.

No respondí. Duffy se alejó corriendo. Volví a mi habitación.

El décimo día empezó con la llegada de los vehículos. El tipo mayor se quedó con el Chevy Caprice de siete años, que sería un coche de policía camuflado. Tenía un motor Corvette, último modelo del año antes de que la General Motors dejara de fabricarlo. Parecía de lo más idóneo. La furgoneta era un trasto grande de un rojo descolorido. En la parte delantera llevaba un enorme parachoques reforzado. Los tíos más jóvenes hablaban de cómo iban a utilizarla. Para mí había una sencilla camioneta marrón. La camioneta más vulgar que había visto en mi vida. No tenía ventanillas laterales pero sí dos en la parte de atrás. Busqué alguna guantera. Había una.

—¿Todo bien? —me preguntó Eliot.

Di una palmada en el lado, como hacen los conductores de camionetas, y el vehículo respondió con un débil gemido.

—Perfectamente —contesté—. Quiero que los revólveres sean para balas Magnum 44. Tres expansivas pesadas y nueve de fogeo lo más ruidosas posible.

—De acuerdo —dijo—. ¿Por qué expansivas?

—Por los rebotes —aclaré—. No quiero lastimar a nadie sin querer. Las postas expansivas se deforman y quedan clavadas en aquello que golpean. Dispararé una al radiador y dos a los neumáticos. Mejor que éstos estén muy hinchados, para que cuando les dé exploten. Va a ser todo un espectáculo.

Eliot se marchó a toda prisa y Duffy se acercó.

—Necesitará esto —dijo, enseñándome un abrigo y un par de guantes—. Si los lleva parecerá más real. Hará frío. Y podrá esconder el arma en el abrigo.

Lo cogí todo de sus manos y me puse el abrigo. Me iba bastante bien. Duffy sabía calcular bien las tallas, sin duda.

—La psicología será peliaguda —dijo—. Deberá ser usted flexible. El chico podría caer en un estado catatónico. Quizá tenga que engatusarle para obtener de él cierta reacción. Lo deseable sería que se mantuviera despierto y hablara, en cuyo caso creo que usted debe mostrar alguna reticencia a implicarse cada vez más. Sería ideal que usted deje que él le convenza de que le lleve a casa. Pero al mismo tiempo ha de ser usted quien domine la situación. Debe dejar que los hechos vayan sucediendo sin interrupción para que él no tenga tiempo de reflexionar en lo que está viendo.

—Muy bien —dije—. En tal caso voy a cambiar mi pedido de municiones. Haré que la segunda bala de la segunda arma sea de verdad. Le diré que se eche al suelo y reventaré la ventana a su espalda. Creerá que han sido los polis de la universidad que



nos están disparando. Después le ordenaré que se levante. Esto incrementará su sensación de peligro y hará que se acostumbre a obedecerme y que se sienta algo más contento de ver que la poli de la facultad se ha llevado una buena. Porque no quiero que discuta conmigo, que intente detenerme. Yo podría perder el control de la camioneta y eso sería el final para los dos.

—De hecho conviene que establezca lazos afectivos con él —señaló ella—. Más tarde el chico ha de hablar bien de usted. Porque, estoy de acuerdo, lograr que le contraten sería el premio gordo. Le daría libre acceso. Así que trate de impresionar al muchacho. Pero con sutileza. No hace falta caerle bien. Sólo que piense que usted es un tipo duro que sabe lo que se hace.

Fui en busca de Eliot, y luego los dos que serían los policías de la facultad vinieron a verme. Dispusimos que desde el principio ellos me dispararían balas de fogeo, luego yo otro tanto, después reventaría la ventanilla trasera de la camioneta, acto seguido otra bala de fogeo, y por último descargaría las tres últimas balas también de fogeo en una serie espaciada. En mi tiro final ellos harían estallar su parabrisas con una bala real de sus propias armas y luego se saldrían de la calzada como si les hubiese herido o hubieran sufrido un reventón.

—No se confunda con la munición —dijo uno.

—Ustedes tampoco —repliqué.

Para almorzar comimos más pizza y después fuimos a examinar el futuro campo de operaciones. Aparcamos a un kilómetro de distancia y revisamos un par de planos. A continuación nos arriesgamos a pasar tres veces en dos coches por delante de la entrada de la universidad. Habría preferido tener más tiempo para examinarlo todo bien, pero no quería llamar la atención. Regresamos al motel y volvimos a reunirnos en la habitación de Eliot.

—Parece todo en orden —dije—. ¿Hacia dónde he de girar?

—Maine está al norte —indicó Duffy—. Suponemos que el muchacho vive en algún lugar cerca de Portland.

Asentí.

—De todos modos, creo que será mejor el sur. Miren los mapas. Por ahí se llega antes a la autopista. Según los manuales de seguridad, hay que llegar a las carreteras anchas y muy transitadas lo antes posible.

—Es una apuesta.

—Iremos hacia el sur —dije.

—¿Algo más? —preguntó Eliot.

—Estaría loco si siguiera con la camioneta —dije—. Para creérselo, el viejo Beck esperará que la haya abandonado y robado un coche.

—¿Dónde? —inquirió Duffy.

—En el mapa figura un centro comercial cerca de la autopista.

—Muy bien, pondremos uno ahí.

—¿Unas llaves de repuesto bajo el parachoques? —sugirió Eliot.

Duffy negó con la cabeza.

—Demasiado ficticio. Todo debe ser absolutamente creíble. Tiene que robar un coche de verdad.

—No sé cómo —objeté—. Nunca lo he hecho.

Se produjo un silencio.

—Sólo sé lo que aprendí en el ejército —expliqué—. Los vehículos militares nunca están cerrados. Y no tienen llaves de encendido. Se ponen en marcha apretando un botón.

—De acuerdo —convino Eliot—. Todos los problemas tienen solución. Lo dejaremos abierto. Pero deberá actuar como si estuviera cerrado. Finja que fuerza la puerta con una palanqueta, no sé. Dejaremos por allí cerca un rollo de alambre y unas perchas. Podría pedirle al chaval que le busque algo. Así se sentirá implicado. Contribuirá al artificio. Luego usted se entretiene un poco con eso y, vaya, la puerta se abre. Dejaremos suelta la protección de la columna de dirección. Quitaremos el forro de los cables correctos y sólo de éstos. Los encontrará, los pondrá en contacto y automáticamente será un chico malo.

—Genial —soltó Duffy.

Eliot sonrió.

—Hago lo que puedo.

—Tomémonos un descanso —dijo ella—. Seguiremos después de cenar.

Después de cenar las últimas piezas encajaron. Dos de los tíos volvieron con el resto del material. Para mí un par de Colt Anaconda a juego. Eran armas grandes y pesadas. Parecían caras. No pregunté de dónde las habían sacado. También traían una caja de balas Magnum del 44 y otra del 44 de fogeo. Estas procedían de una ferretería. Estaban diseñadas para un arma resistente. Algo que remacha clavos en el hormigón. Abrí el tambor y en una de las recámaras grabé una equis con unas tijeras de uñas. El tambor de un revólver Colt gira en el sentido de las manecillas del reloj, a diferencia de un Smith and Wesson, que lo hace al revés. La equis representaba la primera recámara que dispararía. La colocaría en la posición de las diez en punto, donde pudiera verla, y la primera vez que apretara el gatillo giraría y caería bajo el percutor.

Duffy me dio unos zapatos de mi número. El derecho tenía una cavidad en el tacón. Me mostró un dispositivo de correo electrónico que se ajustaba perfectamente al espacio.

—Por esto me alegraba de que tuviera los pies grandes —aclaró—. Ha sido más fácil de encajar.

—¿Es fiable?

—Debería serlo —contestó—. Es algo nuevo del gobierno. Ahora todos los ministerios efectúan así sus comunicaciones secretas.

—Fantástico. —A lo largo de mi vida profesional, la tecnología defectuosa había sido la causa principal de un montón de desastres.

—Es lo mejor que podemos utilizar —añadió ella—. Cualquier otra cosa la encontrarían. Le van a registrar. Y, en teoría, si captan las transmisiones, sólo oirán los chirridos de un módem. Creerán que es electricidad estática.

Un diseñador teatral de vestuario de Nueva York les facilitó tres efectos sanguíneos accionables por control remoto. Eran voluminosos y pesados, cada uno un cuadrado de unos veinte centímetros de lado que había que adherir al pecho de la víctima. Tenían depósitos de goma de sangre, receptores de radio y baterías y cargas de encendido.

—Llevad camisas holgadas, amigos —dijo Eliot.

El pequeño mando a distancia, que tenía tres botones, debería llevarlo en el antebrazo derecho. Los botones eran lo bastante grandes para notarlos a través del abrigo, la chaqueta y la camisa. Volvimos a ensayar la escena. Primero, el conductor de reparto. Ese botón sería el más próximo al codo. Lo pulsaría con el dedo índice. Segundo, el pasajero de la furgoneta. Para éste, el botón del centro. El dedo medio. Tercero, el tipo mayor que haría de poli. Su botón sería el más cercano a la muñeca, y lo apretaría con el anular.

—Después deberá deshacerse de todo esto —señaló Eliot—. Seguro que en la casa de Beck le registrarán. Deberá detenerse en unos lavabos o algo así.

En el aparcamiento del motel ensayamos una y otra vez. Hacia medianoche no podíamos estar ya más compenetrados. Calculamos que tardaríamos ocho o nueve segundos, desde el principio al final.

—Usted tomará la decisión crucial —me dijo Duffy—. Será el momento de salir a escena. Si algo va mal cuando la Toyota se acerque, lo que sea, abandona y lo deja pasar. Ya lo arreglaremos de algún modo. Disparará tres balas de verdad en la vía pública y no quiero que resulte herido ningún transeúnte despistado, ni ciclistas, ni gente que esté haciendo *footing*. Dispondrá de menos de un segundo para decidir.

—Entendido —dije, aunque realmente no se me ocurría ningún modo fácil de arreglar nada una vez las cosas hubieran llegado tan lejos.

Entonces Eliot hizo las últimas dos llamadas para confirmar que habían conseguido un coche patrulla de la universidad y que colocarían un fiable Nissan Maxima tras los principales grandes almacenes del centro comercial. El Maxima había sido confiscado a un cultivador de marihuana de poca monta en el estado de Nueva York. Allí aún tenían leyes antidroga duras. Le pondrían una matrícula falsa de Massachusetts y lo llenarían de trastos.

—Ahora a dormir —dijo Duffy—. Mañana nos espera un buen tute.

Y así concluyó el décimo día.

El undécimo día, a primera hora de la mañana, Duffy me llevó a la habitación rosquillas y café para desayunar. Estábamos los dos solos, ella y yo. Volvimos a repararlo todo por última vez. Me enseñó fotos de la agente que ella había infiltrado hacía cincuenta y ocho días. Era una rubia de unos treinta años que había conseguido un empleo de oficinista en Bizarre Bazaar con el nombre de Teresa Daniel. Era menuda y parecía avispada. Observé las fotos con atención y memoricé sus rasgos, pero en mi cabeza estaba viendo otro rostro de mujer.

—Supongo que aún vive —dijo Duffy—. Debo suponerlo.

No hice ningún comentario.

—Procure con todas sus fuerzas que lo contraten —continuó—. Hemos comprobado su historial reciente, lo mismo que haría Beck. Se aprecian algunas vaguedades. Y faltan muchas cosas que a mí me preocuparían, pero no creo que a él le quiten el sueño.

Le devolví las fotos.

—Será pan comido —dije—. La falacia se refuerza a sí misma. A Beck le falta mano de obra y le han atacado, todo a la vez. Pero no voy a esforzarme tanto. Más bien me mostraré un poco remiso. Para que no se me vea el plumero.

—De acuerdo —dijo ella—. Tiene siete objetivos, de los cuales los números uno, dos y tres se resumen en lo siguiente: tenga mucho cuidado. Suponemos que esa gente es muy peligrosa.

Asentí.

—Si Quinn está involucrado, lo garantizo sin ningún género de dudas.

—Pues entonces actúe en consecuencia —señaló ella—. Sin contemplaciones, desde el principio.

—Sí —corroboré, y empecé a masajearme el hombro izquierdo con la mano derecha. De pronto me interrumpí, sorprendido. En una ocasión un psiquiatra del ejército me dijo que ese gesto inconsciente encierra sentimientos de vulnerabilidad. Es una reacción defensiva, tiene que ver con protegerse y ocultarse. Es el primer paso hasta acurrucarse en el suelo hecho un ovillo. Seguramente Duffy también lo sabía, pues me miró fijamente.

—Teme a Quinn, ¿verdad?

—No temo a nadie —respondí—. Pero desde luego preferiría que estuviera muerto.

—Podemos suspender la operación si no está preparado.

Negué con la cabeza.

—Me atrae la posibilidad de encontrarlo, en serio.

—¿Qué salió mal en la detención?

Meneé la cabeza otra vez.

—No quiero hablar de eso —dije.

Ella se quedó en silencio un instante. No insistió. Sólo apartó la mirada, vaciló, hizo memoria y reanudó la sesión de instrucciones. Con voz tranquila y buena

dicción.

—El objetivo número cuatro es encontrar a mi agente —explicó—. Y traerla de vuelta.

Asentí.

—Cinco, conseguir pruebas fundadas que nos permitan trincar a Beck.

—Muy bien.

Hizo otra pausa.

—Seis, encuentre a Quinn y haga con él lo que tenga que hacer. Y siete, salga de allí cagando leches.

Asentí.

—En principio no le seguiremos —añadió—. El chico podría descubrirnos, ya que estará paranoico perdido. Y en el Nissan no pondremos ningún buscador, pues más tarde lo encontrarían. Tendrá que mandar un *email* dándonos su posición en cuanto la sepa.

—Vale —dije.

—¿Algún punto débil?

Traté de no pensar en Quinn.

—Alcanzo a ver tres —contesté—. Dos secundarios y uno importante. El primero de los secundarios es que voy a destrozar la ventanilla trasera de la camioneta pero el muchacho tendrá diez minutos para reparar en que los vidrios rotos no están donde deberían.

—Pues no lo haga.

—Ya, pero creo que tengo que hacerlo. Me parece que hemos de mantener un nivel de pánico alto.

—Muy bien, pondremos ahí unas cajas. En todo caso, usted ha de llevar cajas, se dedica al reparto. Eso impedirá un poco la visión del chico. Si no es así, sólo espero que no ate cabos en diez minutos.

Asentí con la cabeza.

—Segundo, en algún momento, por una razón u otra, el amigo Beck va a llamar a la policía de aquí. Acaso también a los periódicos. Querrá confirmar la información.

—Daremos a la policía un guión creíble. Con algo para entretener a la prensa. Mientras les convenga, cooperarán. ¿Cuál es el punto flaco importante?

—Los guardaespaldas. ¿Cuánto tiempo van a retenerlos? No pueden dejar que se acerquen a un teléfono, o llamarían a Beck. Tampoco pueden detenerlos oficialmente. Deben mantenerlos incomunicados, en la más completa ilegalidad. ¿Cuánto tiempo se podrá sostener esa situación?

Ella se encogió de hombros.

—Cuatro o cinco días, máximo. No podemos protegerle más tiempo. Así que no pierda ni un segundo.

—Eso pretendo. ¿Cuánto dura la pila del chisme ese del *email*?

—Unos cinco días —respondió—. A partir de entonces quedará incomunicado.

No le daremos ningún cargador. Sería sospechoso. Pero puede utilizar un cargador de móviles, si encuentra alguno.

—Muy bien.

Ella se limitó a mirarme. Estaba todo dicho. A continuación se me acercó y me besó en la mejilla. Fue imprevisto. Sus labios eran suaves. Me dejaron la piel espolvoreada de azúcar de rosquilla.

—Buena suerte —dijo—. Creo que no nos hemos dejado nada.

Sin embargo, nos habíamos dejado muchas cosas. Nuestro plan incluía errores mayúsculos, y todos acudirían para atormentarme.

Duke, el guardaespaldas, regresó a mi habitación cinco minutos antes de las siete, demasiado temprano para cenar. Oí sus pasos y un ligero chasquido al girar el pomo. Yo estaba sentado en la cama. El artilugio del correo electrónico se hallaba otra vez en el zapato, y éste de nuevo en mi pie.

—¿Qué, gilipollas, ya has echado la siesta? —preguntó.

—¿Por qué estoy encerrado?

—Porque eres un asesino de polis.

Aparté la mirada. Quizás antes de convertirse en gorila había sido poli. Podría ser. Montones de expolis terminan en el mundo de la seguridad privada, como asesores, sabuesos o guardaespaldas. Sin duda seguiría una especie de orden del día, lo que tal vez me crearía algún problema. De todos modos, eso significaba que se había tragado la historia de Richard Beck sin cuestionar nada; el lado positivo del asunto. Me miró un instante; su semblante no reflejaba gran cosa. Acto seguido me condujo fuera de la habitación, luego por dos tramos de escaleras hasta la planta baja y después por oscuros pasillos hacia el lado de la casa orientado al norte. Olía a salitre y alfombra húmeda. Había alfombras de colores apagados por todas partes. En algunos sitios estaban colocadas en el suelo de dos en fondo. Duke se detuvo frente a una puerta, la abrió y dio un paso atrás para que yo entrase. Era una habitación grande y cuadrada con revestimientos de roble oscuro. Llena de alfombras. Había ventanas pequeñas en profundos huecos. Fuera, oscuridad, rocas y mar gris. Una mesa de roble. Encima, mis dos Colt Anaconda, descargados. Los tambores estaban abiertos. A la cabecera de la mesa había un hombre, sentado en una silla de roble con brazos y respaldo alto. Era el tipo que aparecía en las fotos de Susan Duffy.

En carne y hueso no tenía nada de particular. Ni grande ni pequeño. Quizás uno ochenta, unos noventa kilos. Pelo cano, ni fino ni grueso, ni corto ni largo. Debía de rondar la cincuentena. Llevaba un traje gris de paño caro cortado sin pretensiones de estilo alguno. Camisa blanca y corbata incolora, como la gasolina. Las manos y la cara eran pálidas, como si su hábitat natural fueran los aparcamientos subterráneos, muestras ambulantes de algo procedente del maletero de su Cadillac.

—Siéntese —dijo. La voz sonó tensa, como si se concentrara en lo alto de la garganta. Me senté frente a él, en el extremo opuesto de la mesa.

—Soy Zachary Beck —dijo.

—Jack Reacher.

Duke cerró la puerta despacio y apoyó contra ella su corpachón. La habitación quedó sumida en el silencio. Oía el mar. No era el sonido rítmico de las olas en la playa, sino el estallido y la resaca incesantes y azarosos de los rompientes en las rocas. Alcanzaba a oír charcos vaciándose y grava golpeteando y enormes olas que

semejaban explosiones. Intenté contarlas. Se dice que la séptima es la grande.

—Bien —dijo Beck.

Delante de él había un vaso corto y macizo lleno de un líquido de color ambarino. Denso. Escocés o bourbon. Hizo una señal a Duke con la cabeza. El guardaespaldas cogió un vaso que esperaba en una mesita pegada a la pared. Contenía el mismo líquido denso y ambarino. Duke lo transportó sin gracia sujetándolo con el índice y el pulgar en la misma base. Cruzó la habitación y se inclinó un poco para dejarlo delante de mí. Sonreí. Sabía para qué era.

—Bien —repitió Beck.

Aguardé.

—Mi hijo me ha explicado que está usted en un apuro —dijo. La misma frase que había utilizado su mujer.

—La ley de los efectos no deseados.

—Esto me plantea algunas dificultades. Soy un simple hombre de negocios que trata de determinar cuáles son sus responsabilidades.

Esperé.

—Le estamos muy agradecidos, como es lógico —añadió—. Por favor, no me interprete mal.

—¿Pero...?

—Hay cuestiones legales, ¿no? —replicó con leve fastidio en la voz, como si fuera víctima de complicaciones que escapaban a su control.

—No hay que ser un genio para entenderlo —señalé—. Necesito que haga la vista gorda. Al menos por un tiempo. Favor con favor se paga. Si su conciencia admite esa clase de cosas.

Hubo otro silencio. Volví a oír el mar con su espectro de sonidos. Quebradizas algas arrastrándose por el granito y una prolongada resaca succionando en dirección al este. Zachary Beck paseaba los ojos de un lado a otro. Observaba la mesa, luego el suelo, se quedaba con la mirada perdida. Tenía el rostro estrecho y los ojos muy juntos. La frente arrugada revelaba concentración. Los labios finos y apretados. Movía un poco la cabeza. Todo él era un facsímil del hombre de negocios vulgar y corriente dándole vueltas a importantes asuntos.

—¿Fue un error? —preguntó.

—¿Lo del poli? —dije—. Es evidente que sí. Pero en aquel momento sólo intentaba terminar bien lo empezado.

Reflexionó y luego asintió.

—De acuerdo —dijo—. Dadas las circunstancias, quizás estemos dispuestos a echarle una mano. Si podemos. Ha prestado un gran servicio a la familia.

—Necesito dinero —dije.

—¿Para qué?

—Tendré que viajar.

—¿Cuándo?



—Ahora mismo.

—¿Es prudente?

Meneé la cabeza.

—No mucho. Preferiría aguardar aquí un par de días hasta que las cosas se calmen un poco. Pero no quiero tentar la suerte con usted.

—¿Cuánto?

—Cinco mil bastarían.

No dijo nada. Sólo volvió a mirar a un sitio y otro. Aunque esta vez prestando mayor atención.

—Tengo que hacerle algunas preguntas —dijo—. Antes de que nos deje, si es que nos deja. Dos son de suma importancia. Primero, ¿quiénes eran ellos?

—¿No lo sabe usted?

—Tengo muchos rivales y enemigos.

—¿Llegarían tan lejos?

—Soy importador de alfombras —explicó—. Usted pensará que me limito a comerciar con grandes almacenes y decoradores de interiores, pero lo cierto es que tengo tratos con toda clase de infames personajes de diversos antros extranjeros donde se obliga a niños esclavizados a trabajar dieciocho horas al día hasta que les sangran los dedos. Yo no tenía esa intención, pero las cosas salieron así. Sus propietarios están convencidos de que estoy estafándolos y expoliando su cultura, y seguramente es cierto, pero ellos hacen lo mismo. No son colegas divertidos. Para prosperar necesito ejercer cierta dureza. Y la cuestión es que mis competidores también. Desde todo punto de vista, es un negocio duro. Así que entre mis proveedores y mis competidores se me ocurren media docena de personas distintas que secuestrarían a mi hijo para dañarme. Al fin y al cabo ya pasó una vez, hace cinco años; seguro que mi hijo se lo ha contado.

No dije nada.

—Necesito saber quiénes son —repitió para dejar claro que hablaba muy en serio.

De modo que finalmente le relaté lo sucedido, todo, segundo a segundo, metro a metro, kilómetro a kilómetro. Le describí con precisión y lujo de detalle a los dos tipos rubios de la DEA que iban en la Toyota.

—No me suenan de nada —dijo.

No respondí.

—¿Anotó la matrícula de la Toyota? —preguntó.

Reflexioné y le conté la verdad.

—Sólo le vi el morro. No llevaba matrícula.

—Muy bien —dijo—. Así que eran de un estado donde no hace falta llevar matrícula delantera. Supongo que esto facilita la búsqueda.

Guardé silencio. Transcurridos unos momentos, negó con la cabeza.

—Hay muy poca información —dijo—. Un socio mío ha hablado de manera indirecta con la comisaría. Hay varios muertos, un poli local, un poli de la

universidad y dos desconocidos en una furgoneta de reparto Toyota. El único testigo superviviente es otro policía de la universidad, pero permanece inconsciente. Su coche se estrelló a casi ocho kilómetros del lugar. O sea que ahora mismo nadie sabe por qué ocurrió. Nadie ha establecido ninguna relación con un intento de secuestro. Todo lo que se sabe es que ha habido un baño de sangre sin ninguna razón aparente.

—¿Y cuando identifiquen la matrícula del Lincoln? —inquirí.

Vaciló.

—Está a nombre de una empresa —contestó—. Esto no los conduciría directamente aquí.

—Vale, pero quiero estar en la Costa Oeste antes de que se despierte el segundo poli de la universidad. Sin duda me ha visto.

—Y yo quiero saber qué ha ocurrido aquí.

Eché un vistazo a la mesa, a los Colt. Los habían limpiado y lubricado un poco. De pronto me alegré de haberme deshecho de los casquillos. Cogí el vaso. Lo rodeé con los dedos y olí su contenido. No tenía ni idea de qué era. Habría preferido una taza de café. Volví a dejarlo en la mesa.

—¿Cómo está Richard? —pregunté.

—Lo superará —respondió Beck—. Me gustaría saber exactamente quién me está atacando.

—Le he contado lo que vi. No me han enseñado ningún carnet de identidad. No los conocía personalmente. Yo sólo pasaba por allí. ¿Cuál es la segunda pregunta de suma importancia?

Hubo una larga pausa. Al otro lado de las ventanas, las olas chocaban y tronaban.

—Soy un hombre educado —dijo Beck—. Y no quiero ofenderle.

—¿Pero...?

—Pero me pregunto quién es usted.

—El tipo que le ha salvado a su hijo la otra oreja.

Beck echó una mirada a Duke, que se acercó rápidamente y se llevó el vaso. Se valió del mismo torpe movimiento de tenazas, con el índice y el pulgar en la base.

—Y ahora tiene mis huellas dactilares —dije—. Así de fácil y sencillo.

Beck asintió de nuevo, como alguien que estuviera tomando una decisión juiciosa. Señaló los revólveres sobre la mesa.

—Bonitas armas —dijo.

No repliqué. Él dio unos golpecitos a uno con los nudillos. A continuación me lo lanzó deslizándolo sobre la mesa. El pesado acero provocó un sonido hueco reverberante en el roble.

—¿Quiere decirme por qué hay una marca en una de las recámaras?

—No lo sé —respondí—. Ya estaba así.

—¿Los compró de segunda mano?

—En Arizona —precisé.

—¿En una armería?

—En una feria de armas.

—¿Por qué?

—No me gustan las comprobaciones de antecedentes.

—¿No preguntó por las marcas?

—Imaginé que eran marcas de referencia —expliqué—. Que algún paleta las había probado y había señalado la recámara más certera. O la menos certera.

—¿Las recámaras difieren?

—Todo difiere. Es propio de la manufactura.

—¿Incluso en revólveres de ochocientos dólares?

—Depende de lo exigente que uno sea —repuse—. Si usted siente la necesidad de medir hasta la cienmilésima parte de una pulgada, todo es distinto.

—¿Es importante eso?

—Para mí no. Si apunto a alguien, me da lo mismo cuál es la célula concreta que estoy seleccionando como objetivo.

Se quedó callado unos instantes. Después metió la mano en el bolsillo y sacó una bala. Funda de latón brillante, punta de plomo mate. La puso derecha delante de él, como si fuera un obús de artillería en miniatura.

Luego la derribó y la hizo rodar bajo sus dedos sobre la mesa. A continuación la colocó con cuidado y le dio un golpecito con la punta del dedo para que rodara hacia mí. Me llegó trazando una curva elegante y abierta. De la madera brotó un ronroneo lento. Dejé que alcanzara el borde y la cogí. Era una Remington Magnum 44. Pesaba bastante, más de veinte gramos. Algo tremendo. Costaría casi un dólar. No estaba fría, recién salida del bolsillo.

—¿Ha jugado alguna vez a la ruleta rusa? —preguntó.

—Tengo que deshacerme del coche que robé —dije.

—Ya nos hemos encargado de eso.

—¿Dónde?

—Donde no podrán encontrarlo.

No hice ningún comentario. Sólo lo miré, como si estuviera pensando «¿así son los simples hombres de negocios?». ¿Ponen sus limusinas a nombre de una empresa? ¿Recuerdan al instante el precio de un Colt Anaconda? ¿Y recogen las huellas digitales de un invitado en un vaso de whisky?

—¿Ha jugado alguna vez a la ruleta rusa? —repitió.

—No. Nunca.

—Me están atacando. Y acabo de perder a dos de mis hombres. En momentos como éstos hay que sumar, no restar.

Aguardé, cinco, diez segundos. Comprendí que él estaba lidiando con la idea.

—¿Me está ofreciendo trabajo? —pregunté—. No estoy seguro de que pueda quedarme.

—No he ofrecido nada —espetó—. Estoy tratando de decidir. Usted parece ser la clase de tipo que nos vendría bien. Podría cobrar los cinco mil dólares por quedarse,

no por marcharse. Quizá.

No dije nada.

—Sabe que si quiero puedo fastidiarlo —añadió—. Tengo su nombre y sus huellas, y en Massachusetts hay un poli muerto.

—¿Pero...?

—Pero no sé quién es usted.

—Acostúmbrase a ello. ¿Cómo puede llegar a saber quién es alguien?

—Lo averiguo —dijo—. Pongo a la gente a prueba. Supongamos que le pido que mate a otro poli. Como muestra de confianza.

—Diría que no. Insistiría en que el primer caso fue un desgraciado accidente que lamento mucho. Y empezaría a preguntarme qué clase de simple hombre de negocios es usted.

—Mis negocios son asunto mío. No le incumben.

No dije nada.

—Juegue conmigo a la ruleta rusa —propuso.

—¿Y eso qué probaría?

—Un agente federal no lo haría.

—¿Por qué le preocupan los agentes federales?

—Eso tampoco le incumbe.

—No soy un agente federal.

—Demuéstrelo. Juegue a la ruleta rusa conmigo. De hecho, yo en cierto modo ya estoy jugando con usted a la ruleta rusa, al haber dejado que entrara en mi casa sin saber quién es.

—He salvado a su hijo.

—Y le estoy muy agradecido. Tanto que aún estoy hablando con usted de manera civilizada. Tanto que podría ofrecerle refugio y empleo. Porque me gustan los hombres que terminan lo que empiezan.

—No estoy buscando trabajo. Sólo quiero esconderme unas cuarenta y ocho horas y después largarme.

—Cuidaríamos de usted. No le encontraría nadie. Aquí estaría totalmente a salvo. Si pasa la prueba.

—¿La prueba es la ruleta rusa?

—Por mi experiencia, el test infalible —dijo.

No repliqué. En la habitación no se oía una mosca. Él se inclinó hacia delante en la silla.

—O está conmigo o está contra mí —sentenció—. Va usted a probar una cosa u otra. Espero sinceramente que elija con sensatez.

Duke se desplazó hacia la puerta. El suelo crujió bajo sus pies. Yo oía el mar. La espuma rompía hacia arriba y el viento la azotaba y gruesas gotas se arqueaban perezosas en el aire y golpeteaban el cristal de la ventana. La séptima ola llegó retumbando, más fuerte que las otras. Cogí el revólver que tenía delante. Duke sacó

un arma de su chaqueta y me apuntó por si yo tenía en mente algo distinto de la ruleta. Era una Steyr SPP, básicamente un subfusil ametrallador Steyr TMP recortado en forma de pistola. Una pipa poco común procedente de Austria que en su mano parecía grande y fea. Aparté la mirada y me concentré en el Colt. Metí la bala en una recámara al azar y cerré el tambor. El trinquete susurró en la quietud de la sala.

—Juegue —dijo Beck.

Hice girar el tambor, alcé el revólver y me encañoné la sien. El acero estaba frío. Miré a Beck fijamente a los ojos y aguanté la respiración. Eché el percutor hacia atrás. El tambor se movió y el arma quedó amartillada. El movimiento fue suave, como seda sobre seda. Apreté el gatillo. El percutor cayó con un sonoro chasquido que recorrió todo el metal hasta mi sien. Pero no sentí nada más. Exhalé, bajé el arma y la sostuve con el dorso de la mano apoyado en la mesa. Luego aparté la mano.

—Su turno —señalé.

—Sólo quería ver cómo lo hacía —dijo.

Se produjo un silencio. Sonreí.

—¿Quiere que lo repita? —pregunté.

No respondió. Cogí el arma otra vez e hice girar el tambor. Elevé el cañón hacia mi cabeza. Era tan largo que tuve que forzar el codo. Apreté el gatillo, rápido y decidido. Un fuerte chasquido rompió el silencio. El sonido de un arma de precisión de ochocientos dólares que funcionaba exactamente como cabía esperar. La bajé e hice girar el barrilete por tercera vez. Alcé el arma. Disparé. Nada. Lo hice por cuarta vez, deprisa. Nada. Por quinta vez, más rápido. Nada.

—Muy bien —dijo Beck.

—Hábleme de las alfombras orientales —pedí.

—No hay mucho que contar. Se colocan en el suelo. La gente las compra. A veces pagando mucho.

Sonreí. Levanté otra vez el arma.

—Hay una posibilidad entre seis —puntalicé. Hice girar el tambor por sexta vez. En la habitación se hizo el silencio. Me llevé el cañón a la cabeza. Apreté el gatillo. Noté el chasquido del percutor. Nada más.

—Ya basta —soltó Beck.

Bajé el Colt, abrí el tambor y dejé caer la bala en la mesa. La hice rodar hasta él. Resonó sobre la madera. La detuvo con el pulpejo de la mano y estuvo dos o tres minutos sin abrir la boca. Me miraba como si yo fuera un animal de zoológico. Como si deseara que entre ambos hubiera barrotes.

—Richard dice que fue usted policía militar —dijo.

—Durante trece años —confirmé.

—¿Era bueno?

—Mejor que esos capullos que mandó a recogerle.

—Habla bien de usted.

—No me extraña. Le salvé el pellejo. Lo que me ha salido ciertamente caro.

—¿Le van a echar en falta en algún sitio?

—No.

—¿Familia?

—No tengo.

—¿Empleo?

—No creo que pueda volver, ¿no le parece?

Jugueteó con la bala unos instantes, haciéndola girar bajo la yema del dedo índice. De pronto la recogió en la palma de la mano.

—¿A quién podría llamar? —preguntó.

—¿Para qué?

Meneó la bala como si agitara un dado.

—¿Una recomendación? Tenía un jefe, ¿no?

Los errores ya acudían a atormentarme.

—Trabajo por mi cuenta —repuse.

Volvió a dejar la bala sobre la mesa.

—¿Autorizado y con seguro? —inquirió.

Aguardé un instante.

—No exactamente —dije.

—¿Por qué no?

—Tengo mis razones —repliqué.

—¿Puedo ver el documento de matriculación de la camioneta?

—Lo he extraviado.

Hizo girar la bala bajo los dedos. Me clavó la mirada. Lo veía pensar. Por su cabeza pasaba de todo. Procesaba información. Intentaba que todo encajara con sus ideas preconcebidas.

Yo lo incitaba a seguir adelante. «Un tipo armado y con una vieja camioneta que no es suya. Un ladrón de coches. Un asesino de polis». Sonrió.

—Las historias de siempre —dijo—. Nada nuevo.

No hice ningún comentario. Sólo le sostuve la mirada.

—Deje que adivine —prosiguió—. Estaba comerciando con discos compactos robados.

«Soy su tipo». Meneé la cabeza.

—Contrabando —corregí—. No soy un ladrón, sólo un exmilitar que intenta llegar a final de mes. Y creo en la libertad de expresión.

—Y un cuerno. Cree en ganar dinero fácil.

«Soy su tipo».

—En eso también —dije.

—¿Y le va bien?

—No me quejo.

Volvió a coger la bala en la palma y se la lanzó a Duke. Este la cogió con una mano y la dejó caer en el bolsillo de su chaqueta.

—Duke es mi jefe de seguridad —explicó Beck—. Trabajaré para él. Incorporación inmediata.

Eché un vistazo a Duke y me volví hacia Beck.

—¿Y si no quiero trabajar para él? —pregunté.

—No tiene elección. Allá en Massachusetts hay un policía muerto y aquí tenemos su nombre y sus huellas. Estará en libertad vigilada hasta que sepamos exactamente qué clase de persona es. Pero mírele el lado positivo. Piense en los cinco mil dólares. Eso es un montón de discos de contrabando.

La diferencia entre ser un huésped con todos los honores y un empleado en libertad vigilada es que comí en la cocina con los otros empleados. El gigante de la caseta junto a la verja no se dejó ver, pero estaba Duke y otro tío que parecía una especie de mecánico, de esos manitas que arreglan cualquier cosa. Había también una criada y una cocinera. Nos sentamos los cinco a una sencilla mesa de madera de pino y la comida era tan buena como la de la familia. Acaso aún mejor, pues la cocinera había escupido en la de ellos y dudo que hiciera lo mismo en la nuestra. Yo había pasado mucho tiempo entre veteranos y suboficiales y sabía cómo las gastaban.

No hablamos mucho. La cocinera era una mujer desabrida de unos sesenta años. La criada era tímida. Tuve la impresión de que llevaba allí poco tiempo. No estaba segura de cómo comportarse. Era joven y poco agraciada. Llevaba un vestido de algodón sin cintura y una rebeca de lana. Calzaba zapatos anticuados y sin tacón. El mecánico era un tío de mediana edad, delgado, gris y reservado. Duke también permanecía callado porque estaba pensando. Beck le había encargado un cometido, y él no estaba muy seguro de cómo abordarlo. ¿Podía utilizarme? ¿Podía confiar en mí? No era estúpido, eso estaba claro. Enfocaba todos los aspectos del asunto y estaba dispuesto a dedicar tiempo a cada uno. Tenía más o menos mi edad. Quizás algo mayor o algo más joven. Era de esos tipos fuertes bien alimentados con cereales, que disimulan bien la edad. Aproximadamente de mi talla. Seguramente de huesos más sólidos, y un poco más voluminoso. Pesaríamos igual, kilo arriba kilo abajo. Me senté a su lado y traté de elegir con cuidado el tipo de preguntas que se esperarían de una persona normal.

—Bueno, háblame del negocio de las alfombras —dije, el tono lo bastante elocuente para darle a entender mi suposición de que Beck estaba metido de lleno en algo más.

—Ahora no —replicó, como si quisiera decir: «No delante del personal de servicio». Y luego me miró de un modo que significaba «en todo caso no estoy seguro de querer hablar con un tío lo bastante loco para arriesgarse a dispararse en la cabeza seis veces seguidas».

—La bala era falsa, ¿verdad? —dije.

—¿Qué?

—No tenía pólvora. Seguramente sólo relleno de algodón.

—¿Por qué iba a ser falsa?

—Podría haberle disparado.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—No lo habría hecho, pero en todo caso él es un tipo precavido. No habría corrido el riesgo.

—Yo te estaba apuntando.

—Te podría haber dado a ti primero. Y después usar tu arma contra él.

Se puso algo rígido, pero no respondió. «Competitivo». No me caía muy bien. Lo cual me convenía, porque supuse que más pronto que tarde Duke iba a causar baja.

—Sostén esto —dijo. Sacó la bala del bolsillo y me la dio—. Espera aquí —añadió.

Se levantó de la silla y salió de la cocina. La coloqué derecha en la mesa, como había hecho Beck. Terminé de comer. No había postre. Ni café. Duke regresó con uno de mis Colt. Se dirigió a la puerta trasera y me hizo señas de que lo siguiese. Cogí la bala y lo seguí. La puerta de atrás dio un pitido cuando la cruzamos. Otro detector de metales. Estaba ingeniosamente integrado en el marco. Sin embargo, no había alarma antirrobo. La seguridad dependía del mar y del muro con alambre de espino.

Después de la puerta trasera había un porche frío y húmedo y a continuación una desvencijada contrapuerta que daba al patio, apenas la yema del dedo rocoso. Se extendía ante nosotros en forma semicircular. Estaba oscuro y las luces de la casa captaban el tono gris del granito. Soplaban el viento y alcancé a ver la luminiscencia de las cabrillas en el agua. El oleaje rompía y formaba remolinos. Había luna y bajas nubes rotas que se desplazaban deprisa. El horizonte era inmenso y negro. El aire, frío. Volví la cabeza y distinguí la ventana de mi habitación muy arriba.

—La bala —dijo Duke.

Se la entregué.

—Mira —indicó.

La cargó en el Colt. Sacudió la mano para cerrar el tambor de golpe. Miró con ojos entrecerrados e hizo girar el tambor hasta que la recámara cargada se encontró en la posición de las diez en punto.

—Mira —repitió.

Estiró el brazo, apuntando a las rocas donde éstas llegaban al mar. Apretó el gatillo. El barrilete giró, el percutor cayó y el arma dio un culatazo, lanzando un destello y rugiendo. En las rocas se apreció una chispa simultánea y el inconfundible sonido de un rebote, que se desvaneció hasta quedar todo en silencio. La bala seguramente saltó un centenar de metros en el Atlántico. Tal vez mató a un pez.

—No era falsa —dijo.

—Muy bien —dije.

Abrió el tambor y lo sacudió para hacer caer el casquillo vacío. Tintineó en las rocas a sus pies.



—Eres un capullo —soltó—. Un capullo asesino de polis.

—¿Eras policía?

—Hace siglos —respondió, asintiendo.

—¿Duke es nombre de pila o apellido?

—Apellido.

—¿Por qué un importador de alfombras necesita seguridad?

—Ya te lo ha dicho él, es un negocio complicado. Hay mucho dinero metido.

—¿Quieres que me quede?

Se encogió de hombros.

—No sé. Si viene alguien a husmear, quizá necesitemos carnaza. Mejor tú que yo.

—Yo he salvado al chico.

—¿Y qué? Ponte en la cola, oye. Todos hemos salvado al chaval alguna vez. O al señor Beck, o la propia señora Beck.

—¿Cuántos tíos tienes?

—No los suficientes —respondió—. Al menos si sufrimos un ataque.

—¿Qué es esto? ¿Una guerra?

No contestó. Se limitó a pasar delante de mí en dirección a la casa. Di la espalda al agitado mar y fui tras él.

En la cocina apenas si había actividad. El mecánico había desaparecido y la cocinera y la criada estaban limpiando. Apilaban platos en una máquina lo bastante grande para un restaurante. La criada era bastante torpe. No sabía dónde iba nada. Busqué café. En vano. Duke volvió a sentarse a la mesa de pino. No había nada que hacer. Ninguna urgencia. Yo era consciente de que el tiempo corría. No confiaba en los cinco días de gracia estimados por Susan Duffy. Habría preferido que hubiera dicho tres días. Su realismo me habría dejado más convencido.

—Ve a acostarte —dijo Duke—. Estarás de servicio a partir de la seis y media de la mañana.

—¿Para hacer qué?

—Lo que yo te diga.

—¿Mi puerta va a estar cerrada?

—Por supuesto —dijo—. La abriré a las seis y cuarto. Has de estar aquí abajo a las seis y media.

Esperé sentado en el borde de la cama hasta que lo oí cerrar la puerta. Después aguardé un poco más hasta estar seguro de que no iba a volver. Acto seguido me quité el zapato para ver si había mensajes. El pequeño dispositivo se encendió y en la minúscula pantalla verde apareció un alegre aviso: «¡Tienes correo!». Sólo había un mensaje. De Susan Duffy. Era una pregunta que constaba de una palabra:

«¿Posición?». Pulsé «responder» y escribí: «Abbot, Maine, costa, 20m S de Portland, casa solitaria en un largo saliente rocoso». Eso serviría. No tenía las señas de correo ni las coordenadas GPS. Pero ella podría encontrarlo si se entretenía un rato con un mapa del área a gran escala. Pulsé «enviar».

Después miré fijamente la pantalla. No estaba del todo seguro de cómo funcionaba el correo electrónico. ¿Era una comunicación instantánea, como una llamada telefónica? ¿O mi respuesta pasaría un tiempo en una especie de limbo antes de que ella la recibiera? Di por sentado que Susan estaría esperando. Supuse que ella y Eliot se relevarían las veinticuatro horas.

Transcurridos noventa segundos, la pantalla anunció otra vez «¡Tienes correo!». Sonreí. El sistema funcionaba. Esta vez el mensaje era más largo. Eran sólo veintiuna palabras, pero para leerlo todo tuve que hacer avanzar y retroceder el texto en la diminuta pantalla. Decía lo siguiente: «Consultaremos los mapas. Gracias. Según las huellas, los dos guardaespaldas pertenecían al ejército. Aquí todo controlado. ¿Y por ahí? ¿Algún progreso?».

Pulsé «responder» y escribí: «Contratado, seguramente». Después pensé unos instantes y visualicé a Quinn y Teresa Daniel y añadí: «Por lo demás, ningún progreso todavía». Después reflexioné un poco más y escribí: «Dos guardaespaldas. Pregunten de mi parte al PM Powell por 10-29, 10-30, 10-24, 10-36». Después pulsé «enviar». Observé que el aparato ponía «mensaje enviado» y dirigí la vista a la oscuridad más allá de la ventana, rogando que la generación de Powell aún hablara el mismo lenguaje que la mía. 10-29, 10-30, 10-24 y 10-36 eran cuatro códigos de radio de la policía militar que por sí mismos no significaban gran cosa. 10-29 quería decir «señal débil». Era una reclamación procedimental sobre material defectuoso. 10-30 significaba «solicito ayuda no urgente». 10-24, «persona sospechosa». 10-36, «por favor remitan mis mensajes». La llamada no urgente 10-30 implicaba que la serie completa no despertaría la curiosidad de nadie. Sería registrada y archivada en algún sitio y pasada por alto para siempre jamás. Sin embargo, la serie completa era una suerte de código secreto. O al menos solía serlo mucho tiempo atrás, cuando yo llevaba uniforme. La «señal débil» equivalía a «dejen esto tranquilo pero bajo el radar». La petición de ayuda no urgente la reforzaba: «Mantengan esto alejado de los expedientes delicados». La frase «persona sospechosa» no precisa explicación. «Por favor remitan mis mensajes» significaba «pónganme en el bucle». De modo que si Powell era espabilado entendería que aquello significaba «haz averiguaciones sobre estos tíos con disimulo y dime algo». Esperaba que fuera espabilado, porque me la debía. Me debía una buena. Me había traicionado. Supuse que buscaría la manera de compensarme.

Volví a mirar la diminuta pantalla: «¡Tienes correo!». Era Duffy: «Muy bien, dese prisa». Contesté: «Lo estoy intentando», y apagué el aparato y lo metí en el tacón del zapato. Después comprobé la ventana.

Era un chisme corredero de dos hojas. La inferior se deslizaba hacia arriba, hasta

alinearse con la superior. No había mosquitero. Dentro, la pintura era una capa pulcra y fina. Fuera, gruesa y descuidada donde había sido aplicada repetidas veces para combatir los efectos del clima. Tenía un pestillo de latón. Era un trasto viejo. Nada de seguridad moderna. Corrí el pestillo y tiré hacia arriba. Se enganchaba en los pegotes de pintura. Pero se movía. Logré alzarla unos diez centímetros y me llegó el frío aire marino. Me agaché y busqué alarmas. Ni una. La abrí del todo con gran esfuerzo y examiné todo el marco. Tampoco se apreciaba ningún sistema de seguridad. Era comprensible. La ventana estaba a unos quince metros por encima de las rocas y el mar. Y la propia casa era inalcanzable debido al alto muro y el agua.

Me asomé y miré hacia abajo. Vi dónde había estado cuando Duke disparó la bala. Permanecí con medio cuerpo fuera durante unos cinco minutos, apoyado en los codos, mirando fijamente el negro mar, oliendo el aire salado y pensando en aquella bala. Yo había apretado el gatillo seis veces. Me habría estallado la cabeza. Las alfombras se habrían estropeado y los paneles de roble hecho astillas. Bostecé. Mis reflexiones y la brisa marina me dieron sueño. Cerré la ventana y me acosté.

Cuando a las seis y cuarto de la mañana del duodécimo día, miércoles, cumpleaños de Elizabeth Beck, oí que Duke abría la puerta, yo ya estaba levantado y duchado. Ya había mirado el correo. Ningún mensaje. No me preocupé. Pasé diez tranquilos minutos junto a la ventana. Ante mí se ofrecía el amanecer, y el mar estaba en calma. Era gris, con aspecto aceitoso y manso. La marea había bajado. Se veían las rocas. Había agua estancada aquí y allá. Distinguí aves en la orilla. Araos negros. Empezaba a salirles el plumaje primaveral. El gris daba paso al negro. Tenían las patas de un rojo brillante. Vi cormoranes y gaviotas de lomo negro revoloteando a lo lejos. Gaviotas argéneas descendiendo en picado, por su desayuno.

Aguardé hasta que ya no oí los pasos de Duke, salí, bajé las escaleras, entré en la cocina y me encontré cara a cara con el gigante de la verja. Estaba de pie junto al fregadero, bebiendo un vaso de agua. Seguramente tomándose sus esteroides. Era un tipo grandullón. Yo mido metro noventa y tengo que ir con cuidado al cruzar una puerta normal. Pues aquel tipo era al menos quince centímetros más alto y unos veinticinco más ancho de hombros. Probablemente pesaba unos ochenta kilos más que yo. Por lo menos. Me vino ese estremecimiento interior que noto cuando estoy cerca de un tío tan grande que me hace sentir pequeño. Parece que el mundo se ladea un poco.

—Duke está en el gimnasio —dijo.

—¿Hay un gimnasio?

—Abajo —contestó con voz suave y aguda. Llevaría años engullendo esteroides como caramelos. Tenía la mirada apagada y mal color de piel. Habría cumplido treinta y tantos, su cabello era rubio grasiento y vestía camiseta sin mangas y pantalones de chándal. Sus brazos abultaban más que mis piernas. Parecía un muñeco

de dibujos animados.

»Antes de desayunar hacemos ejercicio —añadió.

—Perfecto —dije—. Ya puedes ir.

—Tú también.

—Yo nunca hago ejercicios —señalé.

—Duke te está esperando.

Eché un vistazo al reloj. Las seis y veinticinco de la mañana. El tiempo volaba.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

No contestó. Sólo me miró como si yo le estuviera tendiendo alguna trampa. Es otro problema de los esteroides. Muchos pueden hacer que se te crucen los cables. Y la cabeza de ese tipo no daba la impresión de haber tenido un comienzo muy positivo. Parecía miserable y estúpido. No podía decirse de otro modo. Y no era una buena combinación. En su rostro había algo. No me gustó. En lo relativo a la simpatía hacia mis nuevos colegas no me iba demasiado bien.

—No es una pregunta tan difícil —dije.

—Paulie —respondió.

—Encantado de conocerte, Paulie. Mi nombre es Reacher.

—Ya lo sé. Estuviste en el ejército.

—¿Tienes algún problema con eso?

—No me gustan los oficiales.

Asentí. Han hecho comprobaciones. Sabían cuál había sido mi graduación. Tenían alguna clase de acceso.

—¿Por qué? ¿Suspendiste el examen de los candidatos a oficiales?

No respondió.

—Vamos a buscar a Duke —dije.

Dejó el vaso en la encimera y me indicó que enfilase un pasillo. Al final del mismo había una puerta que daba a unas escaleras de madera que conducían al sótano. Toda la parte inferior de la casa era un gran sótano. Lo habrían excavado en la roca. Las paredes eran de piedra viva remendada y alisada con hormigón. El aire era algo húmedo y olía a moho. Había bombillas desnudas con protectores de alambre muy cerca del techo. Se apreciaban numerosas habitaciones. Una era bastante espaciosa y estaba pintada toda de blanco. El suelo era de linóleo blanco. Olía a sudor rancio. Había una bicicleta estática, una rueda de andar y una máquina de musculación, un saco de arena colgado de una viga y al lado una pera. En un estante, guantes de boxeo. También pesas colocadas en anaqueles de la pared y discos sueltos amontonados en el suelo junto a un banco. Duke lucía su traje negro. Parecía muy cansado, como si hubiera estado levantado toda la noche. No se había duchado. Tenía el pelo alborotado y el traje arrugado.

Paulie comenzó enseguida una especie de complicada rutina de estiramientos. Era tan musculoso que sus brazos y piernas tenían limitadas las articulaciones. No podía tocarse el hombro con los dedos del mismo brazo. Los bíceps eran demasiado

grandes. Me fijé en la máquina de musculación. Tenía toda suerte de empuñaduras, barras y asideros. Así como fuertes cables negros que pasaban por poleas hasta un montón de placas de plomo. Para moverlas todas habría que ser capaz de levantar doscientos kilos.

—¿Vas a hacer ejercicios? —pregunté a Duke.

—¿Y a ti qué te importa? —soltó.

—Nada, nada —dije.

Paulie giró su gigante cuello y me echó una mirada. Después se tendió de espaldas en el banco y se fue moviendo hasta quedar colocado debajo de una barra apoyada en dos pies. La barra tenía un montón de pesas en cada lado. Gruñó un poco, la sujetó con las manos y sacó y metió la lengua como si se estuviera preparando para un esfuerzo notable. Acto seguido empujó hacia arriba y levantó la barra de sus apoyos. Ésta soportaba tanto peso que se curvó en los extremos, como en un viejo documental sobre levantadores de peso rusos en los juegos olímpicos. Gruñó de nuevo y redobló el esfuerzo hasta poner los brazos rectos. Aguantó así un instante y a continuación dejó caer la barra en los apoyos con gran estruendo. Volvió la cabeza y me miró fijamente, como si yo tuviera que estar impresionado. Pues lo estaba y no lo estaba. Allí había mucho peso y él tenía mucho músculo. Pero el músculo derivado de los esteroides es torpe. Tiene muy buen aspecto, y si uno quiere medir fuerzas con un peso muerto funciona la mar de bien. Sin embargo, es lento y pesado y el mero hecho de arrastrarlo de un lado a otro agota.

—¿Puedes levantar ciento sesenta kilos? —preguntó casi sin aliento.

—Nunca lo he intentado —repuse.

—¿Quieres intentarlo ahora?

—No, gracias.

—Estás muy canijo, tío, esto te pondría en forma.

—Soy oficial. No necesito ponerme en forma. Si quiero levantar ciento sesenta kilos busco a algún mono grandullón y le digo que lo haga por mí.

Me fulminó con la mirada. No le hice caso y me fijé en el saco de arena. Un elemento característico de un gimnasio. No era nuevo. Lo empujé con la palma de la mano y osciló suavemente. Duke me observaba. Luego miró a Paulie. Había captado alguna vibración que a mí se me había escapado. Empujé otra vez el saco. En la preparación para la lucha cuerpo a cuerpo utilizábamos mucho los sacos de arena. Llevábamos uniforme de gala para simular ropa de calle y usábamos los sacos para aprender a dar puntapiés. En una ocasión, años atrás, rajé un saco con el borde del tacón y el suelo se llenó de arena en un momento. Imaginé que eso impresionaría a Paulie. Pero no volvería a intentarlo. El aparatito del correo electrónico estaba oculto en el tacón y no quería estropearlo. Hice la absurda anotación mental de decirle a Duffy que debería haberlo puesto en el zapato izquierdo. Pero claro, ella era zurda.

—No me gustas —soltó Paulie. Me miraba fijamente, así que supuse que hablaba conmigo. Tenía los ojos pequeños. Le brillaba la piel. Era un desequilibrio químico

ambulante. Sus poros rezumaban compuestos exóticos.

»Deberíamos echar un pulso —dijo.

—¿Qué?

—Deberíamos echar un pulso —repitió. Se acercó con un andar ligero y silencioso. Me sacaba tres palmos. Prácticamente tapaba la luz. Olía a sudor acre y penetrante.

—No quiero echar ningún pulso —repliqué. Advertí que Duke me miraba. Eché un vistazo a las manos de Paulie. Tenía los puños apretados, pero no eran grandes. Y los esteroides no producen efecto alguno en las manos de una persona a menos que se ejerciten, y la mayoría no lo hace.

—Eres una nenaza —soltó.

No dije nada.

—Nenaza —repitió.

—¿Qué hay para el vencedor? —pregunté.

—Satisfacción —contestó.

—Vale.

—¿Vale qué?

—Muy bien, adelante —dije.

Pareció sorprendido, pero retrocedió rápidamente hacia el banco de las pesas. Me quité la chaqueta y la dejé plegada sobre la bicicleta estática. Me desabotoné el puño derecho y me subí la manga hasta el hombro. Al lado del suyo, mi brazo era muy delgado. Pero mi mano era un poquito mayor. Y los dedos más largos. Y el poco músculo que tenía en comparación con él se debía exclusivamente a la genética, no a ningún producto de la farmacia.

Nos arrodillamos frente a frente a uno y otro lado del banco, sobre el que hincamos los codos. Su antebrazo era algo más largo que el mío, lo cual iba a mi favor porque me permitiría retorcerle la muñeca. Juntamos las palmas de golpe y nos aferramos. Su mano me pareció húmeda y fría. Duke se colocó como árbitro en el extremo del banco.

—Adelante —dijo.

Hice trampa desde el principio. Cuando se echa un pulso, el objetivo es valerse de la fuerza del brazo y el hombro para hacer girar la mano hacia abajo, y con ella la del rival, hasta hacerle tocar la superficie. Yo no tenía ninguna posibilidad de lograrlo. Al menos no con aquel tipo. No tenía más opción que mantener la mano en su sitio. Así que ni siquiera intenté ganar. Sólo apretaba. Tras un millón de años de evolución disponíamos de un pulgar oponible, es decir, que puede actuar junto con los otros cuatro dedos a modo de tenaza. Tenía sus nudillos en fila y los presioné sin contemplaciones. Mis manos son muy fuertes. Me concentré en mantener el brazo recto. Lo miré fijamente y le estrujé la mano hasta que sus nudillos empezaron a deformarse. Apreté más fuerte. Y más. Él no cedía. Era fortísimo, aguantaba la presión. Yo sudaba y respiraba ruidosamente, sólo procurando no perder. Estuvimos

así durante un minuto entero, haciendo fuerza y temblando en silencio. Apreté un poco más. Dejé que se acumulara dolor en su mano. Vi cómo eso se reflejaba en su cara. Estrujé más todavía. Esto los desconcierta. Creen que la cosa ha ido todo lo mal que podía ir, y resulta que empeora. Y empeora aún más, como una rueda de trinquete. Y va a peor y peor, como si ante ellos se abriera todo un mundo de sufrimiento que aumenta y aumenta, inexorable, como una máquina. Comienzan a concentrarse en su apuro. Y de pronto en sus ojos empieza a vacilar la determinación. Saben que hago trampas, pero se dan cuenta de que no pueden evitarlo. No pueden alzar la vista impotentes y decir: «¡Me estás haciendo daño! ¡No vale!». Entonces las amenazas serían ellos, no yo. Y no lo soportarían. Así que se contienen. Se lo guardan y comienzan a preocuparse por si las cosas se pondrán aún más feas. Como así sucede. Sin lugar a dudas. Aún queda mucho. Siempre queda mucho. Lo miré fijamente a los ojos y apreté más. Él sudaba tanto que la piel se le volvía resbaladiza, por lo que mi mano se movía fácilmente por la suya, haciendo cada vez más fuerza. No le distraía ninguna molestia debida al roce. Todo el dolor estaba concentrado en los nudillos.

—Ya basta —dijo Duke—. Tablas.

No aflojé la mano. Paulie no cedió en la presión. Su brazo era firme como un tronco.

—¡He dicho basta! —gritó Duke—. Vamos, capullos, tenéis cosas que hacer.

Elevé el codo para que no me sorprendiera con un último esfuerzo. Él apartó la vista y retiró el brazo. Nos soltamos. Su mano presentaba intensas marcas rojas y blancas. El pulpejo del dedo pulgar me ardía. Se puso en pie y se marchó. Oí sus fuertes pasos en la escalera.

—Esto ha sido una verdadera estupidez —señaló Duke—. Sólo has conseguido otro enemigo.

Yo estaba jadeando.

—¿Qué? ¿Tenía que perder?

—Habría sido mejor.

—No es mi estilo —dije.

—Entonces eres tonto.

—Tú eres el encargado de la seguridad —puntalicé—. Deberías decirle que se comporte como una persona mayor.

—No es tan fácil.

—Entonces deshazte de él.

—Eso tampoco es fácil.

Me levanté despacio. Me bajé la manga y me abroché el puño. Eché un vistazo al reloj. Casi las siete. El tiempo volaba.

—¿Qué haré hoy? —pregunté.

—Conducir una camioneta. Tú sabes conducir las, ¿verdad?

Asentí porque no podía decir que no. Cuando salvé a Richard Beck conducía una

camioneta.

—He de volver a ducharme —dije—. Y necesito algo de ropa limpia.

—Díselo a la criada. —Duke estaba cansado—. ¿Qué crees que soy? ¿Tu puto ayuda de cámara?

Me observó un instante y acto seguido se dirigió a las escaleras y me dejó solo en el sótano. Me despecé sin dejar de jadear y sacudí la mano para aliviarla. Cogí la chaqueta y fui en busca de Teresa Daniel. En teoría podía estar encerrada en cualquier lugar allí abajo. Pero no encontré nada. El sótano era un laberinto de espacios abiertos en la roca. La mayoría tenía una función clara. En uno había una caldera rugiente y un montón de tuberías. Otro servía para lavar la ropa y contenía una enorme lavadora colocada en lo alto de una mesa de madera para desaguar por gravedad en una cañería que atravesaba el muro a la altura de la rodilla. Había zonas dedicadas a almacén. También dos habitaciones cerradas de puerta maciza. Intenté oír algo dentro pero en vano. Llamé con unos golpecitos sin obtener respuesta.

Volví a subir por las escaleras y me encontré con Richard Beck y su madre en el vestíbulo de la planta baja. Richard se había lavado el pelo, se había hecho la raya a la derecha y se lo había peinado de modo que le colgara abundantemente a la izquierda para ocultar la oreja que le faltaba. Semejaba uno de esos tíos que quieren disimular la calvicie. Su rostro todavía conservaba la ambivalencia. En la seguridad de su casa daba la impresión de estar cómodo, pero también alcancé a ver que se sentía un tanto atrapado. Pareció contento de verme. No sólo porque lo había rescatado, sino porque quizá yo era también una fortuita representación del mundo exterior.

—Feliz cumpleaños, señora Beck —dije.

Ella me sonrió, como si le halagara que yo me hubiera acordado. Tenía mejor aspecto que el día anterior. Me llevaba diez años por lo menos, pero seguramente le habría prestado atención si la hubiera conocido por casualidad en cualquier otro lugar, como un bar, una discoteca o un tren de largo recorrido.

—Se quedará con nosotros una temporada —dijo.

Entonces pareció caer en la cuenta de por qué me quedaría con ellos. Necesitaba esconderme porque había matado a un policía. Pareció preocupada, apartó la mirada y se alejó por el pasillo. Richard fue con ella y se volvió una vez para mirarme. Regresé a la cocina. Paulie no estaba. Pero sí Zachary Beck.

—¿Qué armas llevaban? —inquirió—. Los tipos de la Toyota.

—Uzi —respondí. «Cíñete a la verdad, como buen artista de pega»—. Y una granada.

—¿Qué clase de Uzi?

—Las Micro. Las pequeñas.

—¿De repetición?

—Corta. Veinte tiros.

—¿Está completamente seguro?



Asentí.

—¿Es usted un experto?

—Fueron diseñadas por un teniente del ejército israelí —expliqué—. Se llamaba Uziel Gal. Era un manitas. Hizo todo tipo de mejoras en los viejos modelos checos 23 y 25 hasta que le salió algo totalmente nuevo. Fue en 1949. La Uzi original se empezó a fabricar en 1953. Hay concesiones en Bélgica y Alemania. He visto unas cuantas por ahí.

—¿Y está totalmente seguro de que eran versiones Micro de repetición corta?

—Sí.

—Muy bien —dijo, como si eso significara algo para él. A continuación salió de la cocina. Me quedé allí de pie y pensé en el apremio de aquellas preguntas y en las arrugas en el traje de Duke. La combinación me inquietaba.

Me encontré con la criada y le dije que necesitaba ropa. Ella me enseñó una larga lista de la compra y me dijo que se disponía a ir a la tienda de ultramarinos. Le aclaré que no le estaba pidiendo que me comprara nada, sino sólo que lo tomara prestado de alguien. Se ruborizó, meneó la cabeza y no dijo nada. Después apareció la cocinera, sintió compasión de mí y me frió unos huevos con beicon. Y preparó un poco de café, gracias a lo cual vi todo bajo una nueva luz. Comí y bebí y luego subí los dos tramos de escaleras hasta mi cuarto. La criada había dejado unas prendas en el pasillo, pulcramente dobladas en el suelo. Vaqueros negros y una camisa negra también de tela vaquera, calcetines negros y ropa interior blanca. Cada pieza había sido lavada y planchada con esmero. Supuse que eran de Duke. La ropa de Beck o Richard me habría quedado pequeña, y con la de Paulie habría parecido que llevaba puesta una tienda de campaña. Las recogí y las llevé dentro. Me encerré en el cuarto de baño, me quité el zapato y miré si tenía correo. Había un mensaje. De Susan Duffy. Decía lo siguiente: «Situación localizada en el mapa. Nos trasladaremos a 25m S y O al motel junto a I-95. Respuesta de Powell: ambos DD después de 5, 10-2, 10-28. ¿Novedades?».

Sonreí. Powell aún hablaba el mismo lenguaje. «Ambos DD después de 5» significaba que los dos tipos habían sido despedidos deshonorosamente. Cinco años es demasiado tiempo para que los despidos tengan que ver con una ineptitud consustancial o meteduras de pata en la preparación. Esta clase de cosas habrían sido evidentes enseguida. Al cabo de cinco años sólo te podían despedir por ser una mala persona. Y «10-2, 10-28» no dejaban lugar a dudas. 10-28 era una respuesta estándar de verificación por radio que significaba «alto y claro». 10-2 era una llamada estándar por radio a «ambulancia necesaria con urgencia». Sin embargo, leído todo según el argot secreto de la PM, «ambulancia necesaria con urgencia, alto y claro» quiere decir: «Estos tipos han de estar muertos, no cometer errores al respecto». Powell había mirado los archivos y no le había gustado lo que había visto.

Pulsé la tecla de «responder» y escribí: «Aún sin novedades. Sigo adaptándome». Después pulsé «enviar» y guardé el artilugio otra vez en el zapato. No estuve mucho rato en la ducha. Sólo me enjuagué el sudor del gimnasio y me vestí con la ropa prestada. Me calcé los zapatos y me puse la chaqueta y el abrigo que me había dado Susan. Bajé las escaleras y me encontré con Zachary Beck y Duke, de pie en el vestíbulo. Ambos llevaban abrigo. Duke tenía en la mano las llaves de un coche. Aún no se había duchado. Parecía cansado y ponía mala cara. Quizá no le gustó que yo llevara su ropa. La puerta principal estaba abierta y advertí que la criada se iba en un viejo Saab cubierto de polvo. Tal vez compraría un pastel de cumpleaños.

—Vamos —dijo Beck, como si hubiera algo que hacer y no demasiado tiempo.

Me hicieron salir por la puerta. El detector de metales dio dos pitidos, uno para cada uno de ellos pero ninguno para mí. Fuera, el aire estaba limpio y frío. El cielo, claro. El Cadillac negro de Beck esperaba en la rotonda. Duke sostuvo la puerta y Beck se instaló detrás. El jefe de seguridad ocupó el asiento del conductor. Yo me senté en el del acompañante. Parecía lo correcto. Todo sin decir una palabra.

Duke encendió el motor, metió la primera y aceleró por el sendero de entrada. Alcancé a ver a Paulie delante, a lo lejos, abriendo la verja para el Saab de la criada. Llevaba el traje de nuevo. Se quedó de pie, esperando que pasáramos para dirigirnos al oeste. Me volví y vi que cerraba otra vez la verja.

Recorrimos los veintitantos kilómetros tierra adentro y giramos hacia el norte tomando la autopista de Portland. Miré al frente y me pregunté adónde me estarían llevando. Y qué harían conmigo cuando llegáramos.

Fuimos directamente al extremo de las instalaciones portuarias, fuera de la ciudad. Veía la parte superior de los barcos y grúas por todas partes. Había contenedores abandonados en terrenos llenos de hierbajos. Y alargados edificios bajos de oficinas. Entraban y salían furgonetas. El cielo estaba lleno de gaviotas. Duke cruzó una verja y llegó a un pequeño aparcamiento de hormigón agrietado y remiendos de asfalto donde no había nada salvo una solitaria camioneta de reparto en el centro. Era azul, de tamaño mediano, y le habían añadido una carrocería grande en forma de caja. Ésta era más ancha que la cabina y la envolvía. Una de esas cosas que se encuentran en una empresa de alquiler. Ni la más pequeña ni la más grande que pueden ofrecer. No tenía ningún rótulo. Resultaba totalmente vulgar, con rayas de óxido aquí y allá. Era vieja y se había pasado la vida recibiendo el soplo del aire salado.

—Las llaves están en el portamapas de la puerta —dijo Duke.

Beck se inclinó hacia delante y me dio un trozo de papel. Contenía direcciones de algún lugar de New London, Connecticut.

—Lleve la furgoneta a esta dirección —dijo—. Es un aparcamiento muy parecido a éste. Allí habrá otra furgoneta idéntica. Las llaves están en el portamapas de la puerta. Deje ésta allí y traiga la otra aquí.

—Y no husmees dentro de ninguna —soltó Duke.

—Y conduzca despacio —añadió Beck—. No cometa ninguna infracción. No llame la atención.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué llevan?

—Alfombras —respondió Beck a mi espalda—. Estoy pensando en usted, sólo eso. Lo buscan. Mejor pasar desapercibido. Así que tómese su tiempo. Deténgase a tomar un café. Actúe con normalidad.

No dijeron nada más. Salí del Cadillac. El aire olía a mar, petróleo, gasoil de los tubos de escape y pescado. Soplaba viento. De todas partes llegaba un vago rumor industrial, así como los gritos y graznidos de las gaviotas. Me acerqué a la furgoneta azul. Pasé por detrás y advertí que el tirador de la puerta estaba asegurado con un pequeño precinto de plomo. Seguí andando y abrí la portezuela del conductor. Cogí las llaves del portamapas. Subí y encendí el motor. Me abroché el cinturón, me puse cómodo, metí la primera y salí del aparcamiento. Vi a Beck y Duke en el Cadillac, mirándome partir, el semblante inexpresivo. Me paré en el primer cruce, torcí a la izquierda y puse rumbo sur.

El tiempo pasaba volando. Era consciente de eso. Aquello venía a ser una especie de prueba o test, e iba a tardar diez valiosísimas horas en llevarlo a cabo. Diez horas de las que no podía prescindir. Y costaba un huevo conducir aquella furgoneta. Era vieja y rebelde, el motor hacía un estruendo constante y la transmisión soltaba estridentes gemidos. Tenía la suspensión baja y hecha polvo, y todo el vehículo se bamboleaba. No obstante, los retrovisores eran enormes trastos compactos y rectangulares que me proporcionaban un panorama bastante bueno de todo lo que hubiera a más de diez metros a mi espalda. Me hallaba en la I-95, y todo parecía en calma. Estaba casi seguro de que nadie me seguía. Bastante seguro, aunque no del todo.

Aminoré la marcha, me retorcí, puse el pie izquierdo en el acelerador y me agaché para quitarme el zapato derecho. Haciendo malabarismos me lo coloqué en el regazo y con una mano saqué el cacharro del *email*. Lo mantuve sujeto contra el borde del volante y conduje y tecleé a la vez: «Urgente encontrarnos 1.ª área de descanso I-95 dirección sur de salida Kennebunk traigan soldador y soldadura de plomo Radio Shack o ferretería». Pulsé «enviar» y dejé el trasto en el otro asiento. Volví a calzarme el zapato, lo puse de nuevo sobre el acelerador y me enderecé. Miré otra vez por los retrovisores. Nada. Así que ejercité un poco mis mates. De Kennebunk a New London había unos trescientos kilómetros, quizás un poco más. Cuatro horas a ochenta por hora. A ciento diez serían unas dos horas cincuenta minutos, y seguramente ciento diez era la velocidad máxima de aquella furgoneta. Así tendría un margen de una hora y diez minutos para hacer lo que considerara oportuno.

Seguí conduciendo. Me mantuve en el carril de la derecha sin bajar de ochenta. Todos me adelantaban. Nadie se quedaba detrás. No me seguían. No estaba seguro de si eso era bueno o malo. Quizá lo contrario sería peor. Al cabo de veintinueve minutos pasé la salida de Kennebunk. Un kilómetro después vi una señal de área de descanso. Anunciaba comida, gasolina y aseos diez kilómetros más adelante. Tardé ocho minutos y medio en recorrerlos. Una rampa descendente de poca pendiente y luego una cuesta que atravesaba un bosquecillo. No había buena visibilidad. Las hojas eran pequeñas y nuevas, pero había tantas que no dejaban ver bien. El área de descanso se me ocultaba a la vista. Dejé que la furgoneta se deslizara y coronara la ascensión y a continuación entré en unas instalaciones absolutamente corrientes. Plazas de aparcamiento en diagonal a ambos lados y unos edificios bajos de ladrillo a la derecha. Detrás de los edificios estaba la gasolinera. Habría una docena de vehículos aparcados cerca de los lavabos. Uno era el Taurus de Susan Duffy. El último de la hilera de la izquierda. Ella se hallaba de pie junto al coche, Eliot a su lado.

Pasé despacio por delante de ellos, les indiqué que esperaran y aparqué cuatro plazas más allá. Apagué el motor y me quedé sentado unos instantes agradeciendo el súbito silencio. Volví a meter el dispositivo del correo electrónico en el tacón y me até el zapato. Después intenté parecer una persona normal. Estiré los brazos, bajé y caminé algo renqueante como quien relaja sus agarrotadas piernas y saborea el aire fresco del bosque. Tracé un par de círculos completos, escudriñé toda la zona y observé la cuesta. No la subía nadie. Podía oír el poco tráfico de la autopista. Estaba cerca y el ruido era considerable, pero al estar oculto tras los árboles me sentía como en un lugar íntimo y aislado. Conté setenta y dos segundos, lo que a ochenta por hora supone kilómetro y medio. No apareció nadie en la pendiente. Así que me apresuré hacia donde Duffy y Eliot me esperaban. Él vestía ropa informal con la que no parecía sentirse muy cómodo. Ella llevaba unos vaqueros muy usados y la misma cazadora de piel estropeada que le había visto antes. Estaba impresionante. Ninguno de ellos perdió tiempo en saludos, lo que supongo me alegró.

—¿Hacia dónde se dirige? —preguntó Eliot.

—New London, Connecticut.

—¿Qué hay en el vehículo?

—No lo sé.

—No lo siguen —señaló Duffy.

—Podrían hacerlo mediante un dispositivo electrónico —dije.

—¿Dónde estaría?

—En la parte trasera. ¿Han traído el soldador?

—No —repuso ella—. Está de camino. ¿Para qué hace falta?

—Hay un precinto de plomo —expliqué—. Debemos quitarlo y rehacerlo.

Duffy echó un vistazo a la cuesta con expresión de inquietud.

—Con tanta prisa no es fácil encontrar un soldador.

—Mientras esperamos, examinemos lo que podamos —sugirió Eliot.

Nos dirigimos a la furgoneta azul. Me agaché y miré los bajos; cubiertos de viejo y endurecido barro y lleno de vetas de líquidos y aceite.

—Aquí no —dije—. Para llegar al metal habrían necesitado un cincel.

Eliot lo encontró en la cabina tras unos quince segundos de búsqueda. Estaba metido en la espuma del asiento del acompañante con un cierre de anilla. Era un simple y pequeño artilugio algo mayor que una moneda de veinticinco centavos y de centímetro y medio de grosor, con un delgado cable de unos veinte centímetros que probablemente era la antena de transmisión. Eliot lo cogió todo, salió de la cabina de espaldas y miró fijamente hacia la cuesta.

—¿Qué? —preguntó Duffy.

—Es extraño —dijo—. Lleva una pila de audífono, nada más. Poca potencia, corto alcance. Desde una distancia de más de tres kilómetros no puede captarse. ¿Dónde está el encargado de rastrearlo, entonces?

En el inicio de la pendiente no había nadie. Yo había sido el último que la había

subido. Nos quedamos allí de pie con los ojos llorosos en el frío viento. El tráfico siseaba tras los árboles, pero por la rampa no aparecía nadie.

—¿Cuánto rato lleva aquí? —inquirió Eliot.

—Unos cuatro minutos —contesté—. Quizá cinco.

—No tiene sentido —señaló—. En ese caso, el tipo debería estar a siete u ocho kilómetros por detrás. Y este chisme no puede oírse a más de tres.

—Tal vez no hay ningún tío —dije—. Tal vez confían en mí.

—Si es así, ¿por qué le colocaron esto?

—Quizá no lo hicieron. Quizás ha estado aquí durante años. Quizá se les olvidó.

—Demasiados quizás —objetó él.

Duffy se volvió y miró los árboles fijamente.

—Pueden haberse parado en el arcén de la autopista —indicó—. Al mismo nivel en que estamos nosotros.

Eliot y yo nos volvimos y también observamos con atención. Tenía sentido. Para detenerse en un área de descanso y aparcar cerca del objetivo no hacía falta ninguna técnica ingeniosa.

—Vamos a echar un vistazo —sugerí.

Había una franja estrecha de hierba bien cuidada y luego una zona también estrecha donde los encargados de la autopista habían puesto freno al bosque mediante arbustos y trozos de corteza. Después, sólo árboles. La autopista los había cortado hacia el este y el área de descanso suprimido hacia el oeste, pero en medio quedaba un bosquecillo de unos doce metros de ancho que debía de estar allí desde el origen de los tiempos. Acceder a él era difícil. Había enredaderas, zarzas con pinchos y ramas bajas. Pero estábamos en abril. En julio o agosto habría sido imposible.

Nos paramos antes de que los árboles dieran paso a una vegetación más baja. Detrás estaba el llano y herboso arcén de la autopista. Avanzamos con cuidado hasta donde pudimos y estiramos el cuello a derecha e izquierda. No había nadie aparcado. El arcén estaba vacío en ambas direcciones. Había poco tráfico. Pasaban intervalos de cinco segundos sin vehículos a la vista. Eliot se encogió de hombros como si no entendiera nada, dimos media vuelta y regresamos.

—No tiene ningún sentido —repitió.

—Andan escasos de personal —dije.

—No; están en la carretera 1 —dijo Duffy—. O deberían estar. Corre paralela a la I-95 durante todo el recorrido hasta la costa. Desde Portland en dirección sur. La mayor parte del tiempo seguramente se encuentran a menos de tres kilómetros.

Nos volvimos otra vez hacia el este, como si pudiéramos ver a través de los árboles y localizar un coche parado en el arcén de una lejana carretera paralela.

—Es lo que haría yo —añadió Duffy.

Asentí. Era una explicación verosímil. Tenía pegadas técnicas. Con tres kilómetros de desplazamiento lateral, cualquier ligera discrepancia longitudinal debida al tráfico desviaría la señal hasta quedar fuera de su alcance. Pero, claro, ellos sólo querían

saber la dirección que yo llevaba.

—Es posible —dije.

—No, es más que probable —corrigió Eliot—. Duffy tiene razón. Es pura lógica. Quieren sustraerse a sus retrovisores todo lo que puedan.

Asentí otra vez.

—En cualquier caso, daremos por sentado que se encuentran ahí. ¿Hasta dónde corre la carretera 1 junto a la I-95?

—Hasta el fin del mundo —contestó Duffy—. Hasta mucho más allá de New London, Connecticut. Se separan al llegar a Boston pero luego vuelven a juntarse.

—Muy bien —dije. Consulté la hora—. Llevo aquí nueve minutos. Tiempo suficiente para ir al lavabo y tomar una taza de café. Y para volver a llevar ese trasto electrónico a la carretera.

Le dije a Eliot que se colocara el transmisor en el bolsillo y condujera el Taurus de Duffy hacia el sur a una velocidad constante de ochenta por hora. Le expliqué que lo alcanzaría con la furgoneta antes de llegar a New London. Me preocupaba cómo pondríamos más tarde el transmisor en su sitio. Eliot se marchó y me quedé solo con Duffy. Vimos desaparecer el coche y luego nos volvimos hacia el norte y contemplamos la rampa. Me quedaba una hora y un minuto y necesitaba el soldador. «Pasa el tiempo».

—¿Qué tal por allí? —preguntó ella.

—Es una pesadilla —repuse. Le expliqué lo del muro de granito de dos metros y medio con alambre de espino, de la verja, los detectores de metales en las puertas y mi habitación sin cerradura por dentro. Le hablé de Paulie.

—¿Algún rastro de mi agente? —preguntó.

—Acabo de llegar.

—Está en esa casa —dijo—. Eso quiero creer.

No hice ningún comentario.

—Ha de hacer progresos —indicó—. Cada hora que pasa, empeora su situación. Y la de ella.

—Lo sé.

—¿Cómo es Beck?

—Corrupto y retorcido. —Le hablé de cómo había tomado mis huellas dactilares del vaso y de cómo había hecho desaparecer el Maxima. Después le conté lo de la ruleta rusa.

—¿Jugó usted?

—Seis veces —dije, y miré fijamente la rampa.

Duffy me clavó la mirada.

—Está loco, una posibilidad entre seis; debería estar muerto.

Sonreí.

—¿Ha jugado alguna vez?

—No. No me gustan esos juegos.

—Usted es como la mayoría de la gente. Beck también. Él creía que las posibilidades eran una entre seis. Sin embargo, se acercan más a una entre seiscientos. O a una entre seis mil. Si uno pone una bala pesada en un arma bien hecha y bien conservada como ese Colt Anaconda, sería un milagro que el tambor se parara cuando la bala está cerca de la parte superior. La inercia del giro siempre la lleva hacia abajo. Un mecanismo de precisión, un poco de aceite y la gravedad te echan una mano. No soy idiota. La ruleta rusa es más segura de lo que se piensa. Y valió la pena correr el riesgo para que me contratara.

Se quedó callada.

—¿Tiene algún presentimiento? —quiso saber al cabo.

—Parece un importador de alfombras. Hay alfombras por todos los puñeteros rincones.

—¿Pero...?

—Pero no lo es —precisé—. Me apuesto la pensión. Le pregunté sobre alfombras y no dijo gran cosa, como si no le interesaran demasiado. A la gente le gusta hablar de sus asuntos. Hasta el punto que no puedes hacerla callar.

—¿Cobra una pensión?

—No —dije.

En ese instante apareció bruscamente en lo alto de la cuesta un Taurus gris idéntico al de Duffy salvo por el color. Aminoró mientras el conductor echaba un vistazo alrededor y luego aceleró hacia nosotros. Al volante iba el tipo mayor, el que yo había dejado tirado en el arroyo junto a la verja de la universidad. Se detuvo al lado de mi furgoneta azul, abrió la puerta y salió a duras penas igual que había hecho para bajar del Caprice. Llevaba en la mano una bolsa de Radio Shack negra y roja. Rebosaba de cajas. La sostuvo en alto, sonrió y se acercó para estrecharme la mano. Llevaba una camisa nueva, pero el traje era el mismo. Aprecié manchas donde había intentado limpiarse la sangre sintética. Me lo representé mentalmente, en el lavabo de su habitación del motel, atareado con la toalla de mano. No le había salido muy bien. Era como si en la cena no hubiera tenido cuidado con el ketchup.

—¿Le han mandado a un recado? —preguntó.

—Aún no sé de qué se trata —dije—. Pero tenemos un problema con un precinto de plomo.

Asintió.

—Con una lista de la compra así me lo imaginaba. ¿Qué otra cosa iba a ser?

—¿Lo ha hecho antes?

—Soy de la vieja escuela. En otro tiempo hacíamos diez al día. La camioneta aparcaba, y antes de que el tío hubiera pedido siquiera la sopa habíamos entrado y salido.

Se puso en cuclillas y vació la bolsa en el asfalto. Un soldador y un carrete de soldadura de plomo, así como un convertidor que accionaría el soldador desde el encendedor de su coche. Eso significaba que debía dejar el motor encendido, así que



arrancó y dio un poco de marcha atrás para que el cable llegara.

El precinto era básicamente un alambre de plomo fundido con grandes herretes enmohecidos en cada extremo. Los herretes habían sido machacados y fundidos en una gran gota grabada en relieve. El tipo no tocó los extremos fundidos. Se notaba que lo había hecho antes. Enchufó el soldador y esperó a que se calentara. Hizo la comprobación escupiendo en la punta. Cuando lo vio claro aplicó la punta a la parte más delgada del alambre, que se derritió y separó. Él ensanchó el espacio como si abriera unas esposas pequeñas y sacó el precinto de su ranura. Se metió en su coche y dejó el precinto en el salpicadero. Accioné la manija de la puerta.

—Muy bien —dijo Duffy—. ¿Qué tenemos?

Alfombras. La puerta traqueteó al subir y la luz del día inundó toda la carga, unas doscientas alfombras, todas pulcramente enrolladas y atadas con cuerdas en posición vertical. Eran de distintos tamaños, las más altas al fondo y las más cortas en el lado de la puerta. Se nos ofrecían como una especie de antigua formación basáltica. Estaban enrolladas hacia dentro, de modo que sólo veíamos el lado tosco y mate. La cuerda era de sisal basto, viejo y amarillento. Había un intenso olor a lana cruda y un aroma más suave a tinte vegetal.

—Deberíamos echar un vistazo —dijo Duffy con cierta decepción.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó el tipo mayor.

Miré el reloj.

—Cuarenta minutos —dije.

—Tomemos unas muestras —sugirió.

Arrastramos un par de la hilera de delante. Estaban fuertemente enrolladas. Nada de tubos de cartón. Enroscadas sobre sí mismas y bien apretadas con la cuerda. Una tenía una franja. Olía a viejo y a moho. Los nudos eran firmes y estaban aplastados. Intentamos deshacerlos con las uñas, en vano.

—Seguramente cortan la cuerda —señaló Duffy—. Si no, es imposible.

—Sí —confirmó el tipo mayor—, imposible.

La cuerda era basta y tenía un aspecto desusado. Hacía tiempo que yo no veía una cuerda así. Estaba hecha de una especie de fibra natural. Acaso yute, o cáñamo.

—Así pues, ¿qué hacemos? —preguntó él.

Saqué otra alfombra. La sopesé. Pesaba aproximadamente lo que debería pesar una alfombra. La estrujé. Cedió ligeramente. La apoyé en el suelo por un extremo y le di un puñetazo en el centro. Cedió otro poco, exactamente como haría una alfombra muy enrollada.

—Sólo son alfombras —dije.

—¿No hay nada debajo? —preguntó Duffy—. Tal vez aquellas altas del fondo no son tan altas. A lo mejor se apoyan en algo.

Sacamos las alfombras una a una y las dejamos sobre el asfalto en el orden que seguiríamos para volver a colocarlas. Trazamos en el suelo una línea aleatoria en zigzag. Las altas eran ni más ni menos lo que parecían ser: alfombras altas, muy

arrolladas, atadas con una cuerda, en posición vertical. Nada oculto en ellas. Nos quedamos de pie en el frío, rodeados por el disparatado revoltijo de alfombras y nos miramos.

—Es una carga fantasma —dijo Duffy—. Beck supuso que usted encontraría un modo de abrir.

—Quizá —dije.

—O sólo quería quitarle de en medio.

—¿Mientras él está haciendo qué?

—Haciendo comprobaciones sobre usted —aclaró ella—. Asegurándose. Consulté la hora.

—Hemos de volver a cargar. Tendré que conducir como un loco.

—Iré con usted —dijo ella—. Quiero decir, hasta que alcancemos a Eliot.

Asentí.

—Me parece bien. Hemos de hablar.

Volvimos a meter las alfombras en la furgoneta, dándoles puntapiés y empujándolas hasta dejarlas perfectamente dispuestas en su posición inicial. A continuación eché hacia abajo la puerta y el tipo mayor se puso a trabajar con la soldadura. Colocó de nuevo el precinto roto en su ranura y juntó los extremos separados. Calentó el soldador, llenó el vacío con la punta y llevó hasta allí un extremo del carrete de soldadura. El hueco se llenó con una gran gota plateada. No tenía el color apropiado y era demasiado grande. El cable parecía la caricatura de una serpiente que acabara de tragarse un conejo.

—No pasa nada —dijo para tranquilizarnos.

Utilizó la punta del soldador como si fuera un pincel diminuto y alisó la gota hasta hacerla más y más fina. De vez en cuando daba un golpecito con la punta para eliminar el sobrante. El hombre trabajaba con delicadeza. Tardó tres largos minutos, pero al final aquello se parecía mucho a lo que había inicialmente. Dejó que se enfriara un poco y luego sopló con fuerza. El nuevo color plateado se transformó en gris al instante. Era lo más parecido que yo había visto a una reparación invisible. Sin duda mejor de lo que yo habría sido capaz de hacer.

—Vale —dije—. Muy bien. Pero tendrá que hacer otra. Tengo que regresar con otro vehículo. También habría que echarle una ojeada. Nos encontraremos en la primera área de descanso en dirección norte después de Portsmouth, New Hampshire.

—¿Cuándo?

—Dentro de cinco horas.

Duffy y yo nos dirigimos al sur todo lo deprisa que pude hacer correr la vieja furgoneta. Imposible pasar de cien. El vehículo tenía la forma de un ladrillo, y la resistencia del viento anulaba todo intento de ir más rápido. Pero cien bastaría. Aún disponía de unos minutos.

—¿Ha visto su despacho? —preguntó ella.

—Todavía no. Hemos de verificar esto. De hecho hemos de verificar toda esta operación del puerto.

—Estamos en ello. —Tenía que hablar alto. A cien por hora el ruido del motor y los gemidos de la caja de cambios eran el doble que a ochenta—. Portland es el cuadragésimo cuarto puerto con más tráfico de Estados Unidos. Unos catorce millones de toneladas de productos importados al año. Más o menos un cuarto de millón a la semana. Parece que para Beck hay unas diez, dos o tres contenedores.

—¿En la aduana registran su mercancía?

—Como hacen con la de todo el mundo. El actual índice de registro es aproximadamente del dos por ciento. O sea que si Beck llena ciento cincuenta contenedores al año, tal vez le registrarán tres.

—Entonces ¿cómo lo hace?

—Quizá juega con las probabilidades limitando la mercancía ilegal a, pongamos, un contenedor de cada diez. Esto haría que el índice de búsqueda efectiva se redujera a un 0,2 por ciento. Así podría aguantar años.

—Ya ha aguantado años. Debe de estar sobornando a alguien.

Ella asintió sin decir nada.

—¿Pueden conseguir que se haga un registro especial? —inquirí.

—Sin una justificación verosímil, no —respondió—. Estamos aquí extraoficialmente, no lo olvide. Necesitamos pruebas muy convincentes. Y en todo caso la posibilidad de que haya sobornos hace que todo sea un campo minado. Podríamos dirigirnos al funcionario equivocado.

Seguimos adelante. El motor rugía y la suspensión se balanceaba. Lo dejábamos todo atrás. Ahora yo miraba por el retrovisor para ver si venían polis. Suponía que las credenciales de la DEA de Duffy servirían para solventar cualquier problema, pero no quería perder el tiempo que tardaría ella en resolverlo.

—¿Cómo reaccionó Beck? —preguntó—. La primera impresión.

—Estaba confuso. Y algo resentido. Esa fue mi primera impresión. ¿Se fijó que en la facultad Richard Beck no estaba custodiado?

—Un entorno seguro.

—No del todo. Es posible sacar a un chico de allí, resulta de lo más fácil. La ausencia de guardias significa que no hay peligro. Creo que el asunto de los guardaespaldas para llevar al chaval a casa era una suerte de concesión por el hecho de haberse vuelto paranoico. Me parece que era meramente un acto de complacencia. No pienso que el viejo Beck imaginara que de veras hacía falta, de lo contrario le habría puesto seguridad también en la facultad. O no dejar siquiera que su hijo se matriculara.

—¿Por tanto?

—Por tanto creo que en el pasado se alcanzó un cierto acuerdo. Acaso a raíz del primer secuestro. Algo que garantizara determinado statu quo. De ahí que no hubiera

vigilantes en la facultad. De ahí el resentimiento de Beck, como si alguien hubiera roto un pacto.

—¿Piensa eso?

Asentí.

—Estaba sorprendido, desconcertado, enojado. Siempre preguntaba lo mismo. «¿Quién?».

—Una pregunta obvia.

—Pero sonaba a cómo-se-atreven. Había en ella una postura. Como si alguien se hubiera saltado las reglas del juego. No era sólo una pregunta. En su semblante se reflejaba fastidio hacia alguien.

—¿Qué le contó usted?

—Describí la camioneta. Los chicos del grupo.

Ella sonrió.

—Nada de riesgos.

Meneé la cabeza.

—Hay un tío apellidado Duke. No sé el nombre de pila. Ex poli. Es el jefe de seguridad. Esta mañana parecía no haberse acostado. Se le veía cansado y no se había duchado. Llevaba la americana arrugada, en la parte inferior de la espalda.

—¿Y qué?

—Significa que anoche estuvo conduciendo mucho rato. Creo que fue a echar un vistazo a la Toyota. A comprobar la matrícula. ¿Dónde la escondieron ustedes?

—Dejamos que se la llevara la policía del estado. Para que todo siguiera siendo creíble. No podíamos llevarla otra vez al garaje de la DEA. Estará en algún recinto de por ahí.

—¿Qué pone la placa?

—Hartford, Connecticut —contestó ella—. Pertenece a una banda de traficantes de éxtasis de tres al cuarto que desarticulamos.

—¿Cuándo?

—La semana pasada.

Seguí conduciendo. El tráfico se iba haciendo denso.

—Primer error —dije—. Beck va a comprobarlo. Y luego se preguntará por qué unos traficantes de éxtasis de poca monta de Connecticut querrían secuestrar a su hijo. Y acto seguido se preguntará cómo es posible que unos traficantes de éxtasis de poca monta de Connecticut intenten secuestrar a su hijo una semana después de haber sido encarcelados.

—Mierda —soltó Duffy.

—Y aún puede ser peor —añadí—. Creo que Duke también ha echado un vistazo al Lincoln. Tiene la parte delantera destrozada y sin parabrisas pero no hay ningún agujero de bala. Y no parece que dentro estallase ninguna granada de verdad. El Lincoln es una prueba evidente de que todo fue un camelo.

—No. El Lincoln está a buen recaudo. No siguió el mismo camino que la Toyota.

—¿Está segura? Porque lo primero que me pidió Beck esta mañana fue detalles sobre las Uzi. Como si quisiera que mis propias palabras me delataran. ¿Dos Uzi Micro de repetición, de veinte tiros, cuarenta disparos en total, y ni una marca en el vehículo?

—No —repitió ella—. No hay peligro. El Lincoln está oculto.

—¿Dónde?

—En Boston. En nuestro garaje, pero cualquier documento oficial dirá que se halla en el depósito del condado. Se supone que forma parte de la escena del crimen. Se supone que los guardaespaldas acabaron destrozados en su interior. Procuramos ser creíbles. Hemos analizado esto a fondo.

—Salvo lo de la matrícula de la Toyota.

Duffy parecía abatida.

—Pero el Lincoln está bien. Se encuentra a ciento cincuenta kilómetros de la Toyota. El tío ese, Duke, habrá tenido que conducir toda la noche.

—Me parece que sí. ¿Y por qué Beck estaba tan nervioso con las Uzi?

Reflexionó un momento.

—Hemos de suspender la operación —dijo—. Por la Toyota, no por el Lincoln. Con el Lincoln no pasa nada.

Miré el reloj. Miré la carretera. La furgoneta rugía. Pronto alcanzaríamos a Eliot. Calculé el tiempo y la distancia.

—Hemos de abandonar —repitió.

—¿Y qué pasa con su agente?

—Que le maten a usted no le ayudará.

Pensé en Quinn.

—Ya lo discutiremos más tarde —dije—. De momento seguimos.

Al cabo de otros ocho minutos adelantamos a Eliot. Su Taurus se mantenía constante como una roca a unos discretos ochenta por hora. Me coloqué delante y acompasé mi velocidad a la suya. Él se me pegó detrás. Rodeamos Boston y nos detuvimos en la primera área de descanso que vimos al sur de la ciudad. Por allí todo el mundo se veía más ajetreado. Me quedé inmóvil con Duffy a mi lado y observé la cuesta durante veintidós segundos; después entraron cuatro coches. No me llamó la atención ninguno de los conductores. Un par de ellos llevaban pasajeros. Todos hicieron cosas propias de las áreas de descanso, como quedarse de pie y bostezar junto a la puerta abierta, mirar alrededor, dirigirse a los servicios o a la tienda de comida rápida.

—¿Dónde está la otra furgoneta? —preguntó Duffy.

—En un aparcamiento de New London —respondí.

—¿Y las llaves?

—Dentro.

—Por tanto allí también habrá gente. Nadie deja una furgoneta sola con las llaves

dentro. Le estarán esperando. No sabemos qué les habrán dicho que hagan. Deberíamos considerar la posibilidad de que todo haya terminado.

—No caeré en una trampa —señalé—. No va conmigo. Y la próxima furgoneta acaso nos ofrezca algo mejor.

—De acuerdo. La registraremos en New Hampshire. Si usted llega hasta allí.

—Me podría prestar su Glock.

Se llevó la mano bajo el brazo.

—¿Por cuánto tiempo?

—Mientras la necesite.

—¿Qué ha pasado con los Colt?

—Se los quedaron.

—No puedo —dijo—. No puedo dejarle mi arma de servicio.

—Esto no tiene nada de oficial.

Pensó un momento.

—Mierda —soltó. Sacó la Glock y me la dio. Conservaba su calor corporal. La sostuve en la palma y me recreé en la sensación. Rebuscó en su bolso y sacó un par de cargadores de recambio. Los metí en un bolsillo y el arma en el otro.

—Gracias.

—Nos vemos en New Hampshire —dijo—. Inspeccionaremos el vehículo. Y luego decidiremos.

—Muy bien —dije, aunque yo ya había decidido.

Eliot se acercó y sacó el transmisor del bolsillo. Duffy se apartó y él volvió a meter el aparatito en el asiento. Después ambos se marcharon juntos, a su Taurus oficial. Aguardé un tiempo razonable y volví a la carretera.

Encontré New London sin ninguna dificultad. Era un lugar viejo y descuidado. No había estado antes allí. No había tenido ningún motivo para ir. Es una ciudad portuaria. Creo que ahí construyen submarinos. O en algún lugar cercano. Tal vez en Groton. Las direcciones que me había dado Beck pronto me hicieron abandonar la autopista y atravesar zonas industriales degradadas. Había mucho ladrillo viejo, húmedo, picado y manchado por el humo. Aproximadamente a kilómetro y medio del lugar donde estaba el aparcamiento, giré a la derecha y luego a la izquierda para rodearlo. Aparqué junto a un parquímetro destrozado y comprobé la pistola de Duffy. Era una Glock 19, quizá de un año. Llena de balas. Los cargadores también estaban llenos. Salí de la furgoneta. Oí retumbar sirenas a lo lejos, en el Sound. Entraba un transbordador. El viento arrastraba basura por la calle. Una prostituta salió de un portal y me sonrió. Una ciudad portuaria. Ella no podía calar a un PM del ejército como harían sus colegas en cualquier otra parte.

Doblé una esquina y se me ofreció una vista parcial bastante buena del aparcamiento al que me dirigía. El terreno descendía hacia el mar y yo me hallaba a

cierta altura. Vi la furgoneta esperándome. Era idéntica a la otra. Los años, el tipo, el color. Se encontraba sola en el mismo centro del aparcamiento, sólo un cuadrado de hierbas y ladrillos apretujados. Un par de décadas atrás habían demolido un viejo edificio y no habían construido nada en su lugar.

No vi a nadie aguardándome, si bien por allí había mil ventanas sucias y en teoría todas podían estar llenas de observadores. Sin embargo, no percibí nada. Percibir no es lo mismo que saber, pero a veces no hay otra cosa. Me quedé inmóvil hasta que cogí frío y entonces regresé a la furgoneta. Circundé el aparcamiento y entré. La aparqué con el morro pegado al de su gemela. Saqué la llave y la dejé en el portamapas. Eché un último vistazo alrededor y salí. Metí la mano al bolsillo y la cerré en torno a la pistola. Agucé el oído. Nada salvo viento soplando y los sonidos lejanos de una ciudad cansada que aguanta a duras penas. Todo iba bien, a menos que alguien planeara dispararme con un fusil de largo alcance. Porque la Glock 19 no iba a protegerme de eso.

La nueva furgoneta estaba fría e inmóvil. La puerta abierta y la llave en el portamapas. Ajusté el asiento y los retrovisores. Dejé caer la llave al suelo con deliberada torpeza y miré bajo los asientos. Ningún transmisor. Sólo unos envoltorios de chicle y kleenex sucios. Encendí el motor. Me separé del otro vehículo dando marcha atrás, lancé el nuevo por el aparcamiento y lo puse rumbo a la autopista. No vi a nadie. Nadie me siguió.

La furgoneta iba algo mejor que la anterior. Era un poco más silenciosa y corría más. Quizás el cuentakilómetros había dado la vuelta sólo dos veces. Me llevaba tambaleante de regreso al norte. Miré fijamente al frente y visualicé la casa solitaria del saliente rocoso haciéndose mayor por momentos. Me atraía y me repelía con igual fuerza. Así que permanecí inmóvil con una mano al volante, sin parpadear. Rhode Island estaba tranquilo. Mientras lo crucé nadie me siguió. Massachusetts era en su mayor parte un largo bucle alrededor de Boston y luego un *sprint* por la protuberancia del nordeste, con poblachos como Lowell a mi izquierda y lugares bonitos como Newburyport, Cape Ann y Gloucester lejos a mi derecha. No me seguían. Después venía New Hampshire. La I-95 recorre unos treinta kilómetros de ese estado, con Portsmouth como última parada. Dejé atrás la ciudad y estuve atento a las señales de las áreas de descanso. Encontré una justo después de cruzar la frontera de Maine. Eso significaba que Duffy, Eliot y el tipo mayor con el traje manchado estarían esperándome a unos trece kilómetros.

No estaban sólo Duffy, Eliot y el viejo. Los acompañaba una unidad de perros de la DEA. Supongo que si a los tíos del gobierno les das suficiente tiempo para pensar, te salen con lo que menos esperas. Entré en un área casi idéntica a la de Kennebunk y

advertí los dos Taurus aparcados al final de la hilera, junto a una furgoneta corriente con un ventilador girando en el techo. Aparqué cuatro plazas más allá y seguí las habituales pautas de precaución de esperar y observar, pero después de mí no llegó nadie. No me preocupé por el arcén. Gracias a los árboles, era invisible desde la autopista. Había árboles por todas partes. Maine tiene un montón de árboles, joder.

Salí de la furgoneta y el tipo mayor acercó su coche y empezó a trabajar con su soldador.

—He hecho varias llamadas —dijo Duffy. Sostenía su Nokia como para demostrarlo—. Buenas y malas noticias.

—Primero las buenas —indiqué—. Alégreme un poco el día.

—Creo que el asunto de la Toyota podría estar resuelto.

—¿Podría?

—Es complicado. Los de Aduana nos han facilitado el calendario de envíos de Beck. Todo su material procede de Odesa. Está en Ucrania, a orillas del mar Negro.

—Sé dónde está.

—Origen verosímil de las alfombras. Éstas llegan a través de Turquía procedentes de todas partes. Pero en nuestra opinión Odesa es uno de los puertos de la heroína. Todo lo que no viene aquí directamente desde Colombia pasa por Afganistán y Turkmenistán y atraviesa el Caspio y el Cáucaso. De modo que si Beck se dedica a la heroína, eso significa que no conoce a ningún camello de éxtasis ni por asomo. Ni de Connecticut ni de ninguna otra parte. No puede haber relación alguna. Imposible. No tendría ni pies ni cabeza. Son negocios totalmente distintos. Así que, en cuanto a descubrir algo, empieza desde cero. Quiero decir que la matrícula de la Toyota le dará un nombre y una dirección, claro, pero esa información no significará nada para él. Tardará unos días en averiguar quiénes son los de la furgoneta y encontrarlos.

—¿Éstas son las noticias buenas?

—No están mal. Créame, son mundos independientes. En cualquier caso, usted dispone sólo de unos pocos días. No podemos retener a esos guardaespaldas indefinidamente.

—¿Y las noticias malas?

Duffy se tomó un respiro.

—En realidad, no es del todo imposible que alguien haya echado una ojeada al Lincoln.

—¿Qué ha pasado?

—Nada concreto. Sólo que la seguridad del garaje quizá no era todo lo buena que debiera.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no podemos estar seguros de que no haya sucedido nada malo.

Oímos la puerta trasera de la furgoneta traquetear al abrirse hacia arriba. Golpeó contra su tope, y un instante después Eliot nos llamó con tono de apremio. Nos acercamos esperando encontrar algo interesante. En vez de ello, otro transmisor,



idéntico al anterior. Estaba pegado al interior de la chapa, cerca de la puerta, aproximadamente a la altura de la cabeza.

—Fantástico —soltó Duffy.

El espacio de carga estaba lleno de alfombras, exactamente igual que el otro. Podía haber sido la misma furgoneta. Estaban muy enrolladas y atadas con una cuerda basta y amontonadas en posición vertical y ordenadas de mayor a menor.

—¿Las examinamos? —sugirió el tipo mayor.

—No tenemos tiempo —dijo—. Si hay alguien al otro extremo del transmisor, considerará lógico que me quede aquí unos diez minutos, pero no más.

—Metamos el perro —dijo Duffy.

Un tío al que yo no había visto abrió la furgoneta de la DEA y sacó un sabueso sujeto con una correa. Era un bicho pequeño, gordo, de patas cortas, con los arcos de trabajo puestos. Tenía las orejas largas y una expresión ansiosa. Me gustan los perros. A veces pienso en comprar uno. Me haría compañía. Ése me ignoró por completo. Sólo dejó que su cuidador lo condujera hasta la furgoneta azul y una vez allí esperó instrucciones. El tío lo alzó hasta el espacio de carga y lo colocó ante las alfombras. Chasqueó los dedos, pronunció una especie de orden y soltó la correa. El perro empezó a husmear arriba y abajo y de un lado a otro. Al tener las patas cortas le costaba un poco sortear los diferentes desniveles. De todos modos, no dejó un solo centímetro por explorar, tras lo cual volvió al sitio desde donde había comenzado y se quedó allí con los ojos brillantes, meneando la cola y con la boca abierta en una absurda y húmeda sonrisa como si estuviera diciendo: «Bueno, ¿dónde está la acción?».

—Nada —dijo el cuidador.

—Carga legal —apuntó Eliot.

Duffy asintió.

—Pero ¿por qué vuelve esto al norte? Nadie exporta alfombras de nuevo a Odesa. Es absurdo.

—Era una prueba —señalé—. Para mí. Imaginaron que a lo mejor echaría un vistazo.

—Compongamos el precinto —dijo Duffy.

El cuidador se llevó el sabueso y Eliot estiró los brazos y bajó la puerta. El tipo mayor cogió el soldador y Duffy me llevó nuevamente a un lado.

—¿Qué decidimos? —preguntó.

—¿Qué haría usted?

—Abandonar —contestó—. El Lincoln es la carta mala. Podría matarle.

Miré más allá del hombro de ella y observé al otro ocupado en su menester. Ya estaba rebajando la unión de la soldadura.

—Se tragarón la historia —dijo—. Inevitable. Era una historia magnífica.

—Tal vez han visto el Lincoln.

—No alcanzo a entender por qué querrían hacerlo.

El tipo mayor ya terminaba. Estaba agachado, listo para soplar en la juntura, todo a punto para que el cable adquiriese un color gris apagado. Duffy posó su mano en mi brazo.

—¿Por qué hablaba Beck de las Uzi? —preguntó.

—No lo sé.

—Ya está —dijo el de la soldadura.

—¿Qué decidimos? —repitió Duffy.

Pensé en Quinn. Pensé en cómo me había recorrido el rostro con la mirada, ni de prisa ni despacio. Pensé en las cicatrices por disparos del calibre 22, como dos ojos adicionales en el lado izquierdo de la frente.

—Seguiré adelante —dije—. Creo que no corro demasiado riesgo. Si hubieran tenido sospechas, esta mañana hubieran ido por mí.

Duffy se quedó callada. No discutió. Sólo quitó la mano de mi brazo y me dejó ir.

Me dejó ir, pero no me pidió el arma. Quizá fue algo inconsciente. Quizá quería que me la quedara. Me la coloqué en la parte de atrás del cinturón. Se ajustaba mejor que el enorme Colt. Acto seguido, salí a la carretera y llegué al aparcamiento cerca de los muelles de Portland exactamente diez horas después de haberlos abandonado. Nadie me esperaba. Ningún Cadillac negro. Entré y aparqué. Dejé las llaves en el portamapas y bajé. Después de recorrer ochocientos kilómetros de autopista estaba cansado y un poco sordo.

Eran las seis de la tarde y el sol se estaba poniendo tras la ciudad. El aire era frío y desde el mar llegaba humedad. Me abotoné el abrigo y permanecí quieto unos instantes por si me observaban. Después me marché. Traté de parecer desorientado. Pero me dirigí más o menos hacia el norte y miré con atención los edificios que se alzaban delante. El aparcamiento estaba rodeado por oficinas de poca altura. Parecían tráilers sin ruedas. Construidas a lo barato y mal conservadas. Tenían pequeños y descuidados aparcamientos llenos de vehículos de la gama media. Toda la zona parecía atareada e imbuida de espíritu práctico. Ahí tenía lugar el comercio en el mundo real. Eso estaba claro. Ni elegantes oficinas centrales, ni mármol, ni esculturas, sólo una serie de personas corrientes trabajando esforzadamente por dinero tras ventanas sucias cubiertas con persianas venecianas rotas.

Algunas oficinas eran construcciones adosadas a pequeños almacenes. Estos eran modernas estructuras metálicas prefabricadas. Tenían plataformas de carga y espacios estrechos delimitados por gruesos postes, todo ello de hormigón. Los postes presentaban manchas de todos los colores conocidos de pintura de vehículos.

Al cabo de unos cinco minutos encontré el Cadillac negro de Beck. Estaba estacionado en un rectángulo de asfalto agrietado formando un ángulo con la pared de un almacén, cerca de una puerta de oficinas. La puerta parecía de una casa de un barrio residencial. Era de diseño colonial y madera noble. No la habían pintado nunca y era gris y granosa debido al aire salado. Tenía un letrero descolorido fijado con tornillos: «BIZARRE BAZAAR». Las letras, escritas a mano, recordaban al Haight-Ashbury de los años sesenta. Como si anunciaran un concierto en el Fillmore West, como si Bizarre Bazaar fuera el maravilloso comienzo de un gran éxito de Jefferson Airplane o los Grateful Dead.

Oí acercarse un coche y me oculté tras el edificio adyacente. Esperé. Era un coche grande que avanzaba despacio. Alcancé a percibir los blandos y gruesos neumáticos metiéndose en baches encharcados. Era un Lincoln Town Car, negro brillante, idéntico al que habíamos destrozado a las puertas de la universidad. Seguramente los dos habían estado juntos en la línea de montaje, el morro de uno pegado a la trasera del otro. Pasó lentamente por delante del Cadillac de Beck, dobló la esquina y aparcó

en la parte trasera del almacén. Bajó un tío que se desperezó y bostezó como si también acabase de conducir ochocientos kilómetros. Era de estatura mediana y fornido, de cabello negro muy corto. Rostro enjuto, mal color de piel. Miraba con ceño, como si se sintiera frustrado. Parecía peligroso. Pero subalterno, en cierto modo. Como si se hallara en un peldaño bajo de la pirámide. Y como si pudiera ser tanto más peligroso por esa razón. Se inclinó dentro del coche y sacó uno de esos dispositivos rastreadores con una larga antena de cromo y un altavoz cubierto por una malla que gimotea y chirría cada vez que localiza un transmisor adecuado a uno o dos kilómetros.

Luego entró por la puerta sin pintar. Yo me quedé donde estaba. Repasé mentalmente las diez últimas horas. Mientras había durado la vigilancia a distancia me había detenido tres veces. Cada parada había sido lo bastante corta para ser creíble. Si la vigilancia hubiera sido visual, todo se habría estropeado. Sin embargo, estaba casi seguro de que en ningún momento había aparecido un Lincoln negro en mi campo visual. Me inclinaba a darle la razón a Duffy. El tío y su rastreador habían estado en la carretera 1.

Permanecí inmóvil unos instantes. A continuación me dirigí a la puerta. La abrí de golpe y entré. Enseguida había un giro a la izquierda en ángulo recto que llevaba a una pequeña área abierta al público ocupada por mesas y archivadores. No había gente. Nadie sentado a ninguna mesa. Pero sí hasta hacía muy poco, sin duda. Era una oficina corriente de una empresa. Había tres mesas repletas del tipo de cosas que los empleados dejan al final de la jornada. Papeleo por terminar, tazas de café enjuagadas, notas, jarras de recuerdo rebosantes de lápices, paquetes de pañuelos de papel. En las paredes había calentadores eléctricos y el lugar estaba caldeado y olía ligeramente a ambientador.

En el fondo había una puerta cerrada tras la cual hablaban en voz baja. Reconocí las voces de Beck y Duke. Ambos conversaban con un tercer hombre que supuse sería el del Lincoln negro. No entendía lo que decían pero advertí cierto apremio. Cierta controversia. Nadie alzaba la voz, pero no estaban discutiendo a quién invitarían a merendar.

Miré las mesas y las paredes. Había dos mapas prendidos en sendos tableros. Uno era un mapamundi. El mar Negro quedaba más o menos en el centro, con Odesa acurrucada a la izquierda de la península de Crimea. En el mapa no había marcas, pero alcancé a imaginarme el recorrido que seguiría un pequeño vapor a través del Bósforo, el mar Egeo, el Mediterráneo, el estrecho de Gibraltar y luego a toda máquina por el Atlántico hasta Portland, Maine. Probablemente un viaje de dos semanas. Acaso tres. Los barcos suelen ser bastante lentos.

El otro mapa era de Estados Unidos. Portland estaba borrada por una vieja mancha de grasa. Supuse que infinidad de veces habían puesto ahí los dedos para abarcar con las manos y calcular tiempos y distancias. La mano totalmente extendida de una persona pequeña podría representar un día de navegación. En cuyo caso

Portland no era la mejor ubicación como centro de distribución. Estaba lejos de todas partes.

Los papeles de las mesas no me decían mucho; apenas podía interpretar algunos detalles sobre fechas y cargamentos. Advertí unas listas de precios. Unos altos, otros bajos. Junto a los precios había códigos. Tal vez se referían a alfombras. Aunque también podían corresponder a otra cosa. De todos modos, a primera vista el lugar parecía una inocente oficina de transporte marítimo. Me pregunté si Teresa Daniel había trabajado ahí.

Escuché un poco más las voces. Ahora oía enfado e inquietud. Retrocedí hasta el pasillo. Saqué la Glock del cinturón y me la metí en el bolsillo con el índice en el guardamonte. Una Glock no tiene un seguro normal sino una especie de seguro en el gatillo. Una barra minúscula que cuando uno aprieta con brusquedad se cierra. Presioné un poco para liberar el gatillo. Quería estar preparado. Imaginé que dispararía primero a Duke. Luego al tío del rastreador. Después a Beck. Seguramente Beck sería el más lento de reflejos, y siempre hay que dejar al más lento para el final.

Metí la otra mano en el otro bolsillo. Un tipo con una sola mano en el bolsillo parece que va armado y es peligroso. Pero si lleva las dos manos en los bolsillos, parece tranquilo y despreocupado. No supone ninguna amenaza. Respiré hondo y volví a la oficina haciendo ruido.

—¡Hola! —llamé.

La puerta del fondo se abrió de inmediato. Los tres se asomaron para mirar. Beck, Duke, el tío nuevo. Iban desarmados.

—¿Cómo has entrado? —preguntó Duke. Parecía cansado.

—La puerta estaba abierta.

—¿Cómo sabía cuál era la puerta? —inquirió Beck.

Mantuve las manos en los bolsillos. No podía decir que había visto el letrero, pues era Duffy quien me había revelado el nombre de su empresa, no él.

—Su coche está aparcado ahí fuera —dije.

Él asintió.

—Muy bien —dijo.

No me preguntó nada sobre cómo había ido todo. El tipo del rastreador ya se lo habría contado. Estaba allí de pie, mirándome fijamente. Era más joven que Beck. También que Duke. Y que yo. Tendría unos treinta y cinco años. Aún parecía peligroso. Tenía pómulos planos y mirada apagada. Era como uno de los tantos chicos malos que yo había metido en vereda en el ejército.

—¿Has tenido buen viaje? —le pregunté.

No contestó.

—He visto que llevabas el rastreador —señalé—. Encontré el primer micrófono oculto. Bajo el asiento.

—¿Por qué lo revisaste? —inquirió.

—La costumbre —repuse—. ¿Dónde estaba el segundo?

—En el respaldo. No te has parado a almorzar.

—No tengo dinero —contesté—. Nadie me ha dado nada todavía.

—Bienvenido a Maine —dijo sin sonreír—. Aquí nadie da dinero a nadie. Uno se lo gana.

—Muy bien —dije.

—Me llamo Angel Doll —se presentó, como si esperase que su nombre me impresionara. Pero no fue así.

—Yo Jack Reacher.

—El asesino de polis —espetó, con un no sé qué en la voz.

Me observó un largo instante y después desvió la mirada. Se me escapaba cuál era su sitio. Beck era el jefe y Duke el responsable de la seguridad, pero aquel subalterno parecía muy relajado hablando por los codos ante los otros.

—Estamos en una reunión —dijo Beck—. Espérenos en el coche.

Hizo pasar dentro a los otros dos y me cerró la puerta en las narices. Eso me indicó que en la zona de oficina no merecía la pena buscar nada. Así que salí sin prisas al tiempo que echaba un atento vistazo al sistema de seguridad. Era bastante rudimentario pero eficaz. Había tacos de contacto en la puerta y todas las ventanas. Pequeños artilugios rectangulares con cables del tamaño y color de los espaguetis hilvanados a lo largo de los zócalos. Los cables se juntaban en una caja metálica instalada en la pared junto a un atestado tablón de anuncios. Había toda clase de historias sobre seguros de empleados, extintores de incendios y salidas de emergencia. La alarma tenía un teclado numérico y dos lucecitas. Una roja que decía «armado» y una verde que ponía «desarmado». No había zonas separadas. Ni detectores de movimiento. Era sólo una tosca defensa del perímetro.

No aguardé junto al coche. Di una vuelta por allí hasta que le cogí el truco al lugar. Toda la zona era un laberinto de empresas parecidas. Para las furgonetas había un enrevesado camino de acceso. Supuse que los contenedores eran transportados desde el embarcadero y descargados en los almacenes. Después eran cargados en furgonetas de reparto que partían hacia el sur. El almacén de Beck no estaba aislado. Se hallaba exactamente en medio de una hilera de cinco. Sin embargo, no tenía un muelle exterior de carga. Ni plataforma a la altura de la cintura. En vez de ello, una puerta corredera. En ese momento estaba bloqueada por el Lincoln de Angel Doll, pero era lo bastante grande para que pasara por ella una furgoneta. Se podía mantener la discreción.

En general, no se apreciaba seguridad exterior. No era como un astillero naval. No había alambradas. Ni verja, ni barreras, ni guardas apostados. Era sólo una zona enorme y desordenada de unas cuarenta hectáreas, llena de edificios dispersos, charcos y rincones oscuros. Supuse que habría alguna clase de actividad las veinticuatro horas. No sabía cuánta. Pero seguramente bastaría para disimular ciertas idas y venidas clandestinas.

Regresé al Cadillac. Estaba apoyado en el guardabarros cuando aparecieron los tres hombres. Primero salieron Beck y Duke, y Doll se quedó en el umbral. Yo tenía aún las manos en los bolsillos. Seguía preparado para dispararle a Duke en primer lugar. Pero por el modo en que se movían, no había ningún indicio de peligro. Ninguna cautela. Beck y Duke se limitaron a dirigirse al coche. Parecían cansados y preocupados. Doll permaneció en la puerta, como si fuera el propietario del lugar.

—Vamos —dijo Beck.

—No, un momento —dijo Doll—. Antes quiero hablar con Reacher.

Beck se paró, sin volverse.

—Cinco minutos —señaló Doll—. Sólo eso. Luego ya cerraré yo.

Beck no dijo nada. Duke tampoco. Parecían irritados, pero no pusieron reparos. Mantuve las manos en los bolsillos y me puse en movimiento. Doll me hizo pasar a la oficina y luego al despacho del fondo. Cruzamos otra puerta y entramos en un cubículo de paredes acristaladas. Vi una carretilla elevadora y estantes de metal llenos de alfombras. Los estantes podían fácilmente llegar a los seis metros de altura, y las alfombras estaban bien enrolladas y atadas. El cubículo tenía una puerta que daba al exterior y una mesa metálica con un ordenador. La silla de la mesa estaba hecha polvo. Por todas las costuras asomaba sucia espuma amarilla. Doll se sentó, me miró y movió la boca hasta esbozar algo parecido a una sonrisa. Me quedé de pie a un lado de la mesa y lo miré.

—¿Qué pasa? —dije.

—¿Ves este ordenador? —dijo—. Tiene pinchados todos los departamentos de vehículos del país.

—¿Y qué?

—Pues que puedo comprobar las matrículas.

No dije nada. Sacó una pistola. Un movimiento fácil y rápido. Además, una buena pistola de bolsillo. Una PSM de la época soviética, un arma automática pequeña de lo más cómoda y ligera para que no estorbara en la ropa. Utiliza una extraña munición rusa, difícil de conseguir. Tiene un seguro en la parte posterior de la corredera. Doll se inclinó hacia delante. Yo no recordaba si eso significaba «a salvo» o «fuego».

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Que me confirmes algo —respondió—. Antes de hacerlo público y ascender uno o dos peldaños en el escalafón.

Se hizo el silencio.

—¿Cómo lo conseguirías? —pregunté.

—Contándoles una cosita que aún no saben —contestó—. Quizás incluso me gane una bonita gratificación. Tal vez los cinco mil destinados para ti.

Presioné levemente el gatillo de la Glock en el bolsillo. Eché un vistazo a mi izquierda. Alcanzaba a ver todo el espacio que había hasta la ventana del despacho del fondo. Beck y Duke seguían junto al Cadillac. De espaldas a mí. A unos doce metros. Demasiado cerca.

—Me deshice de tu Maxima —dijo Doll.

—¿Dónde?

—Da igual —soltó, y volvió a sonreír.

—¿Qué pasa? —repetí.

—Lo robaste, ¿no? Al azar. En un centro comercial.

—¿Y qué?

—Tenía matrícula de Massachusetts —dijo—. Era falsa. Nunca se ha asignado ese número.

Los errores, otra vez atormentándome. No dije nada.

—Así que comprobé el número de identificación del vehículo —prosiguió—. Lo tienen todos. En una pequeña placa metálica, en la parte superior del salpicadero.

—Ya lo sé —dije.

—Ponía Maxima —continuó—. Hasta aquí bien. Pero había sido registrada en Nueva York. Por un chico malo a quien los federales habían trincado cinco días atrás. No abrí la boca.

—¿Quieres explicármelo? —dijo.

No contesté.

—Tal vez dejen que yo mismo te mate —soltó—. Creo que me lo pasaría bien.

—¿Tú crees?

—Ya he matado gente —dijo, como si tuviera que demostrar algo.

—¿Mucha?

—Bastante.

Miré por la ventana del despacho del fondo. Solté la Glock y saqué las manos de los bolsillos. Vacías.

—Puede que la lista DMV de Nueva York esté desfasada —señalé—. Era un vehículo viejo. Puede haber sido vendido fuera del estado un año antes. ¿Verificaste el código de autenticación?

—¿Dónde?

—En la parte superior de la pantalla, a la derecha. Si están actualizados, los números correctos han de estar ahí. Fui policía militar. He entrado en el sistema DMV de Nueva York más veces que tú.

—Detesto a los PM —me espetó.

Miré su arma.

—Me da igual a quién detestes —repliqué—. Sólo te estoy diciendo que sé cómo funcionan esos sistemas. Y que yo he cometido el mismo error. Más de una vez.

Se quedó callado un instante.

—Chorradas —masculló.

Ahora sonreí yo.

—Pues adelante —dije—. Ponte en evidencia. A mí me trae sin cuidado.

Se quedó inmóvil. De pronto se pasó la pistola de la mano derecha a la izquierda y se entretuvo con el ratón. Mientras tecleaba y hacía avanzar y retroceder el texto de



la pantalla, intentaba no quitarme el ojo de encima. Me moví un poco como para ver la pantalla. Apareció la página de búsqueda de DMV de Nueva York. Me acerqué un poco más, por detrás de su hombro. Introdujo lo que sería el número original de la matrícula del Maxima, al parecer de memoria. Pulsó «buscar». Toda la pantalla se rehizo. Me moví de nuevo, como dispuesto a demostrarle su error.

—¿Dónde? —preguntó.

—Ahí —dije, señalando con los diez dedos de ambas manos, si bien éstos no se dirigieron a la pantalla.

Lo cogí del cuello con la mano derecha y le arrebaté el arma con la izquierda. El arma cayó al suelo y sonó exactamente como un trozo de acero golpeando una tabla de contrachapado forrada de linóleo. Miré hacia la ventana del despacho. Beck y Duke aún me daban la espalda. Mantuve las dos manos en el cuello de Doll y apreté. Se revolvió frenético. Resistía. Cambié las manos de posición. La silla se hundió debajo de él. Apreté más fuerte. Miré por la ventana. Beck y Duke seguían allí. De espaldas a mí. Su respiración era un vaho. Doll empezó a forcejear mis muñecas. Estrujé más fuerte aún. Sacó la lengua. Entonces, en un movimiento rápido, me soltó las muñecas y alargó los brazos hacia atrás en busca de mis ojos. Me eché hacia atrás, le sujeté la mandíbula con una mano y coloqué la otra, plana, en un lado de la cabeza. Le torcí con fuerza la mandíbula a la derecha y tiré de la cabeza hacia abajo y a la izquierda. Y le rompí el cuello.

Levanté la silla y la encajé con cuidado bajo la mesa. Cogí su arma y saqué el cargador. Lleno. Ocho balas Soviet Pistol de 5,45 mm de cuello de botella. Son aproximadamente del mismo tamaño que las del calibre 22 y más lentas, pero al parecer golpean con fuerza. Las fuerzas de seguridad soviéticas estaban satisfechas con ellas. Examiné la recámara. Había un cartucho. Comprobé el mecanismo. Estaba preparada para disparar. Volví a montarla y la dejé amartillada y con el seguro puesto. Me la metí en el bolsillo izquierdo.

Acto seguido le registré la ropa. Llevaba las cosas corrientes. Una cartera, un móvil, un sujetabilletes sin mucho dinero, un manojito de llaves. Lo dejé todo allí. Abrí la puerta que daba al exterior e inspeccioné el panorama. Ahora Beck y Duke quedaban ocultos tras la esquina del edificio. No los veía y no me veían. Por allí no había nadie más. Me acerqué al Lincoln de Doll y abrí la portezuela del conductor. Accioné la palanquita del maletero y la tapa se alzó un par de centímetros. Volví al cubículo y arrastré el cadáver fuera. Abrí el maletero del todo y arrojé a Doll dentro. Bajé la tapa suavemente y cerré la puerta del conductor. Miré el reloj. Habían pasado los cinco minutos. Tendría que tirar la basura más tarde. Regresé al recinto, crucé el despacho, la oficina, la puerta principal, y salí fuera. Beck y Duke se volvieron. Beck tenía un semblante severo y fastidiado por la tardanza. «¿Por qué se han quedado aquí?», me pregunté. Duke tenía los ojos enrojecidos y bostezaba. Era la viva imagen

de alguien que lleva treinta y seis horas sin dormir. «Tengo una triple ventaja», pensé.

—Si quieres conduzco yo —le dije.

Vaciló.

—Ya sabes que sé conducir —señalé—. He estado conduciendo todo el santo día. He hecho lo que me ordenaron. Doll te lo habrá contado.

Permaneció en silencio.

—¿Era otra prueba? —inquirí.

—Has encontrado el micrófono oculto —dijo.

—¿Creías que no lo haría?

—Si no lo hubieras encontrado, quizás habrías actuado de otra forma.

—¿Por qué? Sólo quería regresar sano y salvo y lo antes posible. He estado expuesto diez horas seguidas. No ha sido nada divertido. He podido perder mucho más que tú, sea cual sea tu negocio.

No replicó.

—Tú mismo —solté como si me diera igual.

Dudó un segundo más y a continuación suspiró y me dio las llaves. Ésa fue la primera ventaja. En el acto de entrega de unas llaves hay algo simbólico. Tiene que ver con la confianza y la aceptación. Eso me acercaba más al centro del círculo. Yo era menos intruso que antes. Y se trataba de un grueso manajo. Además de las del coche, había llaves de la casa y de despachos. Habría una docena en total. Un montón de metal. Un símbolo importante. Beck lo observó todo pero no hizo comentarios. Se limitó a instalarse en el asiento de atrás. Duke se dejó caer en el del acompañante. Yo me senté al volante y encendí el motor. Me ceñí el abrigo para que las armas de los bolsillos descansaran en mi regazo, listo para sacarlas y usarlas si sonaba un móvil. Había un cincuenta por ciento de posibilidades de que la siguiente llamada que recibieran esos tipos fuese de alguien que hubiera hallado el cadáver de Doll. Por tanto, la siguiente llamada que recibiesen sería la última. Si las posibilidades eran una entre seiscientas o entre seis mil, me parecía bien; pero el cincuenta por ciento era demasiado para mí.

Pero en todo el trayecto no sonó ningún teléfono. Conduje despacio y tranquilo y encontré las carreteras pertinentes. Giré al este, en dirección al Atlántico. Por allí ya estaba oscuro. Apareció el promontorio en forma de mano y enfilé el dedo rocoso. Las luces resplandecían en lo alto de todo el muro. El alambre de espino emitía destellos. Paulie aguardaba para abrir la verja. Cuando pasé por delante de él me miró airado. Lo ignoré y me apresuré por el sendero de entrada y me paré en la rotonda, justo delante de la puerta. Beck bajó el primero. Duke se meneó un poco para despertarse y lo siguió.

—¿Dónde dejó el coche? —le pregunté.

—En los garajes, capullo. Doblando por ahí.

La segunda ventaja. Iba a estar cinco minutos solo.

Me encaminé hacia el lado sur de la casa. Los garajes eran independientes y se

hallaban en un pequeño patio cercado por el muro. Tiempo atrás, cuando se construyó la casa, seguramente era un establo. En la parte delantera había adoquines de granito, y en el tejado una cúpula con una abertura para la ventilación. Los compartimentos de los caballos habían sido sustituidos por cuatro garajes. El pajar había sido convertido en un apartamento. Supuse que allí vivía el silencioso mecánico.

El garaje de la izquierda tenía la puerta abierta y se encontraba vacío. Introduje el Cadillac y apagué el motor. Estaba oscuro. Había estantes llenos de los típicos trastos que se acumulan en un garaje. Latas de aceite, cubos y botellas viejas de cera abrillantadora. Una bomba eléctrica para hinchar neumáticos y un montón de alfombras usadas. Me metí las llaves en el bolsillo y bajé. Escuché un momento por si oía algún teléfono en la casa. Nada. Me acerqué a las alfombras y eché una ojeada. Cogí una del tamaño de una toalla de manos. Estaba oscura de mugre, basura y aceite. La usé para limpiar una mancha imaginaria del guardabarros delantero del Cadillac. Miré alrededor. Nadie. Envolví con la alfombra la PSM de Doll y la Glock de Duffy y los dos cargadores. Metí todo dentro del abrigo. Tal vez hubiera podido introducir las armas en la casa. Tal vez. Podía haber ido por la puerta de atrás y dejar que el detector de metales pitara y parecer confuso un instante y luego sacar el manojo de llaves. Un caso típico de información errónea. Quizás habría funcionado. Puede ser. Pero habría dependido de su grado de recelo. Y en todo caso, volver a sacarlas de la casa habría sido muy difícil. En el supuesto de que no se produjeran pronto llamadas telefónicas que desencadenaran una tormenta, lo más probable es que me quedara con Beck o Duke, o ambos, como de costumbre, y no habría garantía alguna de conseguir otra vez las llaves. Así que debía decidir. Arriesgar o jugar sobre seguro. Opté por lo segundo y dejar fuera la potencia de fuego.

Abandoné el patio de los garajes y me dirigí sin prisas a la parte posterior de la casa. Me detuve en la esquina. Esperé un momento y luego giré noventa grados y seguí el muro en dirección a las rocas, como si quisiera echar un vistazo al mar. Este seguía en calma. Del sudeste llegaba un extenso oleaje aceitoso. El agua parecía negra e inmensamente profunda. La contemplé un instante y a continuación me agaché y metí el fardo de las armas en una pequeña hondonada, pegado al muro. Por allí crecían escuálidos hierbajos.

Regresé paseando, encorvado en mi abrigo, intentando parecer un tío pensativo que se ha tomado un breve descanso. Todo estaba tranquilo. Las aves de la orilla se habían marchado. Para ellas ya estaba demasiado oscuro. Estarían más seguras en sus nidos. Me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta trasera. Crucé el porche y entré en la cocina. El detector de metales se disparó. Duke, el mecánico y la cocinera se volvieron para mirarme. Me paré un instante y saqué las llaves. Las sostuve en alto. Apartaron la mirada. Dejé las llaves en la mesa, delante de Duke. Él ni las tocó.

La tercera ventaja del agotamiento de Duke se fue desvelando poco a poco durante la

cena. Apenas podía mantenerse despierto. No decía palabra. La cocina estaba caldeada y humeante, y comimos ese tipo de cosas que hacen que a uno le entre sueño. Una sopa sustanciosa y estofado de carne con patatas. Raciones generosas. Los platos rebosaban. La cocinera trabajaba como si estuviera en una cadena de montaje. Había un plato de más con una ración completa que permanecía intacto. Quizás alguien acostumbraba a repetir.

Comí deprisa y mantuve los oídos atentos al teléfono. Calculé que podía coger las llaves del coche y estar fuera antes de que concluyera el primer tono. Dentro del Cadillac antes de acabar el segundo. En mitad del sendero de entrada antes de finalizar el tercero. Podía derribar la verja y atropellar a Paulie. Pero el teléfono no sonaba. En la casa no se oía sonido alguno, salvo el de gente masticando. No había café. Estuve a punto de tomármelo como algo personal. Me gusta el café. En vez de café bebí agua del grifo. Sabía a cloro. Antes de terminar mi segundo vaso apareció la criada procedente del comedor de la familia. Se acercó hasta donde yo estaba sentado, desgarbada con aquellos zapatos pasados de moda. Era tímida. Parecía irlandesa, como si acabara de llegar a Boston y no hubiera encontrado ningún empleo.

—El señor Beck quiere verle —dijo.

Era la segunda vez que oía su voz. El acento también parecía irlandés. Llevaba una chaqueta de punto muy ceñida.

—¿Ahora?

—Creo que sí —repuso.

Beck me esperaba en la habitación cuadrada en que estaba la mesa de roble, donde habíamos jugado a la ruleta rusa.

—La Toyota era de Hartford, Connecticut —dijo—. Doll ha localizado la matrícula esta mañana.

—En Connecticut no ponen placas delanteras —dije, por decir algo.

—Conocemos a los propietarios.

Se hizo el silencio. Lo miré fijamente. Tardé una fracción de segundo en comprenderle.

—¿Cómo es eso? —pregunté.

—Tenemos una relación de negocios.

—¿Las alfombras?

—Eso no es asunto suyo.

—¿Quiénes son?

—Eso tampoco —dijo.

Me quedé callado.

—Pero hay un problema —prosiguió—. Los que usted describió no son los propietarios de la furgoneta.

—¿Está seguro?

Asintió.

—Dijo que eran altos y rubios. La furgoneta pertenece a unos hispanos. Bajitos y morenos.

—Entonces ¿quiénes eran los tíos que vi?

—Hay dos posibilidades —contestó—. Una: quizás alguien les robó la furgoneta.

—¿Y la otra?

—Que tal vez han ampliado la plantilla.

—Cualquiera de las dos es posible —señalé.

Meneó la cabeza.

—La primera no. Los llamé. No hubo respuesta. He preguntado por ahí. Han desaparecido. No tiene sentido que se esfumaran sólo porque alguien les hubiera robado la furgoneta.

—Así que hay más gente en nómina.

Asintió.

—Y decidieron morder la mano que les da de comer.

No dije nada.

—¿Está seguro de que eran Uzi? —inquirió.

—Es lo que vi.

—¿No eran MP5K?

—No —dije. Aparté la vista. No admitían comparación. No se parecían en casi nada. La MP5K es un subfusil Heckler & Koch corto diseñado a principios de los años setenta. Tiene empuñaduras con gruesos moldeados de plástico caro. Parece muy futurista, como del atrezo de una película. A su lado, una Uzi parece algo ensamblado a martillazos por un ciego—. No hay ninguna duda.

—¿Puede que el intento de secuestro fuera un hecho azaroso?, ¿no cree? —preguntó.

—No —repuse—. Mil a uno que no.

Asintió de nuevo.

—De modo que me han declarado la guerra —indicó—. Y se han metido en su madriguera. Están escondidos en alguna parte.

—¿Por qué lo harían?

—No tengo ni idea.

Se hizo el silencio. Del mar no llegaba ningún sonido. El oleaje iba y venía inaudible.

—¿Intentará encontrarlos? —pregunté.

—Téngalo por seguro —dijo Beck.

Duke me esperaba en la cocina, enfadado e impaciente. Quería llevarme arriba y tenerme encerrado durante la noche. No puse ninguna objeción. Una puerta cerrada con llave y sin ojo de cerradura por dentro es una buena coartada.

—De servicio a las seis y media, no lo olvides —dijo.

Agucé el oído, oí el chasquido de la cerradura y aguardé a que sus pasos se alejaran. Después me dediqué a mi zapato. Me esperaba un mensaje. De Duffy: «¿El

regreso bien?». Pulsé «contestar» y tecleé: «Necesito un coche a kilómetro y medio de la casa. Déjelo allí con la llave en el asiento. Aproximación lenta, luces apagadas».

Pulsé «enviar». Hubo un breve lapso sin respuesta. Imaginé que ella estaría en una habitación de hotel utilizando su ordenador portátil. Pero al final funcionó: «¡Tienes correo!».

Su mensaje decía: «¿Por qué? ¿Cuándo?».

Respondí: «Sin preguntas. A medianoche».

Hubo cierta demora. Luego ella envió: «OK».

«Devolución a las seis de la mañana, precaución», respondí.

«De acuerdo».

«Beck conoce propietarios de la Toyota».

Noventa larguísimos segundos después, contestó: «¿Cómo es eso?».

«Relación de negocios».

«¿Datos concretos?», preguntó.

«No los dio», respondí.

Duffy replicó con una sola palabra: «Mierda».

Esperé. Ella no envió nada más. Seguramente estaba consultando con Eliot. Podía imaginarlos, hablando deprisa, sin mirarse, intentando tomar una decisión. Envié una pregunta: «¿Cuántos detenidos en Hartford?». Ella respondió: «Todos, o sea tres». Pregunté: «¿Han desembuchado?». Contestó: «No, nada». Pregunté: «¿Abogados?». Ella precisó: «No abogados».

Era un modo muy laborioso de comunicarse. No obstante, dejaba tiempo para pensar. Los abogados habrían sido nefastos. Beck los habría conseguido fácilmente. Tarde o temprano se le habría ocurrido averiguar si sus compinches habían sido detenidos.

Tecleé: «¿Se les puede mantener incomunicados?».

«Sí, dos o tres días», contestó.

«Háganlo».

Hubo una larga pausa. Luego ella preguntó: «¿Qué cree Beck?».

«Que le han declarado la guerra y se han escondido», contesté.

Preguntó: «¿Qué va usted a hacer?».

«No estoy seguro», respondí.

«Dejaremos el coche, le aconsejo que lo utilice para marcharse», propuso.

«Quizá».

Se produjo otra pausa prolongada. Después otro mensaje: «Apague el aparato, ahorre batería». Sonreí. Duffy era una mujer muy práctica.

Me tendí en la cama totalmente vestido unas tres horas, atento al teléfono. Me levanté justo antes de medianoche, quité la alfombra oriental enrollándola, me tumbé en el

suelo y pegué la oreja al entarimado de roble. Es la mejor manera de captar los sonidos débiles de un edificio. Alcancé a oír el sistema de calefacción. El viento alrededor de la casa gemía suavemente. El mar estaba en calma. La casa, tranquila. Era una sólida estructura de piedra. Ni crujidos ni chirridos. Ninguna actividad humana. No se oían voces ni movimiento. Supuse que Duke estaría durmiendo el sueño de los justos. La tercera ventaja de su agotamiento. Él era el único que me preocupaba. Era el único profesional.

Me até fuerte los zapatos y me quité la chaqueta. Aún vestía el atuendo vaquero negro que me había proporcionado la criada. Abrí la ventana hasta arriba y me senté en el alféizar, de cara a la habitación. Miré fijamente la puerta. Me volví y miré fuera. Había una fina tajada de luna. Las estrellas daban un poco de luz. Algo de viento. Nubes plateadas hechas jirones. El aire era frío y salado.

Saqué las piernas a la noche y me desplazé arrastrándome de lado. Luego me volví y hurgué con el pie hasta encontrar un resquicio en la roca, donde hubieran incrustado algún refuerzo. Aseguré los pies, me agarré al alféizar con una mano y con la otra bajé la ventana hasta unos cinco centímetros del marco. Avancé de lado y busqué a tientas algún tubo de desagüe que bajara desde el canalón del tejado. A un metro encontré uno. Era una gruesa tubería de hierro fundido. La palpé con la mano derecha. Parecía sólida. Pero también lejana. No soy una persona ágil. Si me llevaran a los Juegos Olímpicos podría competir en lucha, boxeo o halterofilia. Pero no en gimnasia.

Me desplazé de costado todo lo posible hacia la derecha y con la mano izquierda me sujeté a la esquina del marco de la ventana. Estiré la derecha y logré rodear la tubería. El hierro estaba frío y algo resbaladizo por el rocío de la noche. Comprobé que estaba bien agarrado. Estiré el cuerpo un poco más. Estaba pegado a la pared con brazos y piernas extendidos. Igualé la presión de las dos manos y salté lateralmente para encajar las piernas a cada lado de la cañería. Me apreté contra ella y me solté del alféizar. Ahora me mantenía sujeto al desagüe con ambas manos y los pies contra la pared. El culo hacia fuera, a quince metros sobre las rocas. Mi cabello ondeaba al viento. Hacía frío.

Un boxeador, no un gimnasta. Podía quedarme allí agarrado toda la noche. Con eso no habría ningún problema. Pero el caso es que no estaba seguro de cómo descender. Deslicé las manos hacia abajo, unos veinte centímetros. Y luego los pies una distancia equivalente. Parecía funcionar. Lo hice de nuevo. Veinte centímetros cada vez. Me secaba las palmas de las manos por turnos. Aunque hacía frío, sudaba. Me dolía la mano derecha del pulso que había echado con Paulie. Aún me hallaba a unos trece metros del suelo. Bajaba poco a poco. Llegué al nivel de la segunda planta. Descendía despacio pero seguro. Salvo que cada pocos segundos la vieja tubería de hierro recibía una brusca sacudida. La tubería tendría unos cien años. Y el hierro se oxida y se pudre.

Se movió un poco. Percibí que se estremecía y temblaba. Y estaba resbaladiza.

Tenía que entrelazar los dedos por detrás para asegurarme de que no me soltaría. Rozaba la piedra con los nudillos. Bajaba a sacudidas, veinte centímetros cada vez. Cogí un ritmo. Me apretaba, deslizaba las manos, me dejaba caer y trataba de amortiguar el golpe aflojando los brazos. Prefería que el impacto lo recibieran los hombros. Entonces quedaba doblado por la cintura formando mucho ángulo y luego dejaba caer los pies los veinte centímetros y vuelta a empezar. Rebasé las ventanas de la primera planta. La tubería ya se notaba más sólida. Tal vez estaba afianzada en una base de hormigón. Seguí descendiendo a sacudidas, más deprisa. Llegué abajo. Noté la roca firme bajo los pies, exhalé un suspiro de alivio y me alejé de la pared. Me restregué las manos contra los pantalones y agucé el oído. Sentaba bien estar fuera de la casa. El aire era como terciopelo. Frío. Tonificante. No oía nada. No se apreciaban luces en las ventanas. Percibí la punzada del frío en los dientes y reparé en que estaba sonriendo. Alcé la vista a la luna del cazador, la luna llena que sigue a la luna de la cosecha. Me sacudí un poco y fui en busca de las armas.

Seguían envueltas en la alfombra, en la hondonada tras los hierbajos. Dejé la PSM de Doll. Prefería la Glock. La examiné con calma, pura costumbre. Diecisiete balas en la pistola, diecisiete en cada cargador. Cincuenta y una de nueve milímetros Parabellum. Si disparaba una, seguramente debería dispararlas todas. Para entonces ya habría ganadores y perdedores. Guardé los cargadores en los bolsillos y el arma en el cinturón, y recorrí el camino hasta el extremo más alejado de los garajes para echar un vistazo preliminar al muro desde lejos. Seguía iluminado. Las luces brillaban hirientes y amenazadoras, como en un estadio. El resplandor bañaba la caseta del guarda. El alambre de espino relucía. La luz formaba una barra compacta de treinta metros; detrás, la oscuridad total. La puerta de la verja, cerrada a cal y canto. El conjunto semejaba el perímetro de una prisión del siglo XIX. O de un manicomio.

Miré hasta que hube calculado el modo de pasar y a continuación me dirigí al interior del patio adoquinado. El apartamento encima de los garajes estaba a oscuras y tranquilo. Las puertas de los garajes se hallaban cerradas, aunque ninguna tenía cerradura. Eran enormes y anticuados trastos de madera. Habían sido instaladas mucho tiempo atrás, antes de que a nadie se le hubiera ocurrido robar ningún coche. Cuatro conjuntos de puertas, cuatro garajes. El de la izquierda era el del Cadillac. Ya había estado ahí. Así que inspeccioné los otros, despacio y sin hacer ruido. En el segundo había otro Lincoln Town Car como el de Angel Doll y el utilizado por los guardaespaldas. Estaba encerado y lustroso y tenía las puertas cerradas.

El tercer garaje se encontraba completamente vacío. Dentro no había nada. Estaba limpio y barrido. Aprecié pasadas de escoba en las manchas de aceite cubiertas de polvo. Observé fibras dispersas de alfombra. Quien hubiera barrido las había pasado por alto. Eran cortas y rígidas. Parecían grises, como arrancadas del refuerzo de arpillera de alguna alfombra. No me decían nada. Así que continué.

En el cuarto garaje encontré lo que buscaba. Abrí las puertas de par en par a fin de que entrara la suficiente luz de luna para ver. Allí estaba el viejo y polvoriento



Saab que había utilizado la criada para ir a la compra, aparcado de morro delante de un banco de trabajo. Tras el banco había una ventana mugrienta. Fuera, sobre el mar, la pálida luz de la luna. El banco tenía un torno fijado con tornillos y estaba lleno de herramientas. Herramientas viejas con mangos de madera y oscurecidas por el paso del tiempo. Vi un punzón. Era sólo una punta de acero desafilada metida en un mango bulboso, de roble. La punta tendría unos cinco centímetros de largo. La introduje apenas un centímetro en el torno del banco y apreté con fuerza. Cogí el mango y doblé la punta hasta formar un ángulo recto perfecto. Aflojé el torno, comprobé mi obra y la guardé en el bolsillo de la camisa.

Después encontré un escoplo para trabajar la madera. Tenía una hoja de casi dos centímetros de anchura y un bonito mango de fresno. Tendría unos setenta años. Busqué y hallé una piedra de amolar y una lata oxidada de líquido para afilar. Salpiqué la piedra con un poco de líquido, que extendí con la punta del escoplo. Froté la hoja en un movimiento de vaivén hasta que estuvo brillante. Uno de los muchos institutos a que asistí era uno de Guam chapado a la antigua, donde las calificaciones del taller dependían de lo bien que uno hacía el trabajo sucio, como amolar herramientas. Todos sacábamos buenas notas. Eran las cosas que nos interesaban. Aquella clase conseguía los mejores cuchillos que he visto jamás. Di la vuelta al escoplo e hice el otro canto. Logré un buen filo. Parecía acero de Pittsburgh de calidad superior. Lo limpié en mis pantalones. No verifiqué el filo con el pulgar. No tenía ganas de hacerme sangre. Sólo con mirar ya sabía que estaba muy afilado.

Salí al patio, me puse en cuclillas en el ángulo que formaban las paredes y cargué los bolsillos. Tenía el escoplo por si convenía seguir en silencio y la Glock por si no importaba hacer ruido. A continuación repasé mis prioridades. Primero la casa, decidí. Había muchas posibilidades de que no pudiera echarle otro vistazo.

La puerta del porche de la cocina estaba cerrada, pero la cerradura era rudimentaria. Un mero trámite. Metí la punta doblada del punzón a modo de llave y busqué a tientas las clavijas. Eran grandes. Tardé menos de un minuto en estar dentro. Me detuve y escuché con atención. No quería encontrarme con la cocinera. Quizás aún seguía levantada, horneando alguna tarta especial. O acaso la chica irlandesa andaba por allí haciendo algo. Pero todo estaba en silencio. Me arrodillé frente a la puerta interior. La misma cerradura sencilla. La misma rapidez. La abrí y me llegaron los olores de la cocina. Escuché otra vez. La estancia estaba fría y desierta. Dejé el punzón en el suelo. El escoplo al lado. Agregué la Glock y los cargadores de repuesto. No quería que se disparara el detector de metales. En la quietud de la noche habría sonado como una sirena. Deslicé el punzón por el suelo, pegado a las tablas, y lo empujé a través del umbral. Repetí la operación con el escoplo, haciéndolo rodar hacia dentro. Casi todos los detectores de metales tienen una zona muerta en la parte inferior. Los zapatos elegantes de hombre llevan una varilla de acero en la suela, que

les proporciona resistencia y flexibilidad. Los detectores de metales están concebidos para no tener en cuenta los zapatos, lo que tiene su lógica pues de lo contrario pitarían cada vez que pasara un tío con un calzado decente.

Deslicé la Glock por la zona muerta y después un cargador y luego el otro. Lo empujé todo hacia el interior lo más lejos que pude. Acto seguido me puse en pie y entré. Cerré la puerta tras de mí sin hacer ruido. Recogí todo mi equipo y volví a llenarme los bolsillos. Dudé entre quitarme o no los zapatos. Es más fácil moverse en silencio si sólo llevas calcetines. Pero llegado el caso, los zapatos son armas muy útiles. Propinarle a alguien un puntapié significa dejarlo fuera de combate. Sin zapatos, los dedos corren peligro de romperse. Y se tarda tiempo en volver a ponérselos. Si tenía que salir a toda prisa, no quería correr por las rocas descalzo. O saltar el muro. Decidí que los llevaría puestos y andaría con cuidado. Era una casa de construcción sólida. Valía la pena correr el riesgo. Puse manos a la obra.

Primero busqué una linterna en la cocina. No encontré ninguna. La mayoría de las casas que se hallan al final de un ramal eléctrico sufren cortes de luz de vez en cuando, por lo que la gente suele tener algo a mano. Pero por lo visto los Beck no. Todo lo que encontré fue una caja de cerillas. Me metí tres en el bolsillo y encendí una con el rascador. Utilicé la vacilante luz para buscar el manojito de llaves que había dejado sobre la mesa. Me habrían servido de mucho, pero no estaban. Ni en la mesa ni en ningún gancho cerca de la puerta, ni en ningún sitio. No me sorprendí. De hecho, habría sido insólito que estuvieran.

Apagué la cerilla y me abrí paso a oscuras hacia las escaleras del sótano. Bajé y encendí otra cerilla con la uña del pulgar. Seguí la maraña de cables del techo que confluían en la caja de interruptores. Al lado, en el estante de la derecha, había una linterna. El típico lugar donde un tonto guardaría una linterna. Si salta el diferencial, la caja es el destino, no el punto de partida.

La linterna era una enorme Maglite negra larga como una porra. Con seis pilas D. En el ejército solíamos usarlas. Se nos garantizaba que eran irrompibles, pero descubrimos que eso dependía de qué golpeaba uno con ellas y con qué fuerza. La encendí y apagué la cerilla. Escupí en el cabo quemado y la metí en el bolsillo. Me ayudé de la linterna para examinar la caja de interruptores. Tenía veinte cortacircuitos. En ninguno ponía «caseta del guarda». Ésta recibiría un suministro independiente, lo cual tenía sentido. Era ilógico instalar tendido eléctrico hasta la casa y luego volver atrás hasta la caseta. Mejor proporcionarle su propia derivación de la línea entrante. No me extrañó, pero me sentí algo decepcionado. Habría sido bonito poder apagar las luces del muro. Me encogí de hombros, cerré la caja, di media vuelta y me dirigí hacia las dos puertas cerradas que había visto la otra mañana.

Ya no estaban cerradas. Lo primero que se hace antes de emprenderla con una cerradura es comprobar si la puerta en cuestión está abierta. Nada le hace sentir a uno más estúpido que forzar una cerradura que no está cerrada. Aquéllas no lo estaban.

Las puertas se abrieron sólo con girar el pomo.

La primera habitación se hallaba totalmente vacía. Era un cubo más o menos perfecto, de unos dos metros y medio de lado. Lo recorrí todo con la luz de la linterna. Las paredes eran de piedra y el suelo de cemento. No había ventanas. Parecía una despensa. Estaba inmaculadamente limpia y vacía. Absolutamente vacía. Nada de fibras de alfombra. Ni siquiera basura o suciedad. La habían barrido y pasado la aspiradora, seguramente a primera hora del día. Era algo fría y húmeda, lo que cabría esperar de un sótano de piedra. Percibí el característico olor a polvo de una bolsa de aspiradora. Pero en el aire había un rastro de algo más. Un olor débil, seductor, al borde de lo perceptible. Me resultaba vagamente familiar. Intenso, parecido al papel. Algo que yo debía conocer. Entré en la habitación y apagué la linterna. Cerré los ojos, me quedé de pie a oscuras y me concentré. El olor se desvaneció. Era como si mis movimientos hubieran perturbado las moléculas de aire y aquella de entre mil millones que me interesaba se hubiera difuminado en el frío y húmedo granito subterráneo. Me esforcé, pero en vano. Me di por vencido. Era como los recuerdos; perseguirlos significa perderlos. Y yo no tenía tiempo que perder.

Volví a encender la linterna, salí al pasillo y cerré la puerta silenciosamente a mi espalda. Me quedé quieto y agucé el oído. Oía la caldera. Nada más. Miré en la siguiente habitación. También vacía. Pero sólo en el sentido de que en ese momento no estaba ocupada. Había cosas. Era un dormitorio.

Era un poco mayor que la despensa, de tres por tres y medio. La linterna me mostró paredes de piedra, suelo de cemento. Ninguna ventana. En el suelo había un delgado colchón. Encima, unas sábanas arrugadas y una manta vieja. No había almohadas. En la habitación hacía frío. Olía a comida pasada, perfume rancio, sueño, sudor y miedo.

La registré minuciosamente. Estaba sucia. De todos modos, no hallé nada importante hasta que aparté el colchón a un lado. Debajo, grabada en el cemento, una sola palabra: JUSTICE. Estaba escrita en mayúsculas de trazos finos e inseguros. Desiguales y torpes, pero inequívocas. Y debajo de las letras, unos números. Seis, en tres grupos de dos. Día, mes y año. La fecha del día anterior. Eran señales más hondas y anchas que las que habrían dejado un imperdible, una uña o la punta de unas tijeras. Supuse que habían sido hechas con un diente de tenedor. Devolví el colchón a su sitio y eché un vistazo a la puerta. Era de roble macizo. Gruesa y pesada. No tenía ojo de cerradura por dentro. No era un dormitorio. Era una celda.

Salí y cerré la puerta. Me quedé inmóvil y escuché con atención. Nada. Pasé quince minutos en el resto del sótano sin encontrar nada, como ya suponía. Si hubiera habido algo, no me habrían dejado andar por ahí aquella mañana. Así que apagué la linterna y subí las escaleras a oscuras. Regresé a la cocina y busqué y encontré una bolsa negra para la basura. También necesitaba una toalla. Lo mejor que hallé fue un gastado trapo de hilo para secar los platos. Doblé pulcramente ambas cosas y me las metí en los bolsillos. Salí al vestíbulo y me dispuse a inspeccionar las partes de la

casa que aún no había visto.

Había mucho donde escoger. Aquello era un laberinto. Empecé por la parte delantera, por donde había entrado el día anterior. La gran puerta de roble estaba bien cerrada. La evité dando un rodeo, pues no sabía lo sensible que podía ser el detector de metales. Algunos pitan sólo con que estés a un palmo. El suelo era de firmes tablas de roble cubiertas de alfombras. Andaba con cuidado, pero el ruido no me preocupaba demasiado. Las alfombras, las cortinas y los paneles lo absorberían.

Exploré toda la planta baja. Sólo me llamó la atención un sitio. En el lado norte de la estancia donde yo había estado con Beck había otra puerta cerrada. Estaba enfrente del comedor de la familia, en el otro extremo de un amplio vestíbulo interior. Era la única puerta cerrada de la planta baja. Por tanto, daba a la única habitación que me interesaba. La cerradura era un enorme chisme de latón del tiempo en que las cosas se fabricaban a conciencia. En los puntos donde estaba atornillada a la madera presentaba extravagantes bordes de filigrana. Las propias cabezas de los tornillos estaban lisas de tanto haberlas frotado y pulido durante ciento cincuenta años. Seguramente era de la casa original. Algún viejo artesano del Portland del siglo XIX la habría hecho a mano. Tardé aproximadamente un segundo y medio en abrirla.

Una especie de estudio. Ni oficina ni despacho ni estancia familiar. Recorrí hasta el último centímetro con la linterna. No había televisor. Tampoco mesa, ni ordenador. Era sólo una habitación amueblada con sencillez y en un estilo anticuado. En la ventana colgaban gruesas cortinas de terciopelo. Observé un enorme sillón acolchado de cuero rojo con botones. Y una vitrina de coleccionista. Y alfombras. Colocadas en el suelo de tres en fondo. Miré el reloj. Era casi la una. Hacía casi una hora que andaba de inspección. Entré y cerré la puerta con cuidado.

La vitrina de coleccionista tenía casi dos metros de altura. En la parte inferior había dos cajones a todo lo ancho y encima puertas de cristal cerradas. Tras el cristal se veían cinco subfusiles Thompson. Eran las típicas armas de cargador de tambor que llevaban los gánsteres de los años veinte, las que se observan en las viejas fotos granuladas en blanco y negro de los hombres de Al Capone. Estaban orientadas alternativamente a derecha e izquierda, colocadas en un apoyo de madera noble hecho a medida que las mantenía perfectamente horizontales. Eran todas idénticas. Y parecían flamantes. Daba la impresión de que nunca habían sido disparadas. Era como si nadie las hubiera tocado jamás. El sillón estaba situado de cara a la vitrina. En la habitación no había nada más que fuera significativo. Me senté en el sillón y empecé a preguntarme por qué alguien querría dedicar tiempo a contemplar aquellas cinco armas antiguas y lustrosas.

Entonces oí pasos. Un andar ligero, arriba, justo encima de mi cabeza. Tres pasos, cuatro, cinco. Rápidos y silenciosos. No sólo en consideración a la hora nocturna. Un verdadero intento de ocultación. Me puse en pie y me quedé quieto. Apagué la linterna y la pasé a la mano izquierda. Con la derecha cogí el escoplo. Percibí que una puerta se cerraba suavemente. Después se hizo el silencio. Agucé el oído. Me

concentré en todos los sonidos, por débiles que fueran. El zumbido de fondo del sistema de calefacción llegó a convertirse en un estruendo en mis oídos. Mi respiración era ensordecedora. Los pasos se reanudaron.

Se dirigían a las escaleras. Me encerré en la habitación. Me arrodillé tras la puerta y escuché los crujidos en los peldaños. No era Richard. No era nadie de veinte años. En las pisadas había una cautela medida. Una suerte de rigidez. Y se volvían más rápidas y silenciosas a medida que se acercaban al final. En el vestíbulo, el sonido desapareció del todo. Me imaginé a alguien de pie en las gruesas alfombras, rodeado por las cortinas y los revestimientos, mirando alrededor, aguzando el oído. Quizá tomando la misma dirección que yo. Volví a coger la linterna y el escoplo. Tenía la Glock al cinto. No tenía ninguna duda de que podía abrirme paso hasta el exterior. Ninguna duda. Sin embargo, acercarme a un alertado Paulie a campo raso a lo largo de más de cien metros y bajo las luces del estadio sería complicado. Y un tiroteo supondría el fin de la misión. Quinn volvería a esfumarse.

Del vestíbulo no llegaba sonido alguno. El silencio resultaba abrumador. Entonces oí abrirse la puerta principal. Percibí el repiqueteo de una cadena y una cerradura que saltaba y el chasquido de un pestillo y el sonido succionador de una cinta aislante de cobre al liberar el borde de la puerta. Un instante después ésta se cerraba de nuevo. Cuando el macizo roble golpeó el marco, noté un ligerísimo temblor en la estructura de la casa. El detector de metales no se había disparado. Quien hubiera pasado no llevaba armas. Ni siquiera las llaves de un coche.

Esperé. Seguro que Duke dormía profundamente. Además no era de los confiados. Supuse que él nunca saldría a dar una vuelta de noche sin llevar un arma. Beck tampoco. Pero cualquiera de los dos era lo bastante sagaz para permanecer en el vestíbulo y abrir y cerrar la puerta con el fin de hacerme creer que había salido. Cuando en realidad no lo había hecho. Cuando en realidad estaba allí mismo, pistola en mano, mirando en la oscuridad, aguardando a que yo apareciera.

Me senté de lado en el sillón de cuero negro. Saqué la Glock del cinturón y apunté a la puerta con la mano izquierda. En cuanto se abriera más de un centímetro, dispararía. Hasta entonces, esperaría. Se me daba bien esperar. Si creían que me daría por vencido y saldría, se habían equivocado de hombre.

Pero una hora después, en el vestíbulo aún reinaba el más absoluto silencio. Ningún sonido. Ni vibraciones. Allí no había nadie. Desde luego, Duke no. Ya habría caído dormido y golpeado el suelo. Tampoco Beck, que sólo era un aficionado. Para quedarse uno totalmente inmóvil y en silencio durante una hora entera hace falta muchísimo oficio. Así que lo de la puerta no había sido ningún truco. Alguien había salido desarmado en plena noche.

Me tendí en el suelo cuan largo era, alargué el brazo y abrí la puerta. Una precaución. Si hay alguien esperando que se abra la puerta tendrá los ojos fijos a la

altura de la cabeza. Yo lo vería a él antes que él a mí. De todos modos, no había nadie. El vestíbulo estaba desierto. Me incorporé y cerré la puerta a mi espalda. Bajé al sótano en silencio y dejé la linterna en su sitio. Subí las escaleras a tientas. Entré en la cocina sin hacer ruido y deslicé todo mi equipo por el suelo hasta el porche. Cerré tras de mí, me puse en cuclillas, recogí las cosas y escruté los alrededores. No vi nada salvo un mundo gris de rocas y mar pálidamente iluminado por la luna.

Cerré la puerta del porche y me mantuve pegado a la pared de la casa. Luego me zambullí en las profundas y negras sombras y regresé al muro. Encontré la hondonada de la roca, envolví el escoplo y el punzón con la alfombra y lo dejé todo allí. No podía llevarlos conmigo. Romperían la bolsa de la basura. Seguí el muro hacia delante, en dirección al mar. Pretendía bajar a las rocas justo por detrás de los garajes, hacia el sur, completamente fuera del campo visual de la casa.

Estaba a mitad de camino. De pronto me quedé paralizado.

Elizabeth estaba sentada en las rocas. Llevaba un albornoz blanco sobre un camisón también blanco. Parecía un fantasma, o un ángel. Tenía los codos apoyados en las rodillas, la mirada perdida en la oscuridad, hacia el este, como una estatua.

Me quedé totalmente inmóvil. Me hallaba a unos diez metros de ella. Yo iba todo de negro, pero si ella miraba a su izquierda, vería mi silueta. Y un movimiento en falso me delataría. Así que simplemente me mantuve inmóvil. El oleaje chocaba suavemente contra las rocas y se retiraba, tranquilo y perezoso. Era un sonido sosegado. Un movimiento hipnótico. Ella miraba fijamente el agua. Tendría frío. La brisa le revolvía el pelo.

Flexioné las rodillas y me puse en cuclillas buscando confundirme con la piedra. Ella se movió. Fue tan sólo un giro extraño de la cabeza, como si de súbito se le hubiera ocurrido algo. Me miró fijamente, sin revelar sorpresa alguna. Tenía los largos dedos entrelazados. La luz de la luna que se reflejaba en el agua iluminaba su pálido rostro. Tenía los ojos abiertos, pero no veía nada. O acaso yo estaba lo bastante agachado para que ella me confundiera con una roca o una sombra.

Permaneció así unos diez minutos, mirando en mi dirección. Comenzó a temblar de frío. De pronto volvió a menear la cabeza, resuelta, y apartó su mirada de mí para fijarla en el mar, a su derecha. Se alisó el cabello hacia atrás y alzó la cabeza hacia el cielo. Luego se puso en pie despacio. Iba descalza. Se estremeció, como sintiendo frío, o miedo. Extendió los brazos a ambos lados como si estuviera en la cuerda floja, y avanzó hacia mí. Al pisar le dolían los pies. Estaba claro. Mantenía el equilibrio con los brazos y daba cada paso con sumo cuidado. Llegó a estar a un metro de mí. Prosiguió sin detenerse y regresó a la casa. La miré alejarse. El viento le sacudía la ropa. El camisón le quedaba aplastado contra el cuerpo. Desapareció de mi vista. Tras unos prolongados instantes oí abrirse la puerta principal. Hubo una pausa fugaz y acto seguido un débil ruido al cerrar. Me dejé caer de lleno, me di la vuelta y quedé boca arriba. Contemplé las estrellas.

Permanecí así tendido todo el tiempo que fui capaz y luego me levanté y me abrí paso a duras penas por los últimos quince metros hasta la orilla. Sacudí la bolsa negra, me quité la ropa y la metí dentro con cuidado. Envolví la Glock y los cargadores con la camisa. Metí los calcetines en los zapatos y los coloqué encima de todo y finalmente puse el pequeño trapo de hilo. Después até bien la bolsa y me la sujeté al cuello. Y me introduje en el agua arrastrándola tras de mí.

El mar estaba frío. Ya me lo imaginaba. Abril en la costa de Maine. Eso sí era frío. Un frío glacial. Me sentía entumecido y no podía parar de temblar. Me quedaba sin aliento. Al cabo de un segundo estaba helado hasta los tuétanos. A cinco metros de la orilla me castañeteaban los dientes, iba desorientado y los ojos me escocían.

Pataleé hasta haber recorrido unos diez metros y alcancé a ver el muro. Resplandecía de luz. Como no podía atravesarlo ni salvarlo, tenía que rodearlo. No había elección. Discurrí para mis adentros. Debería nadar unos cuatrocientos metros. Soy fuerte aunque no rápido, y arrastraba una bolsa, así que quizá tardaría diez minutos. Quince como mucho. Nada más. En quince minutos nadie muere de congelación. Nadie. En todo caso, yo no. Esa noche no.

Desafié el frío y las olas y establecí una especie de cadencia nadando de costado. Arrastraba la bolsa con la mano izquierda y pataleaba diez veces con la pierna de ese lado. Después cambiaba a la derecha. Había poca corriente. Estaba subiendo la marea. Eso me ayudaba. Pero también me congelaba. Llegaba directamente desde los Grand Banks. Era ártica. Tenía la piel insensible. Respiraba ruidosamente. El corazón me latía con fuerza. Empezó a preocuparme la posibilidad de un *shock* térmico. Recordé los libros que había leído sobre el *Titanic*. Los que no lograron subirse a un bote salvavidas murieron en el lapso de una hora.

Sin embargo, yo no iba a estar una hora en el agua. Además, alrededor no había verdaderos icebergs. Y mi ritmo funcionaba. Estaba más o menos a la altura del muro. La luz me llegaba muy cerca. Iba desnudo y estaba pálido por el invierno, pero me sentía invisible. Superé el muro. Ya estaba a mitad de camino. Seguí pataleando. Golpeaba con fuerza. Saqué la muñeca del agua y miré el reloj. Llevaba seis minutos nadando.

Nadé otros seis. Pedaleaba en el agua y respiraba con dificultad, hice flotar la bolsa por delante y miré atrás. Estaba lejos del muro. Cambié de dirección y enfilé hacia la orilla. Llegué a una playa de arena gruesa a través de resbaladizas y musgosas rocas. Lancé la bolsa por delante y salí del agua gateando. Me quedé allí a cuatro patas un minuto largo, temblando y resollando. Los dientes me castañeteaban desenfrenadamente. Desaté la bolsa. Saqué el trapo. Me froté vigorosamente. Tenía los brazos amoratados. La ropa se me pegaba a la piel. Me puse los zapatos y me guardé la Glock. Plegué la bolsa y el trapo y me los metí en el bolsillo. Después eché a correr para calentarme.

Corrí unos diez minutos hasta que encontré el coche. Era el Taurus del tipo mayor, gris a la luz de la luna. Estaba aparcado con la trasera hacia la casa, dispuesto

para partir sin demora. Duffy era una mujer práctica, no cabía duda. Volví a sonreír. La llave estaba en el asiento. Puse el motor en marcha y me alejé despacio. Mantuve las luces apagadas y no toqué el freno hasta estar lejos del promontorio en forma de mano y doblé la primera curva de la carretera ya tierra adentro. Entonces encendí los faros y la calefacción y pisé el acelerador.

Quince minutos después me encontraba cerca de los muelles de Portland. Aparqué el Taurus en una calle tranquila a kilómetro y medio del almacén de Beck. Hice a pie el resto del camino. Había llegado el momento de la verdad. Si habían descubierto el cadáver de Doll, el lugar estaría alborotado y yo desaparecería para siempre. Si no, viviría para enfrentarme a un nuevo día.

En el paseo invertí casi veinte minutos. No vi a nadie. Ni polis, ni ambulancias, ni cinta policial, ni forenses. Ni hombres misteriosos en Lincoln Town Car. Circundé el almacén de Beck trazando un amplio radio. Atisé a través de resquicios y callejones. Las luces de las oficinas estaban todas encendidas. Yo las había dejado así. El coche de Doll seguía allí, junto a la puerta corredera. Exactamente donde yo lo había dejado.

Me alejé del edificio y regresé a él desde un ángulo nuevo, acercándome por el lado ciego, donde no había ventanas. Saqué la Glock. La mantuve oculta junto a la pierna, abajo. Tenía enfrente el coche de Doll. Detrás, a la izquierda, estaba la puerta del personal que daba al cubículo del almacén. Pasé junto al coche y la puerta, me dejé caer al suelo y me arrastré bajo la ventana. Alcé la cabeza y miré dentro. Nadie. La zona de oficinas también se hallaba desierta. Todo en calma. Exhalé y guardé el arma. Volví sobre mis pasos hasta el coche de Doll. Abrí la puerta del conductor y luego el maletero y eché un vistazo. Doll seguía allí. No había ido a ninguna parte. Cogí las llaves de su bolsillo. Cerré la tapa y probé las llaves en la puerta del personal. Encontré la buena, abrí y cerré a mi espalda.

Estaba dispuesto a arriesgarme quince minutos. Pasé cinco en el cubículo, cinco en el despacho del fondo y cinco en el área administrativa. Para no dejar huellas, limpié con el trapo de hilo todo lo que toqué. No encontré ningún rastro concreto de Teresa Daniel. Ni de Quinn. Pero claro, no había nombres por ningún lado. Todo estaba codificado, tanto las personas como las mercancías. Sólo obtuve una certeza: Bizarre Bazaar vendía cada año decenas de miles de artículos a varios centenares de clientes individuales, en transacciones que ascendían a varias decenas de millones de dólares. No quedaba claro de qué artículos se trataba ni quiénes eran los clientes. Los precios se agrupaban en tres niveles: unos en torno a los cincuenta dólares, otros alrededor de mil, y otros mucho más. No había registros de embarques. Ni de empresas de transporte ni servicio postal. Sin duda la distribución se efectuaba de manera confidencial. No obstante, en una carpeta de pólizas de seguro averigüé que la empresa poseía sólo dos furgonetas de reparto.



Regresé al cubículo y desconecté el ordenador. Volví al vestíbulo de la entrada y fui apagando todas las luces mientras lo dejaba todo limpio y ordenado. Probé las llaves de Doll en la puerta principal, encontré la que iba bien y la sujeté en el puño. Retrocedí hasta la alarma.

Desde luego confiaban en Doll para que cerrara, lo cual significaba que sabía conectar la alarma. Seguro que Duke también lo hacía de vez en cuando. Y naturalmente Beck. Probablemente también algún empleado. Un montón de gente. A alguno le fallaría la memoria. Observé el tablón de anuncios junto a la alarma. Pasé los dedos entre las notas prendidas en grupos de tres. Encontré un código de cuatro dígitos escrito en la parte inferior de una nota del ayuntamiento de hacía dos años sobre nuevas normas de aparcamiento. Lo introduje en el teclado numérico. El piloto rojo empezó a destellar y la caja a pitar. Sonreí. Nunca falla. Siempre hay alguien que anota en un papel contraseñas de ordenadores, números privados, códigos de alarmas.

Salí por la puerta principal y la cerré tras de mí. Cesó el pitido. Cerré con llave, doblé en la esquina y subí al Lincoln de Doll. Lo puse en marcha y arranqué. Lo dejé en un aparcamiento del centro. Podía haber sido el mismo que Susan Duffy había fotografiado. Limpié todo lo que había tocado, lo cerré y guardé las llaves en el bolsillo. Pensé en pegarle fuego. Había gasolina en el depósito y aún me quedaban dos cerillas. Quemar coches es divertido, y además contribuiría a aumentar la presión sobre Beck. Pero finalmente me alejé andando. Seguramente era la decisión correcta. Pasaría buena parte del día hasta que alguien reparara en él. Y buena parte de otro día para decidir hacer algo al respecto. Otro día más para que la poli reaccionara. Investigarían la matrícula y se encontrarían con una de las empresas fantasma de Beck. Entonces se lo llevarían a remolque para realizar nuevas pesquisas. Naturalmente abrirían el maletero, preocupados por eventuales bombas terroristas o debido al olor, pero para entonces ya se habrían cumplido otros muchos plazos y haría tiempo que yo estaría lejos.

Volví al Taurus y conduje hasta un kilómetro de la casa. Para devolverle el favor a Duffy efectué el cambio de sentido y lo dejé encarado de la misma forma. A continuación repetí la rutina anterior pero a la inversa. En la playa de arena gruesa me quité la ropa y la introduje en la bolsa de basura. Me metí en el agua. Sin ningún entusiasmo. Estaba igual de fría que antes. Pero la marea había cambiado. Ahora iba a mi favor. Incluso el mar colaboraba. Nadé los mismos doce minutos. Rodeé el extremo del muro y llegué a la orilla tras el edificio de los garajes. Temblaba de frío y me castañeteaban de nuevo los dientes. Pero me sentía bien. Me sequé todo lo que pude con el húmedo trapo de hilo y me vestí deprisa antes de congelarme. Dejé la Glock, los cargadores de repuesto y el juego de llaves de Doll escondidos con la PSM, el escoplo y el punzón. Doblé la bolsa y el trapo y los apretujé bajo una piedra a un metro de distancia. Después me dirigí a mi tubería. Aún tiritaba.

Resultó más fácil subir que bajar. Fui elevando las manos en el tubo a medida que me impulsaba con los pies. Llegué a la altura de mi ventana y aferré el alféizar con la mano izquierda. Salté al saliente de piedra. Estiré la mano derecha y abrí. Me arrastré dentro tan en silencio como pude.

La habitación estaba fría. La ventana había permanecido abierta durante horas. La cerré bien y volví a desnudarme. La ropa estaba húmeda. La dejé encima del radiador y fui al cuarto de baño. Tomé una larga ducha caliente. Luego me encerré allí con mi zapato. Eran las seis en punto de la mañana. Estarían recogiendo el Taurus. Seguramente Eliot y el tipo mayor. Duffy se habría quedado en la base. Saqué el dispositivo del *email* y envié: «¿Duffy?». Noventa segundos después ella contestó: «Aquí. ¿Cómo está?». Tecleé: «Bien. Comprueben este nombre donde puedan, incluso con PM Powell: Angel Doll, posible cómplice de Paulie, ambos posibles exmilitares».

«Lo haremos», contestó.

Acto seguido envié la pregunta que me había rondado por la cabeza durante cinco horas y media: «¿Cuál es el verdadero nombre de Teresa Daniel?».

Se produjo la habitual demora de noventa segundos, y Duffy respondió: «Teresa Justice».

Acostarme no tenía sentido, así que me quedé junto a la ventana y miré cómo amanecía. La luz enseguida me dio de lleno. El sol se elevaba sobre el mar. Contemplé una golondrina ártica que llegaba del norte. Volaba bajo muy cerca de la orilla. Pasaba rozando sobre las rocas. Me figuré que estaba buscando un sitio para construir un nido. Arrojava sombras grandes como buitres. De pronto abandonó la búsqueda y serpenteó, revoloteó, descendió en picado y se hundió en el agua. Salió un instante después, y en el cielo quedó un reguero de gotitas plateadas de agua helada. No llevaba nada en el pico. Pero volaba como si estuviera igualmente feliz. Estaba mejor adaptada que yo.

Después de eso ya no hubo mucho más que ver. A lo lejos distinguí unas cuantas gaviotas argénteas. Entrecerré los ojos por el resplandor y busqué señales de ballenas o delfines, pero no vi nada. Observé marañas de algas arrastradas por corrientes circulares. A las seis y cuarto oí los pasos de Duke en el pasillo y el chasquido de la cerradura. No entró. Se limitó a alejarse pesadamente. Me volví, miré hacia la puerta y respiré hondo. Decimotercer día, jueves. Acaso habría sido mejor que cayese en viernes. No estaba seguro. «Sea lo que sea, adelante con ello», pensé. Respiré hondo otra vez, salí al pasillo y bajé las escaleras.

Esta vez Duke estaba descansado y yo agotado. Ni rastro de Paulie. Bajé al gimnasio del sótano y no vi a nadie. Duke no se quedó a desayunar. Se esfumó por algún sitio. Apareció Richard Beck para comer en la cocina. En la mesa sólo estábamos él y yo. El mecánico tampoco se encontraba ahí. La cocinera andaba atareada en los fogones. La muchacha irlandesa entraba y salía del comedor. Se movía deprisa. Se apreciaba tensión en el ambiente. Algo pasaba.

—Llega un envío importante —dijo Richard Beck—. Siempre sucede lo mismo. Todos se ponen nerviosos por el dinero que van a ganar.

—¿Vas a volver a la universidad? —le pregunté.

—El domingo —contestó. No parecía preocupado por ello.

Pero yo sí lo estaba. Faltaban tres días para el domingo. Mi quinto día allí. El último. Para entonces ya habría pasado lo que tuviera que pasar. El chico iba a presenciar todo el fuego cruzado.

—¿Te parece bien? —pregunté.

—¿Regresar a las clases?

Asentí.

—Después de lo ocurrido.

—Ahora ya sabemos quiénes lo hicieron —respondió—. Unos gilipollas de Connecticut. No volverá a ocurrir.

—Pareces muy seguro.

Me miró como si yo fuese un chiflado.

—Mi padre se las ve constantemente con asuntos así. Y si para el domingo no está arreglado, me quedaré aquí hasta que lo esté.

—¿Tu padre lleva todo esto él solo? ¿No tiene ningún socio?

—Lo lleva solo —repuso. Ya no había ambivalencia. Parecía contento de estar en casa, seguro y cómodo, orgulloso de su padre. Su mundo se había encogido hasta un cuarto de hectárea de granito yermo y solitario, rodeado por un mar agitado y un alto muro de piedra coronado con alambre de espino.

—Creo que no mataste realmente a aquel poli —me dijo.

Lo miré fijamente.

—Me parece que sólo lo heriste —aclaró—. En todo caso, eso espero. Ya sabes, a lo mejor ahora mismo se está recuperando en algún hospital. Es lo que creo. Deberías hacer lo mismo, tener una actitud más positiva. Es mejor así. Te quedas con la rosa sin las espinas.

—No sé —dije.

—Pues sólo fíngelo —repuso—. Utiliza la fuerza del pensamiento positivo. Has de decirte a ti mismo: Hice algo correcto ante lo que no cabían reparos.

—Veo que tu padre llamó a la policía —repliqué.

—Sólo fíngelo —repitió—. Es lo que hago yo. Lo malo no sucedió a menos que uno decida recordarlo.

Richard había dejado de comer y tenía la cabeza apoyada en su mano izquierda. Sonreía alegre, pero su subconsciente recordaba varias cosas malas, en aquel preciso instante. Estaba claro. Las rememoraba en toda su dimensión.

—Muy bien —dije—. Sólo fue una herida superficial.

—Orificio de entrada y salida —precisó—. Limpia como una patena.

No respondí.

—Fallaste por una décima de segundo —agregó—. Fue un milagro.

Lo admití como cierto. Habría sido una especie de milagro. Eso seguro, maldita sea. Si disparas a alguien en el pecho una bala expansiva Magnum 44 le haces un agujero del tamaño de Rhode Island. Por lo común, la muerte es instantánea. El corazón se para inmediatamente, sobre todo porque ya no está. Supuse que el chico nunca había visto a alguien que le hubieran disparado. Pero después pensé que tal vez sí. Y que quizá no le había gustado mucho.

—Pensamiento positivo —insistió—. Es la clave. Imagínate que está bien atendido y cómodo en algún sitio, restableciéndose.

—¿Qué trae el envío? —pregunté.

—Seguramente falsificaciones —dijo—. Procedentes de Pakistán. Importamos alfombras persas de doscientos años de antigüedad fabricadas allí el mes pasado. Así de imbécil es la gente.

—¿Ah, sí?

Me miró y asintió con la cabeza.

—Ve lo que quiere ver.

—¿De verdad?

—Siempre.

Aparté la vista. No había café. Al cabo del tiempo uno se da cuenta de que la cafeína es adictiva. Me sentía irritado. Y cansado.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó.

—No lo sé.

—Yo voy a leer. Después quizá pasearé un poco. Por la orilla, a ver qué ha arrojado el mar por la noche.

—¿El mar arroja cosas?

—A veces. Ya sabes, cosas que caen de las embarcaciones.

Lo observé. ¿Me estaba diciendo algo? Yo había oído hablar de contrabandistas que hacían flotar fardos de marihuana hasta la costa en lugares aislados. Presumí que para la heroína funcionaría el mismo sistema. ¿Me estaba diciendo algo? ¿Me estaba avisando? ¿Sabía él algo de mi bulto escondido? ¿Y qué era toda esa monserga sobre el poli que recibió el disparo? ¿Psicoparroteo? ¿Estaba jugando conmigo?

—Ocurre sobre todo en verano —puntualizó—. Ahora hace demasiado frío para los botes. Creo que me quedaré dentro. Tal vez pinte un rato.

—¿Pintas?

—Soy estudiante de bellas artes. Ya te lo dije.

Asentí. Clavé la mirada en la nuca de la cocinera, como para persuadirle de que preparara café por telepatía. Entonces entró Duke. Se acercó a mí. Puso una mano en el respaldo de la silla y la otra plana sobre la mesa. Se inclinó como para hacerme alguna confidencia.

—Tu día de suerte, capullo —soltó.

No respondí.

—Vas a llevar en coche a la señora Beck. Quiere ir de compras.

—¿Adónde?

—A donde sea —dijo.

—¿Todo el día?

—Mejor si es así.

Asentí. «Cuando reciben un envío no confían en un desconocido».

—Coge el Cadillac —indicó. Dejó las llaves sobre la mesa—. Procura que no regrese demasiado pronto.

«O cuando reciben un envío no confían en la señora Beck».

—Muy bien —dije.

—Lo encontrarás muy interesante. Sobre todo la primera parte. Por lo menos yo me lo paso en grande, todas las veces sin excepción.

No tenía ni idea de qué quería decir, y no perdí tiempo haciendo conjeturas. Tan sólo miraba fijamente la cafetera vacía. Duke se marchó, y un instante después la puerta principal se abrió y se cerró. El detector de metales pitó dos veces. Duke y

Beck, armas y llaves. Richard se levantó de la mesa y se marchó sin prisas. Me quedé a solas con la cocinera.

—¿Hay café? —pregunté.

—No.

Permanecí sentado hasta que supuse que un chófer diligente debería de estar preparado y esperando, así que salí por la puerta de atrás. El detector de metales pitó cortésmente al paso de las llaves. La marea había subido del todo y el aire era frío y estimulante. Olía a sal y algas. Ya no había marejada y escuchaba el romper de las olas. Rodeé los garajes, encendí el Cadillac y salí marcha atrás. Lo llevé hasta la rotonda delante de la casa y esperé allí con el motor en marcha para que funcionara la calefacción. En el horizonte veía diminutos barcos que iban y volvían de Portland. Se deslizaban justo en la línea de encuentro entre el cielo y el agua, medio ocultos, lentísimos. Me pregunté si alguno era el de Beck, o si ya había amarrado y estaba listo para ser descargado. Me pregunté si un funcionario de aduanas estaba dejando pasar la embarcación, los ojos al frente, derechos hacia el siguiente barco de la fila, con un fajo de billetes nuevecitos en el bolsillo.

Elizabeth Beck salió de la casa diez minutos más tarde. Llevaba una falda escocesa hasta la rodilla, un jersey blanco fino y una chaqueta de lana. Las piernas descubiertas. Sin medias. El cabello peinado hacia atrás y sujeto con una goma. Parecía tener frío. También presentaba un rostro de resignado desafío, aprensivo. Como una aristócrata que se dirigiera a la guillotina. Imaginé que estaba acostumbrada a que fuera Duke quien la llevara. Me figuré que le resultaría violento salir de paseo con el asesino de policías. Salí y me dispuse a abrirle la puerta de atrás.

—Me sentaré delante —dijo.

Se instaló en el asiento del acompañante y yo me coloqué a su lado.

—¿Adónde vamos? —pregunté cumplidamente.

Ella miró por la ventanilla.

—Ya hablaremos de esto cuando hayamos cruzado la verja —respondió.

La verja estaba cerrada y Paulie se hallaba delante, justo en medio. Parecía más grande que nunca. Parecía que, en vez de hombros y brazos, llevara embutidas en el traje pelotas de baloncesto. Tenía la cara enrojecida del frío. Nos había estado esperando. Detuve el coche a dos metros de él. Lo miré fijamente. Me ignoró y se acercó a la ventanilla de Elizabeth Beck. Le sonrió, golpeó el cristal con los nudillos y con la mano hizo un gesto sinuoso. Ella tenía la mirada clavada en el parabrisas. Intentó no hacerle caso. Paulie golpeó de nuevo. Elizabeth se volvió hacia él. El gorila alzó las cejas. Repitió el gesto sinuoso. Ella se estremeció. Fue casi un espasmo físico que balanceó el coche. Elizabeth se miró con insistencia una uña y a continuación la posó sobre el botón y apretó. El cristal bajó con un zumbido. Paulie se agachó con el antebrazo derecho en el marco.

—Buenos días —dijo.

Se inclinó hacia dentro y le tocó la mejilla con el dorso del índice. Ella se quedó

inmóvil. Se limitó a mirar al frente. Se colocó tras la oreja un mechón de pelo.

—Tu visita de anoche me encantó —dijo él.

Ella se estremeció otra vez, como si estuviera muerta de frío. Él bajó la mano hasta el pecho de ella. Lo abarcó con la mano ahuecada y lo apretó. Ella no se movió. Pulsé el botón de mi lado. El cristal de ella subió lentamente, pero se paró al encontrarse con el brazo gigantesco de Paulie, y volvió a bajar. Abrí la puerta y salí. Rodeé el capó. Paulie seguía en cuclillas. Aún tenía la mano dentro del coche. La había bajado un poco.

—Lárgate —me espetó sin dejar de mirarla.

Me sentí como un leñador ante una secuoya sin un hacha ni una motosierra. Me pregunté por dónde empezar. Le di un puntapié en el riñón. Aquel golpe habría mandado un balón de fútbol fuera del estadio, al aparcamiento. Habría resquebrajado un poste del alumbrado público. Habría enviado a la mayoría de tíos al hospital. Pero en Paulie tuvo el mismo efecto que una cortés palmadita en la espalda. Él ni siquiera hizo ruido alguno. Colocó ambas manos en el marco de la portezuela y se puso en pie despacio. Se volvió hacia mí.

—Tranquilo, comandante —dijo—. Es sólo mi manera de darle los buenos días a la señora.

Acto seguido se alejó evitándome y abrió la verja. Lo observé. Parecía muy tranquilo. No aprecié ningún indicio de reacción. Era como si ni siquiera lo hubiese tocado. Me quedé quieto y dejé que mi nivel de adrenalina fuera bajando. Después miré el coche. El maletero y el capó. Rodear el maletero significaría que tenía miedo, de modo que opté por el capó. Aunque me aseguré de quedar fuera de su alcance. No me hacía ninguna ilusión que un cirujano estuviera seis meses ocupado en reconstruirme los huesos de la cara. A lo máximo que me acerqué fue a metro y medio. Paulie se limitó a abrir la verja de par en par y se hizo a un lado para que el coche saliese.

—Más tarde hablaremos de este puntapié, ¿vale? —me gritó al pasar.

No respondí.

—Y no te llesves una impresión equivocada, comandante —añadió—. A ella le gusta.

Elizabeth Beck había cerrado su ventanilla y miraba al frente, pálida y humillada. Giré hacia el oeste. Miré a Paulie por el retrovisor. Estaba cerrando la verja.

—Lamento que haya tenido que ver esto —dijo Elizabeth en voz baja.

Guardé silencio.

—Y gracias por haber intervenido —agregó—. Pero habrá sido en vano. Me temo que le causará más de un disgusto. Él ya le odia y no es una persona demasiado razonable.

Seguí sin decir nada.

—Es una cuestión de control, naturalmente —señaló. Era como si estuviera dándose explicaciones a sí misma, no hablando conmigo—. Una demostración de

poder. Nada más. No hay verdadero sexo. El no puede. Demasiados esteroides, supongo. Sólo me manosea.

Continué en silencio.

—Me obliga a desnudarme —añadió—. Me hace desfilar delante de él. Me toquetea. No hay sexo. Es impotente.

No abrí la boca. Sólo conduje despacio, manteniendo el coche estable por las curvas costeras.

—Por lo general dura aproximadamente una hora —precisó.

—¿Se lo ha contado a su marido?

—¿Y qué podría hacer él?

—Despedirlo.

—Eso no es posible —dijo ella.

—¿Por qué?

—Porque Paulie no trabaja para mi marido.

La miré. Recordé cuando le dije a Duke que debería deshacerse de él. Y que Duke había respondido que no era tan fácil.

—Entonces ¿para quién trabaja? —pregunté.

—Para otra persona.

—¿Quién?

Meneó la cabeza. Era como si no pudiera pronunciar el nombre.

—Es una cuestión de control —repitió—. No puedo oponerme a lo que me hacen igual que mi esposo no puede oponerse a lo que le hacen a él. Nadie puede oponerse. A nada, ¿entiende? Esta es la cuestión. A usted tampoco le permitirán poner objeciones a nada. A Duke ni se le ocurriría, desde luego. Es un animal.

No dije nada.

—Doy gracias a Dios por tener un hijo varón —dijo—. Y no una chica.

Seguí en silencio.

—Anoche fue horrible —continuó—. Pensaba que empezaría a dejarme tranquila. Además me estoy haciendo mayor.

La miré otra vez. No se me ocurría nada que decir.

—Ayer era mi cumpleaños —añadió—. Ese fue el regalo de Paulie.

Permanecí callado.

—Cumplí cincuenta —señaló—. Supongo que usted no quiere ni imaginarse a una mujer desnuda de cincuenta años desfilando.

No sabía qué decir.

—Pero me mantengo en forma. Cuando los demás no están voy al gimnasio.

Seguí en silencio.

—Me llama por el busca —explicó—. Siempre he de llevar encima un busca. Sonó en mitad de la noche. Anoche. Tuve que ir enseguida. Si lo hago esperar es peor.

No dije nada.



—Regresaba cuando usted me vio —señaló—. Allá en las rocas.

Me arrimé al arcén, pisé el freno suavemente y paré el coche. Dejé el cambio en punto muerto.

—Creo que usted trabaja para el gobierno —dijo ella.

Negué con la cabeza.

—Se equivoca. Soy un tipo normal.

—Pues entonces estaba errada.

—Soy un tipo normal —repetí.

Ella permaneció en silencio.

—No debería decir cosas como ésa —añadí—. Ya tengo suficientes líos aquí.

—Sí —admitió—. Lo matarían.

—Bueno, al menos lo intentarían —puntalicé. Hice una pausa y agregué—: ¿Les ha comentado algo?

—No —contestó.

—Bien, no lo haga. En todo caso, está equivocada.

No dijo nada.

—Habría pelea —expliqué—. Ellos vendrían por mí y yo no me quedaría quieto. Habría heridos. Richard, tal vez.

Me miró fijamente.

—¿Está negociando conmigo?

Negué otra vez con la cabeza.

—La estoy avisando —precisé—. Soy un superviviente.

En su rostro se dibujó un rictus amargo.

—No tiene ni idea —soltó—. Quienquiera que sea usted, no ha entendido absolutamente nada. Debería irse ahora.

—Soy un tío normal y corriente —reiteré—. No tengo nada que ocultarles.

El viento balanceaba el coche. No veía nada excepto granito y árboles. Estábamos a kilómetros del ser humano más próximo.

—Mi marido es un criminal —dijo.

—Me lo imaginaba —dije.

—Es un hombre duro. Puede llegar a ser violento; y siempre implacable.

—Sin embargo, no es su propio jefe —indiqué.

—No, no lo es. Es un hombre duro pero tiembla cuando está delante de su jefe.

Me quedé callado.

—Hay una expresión —dijo—. La gente pregunta por qué a las personas buenas les ocurren cosas malas. Pero en el caso de mi marido, las cosas malas le pasan a una persona mala. Irónico, ¿no? De hecho ellos son cosas malas.

—¿Para quién trabaja Duke?

—Para mi esposo —respondió—. A su manera, Duke es tan malo como Paulie.

Da igual uno que otro. Era un policía corrupto y un agente federal corrupto, y un asesino. Ha estado en la cárcel.

—¿Es el único?

—¿En la nómina de mi marido? Bueno, tenía los dos guardaespaldas. Eran suyos. En todo caso, se los proporcionaron. Pero, claro, los mataron los hombres de Connecticut. O sea que sí, ahora Duke es el único. Aparte del mecánico, aunque éste es sólo un técnico.

—¿Cuántos tiene el jefe de su marido?

—No estoy segura. Parecen ir y venir.

—¿Qué están importando exactamente?

Elizabeth apartó los ojos.

—Si no es usted un agente del gobierno, supongo que no tendrá mucho interés en ello.

Seguí su mirada hasta los árboles lejanos. «Piensa, Reacher. Esto podría ser una rebuscada trampa para ponerte en evidencia. Podrían estar todos de acuerdo». La mano de Paulie en el pecho de su esposa sería para Beck un pequeño precio a pagar por cierta información clave. Y yo creía en las trampas rebuscadas. A la fuerza. Yo mismo estaba tendiendo una.

—No trabajo para el gobierno —dije.

—Entonces me he equivocado —repitió.

Me dispuse a arrancar. Seguía con el pie en el freno.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Me importa un cuerno dónde vayamos.

—¿Le apetece un café?

—¿Un café? Sí, claro. Vaya al sur. Hoy estaremos lejos de Portland.

Giré hacia el sur y tomé la carretera 1, aproximadamente a kilómetro y medio de la I-95. Era una carretera vieja y agradable, como las de antes. Pasamos por un sitio llamado Old Orchard Beach. Tenía pulcras aceras y alumbrado público de estilo Victoriano. Unos letreros señalaban una playa a la izquierda. Distinguí banderas francesas descoloridas. Supuse que canadienses de Quebec solían pasar ahí las vacaciones antes de que las baratas tarifas aéreas a Florida y el Caribe cambiaran sus preferencias.

—¿Por qué estaba usted fuera anoche? —me preguntó Elizabeth Beck.

No contesté.

—No puede negarlo —añadió—. ¿Cree que no lo vi?

—No reaccionó —dije.

—Venía de estar con Paulie. Estoy acostumbrada a no reaccionar.

Me quedé callado.

—Su habitación estaba cerrada —dijo.

—Salté por la ventana —expliqué—. No me gusta estar encerrado.

—¿Y qué hizo luego?

—Di un paseo. Como pensé que hacía usted.

—¿Y después volvió trepando?

Lo admití. Sin abrir la boca.

—El muro es la dificultad principal —señaló ella—. Hay luces y alambre de espino, pero también sensores bajo tierra. Paulie le oiría a treinta metros de distancia.

—Sólo estuve tomando un poco el aire.

—Bajo el camino de entrada no hay sensores —prosiguió—. Con el asfalto encima no funcionarían. Sin embargo, en la caseta hay una cámara. Y en la verja una alarma de movimiento. ¿Sabe lo que es una NSV?

—Una ametralladora de torreta de tanque —respondí.

—Pues Paulie tiene una. La guarda en la puerta lateral. Ha recibido instrucciones de utilizarla si oye la alarma de movimiento.

Inspiré y espiré. Una NSV tiene más de metro y medio de largo y pesa más de veinticinco kilos. Lleva cartuchos de once centímetros de largo y uno y pico de diámetro. Dispara doce por segundo. Carece de mecanismo de seguridad. La combinación de Paulie y una NSV no tenía nada de gracioso.

—Me dio la impresión de que se había metido en el agua —comentó ella—. Alcancé a oler el mar en su camisa. Un olor casi imperceptible. Cuando se dispuso a regresar no se secó bien.

Vimos la señal de una ciudad llamada Saco. Me arrimé al arcén y volví a pararme. Los coches y las furgonetas pasaban zumbando.

—Tuvo usted muchísima suerte —prosiguió Elizabeth—. Se producen inesperadamente aguas revueltas. Fuertes contracorrientes. Pero supongo que se metió por detrás de los garajes, en cuyo caso las evitó por unos diez metros.

—No trabajo para el gobierno —insistí.

—¿De verdad?

—¿No cree que está corriendo un riesgo excesivo? Pongamos que yo no soy exactamente lo que parezco ser. Sólo como hipótesis. Digamos que yo pertenezco a una organización rival. ¿Se da cuenta del riesgo? ¿Cree que llegaría a casa con vida? ¿Diciendo lo que dice?

Ella desvió la mirada.

—Entonces, la prueba será ésta —dijo—. Si usted no es un agente, no me matará. Si lo es, sí lo hará.

—Soy un tipo normal y corriente —repetí—. Usted podría meterme en un lío.

—Vamos a tomar ese café —propuso—. Saco es una bonita ciudad. Hace tiempo los grandes propietarios de molinos vivían ahí.

Acabamos en una isla en mitad del río Saco. En ella había un enorme edificio de

ladrillo que en otro tiempo había sido un molino gigantesco. Ahora empezaba a dar cabida a centenares de oficinas y tiendas para urbanitas. Encontramos una cafetería de cromo y cristal llamada Café Café. No se habían quemado las neuronas con el nombre. «Un juego de palabras en francés», pensé. Pero el aroma ya justificaba el viaje. Pasé por alto los cafés con leche y esas cosas espumosas y especiadas y pedí café normal, caliente, solo, una buena taza. Después me volví hacia Elizabeth Beck.

—Usted se queda —dijo meneando la cabeza—. He decidido ir de compras. Sola. Quedamos aquí dentro de cuatro horas.

No dije nada.

—No necesito su permiso —señaló—. Usted es sólo mi chófer.

—No tengo un centavo —avisé.

Me dio veinte dólares de su bolso. Pagué el café y lo llevé a la mesa. Ella me acompañó y me miró mientras me sentaba.

—Cuatro horas —repitió—. Tal vez algo más, pero menos no. Si tiene algo que hacer, puede aprovechar.

—No tengo nada que hacer. Sólo soy su chófer.

Me miró. Cerró la cremallera del bolso. Había poco espacio alrededor de la mesa. Se retorció un poco para pasarse la correa por el hombro. Se inclinó ligeramente para no tocar la mesa y derramar mi café. Se oyó un golpetazo, como de plástico contra el suelo. Bajé la vista. Le había caído algo de entre la falda. Ella lo miró fijamente y su rostro enrojció. Se agachó, cogió el objeto y lo apretó con la mano. Se dirigió hasta la silla que había frente a mí como si se hubiera quedado sin fuerzas. Como si estuviera absolutamente humillada. Sostenía un buscapersonas. Un rectángulo negro de plástico algo más pequeño que mi propio artilugio de correo electrónico. Tenía la mirada fija en él. Habló en un susurro compungido.

—Me obliga a llevarlo aquí —dijo—. Dentro de las bragas. Le gusta provocar lo que él llama «el efecto apropiado» cuando zumba. Comprueba que está aquí cada vez que cruzo la verja. Por lo general, después lo saco y lo guardo en el bolso. Pero esta vez, con usted mirando, no he querido hacerlo, ya me entiende.

No dije nada. Ella se puso en pie. Parpadeó dos veces, tomó aire y tragó saliva.

—Cuatro horas —repitió—. Si tiene algo que hacer...

A continuación se alejó. La observé. Una vez fuera, giró a la izquierda y desapareció. ¿Una trampa rebuscada? Cabía la posibilidad de que pretendieran tenderme una trampa con aquella historia. De que ella llevara un busca para avalar su relato. De que se las hubiera ingeniado para liberar el chisme y dejarlo caer en el momento oportuno. Todo era posible. Sin embargo, lo que no podía ser ni por asomo es que en el mismo instante pudiera generar un rubor intenso. Esto no lo puede hacer nadie. Ni la mejor actriz del mundo en la plenitud de sus facultades. Así que lo de Elizabeth Beck era verdad.

No abandoné del todo las precauciones razonables. Las tenía demasiado arraigadas. Terminé el café como una persona cándida e inofensiva con todo el tiempo del mundo. Salí a las aceras interiores del centro comercial y doblé al azar a derecha e izquierda hasta estar seguro de que nadie me seguía. Luego regresé a la cafetería y tomé otra taza de café. Pedí la llave de los lavabos y me encerré ahí. Me senté en la tapa del retrete y me quité el zapato. Me esperaba un mensaje de Duffy: «¿Por qué le interesaba el verdadero nombre de Teresa Daniel?». Lo pasé por alto y envié: «¿Dónde está su motel?». Noventa segundos después respondió: «¿Qué desayunó el primer día que pasó en Boston?». Sonreí. Duffy era una mujer práctica. Le preocupaba que mi trasto estuviera intervenido. Estaba formulando una pregunta de seguridad. Tecleé: «Tortitas con huevo, café, propina de tres dólares, me lo comí todo». Cualquiera otra respuesta, y ella habría salido pitando hacia su coche. Noventa segundos después contestó: «Lado oeste de la carretera 1 cien metros al sur del río Kennebunk». Supuse que estaba a unos quince kilómetros. Respondí: «Nos vemos en diez minutos».

Tardé más de quince en llegar al coche y salir del atasco que originaba la carretera 1 al atravesar Saco. En ningún momento quité ojo del retrovisor y no aprecié nada sospechoso. Crucé el río y vi un motel a la derecha. Era un lugar alegre de colores vivos que pretendía ser un conjunto de casas antiguas de dos pisos de Nueva Inglaterra. Corría el mes de abril, y no estaba muy lleno. Aparcado junto a la última habitación se encontraba el Taurus al que había subido como pasajero en las afueras de Boston. Era el único sedán sencillo. Dejé el Cadillac unos treinta metros más allá, detrás de un cobertizo de madera que ocultaba un enorme depósito de propano. No tenía sentido quedar a la vista de todos los que pasaran por la carretera 1.

Desanduve el camino, llamé una vez y Susan Duffy abrió enseguida. Nos abrazamos. Lo hicimos sin más. Me cogió totalmente por sorpresa. Creo que a ella también. Si lo hubiéramos pensado primero, seguramente no lo habríamos hecho. Pero supongo que ella estaba inquieta y yo tenso y simplemente sucedió. Y la verdad es que estuvo bien. Ella era alta pero delgada. Con la mano abarqué casi toda la anchura de su espalda y noté que sus costillas cedían un poco. Olía a limpio y fresco. Sin perfume. Sólo la piel, salida de la ducha hacía poco.

—¿Qué sabe de Teresa? —preguntó.

—¿Está sola? —pregunté.

—Sí. Los demás están en Portland. Según los de aduanas, hoy llega un barco para Beck.

Nos soltamos. Entramos.

—¿Qué van a hacer? —inquirí.

—Sólo vigilar —dijo—. Tranquilo. Son expertos. Nadie los verá.

Era una habitación de motel normal. Una cama grande, una silla, un escritorio, un televisor, una ventana, un aparato de aire acondicionado en la pared. Lo único que la distinguía de otras cien mil habitaciones de motel era una combinación de colores azules y grises y grabados de temas náuticos. Le daban un sabor inequívoco a costa de Nueva Inglaterra.

—¿Qué sabe de Teresa? —preguntó de nuevo.

Le hablé del nombre grabado en el suelo de la habitación del sótano. Y de la fecha. Duffy me miraba fijamente. Luego cerró los ojos.

—Está viva —dijo—. Gracias.

—Bueno, estaba viva ayer —señalé.

Abrió los ojos.

—¿Cree que hoy también?

Respondí que sí con un gesto.

—Lo creo muy posible. La quieren para algo. ¿Por qué mantenerla viva nueve semanas y matarla ahora?

Duffy permaneció en silencio.

—Creo que sólo la han trasladado —añadí—. Nada más. Es todo lo que puedo suponer. Por la mañana la puerta estaba cerrada; por la noche allí no había nadie.

—¿Cree que la han tratado bien?

No le conté lo que a Paulie le gustaba hacer con Elizabeth Beck. Duffy ya tenía suficientes preocupaciones.

—Me parece que grabó el nombre con un tenedor —precisé—. Y la noche anterior por allí sobraba un plato de carne y patatas, como si se la hubieran llevado con tantas prisas que se hubieran olvidado de avisar a la cocinera. O sea que seguramente la alimentan. Creo que es pura y simplemente una prisionera.

—¿Dónde la habrán llevado?

—Creo que está con Quinn —dije.

—¿Por qué?

—Porque me parece que lo que hay aquí es una organización superpuesta en otra. Beck es uno de los malos, desde luego, pero tiene a otro peor por encima.

—¿Es algo corporativo?

—Exacto —confirmé—. Como una OPA hostil. Quinn coloca su personal en el negocio de Beck. Se aprovecha de él como un parásito.

—Pero ¿por qué trasladarían a Teresa?

—Por precaución —contesté.

—¿Por usted? ¿Cree que sospechan algo?

—Un poco —dije—. Creo que están cambiando de sitio algunas cosas, escondiendo otras.

—Pero aún no le han plantado cara.

Asentí.

—No saben a qué atenerse conmigo.

—Pero ¿por qué asumen ese riesgo?

—Porque salvé al chico.

Asintió y se quedó callada. Parecía algo cansada. Imaginé que no había dormido nada desde que le pedí el coche a medianoche. Llevaba tejanos y una camisa de Oxford de hombre. Era de un blanco inmaculado y la llevaba pulcramente metida por dentro. Los dos botones de arriba desabrochados. Calzaba zapatillas náuticas sin medias ni calcetines. La calefacción de la habitación estaba fuerte. En el escritorio había un ordenador portátil, cerca del teléfono. Este era una especie de consola llena de botones de marcado rápido. Miré el número y lo memoricé. El portátil estaba enchufado mediante un complicado adaptador a la base del teléfono. Se apreciaba un salvapantallas, el escudo del Departamento de Justicia que iba de un lado a otro. Cada vez que llegaba al extremo rebotaba y tomaba una nueva dirección aleatoria, como en un antiguo vídeo de tenis. No había sonido.

—¿Aún no ha visto a Quinn? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—¿Sabe desde dónde opera? —insistió.

Volví a menear la cabeza.

—En realidad, no he visto nada. Salvo que sus libros están codificados y que no tienen una flota de reparto lo bastante grande para transportar lo que parece que transportan. Quizá sus clientes van a recoger la mercancía.

—Eso sería insensato —señaló ella—. No mostrarían a sus clientes su base de operaciones. De hecho ya sabemos que no lo hacen. Recuerde que Beck se citó con el traficante de Los Ángeles en un aparcamiento.

—Pues tal vez se encuentran en un sitio neutral. Para la venta real. En algún lugar cercano, en el nordeste.

Ella asintió.

—¿Cómo es que vio sus libros?

—Anoche estuve en su oficina. Es por eso que quería el coche.

Duffy se acercó a la mesa, se sentó y tocó la almohadilla táctil del ordenador. Desapareció el protector de pantallas. Observé mi último *email*: «Nos vemos en diez minutos». Ella fue al directorio de mensajes e hizo clic en uno de Powell, el PM que me había traicionado.

—Le hemos localizado este nombre —explicó—. Angel Doll cumplió ocho años en Leavenworth por agresión sexual. Debería haber sido cadena perpetua por violación y asesinato, pero el fiscal la fastidió. Era técnico de comunicaciones. Violó a una teniente coronel, que sufrió una hemorragia interna mortal. No es un tío muy majo que digamos.

—Un tío que está bien muerto —observé.

Ella se limitó a mirarme.

—Comprobó la matrícula del Maxima —expliqué—. Me buscó las cosquillas.

Craso error. Ha sido la primera baja.

—¿Lo mató?

Asentí.

—Le rompí el cuello.

Duffy se quedó callada.

—No tuve opción —dije—. Peligraba la misión.

Estaba pálida.

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

Ella apartó la mirada.

—No esperaba que hubiera bajas, la verdad.

—Quizás haya más. Vaya acostumbrándose.

Volvió a mirarme. Tomó aire. Asintió con la cabeza.

—Muy bien —dijo. Hizo una pausa—. Lamento lo de la matrícula. Fue un fallo nuestro.

—¿Hay algo de Paulie?

Hizo retroceder el texto de la pantalla.

—En Leavenworth, Doll tuvo un colega llamado Paul Masserella, un culturista que cumplía ocho años por agresión a un oficial. Su defensa alegó enajenación transitoria debida a los esteroides. Intentaron culpar al ejército por no haberle controlado el consumo.

—Ahora su consumo es caótico.

—¿Cree que es Paulie?

—Seguramente. Me dijo que no le gustaban los oficiales. Esta mañana le he propinado un puntapié en el riñón que a usted o a Eliot los habría matado. Él ni se ha enterado.

—¿Y qué va a hacer él al respecto?

—Prefiero no pensarlo.

—¿Está dispuesto a regresar?

—La esposa de Beck sabe que soy un impostor.

Duffy me miró.

—¿Cómo es eso?

Me encogí de hombros.

—Quizá no lo sepa. Quizá sólo quiere que lo sea. Tal vez esté intentando convencerse a sí misma.

—¿Lo ha comentado ella con alguien?

—Aún no. Anoche me vio fuera de la casa.

—No puede usted volver.

—No soy de los que abandonan.

—Tampoco es un idiota. Esto se nos escapa de las manos.

Asentí.

—Pero ésta es mi decisión.



Ella meneó la cabeza.

—La decisión es de todos. Usted necesita nuestro apoyo.

—Hemos de sacar a Teresa de allí. Urge hacerlo, Duffy. Se halla en una situación mortal.

—Ahora que usted ha confirmado que está viva, yo podría enviar a un equipo de operaciones especiales.

—No sabemos dónde está exactamente.

—Ella es responsabilidad mía.

—Y Quinn, mía.

Se quedó callada.

—No puede mandar a los de operaciones especiales —señalé—. Esto es extraoficial. Pedir que vengan éstos es lo mismo que condenarse a sí misma.

—Si se da el caso, estoy preparada para ello.

—No está sola —advertí—. Condenaría también a otros seis.

No dijo nada.

—De todos modos, voy a volver. Porque quiero encontrar a Quinn. Con ustedes o sin ustedes. Así que bien podrían valerse de mí.

—¿Qué le hizo Quinn?

No respondí. Ella hizo una pausa y luego preguntó:

—¿La señora Beck estaría dispuesta a hablar con nosotros?

—No quiero preguntárselo. Si se lo preguntara, ella confirmaría sus sospechas. Y no sé muy bien dónde acabaría esto.

—Si regresa, ¿qué piensa hacer?

—Lograr que me asciendan —contesté—. Ésa es la clave. Tengo que entrar en el negocio de Beck. Seré el tipo más importante del lado de Beck. Entonces tendré alguna clase de enlace con el lado de Quinn. Eso es lo que necesito. Sin eso, voy a ciegas.

—Hemos de avanzar —señaló ella—. Nos hacen falta pruebas.

—Lo sé.

—¿Cómo va a lograr que lo asciendan?

—Como lo hace todo el mundo —repuse.

No replicó. Tan sólo cambió de nuevo el programa de correo a la bandeja de entrada, se puso en pie y se dirigió a la ventana para contemplar la vista. La observé al trasluz. La forma de su cabello cepillado hacia atrás me pareció un peinado de quinientos dólares, aunque supuse que con un salario como el de la DEA seguramente se lo había arreglado ella misma. O se lo había hecho alguna amiga. Me la imaginé en la cocina de alguien, sentada en una silla en medio, una toalla alrededor del cuello, interesada en su aspecto si bien no lo bastante para gastarse la pasta en un salón de belleza.

Embutido en los tejanos, su trasero era espectacular. Observé la etiqueta: *Cintura 24. Pierna 32*. Según eso, su entrepierna medía doce centímetros menos que la mía,

lo que estaba dispuesto a aceptar. De todos modos, una cintura treinta centímetros más pequeña que la mía era ridícula. Yo casi no tengo grasa corporal. Todo lo que llevo ahí son los órganos necesarios, compactos y apretados. Ella seguramente poseía versiones en miniatura. Si veo una cintura como aquélla, lo que se me ocurre es abarcarla con ambas manos y maravillarme de ello. O quizás hundir la cabeza un poco más arriba. No sé cómo sería esto con ella a menos que se diera la vuelta. Pero me parece que estaría muy bien.

—¿Qué grado de peligro hay ahora? —preguntó—. Haga una valoración realista.

—Es difícil decirlo —contesté—. Hay muchas variables. La señora Beck sólo actúa por intuición. Tal vez hay algo ahí de satisfacción fantasiosa de los deseos. No dispone de pruebas incontestables. Con respecto a esto último, creo que tengo buenas bazas. O sea que si ella llega a comentarlo, todo dependerá de que decidan tomar en serio la intuición de una mujer.

—Le vio fuera de la casa. Eso es una prueba incontestable.

—¿De qué? ¿De que duermo mal?

—El tipo ese, Doll, fue asesinado mientras usted no estaba encerrado.

—Ellos darán por supuesto que no salí de la finca. Y no encontrarán a Doll. Seguro. Al menos no a tiempo.

—¿Por qué trasladaron a Teresa?

—Por precaución.

—Esto se nos va de las manos —repitió.

Me encogí de hombros, aunque ella no vio el gesto.

—Estas cosas siempre se escapan de las manos. Es lo que cabe esperar. Los planes nunca funcionan como uno ha previsto. Siempre se van a pique en cuanto se dispara el primer tiro.

Guardó silencio. Se volvió.

—¿Qué piensa hacer ahora? —inquirió.

Aguardé unos instantes. Seguía al trasluz. «Muy bonita, ya lo creo», pensé.

—Echar una siesta —dije.

—¿Cuánto tiempo tiene?

Miré el reloj.

—Unas tres horas.

—¿Está cansado?

Asentí con la cabeza.

—He estado toda la noche levantado, sobre todo nadando.

—¿Rebasó el muro nadando? —soltó—. Quizá sí es un idiota.

—¿Y usted? ¿Está cansada? —pregunté a mi vez.

—Mucho. Llevo semanas trabajando duro.

—Pues eche la siesta conmigo.

—No me parece bien. Teresa corre peligro en alguna parte.

—De todos modos no puedo marcharme —señalé—. He de esperar a la señora

Beck.

Ella suspiró.

—Sólo hay una cama.

—No es un problema insoluble —dije—. Es usted delgada. No ocupará mucho sitio.

—No estaría bien.

—No tenemos por qué meternos dentro. Sólo nos tendemos encima.

—¿Uno al lado del otro?

—Vestidos del todo —precisé—. Yo incluso me dejaré puestos los zapatos.

Duffy no respondió.

—No va contra la ley —aclaré.

—Tal vez sí —objetó—. Algunos estados tienen leyes viejas y extrañas. Acaso Maine sea uno de ellos.

—Son otras las leyes de Maine que me preocupan.

—No en este preciso momento.

Sonreí. Luego bostecé. Me senté en la cama y me tumbé. Me coloqué de lado, volviendo la espalda al centro, y metí las manos bajo la cabeza. Cerré los ojos. La percibía de pie, un minuto tras otro. Después reparé en que se tendía a mi lado. Se revolvió un poco y luego se quedó quieta. Pero estaba tensa. Lo noté. Me lo decían los muelles del colchón, minúsculos temblores de alta frecuencia que revelaban inquietud.

—Tranquila. Estoy demasiado cansado.

Pero la verdad es que no lo estaba. Todo empezó cuando ella se movió un poco y me rozó el culo con el suyo. Fue un contacto casi imperceptible, pero podía haberme enchufado a una toma de corriente. Abrí los ojos, miré fijamente la pared y traté de descifrar si Duffy estaba dormida y se había movido sin querer o adrede. Pasé un par de minutos pensándolo. Pero supongo que el peligro mortal es afrodisíaco, pues me sorprendí optando por el lado optimista. De todos modos, no estaba muy seguro de cuál era la respuesta exigida. ¿Qué dictaba la etiqueta? Resolví moverme un par de centímetros y confirmar la conexión. Imaginé que eso dejaría la pelota en su tejado. Entonces le tocaría a ella devanarse los sesos.

Durante un largo minuto no pasó nada. Yo ya estaba a punto de sentirme frustrado cuando ella volvió a moverse. Ahora la conexión era muy fuerte. Si yo no hubiera pesado cien kilos, ella podría haber hecho que me deslizara por la brillante colcha. Estaba casi seguro de notar los remaches de sus bolsillos de atrás. Era mi turno. Disimulé con una especie de sonido adormilado y me di la vuelta hasta que ambos quedamos pegados como cucharas y mi brazo le tocaba el hombro de manera fortuita. Tenía su cabello en mi cara. Era suave y olía a verano. El algodón de la camisa era fresco. Se hundía más allá de la cintura, mientras los vaqueros trazaban una curva

sobre las caderas. Eché una ojeada hacia abajo. Se había quitado los zapatos. Le veía la planta de los pies. Diez dedos pequeños, todos en fila.

Duffy emitió también un sonido soñoliento. Estuve casi seguro de que era fingido. Se acurrucó hacia atrás hasta quedar bien apretada contra mí de arriba abajo. Posé mi mano en su brazo. Luego la hice descender hasta que acabó descansando en su cintura. La punta de mi dedo meñique se hallaba bajo el cinturón de los vaqueros. De ella brotó otro sonido. Falso, casi seguro. Aguanté la respiración. Su culo estaba apretujado contra mi ingle. El corazón me latía con violencia. La cabeza me daba vueltas. Imposible resistirme. Absolutamente imposible. Era uno de esos insensatos momentos gobernados por las hormonas a causa del cual habría arriesgado una condena de ocho años en Leavenworth. Deslicé la mano hacia arriba y la ahuequé en su pecho. Después, todo escapó a nuestro control.

Era de esas mujeres que son mucho más atractivas desnudas que vestidas. No les sucede a todas, pero a ella sí. Tenía un cuerpo que quitaba el aliento. No estaba morena, pero la piel no era pálida. Era suave como la seda, pero no translúcida. Era muy delgada, pero los huesos no se le marcaban. Era alta. Estaba hecha para llevar uno de esos trajes de baño que dejan los lados al descubierto. Tenía pechos pequeños y firmes, con la forma perfecta. El cuello era largo y esbelto. Sus orejas, tobillos, rodillas y los hombros eran magníficos. Tenía una pequeña concavidad en la base de la garganta.

También era fuerte. Yo pesaría unos cincuenta kilos más que ella, pero me dejé rendido. Porque era joven, supongo. Tendría diez años menos. Me había dejado exhausto, y eso la hizo sonreír. Una sonrisa espléndida.

—¿Recuerdas mi habitación del hotel de Boston? —dije—. ¿El modo en que te sentaste? Entonces ya te deseé.

—Sólo estaba sentada en una silla. No hay un modo para eso.

—No te engañes.

—¿Te acuerdas del Freedom Trail, cuando me hablaste del penetrador de caña larga? —dijo ella—. Yo te deseé a ti entonces.

Sonreí.

—Formaba parte de un contrato de defensa de mil millones de dólares —precisé—. Me alegro de que este simple ciudadano sacara alguna tajada de ello.

—Si Eliot no hubiera venido conmigo lo habría hecho allí mismo, en el parque.

—Había una mujer que daba de comer a los pájaros.

—Podríamos haber ido tras un arbusto.

—Paul Revere nos habría visto —advertí.

—Cabalga toda la noche —replicó.

—Yo no soy Paul Revere —puntalicé.

Volvió a sonreír. Lo noté en mi hombro.

—Así pues, ¿ya ha terminado todo?

—Yo no he dicho exactamente eso.

—El peligro es afrodisíaco, ¿verdad?

—Me parece que sí.

—Entonces ¿admites que corres peligro?

—Corro peligro de sufrir un ataque cardíaco.

—No deberías volver —dijo ella.

—Corro peligro de no ser capaz de hacerlo.

Se incorporó en la cama. La fuerza de la gravedad no ejercía efecto alguno en su perfección.

—Hablo en serio, Reacher.

Le dirigí una sonrisa.

—Todo irá bien. Dos o tres días más. Encontraré a Teresa y a Quinn y luego escaparé.

—Sólo si yo te dejo.

Asentí.

—Los dos guardaespaldas —señalé.

Ella asintió a su vez.

—Por eso te conviene que yo interrumpa la misión. Déjate de heroicidades. Si soltamos a esos tíos, una llamada telefónica más tarde eres hombre muerto.

—¿Dónde están ahora?

—En el primer motel, allá en Massachusetts. Donde hicimos todo el plan. Los de la Toyota y el coche de la universidad los mantienen a buen recaudo.

—Imagino que es duro.

—Mucho.

—Eso está a varias horas de aquí —indiqué.

Ella meneó la cabeza.

—Por carretera —dijo—. No por teléfono.

—Quieres que Teresa vuelva.

—Sí —replicó—. Pero yo estoy al cargo.

—Eres una obsesa del control.

—No quiero que te pase nada malo, eso es todo.

—A mí nunca me pasa nada malo.

Se inclinó y pasó la punta de los dedos por las cicatrices de mi cuerpo. El pecho, el estómago, los brazos, los hombros, la frente.

—Para ser un tío a quien nunca le pasa nada malo llevas encima bastante estropicio.

—Soy torpe —expliqué—. Me caigo mucho.

Se levantó y fue al cuarto de baño, desnuda, garbosa, con aire desenfadado.

—Vuelve pronto —le dije.

Pero no lo hizo. Estuvo en el baño un buen rato y cuando salió llevaba puesto un albornoz. Su semblante era otro. Parecía algo incómoda, atribulada.

—No teníamos que haberlo hecho —dijo.

—¿Por qué?

—Es contrario a la ética profesional. —Me clavó la mirada. Asentí. Supuse que era poco profesional.

—Pero ha sido divertido —repuse.

—Hemos hecho mal.

—Ya somos mayorcitos. Vivimos en un país libre.

—Ha sido sólo para reconfortarnos. Los dos estamos nerviosos y tensos.

—No tiene nada de malo.

—Complicará las cosas —dijo ella.

Negué con la cabeza.

—No, si nosotros no queremos —respondí—. No significa que tengamos que casarnos ni nada así. No nos debemos nada por ello.

—Ojalá no lo hubiéramos hecho.

—Pues yo me alegro de que lo hayamos hecho. Creo que si tienes ganas de hacer algo debes hacerlo.

—¿Es ésa tu manera de pensar?

Aparté la mirada.

—Es la voz de la experiencia —señalé—. En una ocasión dije no cuando quería decir sí y he vivido para lamentarlo.

Duffy se ciñó el albornoz.

—Ha estado bien —dijo.

—Para mí también.

—Pero deberíamos olvidarlo. Ha significado lo que ha significado, nada más, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —acepté.

—Y deberías pensarte bien lo de volver allá.

—De acuerdo —repetí.

Me tendí en la cama y pensé en cómo era decir no cuando en realidad uno quería decir sí. Mirándolo bien, decir sí había sido mejor, y yo no sentía ningún arrepentimiento. Duffy estaba callada. Era como si estuviéramos esperando a que sucediera algo. Tomé una larga ducha caliente y me vestí en el cuarto de baño. Ya no hablábamos. No había más que decir. Ambos sabíamos que yo iba a regresar a la casa. Me gustó que ella no intentara detenerme. Me gustó que los dos fuéramos personas prácticas y centradas. Me estaba atando los cordones de los zapatos cuando ella recibió un *email*. El portátil emitió un sonido metálico, como el tono agudo pero apagado de una campana. Como un microondas cuando la comida está lista. Ninguna voz artificial diciendo «tienes correo». Salí del cuarto de baño y ella se sentó frente al ordenador y pulsó un botón.

—Mensaje de mi oficina —dijo—. Según los archivos, hay once expolis sospechosos que se llaman Duke. Hice la solicitud ayer. ¿Qué edad tiene?

—Unos cuarenta.

Se desplazó por la lista.

—¿Del sur? ¿Del norte? —preguntó.

—Del sur no.

—Se han quedado en tres —anunció.

—La señora Beck ha dicho que también fue agente federal.

Duffy hizo avanzar un poco más el texto de la pantalla.

—John Chapman Duke —dijo—. Es el único que después fue federal. Empezó en Mineapolis siendo policía y a continuación detective. Sometido a tres investigaciones por Asuntos Internos. Sin resultados. Luego estuvo con nosotros.

—¿La DEA? ¿En serio?

—No; me refiero a la administración federal. Trabajó en Hacienda.

—¿En qué exactamente?

—No lo pone. Pero al cabo de tres años fue procesado. Alguna corruptela. Además fue sospechoso de varios homicidios, pero sin pruebas fundadas. De todos modos estuvo cuatro años en la cárcel.

—¿Descripción?

—Blanco, más o menos de tu talla. Aunque en la foto parece más desagradable.

—Es él —afirmé.

Duffy siguió mirando la pantalla. Leyó el resto del informe.

—Ten cuidado —advirtió—. Parece un mal bicho.

—Descuida —dije. Pensé en darle un beso de despedida en la puerta. Pero no lo hice. Supuse que ella no querría. Apreté el paso hacia el Cadillac.

Regresé a la cafetería y casi al final de mi segunda taza apareció Elizabeth. No se veía la compra por ningún lado. Nada de bolsas llamativas. Imaginé que en realidad no había estado en ninguna tienda. Habría estado deambulando durante cuatro largas horas para dejar que el agente del gobierno hiciera lo que tuviera que hacer. Levanté la mano. No me hizo caso y fue directamente al mostrador. Pidió un café con leche y lo trajo a la mesa. Yo ya había decidido lo que iba a contarle.

—No trabajo para el gobierno —le dije apenas se sentó.

—Así pues, yo estaba equivocada —dijo ella por tercera vez.

—Sería imposible —añadí—. Maté a un policía, ¿recuerda?

—Sí.

—Los agentes del gobierno no hacen esas cosas.

—O quizá sí —replicó—. Sin querer.

—Pero después no huirían. Se quedarían y apechugarían con las consecuencias.

No abrió la boca y permaneció en silencio un buen rato. Bebía lentos sorbos de café.

—He estado allí unas ocho o diez veces —explicó—. Me refiero a la universidad. De vez en cuando organizan algo para las familias de los alumnos. Procuero ir al

principio y al final de cada semestre. Un verano incluso alquilé una U-Haul y lo ayudé a trasladar su equipaje a casa.

—¿Qué más?

—Es una universidad pequeña. Pero aun así, el primer día de cada semestre está de bote en bote. Montones de padres, de estudiantes, todoterrenos, coches, camionetas, tráfico por todas partes. Los días de visita de familiares son todavía peor. ¿Y sabe una cosa?

—¿Qué?

—Jamás he visto allí un coche de la policía local. Ni una sola vez. Y desde luego tampoco a ningún detective de paisano.

Miré por la ventana a la acera interior del centro comercial.

—Supongo que es sólo una coincidencia —continuó—. Una mañana de un martes cualquiera de abril, a primera hora, sin que pase nada especial, hay un detective esperando junto a la puerta sin ninguna razón aparente.

—¿Qué pretende decir?

—Que tuvo usted muy mala suerte —contestó—. A ver, ¿qué probabilidades había de que sucediera algo?

—No trabajo para el gobierno —repetí.

—Se ha duchado —comentó ella—. Y lavado el pelo.

—¿Ah, sí?

—Lo veo y lo huelo. Gel barato, champú barato.

—He ido a una sauna.

—No tenía usted dinero. Le he dado veinte dólares. Al menos se ha tomado dos tazas de café. Le quedarían unos catorce.

—He ido a una sauna barata.

—Seguramente.

—Sólo soy un tipo corriente —insistí.

—Y yo estaba equivocada al respecto.

—Parece como si deseara el hundimiento de su esposo.

—Así es.

—Iría a la cárcel.

—Ya vive en una cárcel. Y lo merece. Pero en una cárcel de verdad sería más libre que ahora. Y no estaría allí para siempre.

—Puede llamar a alguien —sugerí—. No tiene por qué esperar a que vayan por usted.

Meneó la cabeza.

—Eso sería un suicidio. Para mí y para Richard.

—Lo mismo que si hablara así de mí delante de otras personas. Yo no me quedaría quieto, recuerde. Habría gente que saldría malparada. Usted y Richard, tal vez.

Sonrió.



—¿Otra vez negociando?

—Otra vez avisándola —corregí—. Esto es todo lo que hay.

Ella asintió.

—Sé mantener la boca cerrada —dijo, y luego lo confirmó al no decir una palabra más.

Terminamos el café en silencio y volvimos al coche andando. No hablamos. La llevé a casa, en dirección norte y este, sin saber a ciencia cierta si estaba transportando una bomba de relojería o dando la espalda a la única ayuda interior con que acaso podría contar.

Paulie aguardaba tras la verja. Probablemente había estado mirando por la ventana y tomado posición en cuanto vio el coche a lo lejos. Aminoré la marcha, me paré, y él me miró fijamente. Luego hizo lo propio con Elizabeth Beck.

—Deme el busca —dije.

—No puedo —replicó ella.

—Hágalo y basta —ordené.

Paulie alzó el picaporte y empujó la verja. Elizabeth abrió la cremallera del bolso y me dio el busca. Hice avanzar el coche y bajé la ventanilla. Me detuve donde Paulie esperaba para cerrar.

—Mira esto a ver si funciona —le dije.

Arrojé el aparato delante del coche. Fue un lanzamiento con la izquierda. Flojo y torpe. Pero cumplió su cometido. El pequeño rectángulo negro hizo un tirabuzón en el aire y aterrizó en mitad del sendero de entrada, a unos seis metros del vehículo. Paulie observó la trayectoria y cuando reparó en lo que era, se quedó petrificado.

—¡Eh! —soltó.

Fue tras el chisme. Y yo fui tras él. Pisé el acelerador, los neumáticos aullaron y el coche dio un brinco adelante. Orienté la esquina izquierda del parachoques a su rodilla derecha. Me acerqué mucho. Pero él era rapidísimo. Recogió el busca del asfalto y se apartó de un salto. No lo atropellé por un palmo. El coche pasó disparado casi rozándolo. No reduje la velocidad. Aceleré y lo miré por el retrovisor, de pie tras mi estela, mirándome, inmerso en una nube de humo de neumático quemado. Me sentí decepcionado. Si tenía que pelear con un tío que pesaba ochenta kilos más que yo, habría preferido que estuviera lisiado. O que al menos no fuera tan rápido, puñeta.

Paré en la rotonda y Elizabeth Beck bajó frente a la puerta principal. A continuación dejé el coche en el garaje, y cuando me dirigía a la cocina Zachary Beck y John Chapman Duke salieron a mi encuentro. Estaban agitados y andaban deprisa. Tensos y preocupados. Pensé que iban a echarme la bronca por lo de Paulie. Pero no.

—Doll ha desaparecido —dijo Beck.

Me quedé quieto. Soplabla brisa. La perezosa marejada había dejado paso a olas grandes y ruidosas como las de la primera noche. El aire estaba saturado de gotitas.

—Lo último que hizo fue hablar con usted —dijo Beck—. Después cerró y se marchó y no se le ha vuelto a ver.

—¿Qué quería de ti? —inquirió Duke.

—No lo sé —contesté.

—¿No lo sabes? Estuviste con él cinco minutos a solas.

Confirmé con la cabeza.

—Me llevó a la oficina del almacén.

—¿Y?

—Y nada. Él iba a decirme algo pero sonó su móvil.

—¿Quién era?

Me encogí de hombros.

—¿Cómo iba a saberlo? Algo urgente. Estuvo al teléfono los cinco minutos. Estaba haciéndome perder el tiempo a mí y a todos, así que me cansé y me marché.

—¿Qué decía por teléfono?

—No escuché. No es de buena educación.

—¿Alcanzó a oír algún nombre? —preguntó Beck.

Me volví hacia él y negué con la cabeza.

—Ningún nombre. Pero se conocían, eso seguro. Doll escuchó la mayor parte del tiempo. Creo que estaba recibiendo instrucciones.

—¿Sobre qué?

—Ni idea —dije.

—¿Algo urgente?

—Imagino que sí. Parecía haberse olvidado de mí por completo. Naturalmente, no trató de detenerme cuando me fui.

—¿Es todo lo que sabe?

—Supuse que le estaban dando instrucciones. Tal vez para el día siguiente.

—¿Para hoy?

Volví a encogerme de hombros.

—Sólo son conjeturas. Más que una conversación parecía un monólogo.

—Genial —soltó Duke—. Pues sí que nos estás ayudando.

Beck contempló el mar.

—Así que recibió una llamada urgente en el móvil, cerró y se marchó. ¿No puede decirnos nada más?

—Yo no lo vi cerrar —señalé—. Y tampoco salir. Cuando me fui, él seguía al teléfono.

—Pues cerró —dijo Beck—. Y también se marchó. Esta mañana todo estaba completamente normal.

No dije nada. Beck se volvió noventa grados y miró hacia el este. El viento procedente del mar le aplastaba la ropa contra el cuerpo. Las perneras del pantalón se

agitaban como banderas. Movía los pies, restregando las suelas de los zapatos en la arenilla como si intentara entrar en calor.

—Bien, ya lo aclararemos —soltó—. Pero no ahora. Nos espera un fin de semana muy entretenido.

Guardé silencio. Los dos dieron media vuelta y regresaron a la casa.

Estaba cansado pero no iba a poder descansar. No me cabía ninguna duda. Había mucho trajín, y la calma de las dos noches anteriores se había ido a paseo. En la cocina no había comida. Nada para cenar. La cocinera no estaba. Oí pasos en el pasillo. Duke entró en la cocina, pasó delante de mí y salió por la puerta de atrás. Llevaba una bolsa de deporte Nike de color azul. Lo seguí, me paré y desde la esquina de la casa vi que entraba en el segundo garaje. Cinco minutos después sacó el Lincoln negro marcha atrás y se alejó. Le había cambiado las placas de la matrícula. Cuando lo había visto en mitad de la noche, tenían seis dígitos de Maine; ahora un número de siete cifras de Nueva York. Volví a entrar y busqué café. Encontré la cafetera, pero ningún filtro de papel. Me conformé con un vaso de agua. A mitad del trago entró Beck, también con una bolsa de deporte. El modo en que colgaba de las asas y el ruido que hacía al chocar con su pierna revelaba que contenía metal pesado. Seguramente armas; tal vez dos.

—Coja el Cadillac —dijo—. Ahora mismo. Recójame en la entrada.

Sacó las llaves del bolsillo y las dejó caer en la mesa, delante de mí. Después se agachó, abrió la cremallera de la bolsa y sacó dos placas de matrícula de Nueva York y un destornillador. Me lo dio todo.

—Primero póngale esto —ordenó.

Vi las armas en la bolsa. Dos Heckler & Koch MP5K, cortas, gruesas y negras, con grandes mangos bulbosos moldeados. Diseño futurista, como del atrezzo de una película.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Seguiremos a Duke hasta Hartford, Connecticut. Allí tenemos negocios, ¿recuerda?

Cerró la cremallera, cogió la bolsa y se marchó por el pasillo. Me quedé quieto un instante. Acto seguido levanté el vaso de agua y brindé con la pared que tenía delante.

«Brindemos por las guerras sangrientas y las enfermedades fatales», me dije.

Dejé la cocina y me dirigí a los garajes. Empezaba a caer la noche en el horizonte del mar, cien kilómetros al este. El viento soplaba con fuerza y batían las olas. Me detuve y me volví con aire despreocupado. No vi a nadie. Así que me agaché y desaparecí junto al muro del patio. Encontré mi bulto oculto, dejé sobre las rocas las placas falsas y el destornillador y desenvolví las armas. La Glock de Duffy fue a parar al bolsillo derecho del abrigo. La PSM de Doll, al izquierdo. Encajé los cargadores de repuesto en el cinturón. Escondí la alfombra, cogí las placas y el destornillador y retrocedí hasta la entrada del patio.

El mecánico estaba atareado en el tercer garaje. El vacío. Engrasaba las bisagras con las puertas abiertas de par en par. El espacio tras él parecía aún más limpio que cuando lo había visto por la noche. Estaba impoluto. Habían pasado la manguera por el suelo. Había trozos que aún se estaban secando. Le saludé con un gesto de la cabeza y él hizo lo propio. Abrí el garaje de la izquierda. Me puse en cuclillas y desatornillé la placa de Maine de la tapa del maletero del Cadillac y la sustituí por una de Nueva York. Repetí la operación en la parte delantera. Dejé en el suelo las placas viejas y el destornillador, subí y encendí el motor. Salí marcha atrás y me dirigí a la rotonda. El mecánico me observó.

Beck me estaba esperando. Él mismo abrió la puerta de atrás y dejó la bolsa de deporte en el asiento. Oí las armas moverse dentro. Luego se sentó a mi lado.

—Vamos —dijo—. Coja la I-95 hacia Boston.

—Hemos de repostar —señalé.

—Muy bien. En la primera gasolinera que vea.

Paulie estaba aguardando junto a la verja, el rostro todavía crispado por la furia. Él constituía un problema que no podía durar mucho más tiempo. Me lanzó una mirada feroz. Tuvo sus ojos clavados en mí mientras abría la puerta. No le hice caso y arranqué. No miré por el retrovisor. Por lo que a él se refería, mi lema iba a ser «ojos que no ven, corazón que no siente».

La carretera costera estaba desierta. Doce minutos después llegamos a la autopista. Me estaba acostumbrando al Cadillac. Era un buen coche. Cómodo y silencioso. Pero consumía mucha gasolina. Ya lo creo. La aguja bajaba peligrosamente. Por lo que recordaba, la primera gasolinera era la que había al sur de Kennebunk. Donde había quedado con Duffy y Eliot camino de New London. Llegamos en quince minutos. Pasé por delante del aparcamiento donde habíamos forzado la furgoneta y me dirigí a los surtidores. Beck no abrió la boca. Salí y llené el depósito. Tardé lo suyo. Setenta litros. Beck bajó la ventanilla y me dio unos billetes.

—Pague la gasolina siempre en metálico —dijo—. Es más seguro.

Me quedé el cambio, algo más de quince dólares. Supuse que estaba en mi

derecho. Aún no me habían pagado. Regresé a la carretera y me puse cómodo para el viaje. Estaba cansado. Cuando uno se encuentra así, lo peor es un kilómetro tras otro de solitaria autopista. Beck iba tranquilo a mi lado. Al principio creí que estaba taciturno. O que era reservado, o se sentía cohibido. Después caí en la cuenta de que estaba nervioso. Me figuré que no se hallaba demasiado a gusto camino de la batalla. Yo sí. Sobre todo porque sabía a ciencia cierta que no íbamos a encontrar a nadie contra quien pelear.

—¿Cómo está Richard? —le pregunté.

—Bien. Tiene fuerza interior. Es un buen hijo.

—¿Sí? —repuse, porque tenía que decir algo. Necesitaba hablar con él para mantenerme despierto.

—Es muy leal. Un padre no puede pedir más.

Volvió a quedarse callado, y yo me esforcé en seguir despabilado. Diez kilómetros, quince.

—¿Se las ha visto alguna vez con traficantes de poca monta? —me preguntó.

—No —respondí.

—Tienen algo característico.

Durante treinta kilómetros no dijo nada más. Luego retomó el tema como si hubiera estado todo el rato persiguiendo una idea escurridiza.

—Son esclavos de la moda —explicó.

—¿En serio? —dije, como si tuviera algún interés. No lo tenía, pero aun así necesitaba que hablara.

—Las drogas sintéticas son artículos de moda. En realidad, sus clientes no son peores que ellos. No me aclaro con las porquerías que venden. Cada semana un nombre raro distinto.

—¿Qué es una droga sintética?

—La que se fabrica en un laboratorio —respondió—. Ya sabe, algo elaborado, químico. Nada que ver con lo que crece en la tierra de manera natural.

—Como la marihuana.

—O la heroína —dijo—. O la cocaína. Estos son productos naturales. Orgánicos. Están refinados, claro, pero no proceden de un vaso de precipitados.

No dije nada. Sólo me esforzaba por mantener los ojos abiertos. En el coche hacía calor. Cuando uno está cansado necesita aire fresco. Para seguir despierto me mordí el labio inferior.

—La moda contamina todo lo que toca —señaló—. Absolutamente todo. Por ejemplo, los zapatos. Esos tipos que buscaremos esta noche, cada vez que los veo llevan zapatos distintos.

—¿Qué? ¿Zapatillas de deporte y tal?

—Exacto, como si jugaran a baloncesto para ganarse la vida. Un día los veo con unas Reebok de doscientos dólares, nuevas de trinca. Y la siguiente vez, las Reebok están pasadas de moda y hay que llevar las Nike o cualquier otra. *Nike air* por aquí,

*Nike air* por allá. O de pronto son las botas Caterpillar, o las Timberland. Piel, Gore-tex y más piel. Primero negro, después ese color amarillo como el de las botas de trabajo. Siempre con los cordones desatados. Y de nuevo es el turno de las zapatillas, sólo que ahora son Adidas, con las rayas pequeñas. Doscientos, trescientos dólares cada vez. Sin motivo alguno. Es una locura.

No abrí la boca. Me limitaba a conducir, con los párpados rígidos y un escozor terrible en los ojos.

—¿Sabe por qué pasa esto? —preguntó—. Por el dinero. Tienen tanto dinero que no saben qué hacer con él. Como las cazadoras. ¿Ha visto qué cazadoras llevan? Una semana son North Face, brillantes e hinchadas, con relleno de plumas de ganso, da igual que sea invierno o verano pues esos tíos sólo salen por la noche. Y a la semana siguiente lo brillante ya es cosa del pasado. Quizá North Face está bien, pero ahora tocan las microfibras. Y después vienen las cazadoras con letras, de lana con mangas de piel. Cada estilo dura aproximadamente una semana.

—Qué disparate —dije por decir algo.

—Es por el dinero —repitió—. No saben qué hacer con él, así que cambian por cambiar. Lo contamina todo. También las armas, desde luego. A esos tíos les gustaban las Heckler & Koch MP5K. Ahora, según usted, tienen Uzi. ¿Me entiende? Para éstos, incluso las armas son objetos que siguen la moda, como las zapatillas o las cazadoras. O tomemos su producto propiamente dicho, y llegamos al punto de partida. Sus exigencias cambian constantemente, en todos los terrenos. Incluso en lo referente a los coches. Les gustan sobre todo los coches japoneses, modas que vienen de la Costa Oeste, supongo. Pero una semana son los Toyota, y la siguiente los Honda. Y después los Nissan. Hace dos o tres años preferían la Nissan Maxima, como la que usted robó. Después llegaron las Lexus. Es una manía. También pasa con los relojes. Ahora llevan Swatch y luego Rolex. No ven la diferencia. Es demencial. Naturalmente, estando como estoy en el mercado, como proveedor que soy, no me quejo. El mercado acabará siendo obsoleto, pero a veces va todo demasiado rápido. Es difícil seguir.

—¿Así que está en el mercado?

—¿Qué creía? —dijo—. ¿Qué era un contable?

—Un importador de alfombras.

—Y lo soy. Importo montones de alfombras.

—Ajá.

—Pero eso esencialmente es una tapadera —aclaró. Soltó una carcajada y añadió—: Hoy en día hay que tomar precauciones al vender zapatillas de deporte a gente como ésa.

Continuó riendo. Una risa en la que había mucha tensión nerviosa. Seguí conduciendo. Se tranquilizó. Miró por la ventanilla y luego por el parabrisas. Habló de nuevo, como si esto le conviniera tanto a él como a mí.

—¿Usted nunca lleva zapatillas?

—No —respondí.

—Es que estoy buscando a alguien que me lo explique. ¿Verdad que no hay ninguna diferencia racional entre unas Reebok y unas Nike?

—No sé.

—A ver, probablemente salen de la misma fábrica. De algún lugar de Asia. Seguramente son idénticas hasta que les ponen el logotipo.

—Tal vez —dije—. Lo cierto es que no lo sé. Nunca he hecho deporte. Jamás he llevado esa clase de calzado.

—¿Hay diferencia entre un Toyota y un Honda?

—No lo sé.

—¿Cómo es que no lo sabe?

—Porque jamás he tenido un VP.

—¿Qué es un VP?

—Un vehículo de propiedad. Así llamábamos en el ejército a un Toyota o un Honda. O a un Nissan o un Lexus.

—Así pues, ¿qué sabe usted?

—Sé cuál es la diferencia entre llevar un Swatch y un Rolex.

—Vale. ¿Cuál es?

—Ninguna —precisé—. Los dos te dicen la hora.

—Eso no es una respuesta.

—Conozco la diferencia entre una Uzi y una Heckler & Koch.

Se volvió y me miró.

—Bien. Fantástico. Explíquemela. ¿Por qué esos tíos desechan sus Heckler & Koch y prefieren las Uzi?

El Cadillac avanzaba zumbando. Me encogí de hombros ante el volante. Reprimí un bostezo. Era una pregunta estúpida, claro. Los tipos de Hartford no habían desechado sus MP5K porque prefirieran las Uzi. Nada de eso. Eliot y Duffy no habían tenido en cuenta cuál era el «arma del día» en Hartford y que Beck lo sabía todo de allí, de modo que dieron a sus hombres las Uzi porque serían las que estaban más a mano.

Sin embargo, en teoría era una buena pregunta. Una Uzi es un arma buena de veras. Acaso algo pesada. No tiene la mayor velocidad cíclica del mundo, lo que podría ser importante para mucha gente. Ni mucho estriado en el cañón, lo que reduce algo la precisión, pero es muy fiable, muy sencilla, de probada eficacia, y admite un cargador de cuarenta balas. Un arma excelente. De todos modos, cualquier derivado de una Heckler & Koch es mejor. Disparan la misma munición con más fuerza y más deprisa. Son muy precisas. En ciertas manos, tan precisas como un buen fusil. Muy seguras. Rotundamente mejores. Un gran diseño de los setenta frente a un gran diseño de los cincuenta. No en todos los casos se cumple, pero si hablamos de material de guerra militar, lo moderno siempre es mejor.

—No sé —dije—. No le veo sentido.

—Exacto —dijo Beck—. Es por la moda. Se trata de un capricho. Una compulsión. Favorece que todos hagan negocios pero también que todos se vuelvan chalados.

Sonó su móvil. Lo sacó con destreza del bolsillo y contestó pronunciando su nombre, brusco y tajante. Y un poco nervioso. *Beck*. Pareció como si tosiera. Escuchó largo rato. Hizo que le repitieran unas señas y unas instrucciones, interrumpió la comunicación y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo.

—Era Duke —dijo—. Ha hecho algunas llamadas. Esos tipos no están en Hartford, pero al parecer tienen una casa en el campo, algo al sur y al este, donde cree que están escondidos. Así que vamos allá.

—Cuando lleguemos, ¿qué haremos exactamente?

—Nada del otro mundo. Tampoco haremos una montaña de esto. Ni detalles ni florituras. En un caso así, prefiero acribillarlos, sencillamente. La marca de lo irremediable, ¿entiende? Pero sin darle mucha importancia. Por ejemplo, si usted me creara problemas, el castigo sería rápido y seguro, no le quepa duda, no iba a darle demasiadas vueltas.

—Así pierde clientes.

—Puedo reponerlos. La cola de gente da la vuelta a la manzana. Esto es lo verdaderamente fabuloso de este negocio. La balanza de la oferta y la demanda se inclina del lado de la demanda.

—¿Va a hacerlo usted mismo?

Negó con la cabeza.

—Para eso están usted y Duke.

—¿Yo? Pensaba que sólo tenía que conducir.

—Ya se cargó a dos. No le importaran otros dos.

Apagué la calefacción y me esforcé por mantener los ojos abiertos. «Guerras sangrientas», pensé.

Estábamos rodeando Boston, y a mitad de camino Beck me dijo que pusiera rumbo al suroeste al llegar al Mass Pike y que luego tomara la I-84. Recorrimos otros noventa kilómetros en aproximadamente una hora. Él no quería que yo condujera demasiado deprisa. No quería llamar la atención. Matrículas falsas, una bolsa llena de armas automáticas en el asiento de atrás; mejor no involucrar a la policía de carreteras. Tenía su lógica. Conduje como un autómatas. Llevaba cuarenta horas sin dormir, pero no lamentaba haber dejado pasar la oportunidad de echar una siesta en el motel de Duffy. Me alegraba recordarlo, pese a no compartir ella la misma sensación.

—La próxima salida —anunció.

Inmediatamente después, la I-84 cruzaba la ciudad de Hartford. Había nubes bajas que las luces volvían anaranjadas. La salida desembocaba en una carretera ancha que al cabo de un par de kilómetros se estrechaba y llevaba al sudeste. Por delante había



oscuridad. Vi unas cuantas tiendas cerradas, cebos y avíos, cerveza fría, recambios de motocicleta, y después absolutamente nada salvo la oscura silueta de los árboles.

—La próxima a la derecha —indicó al cabo de ocho minutos.

Me metí en una carretera secundaria, con el firme en malas condiciones y muchas curvas. Todo estaba oscuro. Tuve que concentrarme.

—Siga adelante —señaló.

Recorrimos otros doce o catorce kilómetros. No tenía ni idea de dónde estábamos.

—Muy bien —dijo—. Pronto deberíamos ver a Duke esperándonos.

Un par de kilómetros después mis faros iluminaron la matrícula trasera de Duke. Estaba aparcado en el arcén. El coche se hallaba ladeado en la pendiente, que bajaba hasta una zanja.

—Párese detrás de él.

Me detuve con el morro pegado al Lincoln. Quería dormir. Cinco minutos habrían bastado. Pero, en cuanto nos identificó, Duke bajó de su coche y se apresuró hacia la ventanilla de Beck. Éste bajó el cristal y Duke se puso en cuclillas e inclinó la cabeza para ver dentro.

—La casa está unos tres kilómetros más adelante —explicó—. Un largo camino de entrada que traza una curva, a la izquierda. Apenas una pista de tierra. Si vamos en silencio, despacio y con las luces apagadas, podemos hacer en coche más o menos la mitad del trayecto. El resto, a pie.

Beck no dijo nada. Se limitó a subir de nuevo la ventanilla. Duke regresó a su coche. Abandonó el arcén dando un bote y salió a la carretera. Lo seguí los tres kilómetros. Apagamos las luces a un centenar de metros del camino de entrada y giramos. Lentamente. La luna iluminaba un poco. Delante, el Lincoln daba bandazos y se bamboleaba como si se arrastrara sobre surcos. El Cadillac hacía lo mismo, desfasado, arriba cuando el Lincoln estaba abajo, serpenteando a la derecha donde el Lincoln torcía a la izquierda. Aminoramos hasta ir a velocidad de ralentí para avanzar más pegados. De pronto brillaron las luces de freno de Duke y éste se paró en seco. Me detuve detrás. Beck se volvió en el asiento y tiró de la bolsa de deporte a través del hueco que había entre los dos, la apoyó en las rodillas y abrió la cremallera. Me entregó una de las MP5K, con dos cargadores de repuesto de treinta balas.

—Acaben el trabajo —dijo.

—¿Usted espera aquí?

Asintió con la cabeza. Desmonté el arma y la examiné. La monté otra vez, dejé una bala en la recámara y puse el seguro. Después guardé los cargadores en los bolsillos procurando que no entrechocaran con la Glock y la PSM. Bajé del coche con cuidado. Me quedé de pie y aspiré el frío aire de la noche. Fue un alivio. Me despertó. Alcanzaba a oler un lago cercano, y los árboles, y el mantillo de hojas. Y también una pequeña cascada a lo lejos, y el débil tictac de los motores de los vehículos al enfriarse. En los árboles soplaba una suave brisa. Aparte de eso no se oía nada más. Silencio total.

Duke estaba esperándome. Aprecié tensión e impaciencia en su postura. Él ya había hecho trabajitos así antes. Estaba claro. Era el vivo retrato de un poli veterano antes de una redada importante. Cierta grado de familiaridad rutinaria, combinada con un profundo conocimiento de que no hay dos situaciones idénticas. Sostenía en la mano su Steyr, con el largo cargador de treinta disparos acoplado. Sobresalía bastante por debajo del mango, por lo que el arma parecía aún más grande y amenazadora.

—Vamos, gilipollas —susurró.

Me mantuve un metro y medio por detrás de él y avancé como lo haría un soldado de infantería. Tenía que ser convincente, como si me preocupara ofrecer un blanco notorio. Yo sabía que el lugar adonde íbamos estaba vacío, pero él no.

Doblamos un recodo y vimos la casa enfrente. Detrás de una ventana había una luz encendida. Seguramente conectada a un temporizador. Duke aminoró el paso y se detuvo.

—¿Ves alguna puerta? —susurró.

Atisbé en la oscuridad. Vi un pequeño porche. Lo señalé.

—Espera en la entrada —susurré a mi vez—. Echaré un vistazo a la ventana iluminada.

Se mostró de acuerdo. Nos dirigimos hacia el porche. Él se quedó allí a esperar y yo serpenteé en dirección a la ventana. Eché cuerpo a tierra y me arrastré los últimos tres metros. Alcé la cabeza hasta el alféizar y miré dentro. Había una bombilla de poca potencia en una lámpara de mesa con una pantalla de plástico amarillo. Observé sofás y sillones hechos polvo. Y, en la chimenea, ceniza de un fuego apagado. En las paredes, revestimientos de pino. No se veía a nadie.

Repté hacia atrás hasta que la escasa luz permitió a Duke verme y sostuve dos dedos ahorquillados bajo los ojos. Código visual estándar de tirador-observador emboscado para indicar «veo». Luego alargué la palma con los cinco dedos extendidos. Veía a cinco personas. A continuación hice una complicada serie de gestos para explicar su colocación y sus armas. Sabía que Duke no los entendería. No los entendía ni yo. Que yo supiera, no significaban nada en absoluto. Nunca había sido francotirador. De todos modos, todo pintaba muy real. Parecía profesional, clandestino, apremiante.

Gateé otros tres metros, me puse en pie y me acerqué en silencio a la puerta para reunirme con él.

—Están colgados —musité—. Borrachos o drogados. Es una buena oportunidad, tenemos la victoria asegurada.

—¿Armas?

—Muchas, pero ninguna a su alcance. —Indiqué el porche—. Creo que al otro lado hay un pasillo. Una puerta interior y el pasillo. Tú vas por la izquierda y yo por la derecha. Aguardaremos en el pasillo. Los sorprenderemos cuando salgan a averiguar la causa del ruido.

—¿Ahora das las órdenes tú?

—Yo he hecho el reconocimiento.

—Procura no meter la pata, gilipollas.

—Tú tampoco.

—Nunca lo hago —replicó.

—Muy bien —dije.

—Hablo en serio —advirtió—. Si te cruzas en mi camino, me encantará matarte igual que a los demás, no lo dudes.

—Estamos en el mismo bando.

—¿Ah, sí? —soltó—. Ahora podremos averiguarlo.

—Tranquilízate.

Se calló. Tenso. Cabeceó en la oscuridad.

—Yo me encargo de esta puerta y tú de la de dentro. Uno tras otro —ordenó.

—De acuerdo —dije. Di media vuelta y sonreí. Sin duda era un poli veterano. Si yo abría la puerta interior, él entraría primero y yo después, y teniendo en cuenta los tiempos de reacción normales del enemigo, el segundo es el que generalmente recibe los disparos.

—Preparados —murmuré.

Dispuse la H&K para un único disparo y él quitó el seguro de su Steyr. Asentí con la cabeza y él hizo lo propio. Dio un puntapié a la puerta. Pegado a su hombro, me adelanté y propiné una patada a la puerta interior. Él pasó por mi lado, saltó a la izquierda y yo seguí detrás por la derecha. Duke no lo hizo mal. Formábamos un equipo bastante bueno. Estábamos agachados en perfecta posición antes incluso de que las destrozadas puertas hubieran dejado de oscilar sobre sus goznes. Él miraba al frente, a la puerta de entrada a la sala que había delante de nosotros. Sujetaba la Steyr con las dos manos, los brazos rectos, los ojos abiertos de par en par. Respiraba ruidosamente. Casi resollaba, superando lo mejor que podía ese prolongado momento de peligro. Saqué del bolsillo la PSM de Angel Doll. La empuñé con la mano izquierda, quité el seguro, me arrastré por el suelo y se la metí en la oreja.

—No se te ocurra moverte —le dije—. Tendrás que tomar una decisión. Voy a hacerte una pregunta. Sólo una. Si mientes o te niegas a contestar, te volaré la cabeza. ¿Has entendido?

Se quedó inmóvil, cinco segundos, seis, ocho, diez. Miraba desesperado la puerta de enfrente.

—No te apures, gilipollas —dije—. Ahí no hay nadie. Fueron detenidos la semana pasada. Por agentes del gobierno.

Seguía como una estatua.

—¿Has entendido lo que te he dicho antes? ¿Lo de la pregunta?

Asintió con la cabeza, dubitativo, torpe, sintiendo el arma hincada en su oreja.

—Si no respondes, te levanto la tapa de los sesos. ¿Comprendido?

Asintió de nuevo.

—Muy bien, ahí va —dije—. ¿Estás listo?

Asintió otra vez.

—¿Dónde está Teresa Daniel?

Hubo una larga pausa. Se volvió a medias hacia mí. Moví la mano para que el cañón de la PSM siguiera en su sitio. De pronto sus ojos revelaron que lo entendía todo.

—En tus sueños —me espetó.

Le volé la cabeza. Sólo separé apenas el cañón de su oreja y le disparé en la sien derecha. La detonación demolió el silencio. Sangre, fragmentos de cerebro y esquirlas de hueso salpicaban la pared. El fogonazo prendió en su cabello. Acto seguido, con la H&K que empuñaba en la mano derecha disparé dos veces al techo y con la PSM de la izquierda una al suelo. Cambié la H&K a fuego automático, me levanté y vacié el cargador a quemarropa en su cuerpo. Recogí su Steyr y acribillé el techo, sin parar, quince tiros seguidos, la mitad del cargador. El pasillo se llenó de humo acre, astillas de madera y trozos de yeso que volaban por todas partes. Cargué la H&K y acribillé las paredes de alrededor. El estruendo era ensordecedor. Los casquillos vacíos salían despedidos y caían como un chaparrón. Se agotó el cargador de la H&K y disparé el resto de la munición de la PSM contra la pared del pasillo. Abrí de un puntapié la puerta que daba a la sala iluminada y con la Steyr abrí fuego contra la lámpara de mesa. Vi una mesilla, la arrojé contra la ventana y utilicé el segundo cargador de repuesto de la H&K para acribillar los árboles a distancia mientras con la mano izquierda disparaba la Steyr contra el suelo hasta agotar las balas. A continuación recogí la Steyr, la H&K y la PSM y me di a la fuga con la cabeza retumbando. Había disparado ciento veintiocho balas en unos quince segundos. Estaba sordo. A Beck le parecería que había estallado la Tercera Guerra Mundial.

Bajé corriendo por el camino de entrada. Tosía y dejaba atrás una nube de pólvora. Me dirigí hacia los coches. Beck ya se había instalado en el asiento del conductor del Cadillac. Me vio llegar y abrió un poco su puerta. Más rápido que con la ventanilla.

—Una emboscada —dije. Jadeaba y mi voz retumbaba dentro de mi cabeza—. Eran al menos ocho.

—¿Y Duke?

—Está muerto. Hemos de largarnos. Ahora mismo, Beck.

Se quedó paralizado un instante. Luego reaccionó.

—Coge su coche —dijo.

El Cadillac ya estaba en marcha. Pisó el acelerador y retrocedió por el camino dando marcha atrás. Yo subí al Lincoln. Encendí el motor. Puse marcha atrás, apoyé un codo en el respaldo del asiento, miré por la ventanilla trasera y pisé el acelerador. Ambos reculamos hasta la carretera, uno detrás de otro, y la desanduvimos uno junto a otro, como en una carrera de *dragsters*. Los neumáticos aullaban en las curvas evitando los peraltes y sin bajar de los cien por hora. No aminoramos hasta llegar al

cruce que nos llevaría de nuevo a Hartford. Beck me adelantó un poco y yo me coloqué detrás y lo seguí. Él condujo rápido durante unos ocho kilómetros hasta que se arrimó a un almacén de embalajes cerrado y aparcó al fondo del aparcamiento. Yo hice lo mismo a unos tres metros de distancia y me limité a recostarme en el asiento y aguardar a que él se acercara. Beck rodeó el capó y abrió mi puerta.

—¿Ha sido una emboscada? —preguntó.

Lo confirmé con un gesto de la cabeza.

—Estaban esperándonos. Eran ocho. Tal vez más. Ha sido una carnicería.

No dijo nada. No tenía nada que decir. Cogí la Steyr de Duke del asiento del acompañante y se la di.

—La he recuperado —dije.

—¿Por qué?

—He pensado que usted lo habría querido así. Además podría ser un arma localizable.

Asintió.

—No lo es. Pero bien pensado.

También le entregué la H&K. Él volvió al Cadillac y lo observé meter ambas armas en la bolsa. Luego se incorporó, apretó los puños y alzó la vista al negro cielo. Después me miró.

—¿Ha visto sus caras? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Demasiado oscuro. Pero hemos abatido a uno. Esto era suyo.

Le enseñé la PSM. Era como propinarle un puñetazo en el estómago. Palideció, alargó una mano y se agarró al techo del Lincoln para mantener el equilibrio.

—¿Qué pasa?

Beck apartó la mirada.

—No me lo puedo creer.

—¿Cómo?

—¿Le ha dado a alguien que la empuñaba?

—Me parece que fue Duke quien lo liquidó.

—¿Usted lo vio?

—Estaba oscuro —respondí—. Sólo vi montones de destellos en la boca de las armas. Duke le dio a uno que yacía en el suelo cuando yo salía, y de paso recogí su arma.

—Es la de Doll.

—¿Está seguro?

—Hay una posibilidad entre un millón de que no lo sea. ¿Sabe qué es?

—Nunca había visto otra igual.

—Se trata de una pistola especial del KGB —explicó—. De la antigua Unión Soviética. Aquí es muy poco común.

A continuación se alejó en la oscuridad del aparcamiento. Cerré los ojos. Quería

dormir. Cinco segundos habrían bastado.

—¡Reacher! —gritó—. ¿Qué pruebas ha dejado ahí?

Abrí los ojos.

—El cadáver de Duke —repuse.

—Eso no llevará a nadie a ningún sitio. ¿Balística?

Sonreí en la oscuridad. Imaginé a los de la policía técnica de Hartford intentando descifrar las trayectorias. Paredes, suelos, techos. Llegarían a la conclusión de que el pasillo había estado lleno de bailarines de discoteca armados hasta los dientes.

—Un montón de balas y casquillos —contesté.

—Imposibles de localizar —apuntó.

Se alejó más entre las sombras. Yo volví a cerrar los ojos. No había dejado huellas. Ninguna parte de mí había tocado nada de la casa, salvo la suela de los zapatos. Y no había disparado la Glock de Duffy. Sabía algo de un registro central que almacenaba datos sobre marcas en el estriado. Quizá la Glock salía ahí. Pero yo no la había utilizado.

—Reacher —dijo Beck—, lléveme a casa.

Abrí los ojos.

—¿Qué hacemos con este coche? —repuse.

—Se queda aquí.

Bostecé, me moví a duras penas y utilicé el faldón del abrigo para limpiar el volante y todos los mandos que había tocado. Casi se me cae del bolsillo la inocente Glock. Beck no se dio cuenta. Estaba tan preocupado que yo podría haberla hecho girar en mi dedo como Sundance Kid y él no se habría enterado. Limpié el tirador de la puerta y a continuación me incliné dentro, cogí las llaves, les pasé el faldón y las arrojé a los arbustos que había en el borde del aparcamiento.

—Vamos —dijo Beck.

No abrió la boca hasta que estuvimos a más de cuarenta kilómetros al nordeste de Hartford. Entonces se puso a hablar. Había pasado todo el rato ordenando sus ideas.

—La llamada de ayer —dijo—. Estaban ultimando los detalles de su plan. Doll siempre fue su cómplice.

—¿Desde cuándo?

—Desde el primer momento.

—No tiene lógica —señalé—. Duke le consiguió la matrícula de la Toyota. Después usted se la dio a Doll y le dijo que la localizara. ¿Por qué le contó Doll a usted la verdad? Si ellos eran sus compinches, seguramente le habría dicho que no encontraba nada. Habría intentado alejarlos de ellos.

Beck no reprimió una sonrisa de suficiencia.

—No —dijo—. Estaban preparando la emboscada. Éste es el sentido de la llamada telefónica. Por su parte fue una buena improvisación. Como el secuestro

fracasó, cambiaron de táctica. Dejaron que Doll nos indicara la dirección correcta. Así que lo de esta noche podía suceder.

Asentí despacio, como respetuoso con su opinión. La mejor manera de ganarse un ascenso es dejar creer a los jefes que uno es un poco más estúpido que ellos. En mi caso, en el ejército, el sistema había surtido efecto tres veces.

—¿Conocía Doll realmente sus planes para esta noche? —pregunté.

—Sí. Ayer lo estuvimos hablando con todo detalle. Cuando usted nos vio en la oficina.

—Así que le tendió una trampa.

—Exacto —dijo—. Anoche cerró la oficina, se marchó de Portland y fue a reunirse con ellos. Estaban todos esperándonos. Él les dijo quién vendría, cuándo y por qué.

Me quedé callado. Sólo pensaba en el coche de Doll. Se hallaba aproximadamente a kilómetro y medio de la oficina de Beck. Comencé a lamentar no haberlo escondido mejor.

—Pero hay una pregunta importante —soltó Beck—. ¿Fue cosa sólo de Doll?

—¿O...?

Se quedó en silencio. Luego se encogió de hombros.

—O también de alguno de los que trabajaban con él —dijo.

«Los que tú no controlas —pensé—. Los hombres de Quinn».

—O de todos juntos —agregó.

Se sumió en el silencio de nuevo, durante otros cuarenta, cincuenta kilómetros. No dijo una palabra hasta que volvimos a estar en la I-95, cerca de Boston, rumbo al norte.

—Duke ha muerto —observó.

—Lo lamento.

—Lo conocía desde hacía mucho tiempo —añadió.

No respondí.

—Tendrá que hacerse cargo usted —prosiguió—. Necesito a alguien ahora mismo. Alguien en quien poder confiar. Y hasta ahora usted lo ha hecho bien.

—¿Un ascenso?

—Está capacitado.

—Jefe de seguridad.

—Al menos con carácter temporal —precisó—. Pero si quiere, fijo.

—No sé —dije.

—Recuerde lo que sé. Usted está en mis manos, me pertenece.

Permanecí en silencio durante un par de kilómetros.

—¿Me va a pagar algo pronto?

—Cobrará sus cinco mil además de lo que ganaba Duke.

—Necesito información —dije—. De lo contrario no podré ayudarle.

Asintió.

—Mañana. Hablaremos mañana.

Y se quedó callado otra vez. Cuando volví a mirarle, iba profundamente dormido. Alguna suerte de reacción ante el *shock*. Pensaría que su mundo se estaba desmoronando. Me esforcé en seguir despierto y mantener el coche en la carretera. Recordé libros que había leído sobre el ejército británico en la India, durante el Raj, en el punto álgido del imperio. Los alféreces jóvenes tenían su propio comedor. Comían juntos luciendo espléndidos uniformes de gala y hablaban sobre sus posibilidades de ascenso. Sin embargo, no tenían ninguna a menos que muriera un oficial de rango superior. La norma era esperar a que la palmara alguien para ocupar su puesto. Así que levantaban las copas de cristal de excelente vino francés y brindaban por las guerras sangrientas y las enfermedades fatales, pues sólo si se producía una desgracia podían ascender en la cadena de mando. Cruel, pero así ha sido siempre entre los militares.

Logré llegar a la costa de Maine exclusivamente con el piloto automático. No recordaba un solo kilómetro de conducción. Estaba entumecido por el agotamiento. Me dolía todo. Paulie abrió la puerta lentamente, sin dejar de mirarme. Creo que lo sacamos de la cama. Dejé a Beck frente a la puerta principal y llevé el coche al garaje. Escondí la Glock y los cargadores de recambio sólo por razones de seguridad y entré por la puerta de atrás. El detector de metales pitó por las llaves del coche. Las dejé sobre la mesa de la cocina. Tenía hambre, pero estaba demasiado cansado para comer. Subí las escaleras, me derrumbé en la cama y me quedé dormido totalmente vestido, abrigo y zapatos incluidos.

Seis horas después me despertó el mal tiempo. Mi ventana estaba siendo azotada por una lluvia torrencial. Parecía grava golpeteando en el cristal. Me levanté para ver el panorama. El cielo, de un gris hierro, aparecía cargado de nubarrones y el mar bramaba enfurecido. Hasta un kilómetro hacia dentro estaba guarnecido de encajes de espuma agitada. Las olas anegaban las rocas. No había aves. Eran las nueve de la mañana. Decimocuarto día, viernes. Me tendí otra vez en la cama y, mirando el techo, retrocedí mentalmente setenta y dos horas, hasta la mañana del undécimo día, cuando Duffy me comunicó su plan de siete puntos. Uno, dos y tres, tener mucho cuidado. En este apartado lo estaba haciendo bien. En cualquier caso, seguía vivo. Cuatro, encontrar a Teresa Daniel. En esto no había ningún avance. Cinco, encontrar pruebas contra Beck. No tenía ninguna. Ni una sola. Ni siquiera lo había visto hacer nada malo, salvo quizá conducir un vehículo con matrícula falsa y acarrear una bolsa llena de armas que probablemente eran ilegales en los cuatro estados por los que había pasado. Seis, localizar a Quinn. Aquí tampoco había progresos. Siete, salir cagando leches. Este punto debería esperar. Después Duffy me había besado en la mejilla,



dejándome azúcar de la rosquilla en la cara.

Volví a levantarme y me encerré en el cuarto de baño para ver si había algún *email*. La puerta de mi cuarto ya no estaba cerrada. Supuse que Richard Beck no se tomaría la libertad de entrar sin llamar. Ni su madre. Pero su padre a lo mejor sí. Yo le pertenecía. Había sido ascendido, pero todavía caminaba sobre la cuerda floja. Me senté en el suelo y me quité el zapato. Abrí el tacón y encendí el aparato. «¡Tienes correo!». Era un mensaje de Duffy: «Contenedores de Beck descargados y transportados en camión a un almacén. No inspeccionados por Aduanas. Un total de cinco. El mayor envío desde hace tiempo».

Pulsé «responder» y tecleé: «¿Seguís vigilando?».

Noventa segundos después ella contestó: «Sí».

«Me han ascendido».

«Aprovéchalo».

«Ayer lo pasé muy bien», tecleé.

Y ella: «Economiza batería».

Sonreí, apagué el chisme y lo guardé de nuevo en el tacón. Tenía que ducharme, pero primero necesitaba desayunar y luego conseguir ropa limpia. Salí de la habitación y bajé a la cocina. La cocinera ya había vuelto a su trabajo. Estaba sirviendo tostadas y té a la chica irlandesa y dictando una larga lista de la compra. Las llaves del Saab estaban sobre la mesa. Las del Cadillac no. Revolví aquí y allá y comí todo lo que encontré y acto seguido fui en busca de Beck. No estaba por ningún lado. Tampoco Elizabeth ni Richard. Regresé a la cocina.

—¿Dónde está la familia? —inquirí.

La criada me miró pero no dijo nada. Ya se había puesto un impermeable y estaba lista para ir a la compra.

—¿Y el señor Duke? —preguntó la cocinera.

—Está indispuesto —contesté—. Yo lo sustituyo. ¿Dónde están los Beck?

—Han salido.

—¿Adónde han ido?

—No lo sé.

Miré hacia fuera, al mal tiempo.

—¿Quién conducía?

La cocinera bajó la vista al suelo.

—Paulie —dijo.

—¿Cuándo han salido?

—Hace una hora.

—Muy bien —dije. Aún llevaba el abrigo. Me lo había puesto al salir del motel de Duffy y aún no me lo había quitado.

Fui hacia la puerta de atrás y salí al temporal. La lluvia batía y sabía a sal, mezclada con agua del mar pulverizada. Las olas rompían contra las rocas como si fueran bombas. La blanca espuma alcanzaba hasta diez metros en el aire. Me subí el

cuello del abrigo y corrí hacia los garajes. Llegué al patio y me puse a cubierto. El primer garaje estaba vacío. Las puertas abiertas. Ni rastro del Cadillac. El mecánico se hallaba en el tercer garaje, ocupado en algo. Apareció la criada y vi que abría las puertas del cuarto garaje. Se estaba quedando empapada. Entró y al cabo de unos instantes sacó el viejo Saab dando marcha atrás. El coche se mecía en el viento. La lluvia transformó el polvo que lo cubría en una fina película de lodo que se escurría por los costados formando diminutos riachuelos. La muchacha se alejó rumbo al mercado. Escuché las olas. Empecé a preocuparme por la altura que podían alcanzar. Así que me arrimé a la pared y la reseguí hasta el lado que daba al mar. Encontré mi pequeña hondonada en las rocas. Los hierbajos de alrededor se veían mojados y embarrados. La hondonada estaba inundada de agua. De lluvia, no de mar. El lugar estaba a resguardo de la marea, lejos del alcance de las olas, y totalmente vacío. El fardo, la alfombra, la Glock, todo había desaparecido. Igual que los cargadores de repuesto y las llaves de Doll. Ni rastro del punzón ni del escoplo.

Volví al frente de la casa y miré hacia el oeste. Bajo los latigazos de lluvia observé el alto muro de piedra. Nunca había estado más cerca de poder escapar que en ese preciso instante. Habría sido fácil. La verja estaba abierta de par en par. Me figuré que la criada la había dejado así. Se había mojado para abrirla y no había querido mojarse otra vez para cerrarla. No estaba Paulie para hacerlo. Se había ido con el Cadillac. Así que la verja había quedado abierta y sin vigilancia. Era la primera vez que la veía así. Podía haberme escabullido. Pero no lo hice. Me quedé.

En parte debido al tiempo. Después de la verja había al menos veinte kilómetros de carretera pelada hasta el primer cruce importante. Veinte kilómetros. Y en la casa no había ningún coche. Los Beck se habían llevado el Cadillac y la criada el Saab. Habíamos abandonado el Lincoln en Connecticut. O sea que tendría que ir a pie. Tres horas andando deprisa. No disponía de tres horas. Casi seguro que en el lapso de tres horas el Cadillac regresaría. Y en la carretera no había dónde ocultarse. Los arcenes eran pelados y rocosos. Te hallabas al descubierto. Beck aparecería de frente. Yo iría andando. Él estaría en el coche. Con un arma. Paulie también. Y yo nada.

Por tanto, se trataba también de una cuestión de estrategia. Ser sorprendido en el acto de marcharme a pie confirmaría lo que Beck pudiera creer que sabía, suponiendo que hubiera sido él quien descubriera mis cosas. Pero si me quedaba tendría alguna posibilidad. Quedarse suponía inocencia. Podría desviar las sospechas hacia Duke. Podría decir que a lo mejor el bulto era de Duke. Quizá Beck lo encontraría verosímil. Quizás. A Duke le gustaba tener libertad para ir donde quisiera, a cualquier hora del día o la noche. Yo había permanecido encerrado y vigilado todo el tiempo. Y Duke ya no estaría ahí para negar nada. Me plantaría frente a Beck, hablando en voz alta, rápido y persuasivo. Podría tragárselo.

Había otro motivo. La esperanza. Tal vez no era Beck quien había hallado el escondite de las armas. A lo mejor había sido Richard, mientras andaba por la orilla. Su reacción era imprevisible. Me lo imaginé ante el dilema de hablar primero conmigo o con su padre. O quizás había sido Elizabeth. Estaba familiarizada con las rocas de por allí. Las conocía bien. Conocía sus secretos. Supuse que había pasado mucho tiempo en ellas, por una razón u otra. Y su reacción me favorecería. Probablemente.

Otro motivo para quedarme era la lluvia. Hacía un tiempo frío y desapacible, despiadado. Yo estaba demasiado cansado para andar tres horas bajo la lluvia. Sabía que era simple debilidad, pero el caso es que casi no podía mover los pies. Quería volver a la casa. Quería estar caliente, comer y descansar.

También influía el miedo al fracaso. Si me iba ahora, no regresaría jamás. Lo sabía. Y ya había invertido en ello dos semanas. Había avanzado mucho. Había gente

que dependía de mí. En el pasado me habían golpeado muchas veces, pero nunca me había dado por vencido. Ni una sola vez. Jamás. Si abandonaba ahora, eso me atormentaría el resto de mi existencia. «Jack Reacher, cobarde. Se marcha cuando las cosas se ponen feas».

Seguí allí, con la lluvia azotándome. Tiempo, estrategia, esperanza, mal tiempo, miedo al fracaso. Razones todas para quedarme. Una lista de razones.

Pero en lo alto de la lista había una mujer.

No era Susan Duffy ni Teresa Daniel. Una mujer de mucho tiempo atrás, de otra vida. Dominique Kohl. Cuando la conocí, yo era capitán de la policía militar. Me faltaba un año para lograr el ascenso a comandante. Una mañana, llegué temprano a mi despacho y vi encima de la mesa el habitual montón de papeles. Casi todo cosas sin importancia. Sin embargo, entre todo aquello había la copia de una orden por la que se asignaba a mi unidad un tal Kohl, D. E., sargento E-7 de primera. Era una época en que todas las referencias al personal tenían que hacerse usando el género neutro. El nombre «Kohl» me sonaba alemán e imaginé a algún tío feo y grandote de Texas o Minnesota. Manos grandes, cara ancha y coloradota, mayor que yo, de unos treinta y cinco años, con el pelo casi al cero. Ya entrada la mañana, mi ayudante llamó por el interfono para decir que el tío se había presentado. Le hice esperar diez minutos sólo por el gusto de hacerlo y luego dije que entrara. Y él era ella; y no era feo ni grandote. Llevaba falda. Tendría unos veintinueve años. No era alta, pero sí demasiado atlética para ser considerada menuda. Y demasiado bonita para ser considerada atlética. Era como si hubiera sido primorosamente moldeada a partir del material con el que fabrican el interior de las pelotas de tenis. Se apreciaba en ella elasticidad. Firmeza y suavidad a la vez. Parecía esculpida, pero sin bordes angulosos. Se puso en posición de firmes frente a mi mesa y saludó con elegancia. No le devolví el saludo, lo cual fue grosero por mi parte. Me limité a mirarla durante unos buenos cinco segundos.

—Descanse, sargento —dije al cabo.

Me entregó una copia de sus órdenes y de su expediente personal. Lo llamábamos «carpeta de servicio». Contenía todo lo que uno necesitara saber. Dejé que siguiera en posición de descanso delante de mí mientras yo la miraba de arriba abajo, lo que también era una grosería, pero no había otra opción. No tenía ninguna silla para las visitas. Por entonces el ejército no las suministraba por debajo del rango de coronel. Ella permanecía inmóvil, las manos cogidas a la espalda, mirando un punto exactamente un palmo por encima de mi cabeza.

Su carpeta era impresionante. Había hecho un poco de todo y en todo había destacado de manera espectacular. Tiradora experta, diversas especialidades, impresionante historial de detenciones, excelente porcentaje de casos resueltos. Era una buena líder y fue ascendida rápidamente. Había matado a dos personas, a una con arma de fuego, a la otra desarmada, ambos incidentes considerados justificados por las posteriores comisiones de investigación. Era una nueva promesa. De eso no cabía

duda. Me di cuenta de que su traslado suponía para mí un gran honor que algún superior me concedía.

—Encantado de tenerla a bordo —dije.

—Señor, gracias, señor —dijo sin desviar la mirada.

—A paseo todas esas gilipolleces —repliqué—. No temo desintegrarme si me mira y no me gusta que se incluya la palabra «señor» en las frases, y menos dos veces. ¿Vale?

—Vale —dijo.

Lo pilló rápido. Nunca más volvió a llamarme señor.

—¿Le importa empezar con un asunto peliagudo? —pregunté.

—En absoluto.

Abrí un traqueteante cajón, saqué un delgado expediente y se lo tendí. Ella no lo miró. Sólo lo cogió con una mano que pegó al costado, sin apartar la mirada de mí.

—Aberdeen, Maryland —aclaré—. En el polígono de pruebas. Hay un diseñador de armas que está actuando de manera extraña. Información confidencial de un colega preocupado por si es espionaje. A mí me parece más probable que sea chantaje. Podría ser una investigación larga y delicada.

—No hay problema —dijo.

Ella era la verdadera razón por la que no crucé la verja abierta y sin vigilancia.

Entré y tomé una buena ducha caliente. A nadie le gusta arriesgarse a un enfrentamiento estando desnudo y mojado, pero ya no me importaba. Supongo que me sentía fatalista. «Sea lo que sea, adelante con ello», pensé. Después me envolví con una toalla, bajé un tramo de escaleras y encontré la habitación de Duke. Le robé otro conjunto de prendas. Me las puse, me calcé los zapatos y cogí la chaqueta y el abrigo. Volví a la cocina a esperar. Allí estaba caliente. Y al oír bramar el mar y cómo la lluvia batía las ventanas, aún me sentí mejor. Era como un refugio. Estaba la cocinera, preparando algo con un pollo.

—¿Hay café? —le pregunté.

Meneó la cabeza.

—¿Por qué no?

—Por la cafeína —dijo.

Observé la parte posterior de su cabeza.

—La cafeína es la gracia del café —protesté—. En todo caso, el té también la tiene, y he visto que lo prepara.

—El té tiene tanino —replicó.

—Y cafeína —insistí.

—Pues entonces beba té —soltó.

Eché un vistazo a la estancia. Había un bloque de madera colocado verticalmente sobre la encimera de donde sobresalían negros mangos de cuchillos formando ángulo. También vasos y botellas. Supuse que bajo el fregadero habría esprays de desinfectante. Quizás una botella de lejía clorada. Armas improvisadas para un

combate cuerpo a cuerpo. Si a Beck le contrariaba disparar en una habitación llena de gente, perfecto. Yo podría sorprenderle a él antes que él a mí. Sólo me haría falta medio segundo.

—¿Quiere café? —preguntó la cocinera—. ¿Ha dicho eso?

—Sí. Exacto.

—Sólo tiene que pedirlo.

—Lo he pedido.

—No; ha preguntado si había —repuso—. No es lo mismo.

—Bien. ¿Puede preparar un poco de café? Por favor.

—¿Qué le ha pasado al señor Duke?

Dudé un instante. Tal vez ella estaba pensando en casarse con él, como en las películas antiguas, en que la cocinera se casa con el mayordomo y se jubilan y viven felices y comen perdices.

—Lo mataron —respondí.

—¿Anoche?

Asentí.

—En una emboscada —dije.

—¿Dónde?

—En Connecticut.

—De acuerdo —dijo—. Le prepararé un poco de café.

Puso la cafetera al fuego. Me fijé de dónde lo sacaba todo. Los papeles de filtro estaban en un aparador junto a las servilletas de papel. El café, en el congelador. La cafetera era vieja y lenta, y emitía un fuerte y pesado sonido. Como eso se sumaba a la lluvia que azotaba los cristales y a las olas que rompían en las rocas, seguramente por eso no oí el Cadillac. Lo primero que vi fue abrirse de golpe la puerta de atrás y a Elizabeth Beck entrando de súbito con Richard pegado a ella y el propio Beck cerrando la marcha. Se movían con esa jubilosa y jadeante urgencia de los que acaban de correr bajo una fuerte lluvia.

—Hola —me dijo Elizabeth.

Asentí. Sin decir palabra.

—¡Café! —exclamó Richard—. Magnífico.

—Hemos ido a desayunar fuera —explicó su madre—. En Old Orchard Beach, en un pequeño restaurante que nos gusta.

—Paulie ha pensado que era mejor no despertarle —dijo Beck—. Ha dicho que anoche usted parecía muy cansado. Así que se ha ofrecido a llevarnos.

—Muy bien —dije. ¿Había encontrado Paulie mi escondrijo? ¿Ya se lo había contado a ellos?

—¿Café? —me ofreció Richard. Estaba junto a la cafetera, con una taza en la mano.

—Solo —contesté—. Gracias.

Me lo sirvió. Beck estaba quitándose el abrigo y mojando el suelo al sacudirlo.

—Tráigalo —dijo—. Hemos de hablar.

Se encaminó al pasillo y miró atrás como esperando que yo le siguiera. Cogí la taza. Estaba caliente y humeaba. Si era preciso, podría arrojársela a la cara. Me condujo hacia la habitación cuadrada con revestimientos en la que ya habíamos estado. Yo llevaba mi café, por lo que avancé despacio. Llegó mucho antes que yo. Cuando entré, él ya estaba en el otro extremo, junto a una de las ventanas, dándome la espalda, mirando la lluvia. Cuando se volvió sostenía en la mano una pistola. Me quedé inmóvil. Me hallaba demasiado lejos para usar la taza. A unos cuatro metros. Habría trazado una serie de bucles y giros y el café se habría desparramado en el aire y seguramente no le habría alcanzado.

El arma era una Beretta M9 Special Edition, o sea una Beretta civil 92FS toda acicalada para que pareciera una M9 militar de serie. Tenía un cargador de quince balas y mira de guión. Recuerdo con singular claridad que el precio de venta al público era de 861 dólares. Yo había usado una M9 durante trece años. Había disparado con ella miles de veces en las prácticas de tiro y no pocas en situaciones reales. En la mayoría de las ocasiones había dado en la diana porque es un arma precisa. La mayoría de las dianas habían resultado destruidas porque también es un arma potente. Me había prestado un gran servicio. Incluso recuerdo los originales argumentos de la gente encargada de armamento y material: «Tiene un retroceso manejable y es fácil de desmontar sobre el terreno». Lo repetían como si fuera un mantra. Una y otra vez. Supongo que había contratos en juego. Existía cierta polémica. Los de la Marina la detestaban. Decían que les habían explotado montones de esas pistolas en la cara. Incluso habían compuesto una canción dedicada a eso: «No serás de la Armada hasta que comas acero de Italia». Pero a mí la M9 me fue muy útil. A mi juicio, era un arma excelente. La de Beck parecía nueva y de acabado perfecto. Bien lubricada. Se apreciaba pintura luminiscente en el alza. Relucía débilmente en la penumbra.

Aguardé.

Beck seguía allí de pie, sosteniendo el arma. De pronto se movió. Cogió el cañón con la palma izquierda y bajó la derecha ya libre. Se inclinó sobre la mesa de roble y me alargó la pistola por la culata, con la izquierda, educadamente, como si fuera el dependiente de una tienda.

—Espero que le guste —dijo—. He pensado que así se sentirá más en casa. Duke prefería lo exótico, como la Steyr. Pero imaginé que usted estaría más cómodo con la Beretta, teniendo en cuenta sus antecedentes, ya me entiende.

Di un paso adelante. Dejé el café en la mesa. Cogí el arma de su mano. Quité el cargador, examiné la recámara, accioné el mecanismo, miré por el cañón: no le habían metido ninguna púa. No era ninguna broma. Era una herramienta de trabajo. Las Parabellum eran de verdad. Era completamente nueva. Aún no la habían disparado. Le di unas palmaditas y la sostuve un instante. Era como estrecharle la mano a un viejo amigo. Acto seguido la monté, le puse el seguro y me la guardé en el

bolsillo.

—Gracias —dije.

Beck introdujo la mano en un bolsillo y sacó dos cargadores de repuesto.

—Tome —dijo.

Me los alcanzó. Los cogí.

—Más adelante le daré más —añadió.

—Muy bien —respondí.

—¿Ha probado alguna vez las miras por láser?

Negué con la cabeza.

—Una empresa llamada Laser Devices fabrica una mira universal para pistola que se monta bajo el cañón. Además de una pequeña linterna que se sujeta debajo de la mira. Un ingenio fabuloso.

—¿Aparece un puntito rojo?

Asintió con una sonrisa.

—A nadie le gusta que le iluminen con ese puntito, seguro —dijo.

—¿Es caro?

—No demasiado —contestó—. Unos doscientos dólares.

—¿Cuánto peso añade?

—Unos ciento treinta gramos.

—¿Todo delante? —pregunté.

—Resulta de gran ayuda, la verdad —comentó—. Impide que la boca del cañón se levante al disparar. Hace que el arma pese aproximadamente un trece por ciento más. Y aún más con la linterna, claro. Tal vez el peso total oscile entre un kilo cien y un kilo trescientos. Mucho menos que esos Colt Anaconda que utilizaban ustedes. ¿Cuánto pesaban? ¿Un kilo y medio?

—Descargado —precisé—. Con seis cartuchos, más. ¿Los recuperaré algún día?

—Los guardé en algún sitio. Se los devolveré más tarde.

—Gracias —dije.

—¿Quiere probar el láser?

—No me hace falta —repuse.

Asintió de nuevo.

—Usted mismo. Pero quiero la máxima protección posible.

—No se preocupe —observé.

—Bien, he de irme —dijo—. Tengo una cita.

—¿No quiere que le lleve?

—A esta clase de citas voy solo. Quédese aquí. Hablaremos después. Trasládese a la habitación de Duke. Cuando duermo, me gusta tener cerca mi seguridad.

Me guardé los cargadores en el otro bolsillo.

—Muy bien —dije.

Beck salió al pasillo, otra vez en dirección a la cocina.



Fue uno de esos saltos mortales que te hacen moderar el paso. Tensión extrema y luego perplejidad extrema. Fui a la parte delantera de la casa y miré por la ventana del vestíbulo. Vi el Cadillac rodear la rotonda bajo la lluvia y dirigirse a la verja. Se detuvo delante y Paulie salió de la caseta. Seguramente lo habían dejado ahí al volver de desayunar. Probablemente Beck había conducido durante el tramo final del camino de entrada. O Richard, o Elizabeth. Paulie abrió. El Cadillac arrancó y se perdió en la lluvia y la niebla. Paulie cerró la verja. Llevaba un impermeable del tamaño de una carpa de circo.

Sentí una leve agitación, me volví y fui en busca de Richard. El muchacho tenía esos ojos sin malicia que no ocultan nada. Aún estaba en la cocina tomándose el café.

—¿Esta mañana has paseado por la orilla? —pregunté.

La pregunta era inocente y amable, como si sólo buscase entablar conversación. Si me ocultaba algo, yo me daría cuenta. Se ruborizaría, apartaría la mirada, movería nervioso los pies. Pero no hizo nada de eso. Parecía muy tranquilo. Me miró a los ojos.

—¿Estás de broma? ¿Con el tiempo que hace?

—Sí, un tiempo de perros —admití.

—Voy a dejar la universidad.

—¿Por qué?

—Por lo de anoche —explicó—. La emboscada. Esos tipos de Connecticut andan todavía sueltos. Mi padre cree que regresar no es seguro. Me quedaré aquí una temporada.

—¿Y tú estás de acuerdo?

Afirmó con la cabeza.

—Básicamente se trataba de una pérdida de tiempo.

Desvié la vista. Era la ley de las consecuencias no deseadas. Yo había acabado de interrumpir la educación de un muchacho. Quizás había echado a perder su vida. Pero claro, estaba a punto de mandar a su padre a la cárcel. O de cargármelo directamente. Así que, en comparación con eso, entendí que una licenciatura no importaba demasiado.

Busqué a Elizabeth Beck. A ella sería más difícil adivinarle el pensamiento. Consideré la forma de abordarla y no se me ocurrió nada de eficacia garantizada. La encontré en un gabinete situado en el extremo noroeste de la casa. Sentada en un sillón. Tenía en el regazo un libro abierto. *Doctor Zhivago*, de Boris Pasternak. Edición en rústica. Yo había visto la película. Recordé a Julie Christie, y la música. *La canción de Lara*. Viajes en tren. Y mucha nieve.

—Usted no es —dijo.

—No soy qué.

—Usted no es el espía del gobierno.

Exhalé un suspiro. Ella no revelaría si había descubierto mis cosas.

—Exactamente —dije—. Su esposo acaba de darme una pistola.

—Usted no es lo bastante listo para ser agente del gobierno.

—¿Ah, no?

Meneó la cabeza.

—Richard estaba que se moría por una taza de café. Cuando entramos.

—¿Y qué?

—¿Cree que habría sucedido lo mismo si realmente hubiéramos salido a desayunar? Él podría haber tomado todo el café que hubiera querido.

—Entonces ¿adónde han ido?

—Nos habían convocado a una reunión.

—¿Con quién?

Ella se limitó a menear la cabeza, como si no pudiera pronunciar el nombre.

—Paulie no se ha limitado a llevarnos —precisó—. Ha sido él quien nos ha convocado. Richard ha tenido que esperar en el coche.

—¿Usted ha estado presente?

Asintió.

—Tienen a un tipo llamado Troya.

—Qué nombre más ridículo —solté.

—Pero es un chico muy listo —señaló ella—. Es joven, y un genio con los ordenadores. Lo que llaman un *hacker*, creo.

—¿Y?

—Tiene acceso parcial a uno de los sistemas gubernamentales de Washington. Descubrió que han infiltrado aquí clandestinamente a un agente federal. Al principio sospecharon que era usted. Después investigaron un poco más y vieron que se trataba de una mujer que ha estado por aquí varias semanas.

La miré fijamente; no entendía nada. Teresa Daniel no figuraba en ningún sitio, su misión no era oficial. Los ordenadores del gobierno no sabían nada de ella. Después recordé el portátil de Duffy, con el logotipo del Departamento de Justicia como salvapantallas. Recordé el cable del módem, arrastrándose por la mesa y metido en el complicado adaptador, conectado con el resto de ordenadores del mundo entero. ¿Había estado Duffy reuniendo informes privados? ¿Para su uso personal? ¿Para posteriores justificaciones?

—No quiero ni pensar lo que van a hacerle —dijo Elizabeth—. A una mujer.

Se estremeció y apartó la mirada. Di media vuelta y me dirigí al pasillo. Me paré en seco. No había coches. Y veinte kilómetros de carretera hasta llegar a ninguna parte. Tres horas andando rápido. Corriendo, dos.

—¡Déjelo! —gritó Elizabeth—. No tiene nada que ver con usted.

Me volví y la miré.

—Déjelo —repite—. Lo estarán haciendo ahora. Pronto habrá terminado todo.

La segunda vez que vi a la sargento de primera Dominique Kohl ya llevaba tres días trabajando para mí. Llevaba pantalones de campaña verdes y una camiseta caqui. Hacía mucho calor. Lo recuerdo bien. Estábamos padeciendo una especie de ola de calor. Sus brazos estaban bronceados. Tenía esa clase de piel que al calor parece cubierta de polvo. No sudaba. La camiseta le quedaba estupenda. Figuraban en ella sus distintivos. «Kohl» en la derecha y «Ejército de Estados Unidos» en la izquierda, ambos algo levantados debido a la curva de sus pechos. Sostenía el expediente que yo le había entregado. Ahora era algo más grueso, por las notas que ella había añadido.

—Voy a necesitar un compañero —dijo.

Me sentí un poco culpable. Era su tercer día y yo ni siquiera le había asignado ningún compañero. Me pregunté si le habían proporcionado una mesa. O una taquilla, o una habitación para dormir.

—¿Ha conocido a un tipo llamado Frasconi? —pregunté.

—¿Tony? Lo conocí ayer. Pero es teniente.

Me encogí de hombros.

—No me importa que trabajen juntos oficiales y no oficiales. No hay ninguna norma en contra. Y si la hubiera, la pasaría por alto. ¿Le importa a usted?

Negó con la cabeza.

—Pero quizás a él sí.

—¿Frasconi? No pondrá ningún reparo.

—Entonces, ¿se lo dirá usted?

—Descuide —dije. Me lo apunté en un trozo de papel en blanco, «Frasconi y Kohl, compañeros». Lo subrayé dos veces para acordarme. Después señalé el expediente que llevaba ella—. ¿Qué ha averiguado?

—Hay noticias buenas y malas. Las malas son que su sistema para autorizar la salida de documentos clasificados está manga por hombro. Podría deberse a la ineficacia rutinaria, pero es más probable que sea algo deliberado para ocultar ciertas cosas.

—¿Quién es el tipo en cuestión?

—Un intelectualoide llamado Gorowski. El Tío Sam lo reclutó directamente del MIT. Un tío majo, a decir de todos. Muy inteligente, por lo visto.

—¿Es ruso?

Negó con la cabeza.

—Polaco, de pura cepa. Ni sombra de ideología alguna.

—¿En el MIT era seguidor de los Red Sox?

—¿Por qué?

—Son todos muy raros —dije—. Investíguelo.

—Seguramente es chantaje —señaló ella.

—¿Y cuáles son las buenas noticias?

Abrió el expediente.

—Básicamente están trabajando en una especie de misil pequeño.

—¿Quién lo está haciendo?

—Honeywell y la Compañía de Defensa General.

—¿Qué más?

—Este misil ha de ser delgado. De pequeño calibre. Los tanques utilizan cañones de ciento veinte milímetros, pero la cosa esa va a ser más pequeña.

—¿Cuánto más?

—Aún no lo sabe nadie. Pero ahora mismo están ocupados en el diseño de la bota. La bota es como una camisa que rodea el chisme para que tenga el diámetro adecuado.

—Sé qué es una bota —dije. Ella no me hizo caso.

—Es una pieza de desecho, se desprende inmediatamente después de que la cosa esa sale por el cañón. Están estudiando si ha de ser de metal o puede ser de plástico. La palabra viene del francés *sabot*, bota. Es como si el misil saliera llevando una pequeña bota incorporada.

—Lo sé. Hablo francés. Mi madre era francesa.

—Y está relacionada con actos de sabotaje —prosiguió ella—. De las viejas luchas sindicales en Francia. Antiguamente significaba destruir las máquinas nuevas a puntapiés.

—Con las botas —precisé.

Asintió con la cabeza.

—Exacto.

—Bien, entonces repito, ¿cuáles son las buenas noticias?

—El diseño de la bota no revelará nada a nadie —explicó—. En todo caso, nada importante. Es sólo una bota. Así que disponemos de mucho tiempo.

—Muy bien —dije—. Pero dele prioridad. Con Frasconi. Le caerá bien.

—¿Quiere tomar una cerveza luego?

—¿Yo?

Me miró a los ojos.

—Si rangos diferentes pueden trabajar juntos, también podrán tomar una cerveza juntos, ¿no?

—De acuerdo —dije.

Dominique Kohl no se parecía en nada a las fotos que yo había visto de Teresa Daniel, pero en mi cabeza se mezclaban ambos rostros. Dejé a Elizabeth Beck con su libro y fui a mi anterior habitación. Allí arriba me sentía más aislado. Más seguro. Me encerré en el cuarto de baño y me quité el zapato. Abrí el tacón y encendí el dispositivo del correo electrónico. Había un mensaje de Duffy: «Sin actividad en el almacén. ¿Qué están haciendo?».

Lo pasé por alto, pulsé «escribir» y tecleé: «Hemos perdido a Teresa Daniel».

Cinco palabras, veinticinco letras, cuatro espacios. Las miré un buen rato.

Coloqué el dedo sobre la tecla de «enviar». Pero no la apreté. Fui a «retroceso» y borré el mensaje. Desapareció de derecha a izquierda. El pequeño cursor se lo comió. Decidí que lo enviaría sólo cuando no tuviera más remedio. Cuando lo supiera con absoluta seguridad.

«Es posible que hayan entrado en tu ordenador», envié.

Hubo una larga espera. Mucho más larga que los habituales noventa segundos. Pensé que no iba a responder. Pensé que estaría arrancando los cables de la pared. Aunque tal vez estaba simplemente saliendo de la ducha o algo así porque cuatro minutos después escribió un simple: «¿Por qué?».

«Han hablado con un *hacker* con acceso parcial a los sistemas informáticos gubernamentales», respondí.

«¿Unidades centrales o redes locales?», preguntó.

No tenía ni idea de lo que quería decir.

«No lo sé», escribí.

«¿Detalles concretos?».

«Simple charla. ¿Tienes un diario en el portátil?».

«¡Demonios, no!», escribió.

«¿En alguna otra parte?».

«¡Qué demonios, no!», contestó.

Tecléé: «¿Y Eliot?».

Hubo otra demora de cuatro minutos, al cabo de la cual Duffy escribió: «No lo creo».

«¿Lo supones o lo sabes?».

«Lo supongo», tecléé.

Miré la pared de azulejos que tenía delante. Suspiré. Eliot había matado a Teresa Daniel. Era la única explicación. Luego aspiré. Quizá no. Quizá no lo había hecho. Envié: «¿Estos dispositivos de *email* son seguros?».

Nos habíamos estado mandando mensajes frenéticamente durante más de sesenta horas. Ella había pedido noticias de su agente. Yo le había preguntado su nombre verdadero. Y lo había hecho sin utilizar en absoluto el género neutro. A Teresa Daniel tal vez la había matado yo.

Aguanté la respiración hasta que Duffy apareció de nuevo: «Nuestro *email* está cifrado. En teoría el código puede ser visible pero en ningún caso puede leerse».

Suspiré y escribí: «¿Seguro?».

«Del todo», contestó.

«¿Cómo está codificado?»., pregunté.

Ella tecléó: «Proyecto mil millones de dólares ASN».

Eso me animó, aunque sólo un poco. Algunos de los proyectos de mil millones de dólares de la Agencia de Seguridad Nacional aparecen en el *Washington Post* antes incluso de que se hayan concluido de redactar. Las meteduras de pata en las comunicaciones es lo que más fastidia en el mundo.

«Averigua enseguida lo del posible diario de Eliot», escribí.

«Lo haré. ¿Algún progreso?».

«Ninguno», contesté.

Acto seguido borré la palabra y puse: «Pronto». Pensé que así ella se sentiría mejor.

Bajé al vestíbulo. La puerta del gabinete de Elizabeth estaba abierta. Ella seguía en el sillón. El *Doctor Zhivago* estaba boca abajo en su regazo y Elizabeth contemplaba la lluvia por la ventana. Abrí la puerta principal y salí fuera. El detector de metales chilló por la Beretta de mi bolsillo. Cerré la puerta a mi espalda, crucé la rotonda en línea recta y enfilé el sendero de entrada. La lluvia me caía con fuerza sobre la espalda. Me corría cuello abajo. No obstante, el viento me ayudaba. Soplaba hacia el oeste, empujándome hacia la verja. Me sentía ligero, como si los pies apenas tocaran el suelo. El regreso sería más duro. Debería andar contra el viento. Suponiendo que aún pudiera andar.

Paulie vio que me acercaba. Seguramente se pasaba casi todo el tiempo agazapado en su pequeño habitáculo, yendo de las ventanas traseras a las delanteras, vigilando, como un animal inquieto en su guarida. Salió con el chubasquero puesto. Para pasar por la puerta tuvo que agachar la cabeza y volverse de lado. Se quedó con la espalda apoyada contra la pared de la caseta, donde los aleros eran bajos. Pero éstos no le servían de mucho. El agua se colaba por todas partes. Alcanzaba a oír su azote en el chubasquero, fuerte, ruidoso, quebradizo. Le daba en la cara y le corría hacia abajo como riachuelos de sudor. No llevaba sombrero. Tenía el cabello pegado a la frente. El día estaba oscuro de tanta agua que caía.

Yo iba con ambas manos metidas en los bolsillos, el cuerpo encorvado y la cara protegida por el cuello del abrigo. La mano derecha bien cerrada en torno a la Beretta. El seguro quitado. De todos modos, no quería utilizarla. Si lo hacía, tendría que dar complicadas explicaciones. Y Paulie sería reemplazado por otro. Y yo no quería que lo reemplazaran hasta estar listo para ello. Así que no quería utilizar la Beretta. Aunque estaba preparado para hacerlo.

Me paré a un par de metros. Fuera de su alcance.

—Hemos de hablar —dije.

—Yo no quiero hablar —replicó.

—Entonces ¿quieres echar un pulso?

Tenía los ojos entrecerrados. Supuse que su desayuno había consistido exclusivamente en cápsulas y polvos.

—¿Hablar de qué?

—De la nueva situación —dije.

Se quedó callado.

—¿Cuál es tu EOM?

EOM son unas siglas del ejército. Al ejército le encantan las siglas. Estas significan «Especialidad Ocupacional Militar». Y utilicé el verbo en presente. «Cuál es», no «cuál era». Quería hacerle retroceder en el tiempo. Ser un exmilitar es como ser un católico que ha dejado de ir a misa. Aunque estén muy alejados en el recuerdo, los viejos rituales ejercen un efecto poderoso. Viejos rituales como el de obedecer a un oficial.

—Once bang bang —contestó, y sonrió.

No era una gran respuesta. «Once bang bang» era argot de veteranos para referirse a «11B», que significaba «11-Bravo, Infantería», lo que a su vez equivalía a «Armas de Combate». Pensé que la siguiente vez que me encontrara con un gigante de ciento sesenta kilos con las venas llenas de alcohol de quemar y esteroides preferiría que la EOM fuera mantenimiento o mecanografía. No armas de combate. Sobre todo en el caso de un monstruo a quien no le gustaban los oficiales y había cumplido una condena de ocho años en Fort Leavenworth por darle una paliza a uno.

—Entremos —dije—. Aquí hay demasiada agua.

Lo dije con el tono que uno adquiere cuando ha sido ascendido más allá de capitán. Es un tono razonable, casi coloquial. No el que utilizas cuando eres teniente. Es una sugerencia, pero también una orden. Es imperativo pero amistoso. Algo como «eh, sólo somos un par de tíos. No dejemos que se interpongan formalidades de rango, ¿vale?».

Me miró largamente. Después se volvió y entró de lado por la puerta. En el interior, el techo tenía poco más de dos metros de altura. Yo lo sentía muy encima. Él casi lo tocaba con la cabeza. Mantuve las manos en los bolsillos. El agua de su impermeable estaba formando un charco en el suelo.

La caseta apestaba a un fuerte y acre olor animal. Como a visón. Y estaba mugrienta. Había una salita que daba a la cocina. Más allá, un corto pasillo con un cuarto de baño en un lado y un dormitorio al final. Nada más. Era más pequeña que un apartamento de ciudad, pero estaba arreglada como una casa en miniatura. Se veía desorden por todas partes. Platos sucios en el fregadero. Platillos, tazas, prendas deportivas, todo esparcido por la salita. Había un viejo sofá frente a un televisor nuevo. El sofá estaba aplastado debido a la corpulencia de su usuario. Observé frascos de pastillas en los estantes, en las mesas, por todos lados. Algunos eran de vitaminas, aunque muchos no.

En la habitación había una ametralladora. La vieja NSV soviética. Era de la torreta de un tanque. Paulie la tenía suspendida de una cadena en mitad de la estancia. Colgaba como una escultura macabra. Como esa cosa de Alexander Calder que ponen en los vestíbulos de los aeropuertos. Paulie podía colocarse detrás y hacerla girar para que diera una vuelta completa. Podía disparar por la ventana delantera o por la trasera, como si fueran cañoneras. El campo de fuego era limitado, si bien podía abarcar cuarenta metros de la carretera al oeste y otros cuarenta del sendero de entrada al este. El arma estaba alimentada por una cartuchera que salía de una caja de

municiones abierta en el suelo. Habría otras veinte cajas amontonadas junto a la pared. Eran de color verde oliva apagado, todas llenas de caracteres cirílicos y estrellas rojas.

El arma era tan grande que tuve que pegarme a la pared para rodearla. Vi dos teléfonos. Uno correspondería a una línea exterior. El otro seguramente era un interfono que conectaba con la casa. En la pared había dos alarmas. Una sería para los sensores del exterior, en tierra de nadie. La otra para el detector de movimiento de la verja. Observé un monitor de vídeo en el que se apreciaba una imagen monocroma lechosa procedente de la cámara del poste de la verja.

—Me diste un puntapié —dijo.

No contesté.

—Después intentaste atropellarme —continuó.

—Señales de advertencia —le expliqué.

—¿De qué?

—Duke ha muerto —dije.

—Ya me he enterado.

—Así que ahora el responsable soy yo —señalé—. Tú tienes la verja, yo la casa.

Asintió sin abrir la boca.

—Ahora protejo a los Beck —proseguí—. Soy el nuevo responsable de seguridad. El señor Beck confía en mí. Hasta el punto que me ha dado un arma.

Mientras hablaba no dejé de mirarle ni un instante. Esa clase de mirada que ejerce presión entre los ojos. Ése sería el momento en que el alcohol metílico y los esteroides deberían de actuar y hacerle sonreír enseñando los dientes como un idiota y decir: «Bueno, me parece que va a dejar de confiar en ti cuando le cuente lo que encontré en las rocas, ¿no crees? Cuando le diga que tú ya tenías un arma». Se movería agitado, haría una mueca burlona y pondría voz cantarina. Pero no dijo nada. No hizo nada. Aparte de un ligero desenfoque de los ojos, no reaccionó; era como si le resultara difícil calibrar las repercusiones.

—¿Entendido? —dije.

—Antes era Duke y ahora tú —respondió con tono indiferente.

No era él quien había encontrado el escondrijo.

—Me encargaré de que estén bien —expliqué—. Incluida la señora Beck. Se ha acabado, ¿de acuerdo?

No dijo nada. Empezaba a dolerme el cuello de tanto mantener alzados los ojos hacia Paulie. Mis vértebras están acostumbradas a mirar a la gente bajando la vista.

—¿De acuerdo? —repetí.

—Y si no qué.

—Si no, tú y yo nos veremos las caras.

—Eso me gustaría.

Meneé la cabeza.

—No, no te gustaría. Ni una pizca. Te haría trizas.



—¿Ah, sí?

—¿Golpeaste alguna vez a un PM? —pregunté—. ¿En el ejército?

No respondió. Se limitó a apartar la mirada y quedarse callado. Seguramente recordaba su detención. Seguramente se había resistido un poco y habían tenido que reducirlo. Así que probablemente había tropezado en unas escaleras y se había hecho bastante daño. En algún sitio entre el lugar de la agresión y la celda. Puro accidente. Cosas que pasan en determinadas circunstancias. El oficial que lo había arrestado seguramente llamó a seis tipos para que lo sujetaran. Yo habría llamado a ocho.

—Y luego te pegaría un tiro —agregué.

Sus ojos regresaron a mí, lentos y perezosos.

—Tú no puedes dispararme —señaló—. No trabajo para ti. Ni para Beck.

—Entonces ¿para quién trabajas?

—Para alguien.

—¿Ese alguien tiene nombre?

—Malos dados —contestó meneando la cabeza.

Mantuve las manos en los bolsillos y empecé a rodear la ametralladora hacia la puerta.

—¿Ha quedado todo claro?

Me miró. No dijo nada. Pero estaba tranquilo. Las drogas matutinas estarían bien dosificadas.

—La señora Beck es zona prohibida, ¿vale?

—Mientras tú estés aquí —replicó—. No te vas a quedar para siempre.

«Espero que no», pensé. Sonó su teléfono. Supuse que era la línea exterior. No creía que Elizabeth o Richard lo llamaran desde la casa. El tono quebró ruidosamente el silencio. Paulie descolgó y pronunció su nombre. Después sólo escuchó. Distinguí un rastro de voz en el auricular, lejana y confusa, con pitidos y resonancias que impedían entender lo que decía. La voz habló menos de un minuto. Paulie colgó y movió la mano para hacer oscilar suavemente la ametralladora en su cadena. Reparé en que era una imitación consciente de lo que yo había hecho con el pesado saco del gimnasio la mañana que nos conocimos. Me dirigió una mueca.

—Estaré vigilándote —dijo—. Estaré vigilándote siempre.

No le hice caso, abrí la puerta y salí fuera. La lluvia me golpeaba como una manguera de incendios. Me encorvé y caminé recto. Tuve una sensación muy mala en la zona lumbar hasta que hube recorrido los cuarenta metros que podían abarcarse desde la ventana trasera. Después suspiré.

No era Beck, ni Elizabeth, ni Richard. Tampoco Paulie.

Malos dados.

Dominique Kohl me había dicho «malos dados» la noche que tomamos la cerveza. Había habido algún imprevisto y yo tuve que suspender la cita de la primera noche y

luego ella tuvo que aplazar la siguiente, de modo que pasó aproximadamente una semana hasta que nos vimos. Entonces en el cuartel era difícil que los sargentos y los capitanes tomaran algo juntos, pues las cantinas estaban rigurosamente separadas, así que fuimos a un bar de la ciudad. Era el típico sitio, largo y de techo bajo, ocho mesas de billar, cantidad de gente, cantidad de neón, cantidad de ruido de la máquina de discos, cantidad de humo. Aún hacía mucho calor. Los aparatos de aire acondicionado iban a todo meter y apenas se notaba. Yo llevaba pantalones de faena y una vieja camiseta porque no tenía ninguna prenda personal. Kohl llegó con un vestido, un sencillo vestido con vuelo, sin mangas, hasta la rodilla, negro, con pequeños puntos blancos. Muy pequeños. No esos lunares grandes ni nada parecido. Un dibujo muy sutil.

—¿Cómo va con Frasconi? —le pregunté.

—¿Tony? Es un chico majo —contestó.

No dijo nada más sobre Tony. Pedimos unos Rolling Rocks, mi bebida preferida aquel verano. Para hablar, ella tenía que inclinarse hacia mí debido al ruido. Me gustaba aquella proximidad. Pero no me engañaba a mí mismo. Era por los decibelios, no por otra cosa. No iba a intentar nada con ella. Aunque no había ninguna razón formal para no hacerlo. Entonces había reglas, supongo, pero regulaciones todavía no. La idea de acoso sexual llegaba muy poco a poco al ejército. De todos modos, yo ya era consciente de esa potencial injusticia. No es que hubiera algún medio por el que yo pudiera ayudarla o perjudicarla en su carrera. Su expediente dejaba claro que iba a ser sargento mayor y luego sargento primero como la noche sigue al día. Sólo era cuestión de tiempo. Luego llegaba el salto al nivel E-9, brigada. También estaba a su alcance. Después tendría un problema. Tras brigada venía oficial asimilado, y sólo hay uno en cada regimiento. A continuación, subteniente, y sólo hay uno; y sanseacabó. O sea que ascendería hasta un tope, al margen de lo que dijera yo.

—Tenemos un problema táctico —dijo—. O tal vez estratégico.

—¿Por qué?

—El intelectual, Gorowski. No pensamos que se trate de chantaje en el sentido de que él conozca algún secreto tremendo ni nada de eso. Nos parece más bien que son amenazas abiertas contra su familia. Más que chantaje, sería coacción.

—¿Cómo lo sabe?

—Tiene un historial sin mácula. Se han comprobado sus antecedentes del derecho y del revés.

—¿Era seguidor de los Red Sox?

Negó con la cabeza.

—De los Yankees. Es del Bronx. Estudió en el Politécnico de allí.

—Muy bien —dije—. Ya me gusta.

—Sin embargo, según el reglamento deberíamos detenerle ahora mismo.

—¿Qué está haciendo?

—Le he visto llevarse papeles del laboratorio.

—¿Aún están ocupados con la bota?

Asintió.

—De todas maneras, podrían publicar el diseño de la bota en *Stars and Stripes* y eso no revelaría nada a nadie. Vamos, que la situación aún no es crítica.

—¿Qué hace con los papeles?

—Los lleva a Baltimore.

—¿Ha visto quién los recoge?

—Malos dados —dijo.

—¿Qué opina del intelectualillo?

—No quiero detenerle. Creo que deberíamos pillar al que lo está fastidiando y a él dejarle tranquilo. Tiene dos niñas pequeñas.

—¿Qué piensa Frasconi?

—Está de acuerdo.

—¿De veras?

Ella sonrió.

—Bueno, lo estará —aclaró—. Pero el reglamento dice otra cosa.

—Déjese de reglamentos.

—¿En serio?

—Órdenes directamente mías —añadí—. Si quiere, lo pondré por escrito. Guíese por la intuición. Siga todo el rastro hasta el otro extremo. Si podemos, sacaremos a Gorowski de este apuro. Con los fans de los Yankees es mi enfoque habitual. Pero no le quite ojo.

—Descuide —dijo.

—Termine antes de que ellos hayan acabado con la bota. Si no, deberemos buscar un enfoque distinto.

—De acuerdo.

Después hablamos de otras cosas y tomamos otro par de cervezas. Al cabo de una hora sonaba algo bueno en la máquina y le propuse que bailáramos. Por segunda vez en la noche me dijo «malos dados». Más tarde pensé en esa frase. Sin duda procedía de la jerga de los jugadores de dados. Seguramente en un principio significaría «juego sucio», como un aviso, como cuando no se hacen rodar los dados como es debido. «¡Malos dados!». O como cuando un árbitro de béisbol pita falta por una pelota rasa a la altura de los pantalones. «¡Bola mala!». Más tarde recibí aún otra negativa, como «ni hablar, de eso nada». Pero ¿hasta dónde había excavado ella en la etimología de esas palabras? ¿Había dicho un no categórico o estaba pitando falta? No estaba yo muy seguro.

Llegué a la casa calado hasta los huesos, por lo que subí y tomé posesión de la habitación de Duke, me sequé con una toalla y me cambié de ropa enteramente. La

habitación se hallaba en la parte delantera de la casa, más o menos en el centro. La ventana me ofrecía una vista al oeste, de todo el sendero de entrada. Al estar alto, podía ver por encima del muro. Distinguí a lo lejos un Lincoln Town Car. Se acercaba velozmente. Era negro. Llevaba los faros encendidos debido al mal tiempo. Paulie salió enfundado en su impermeable y abrió la puerta mucho antes, con lo que el coche pudo entrar sin pararse, deprisa. Paulie lo estaba esperando. Una llamada telefónica lo había avisado. Vi el vehículo acercarse hasta desaparecer debajo de mí. Luego me volví.

La habitación de Duke era cuadrada y sencilla, como casi todas las de la casa. Incluía revestimientos oscuros y una gran alfombra oriental. Un televisor y dos teléfonos. Exterior e interior, pensé. Las sábanas estaban inmaculadas y en ninguna parte había objetos personales, salvo la ropa del armario. Supuse que a primera hora de la mañana Beck le habría explicado a la criada los cambios en el personal. Le habría dicho que dejara ropa para mí.

Regresé a la ventana y unos cinco minutos después vi a Beck llegando en el Cadillac. Paulie volvía a estar listo. El enorme coche apenas tuvo que desacelerar. Tras él, Paulie hizo girar la puerta sobre sus goznes. Luego la cerró y aseguró el picaporte con un candado. Pese a que me encontraba a unos cien metros de la verja, alcancé a ver lo que hacía el grandullón. El Cadillac desapareció debajo de mí y giró en dirección a los garajes. Bajé a la planta baja. Imaginé que si Beck había regresado, sería hora de almorzar. Me figuré que si Paulie había cerrado a cal y canto era porque se reuniría con nosotros.

Pero me equivocaba.

Me dirigí al vestíbulo y me encontré con Beck saliendo de la cocina. Llevaba el abrigo salpicado de lluvia. Me estaba buscando. Acarreaba una bolsa de deporte. La misma en la que había llevado las armas a Connecticut.

—Tenemos algo que hacer —dijo—. Ahora mismo. Hay que aprovechar la marea.

—¿Dónde?

Se alejó y habló por encima del hombro.

—El tipo del Lincoln se lo dirá.

Crucé la cocina y salí fuera. El detector de metales pitó. Bajo la lluvia, me encaminé a los garajes. Sin embargo, el Lincoln estaba aparcado justo en la esquina de la casa. Había dado la vuelta y retrocedido hasta quedar con el maletero cara al mar. En el asiento del conductor había un tío. Estaba impaciente. Daba golpecitos en el volante con los pulgares. Me vio por el retrovisor, el maletero se alzó un poco y él salió del coche.

Parecía alguien a quien hubieran sacado a rastras de un camping de caravanas para embutir en un traje. Lucía una larga y canosa barba de chivo que ocultaba un mentón poco pronunciado. Llevaba una coleta grasienta recogida en una goma de color rosa con motitas brillantes. Era una de esas cosas que hay en los expositores

giratorios de las tiendas, colocadas a baja altura para que las niñas pequeñas puedan cogerlas. Exhibía viejas marcas de acné. Y en el cuello tatuajes carcelarios. Era alto y muy delgado, como una persona corriente a la que hubieran seccionado verticalmente.

—¿Tú eres el nuevo Duke? —me soltó.

—Sí, el nuevo Duke.

—Me llamo Harley.

No le dije mi nombre.

—Venga, manos a la obra —dijo.

—¿Qué hay que hacer?

Se volvió y levantó del todo la tapa del maletero.

—Tirar basura —repuso.

En el maletero había una bolsa militar reglamentaria para cadáveres. Grueso caucho negro, cremallera en toda su longitud. Por el modo en que estaba arrugada, comprendí que contenía una persona menuda. Seguramente una mujer.

—¿Qué es? —pregunté, pese a conocer ya la respuesta.

—La zorra del gobierno —contestó—. Tardamos lo nuestro, pero al fin la pillamos.

Se inclinó y asió un extremo de la bolsa. Agarró con las manos ambas esquinas. Me esperó. Yo permanecía de pie, notando la lluvia que me bajaba por el cuello, escuchando sus chasquidos y estallidos en el caucho.

—Hemos de aprovechar la marea —dijo—. Va a cambiar.

Me agaché y cogí las dos esquinas de mi extremo. Nos miramos para coordinar los esfuerzos, alzamos la bolsa y la sacamos. No pesaba mucho, aunque era poco manejable, y Harley no era fuerte. La transportamos unos pasos hacia la orilla.

—Bájala —dije.

—¿Por qué?

—Quiero echar un vistazo.

Harley no se movió.

—Mejor que no lo hagas —soltó.

—Bájala —repetí.

Dudó otro instante, y luego nos agachamos y dejamos la bolsa en el suelo. El cadáver quedó colocado con la espalda arqueada hacia arriba. Permanecí en cuclillas y me desplacé hasta la cabeza anadeando como un pato. Tiré de la cremallera.

—Mira sólo la cara —aconsejó Harley—. Esa parte no está tan mal.

Miré. Estaba muy mal. Había muerto en medio de un sufrimiento atroz. Sin duda. Tenía el rostro contraído de dolor, deformado aún por su horrendo grito final.

Pero no era Teresa Daniel.

Sino la criada de Beck.

Bajé un poco más la cremallera hasta que vi la misma clase de mutilación que había visto diez años antes. Ahí me paré. Volví la cabeza hacia la lluvia y cerré los ojos. Notaba las gotas en mi cara como si fueran lágrimas.

—Vamos allá —dijo Harley.

Abrí los ojos. Miré fijamente las olas. Cerré la cremallera sin mirar más. Me puse en pie despacio y me dirigí al pie de la bolsa. Harley aguardaba. Entonces agarramos cada uno las esquinas, levantamos el bulto y lo llevamos por las rocas. Él me guiaba hacia el sudeste, hacia un lugar donde había dos salientes de granito. Entre ambos había una abrupta hendidura en forma de uve medio llena de agua en movimiento.

—Espera a que llegue la próxima ola grande —dijo Harley.

Llegó bramando y los dos agachamos la cabeza para esquivar la rociada. La grieta se llenó hasta arriba y la marea rebasó las rocas y casi nos alcanzó los zapatos. Después se retiró nuevamente y vació la brecha. La arena repiqueteó y se escurrió. La superficie del mar aparecía guarnecida de encajes de espuma de un gris apagado y acribillada por la lluvia.

—Muy bien, bajémosla —dijo Harley, que estaba sin aliento—. Sujeta tu extremo.

Tendimos la bolsa en el suelo de tal modo que el extremo de la cabeza colgara sobre el saliente de granito y dentro de la hendidura. La cremallera hacia arriba. El cuerpo quedó de espaldas. Agarré ambas esquinas del extremo de los pies. La lluvia me pegaba el pelo a la cabeza y me entraba en los ojos. Escocía. Harley se agachó, se colocó a horcajadas sobre la bolsa y empujó la parte de la cabeza hacia el hueco. Yo hice lo mismo, centímetro a centímetro, pasos cortos en las rocas resbaladizas. Llegó la siguiente ola y formó remolinos bajo la bolsa, que flotó un poco. Harley aprovechó ese empuje hacia arriba para deslizarse un poco más. Yo hice otro tanto. La ola retrocedió. La grieta volvió a vaciarse. La bolsa bajó. La lluvia batía contra la rígida goma y nos apaleaba la espalda. Estaba mortalmente fría.

Durante las cinco olas siguientes, Harley fue soltando la bolsa hasta que colgó verticalmente en la grieta. Yo sujetaba sólo caucho. La fuerza de la gravedad había apretado el cadáver en el otro extremo. Harley esperó y miró al mar. Acto seguido se agachó hasta donde pudo y abrió toda la cremallera. Retrocedió gateando a toda prisa y cogió las esquinas de mis manos. Sujetó con fuerza. La séptima ola llegaba retumbando. Quedamos empapados de agua pulverizada. La brecha se llenó cubriendo la bolsa y a continuación la gran ola se retiró y absorbió el cadáver. Éste flotó inmóvil durante una décima de segundo y luego la resaca se lo llevó. Se hundió al instante. Alcancé a ver un largo cabello rubio ondeando en el agua y una piel pálida lanzando destellos verdes y grises; y luego desapareció. Mientras se vaciaba, la

brecha echó espuma roja.

—Aquí hay una corriente de retorno de mil demonios —dijo Harley.

No dije nada.

—La resaca se los lleva mar adentro —prosiguió—. Vamos, que nunca ha regresado ninguno. Los arrastra dos o tres kilómetros, hundiéndolos todo el rato. Y supongo que por ahí hay tiburones. Patrullan la costa. Y toda clase de bichos. Ya sabes, cangrejos, rémoras, cosas así.

No dije nada.

—Nunca ha regresado ninguno —repitió.

Lo miré de soslayo y él me sonrió. Su boca era como un agujero cavado en la barba de chivo. Le quedaban sólo trozos de dientes amarillentos y cariados. Desvié la mirada. Llegó otra ola. Era pequeña, pero al retroceder la grieta quedó despejada. Como si no hubiera pasado nada. Como si allí nunca hubiera habido nada. Harley se puso en pie con torpeza y cerró la cremallera de la bolsa vacía, de la que salía agua rosada que corría entre las rocas. Empezó a enrollarla. Miré hacia la casa. Beck se encontraba en la puerta de la cocina, solo, observándonos.

Regresamos, empapados de lluvia y agua salada. Beck se metió otra vez dentro. Lo seguimos. Harley se quedó esperando en un extremo de la cocina, como si pensara que no debía estar allí.

—¿Era un agente federal? —pregunté.

—Sin duda —respondió Beck.

La bolsa de deporte estaba en medio de la mesa, un elemento señalado, como una prueba acusatoria en una sala de juicios. Beck la abrió y revolvió dentro.

—Vea esto —dijo.

Dejó un bulto en la mesa. Algo envuelto en una alfombra húmeda, sucia y manchada de aceite, del tamaño de una toalla de mano. Lo desenvolvió y sacó la Glock 19 de Duffy.

—Todo esto estaba escondido en el coche que utilizaba —explicó.

—¿El Saab? —pregunté por decir algo.

Asintió.

—En el hueco para la rueda de recambio. Bajo el suelo del maletero. —Dejó la Glock en la mesa. Cogió los dos cargadores de recambio y los colocó junto al arma. Y luego el doblado punzón y el afilado escoplo. Y el llavero de Angel Doll.

Me faltaba el aire.

—Supongo que el punzón es una especie de ganzúa —dijo Beck.

—¿Demuestra esto que era agente federal? —pregunté.

Cogió de nuevo la Glock, le dio la vuelta y señaló el lado derecho de la corredera.

—Número de serie —explicó—. Hemos consultado con Glock en Austria. Por ordenador. Tenemos acceso a estas cosas. Esta arma concreta fue vendida al gobierno

de Estados Unidos hace más o menos un año. Como parte de un importante pedido para los departamentos policiales, diecisiete para hombres y diecinueve para mujeres. Por eso sabemos que era agente.

Miré el número de serie.

—¿Ella lo negó?

Beck asintió.

—Por supuesto. Dijo que lo había encontrado. Nos soltó un buen rollo. La verdad es que le acusó a usted. Dijo que era suyo. Pero claro, siempre lo niegan todo, ¿no? Tienen la lección bien aprendida, imagino.

Aparté la vista. Contemplé el mar a través de la ventana. ¿Por qué la chica lo había cogido todo? ¿Por qué no lo había dejado donde estaba? ¿Era eso una especie de instinto doméstico? ¿No quería que se mojara o qué?

—Parece preocupado —dijo Beck.

¿Y cómo había llegado a encontrarlo? ¿Por qué siquiera estaría buscando?

—Parece preocupado —repitió.

Estaba mucho más que preocupado. La chica había muerto sufriendo atrocemente. A lo mejor pensó que me estaba haciendo un favor al mantenerlo todo seco. Al impedir que se enmoheciera. Era sólo una chica ingenua y estúpida de Irlanda que intentaba echarme una mano. Y yo la había matado, era como si yo mismo hubiera hecho una carnicería con ella.

—Soy el responsable de la seguridad —señalé—. Debería haber sospechado de ella.

—Usted es responsable sólo desde anoche —precisó Beck—. Así que no se culpe por ello. Aún no ha colocado los pies bajo la mesa. Era Duke quien tenía que haberla pillado.

—Pero yo jamás habría sospechado de ella —dije—. Creía que era una simple criada.

—Claro, y yo. Y Duke también.

Volví a desviar la mirada. Observé el mar. Estaba gris y encrespado. No lo acababa de entender. Ella lo había encontrado, pero ¿por qué después lo había ocultado?

—Este es el factor decisivo —anunció Beck.

Miré de nuevo y lo vi sacar de la bolsa un par de zapatos. Eran grandes y anticuados, negros, los zapatos que había llevado todas y cada una de las veces que yo la había visto.

—Mire esto —dijo.

Volvió el zapato del revés y sacó una horquilla con las uñas. Hizo girar la goma del tacón como si fuera una puertecita, volvió el zapato y lo sacudió. Sobre la mesa cayó con estrépito un pequeño rectángulo negro de plástico. Aterrizó boca abajo. Beck lo puso del derecho.

Era un dispositivo de *email* exactamente igual que el mío.



Beck me pasó el zapato. Lo cogí. Lo miré fijamente, como si no comprendiese. A una mujer de su talla le correspondería un pie pequeño. Sin embargo, tenía una puntera ancha y bulbosa y, por tanto, un tacón ancho y grueso a modo de compensación visual. Una suerte de chapuza estética. El tacón albergaba una cavidad rectangular. Idéntica a la mía. Lo habían hecho con paciencia y esmero. No con una máquina. Se apreciaban las mismas marcas de herramienta que en el mío, casi imperceptibles. Me imaginé un tío en algún laboratorio, una hilera de zapatos en un banco frente a él, el olor del cuero nuevo, delante una serie de utensilios para trabajar la madera, virutas y trocitos de goma acumulándose en el suelo alrededor. La mayor parte de las tareas oficiales se lleva a cabo con una tecnología sorprendentemente rudimentaria. No todo son bolígrafos que explotan y cámaras empotradas en relojes de pulsera. En esta ocasión para conseguir tecnología punta había bastado una visita a unos grandes almacenes para comprar un aparatito de correo electrónico y unos zapatos corrientes.

—¿Qué está pensando? —inquirió Beck.

Estaba pensando en cómo me sentía. Me hallaba en una montaña rusa. Ella seguía muerta, pero quien la había matado ya no era yo. Lo habían hecho los ordenadores del gobierno. Así que en el plano personal me notaba aliviado. Pero estaba bastante más que indignado. Porque ¿qué diablos estaba haciendo Duffy? ¿A qué puñetas estaba jugando? Hay un reglamento interno sagrado según el cual nunca hay que infiltrar a dos o más personas en el mismo sitio a menos que ambos lo sepan. Esto es absolutamente esencial. Ella me había hablado de Teresa Daniel. Entonces ¿por qué demonios no me había hablado también de esa otra mujer?

—Increíble —dije.

—La batería está agotada. —Beck sostenía el dispositivo con ambas manos, con los dos pulgares, como si fuese un videojuego—. En todo caso, no funciona.

Me lo alcanzó. Dejé el zapato y cogí el aparato. Pulsé el familiar botón para encender. Pero la pantalla siguió en blanco.

—¿Cuánto tiempo llevaba aquí? —pregunté.

—Ocho semanas —contestó Beck—. Nos cuesta mucho conseguir servicio doméstico. Esto es muy solitario. Y está Paulie, ya sabe. Y Duke tampoco era un tipo muy hospitalario.

—Supongo que ocho semanas es demasiado tiempo para una batería.

—¿Cuál sería ahora el proceder lógico de esa gente? —inquirió.

—No lo sé —repuse—. Nunca he sido agente federal.

—Hablo en general. Habrá conocido otras historias como ésta, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Me figuro que se lo esperarían —dije—. Las comunicaciones son siempre lo primero que se fastidia. No creo que se preocuparan demasiado cuando ella desapareció del radar. No tenían elección. Porque, claro, no podían decirle que regresase a casa, ¿verdad? Así que confiarían en que ella volvería a cargar la batería

en cuanto pudiera. —Puse el chisme de canto y señalé el pequeño enchufe de la base —. Parece que necesita un cargador de teléfono móvil o algo así.

—¿Mandarían a alguien por ella?

—A la larga —dije—. Supongo.

—¿Cuándo?

—No lo sé. En todo caso, aún no.

—Negaremos que siquiera haya estado aquí. Diremos que no la hemos visto jamás. No hay ninguna prueba de que estuviera en esta casa.

—Pues entonces mejor limpiar a fondo su habitación —sugerí—. Habrá huellas, pelos y ADN por todas partes.

—Nos la recomendaron —dijo—. Nosotros no ponemos anuncios en el periódico ni nada de eso. Unos tipos de Boston que conocemos la pusieron en contacto con nosotros.

Me echó una mirada. «Unos tipos de Boston tratando de llegar a un acuerdo con el fiscal, colaborando con el gobierno», pensé. Asentí y dije:

—Es un asunto peliagudo. Porque esto nos dice algo de esa gente, ¿no?

Asintió a su vez, con gesto huraño. Coincidió conmigo. Sabía a qué me refería yo. Cogió el manajo de llaves que estaba junto al escoplo.

—Creo que son de Doll —indicó.

Me quedé callado.

—De modo que tenemos una pesadilla triple —prosiguió—. Podemos ligar a Doll con la banda de Hartford, y a nuestros amigos de Boston con los federales. Por tanto, también podemos relacionar a Doll con los federales. Porque dio sus llaves a esa zorra infiltrada. Lo que significa que los de Hartford también se acuestan con los federales. Doll está muerto, gracias a Duke, pero todavía tengo a Hartford, Boston y al gobierno fastidiándome. Voy a necesitarle, Reacher.

Miré de reojo a Harley, que estaba mirando llover por la ventana.

—¿Fue cosa sólo de Doll? —pregunté.

Beck asintió.

—Ya me he ocupado de eso. No tengo dudas. Doll lo hizo solo. Los demás son de confianza. Siguen conmigo. Me pidieron mil excusas por lo de Doll.

—Muy bien —dije.

Hubo un prolongado silencio. Después Beck volvió a envolver mis cosas con la alfombra y la metió otra vez en su bolsa. Arrojó dentro también el cacharro del *email* y colocó encima los zapatos de la criada. Tenían un aspecto triste, vacío y desamparado.

—He aprendido una cosa —dijo—. A partir de ahora registraré los zapatos de la gente, maldita sea. Téngalo por seguro.

Lo tuve por seguro. Aún llevaba mis zapatos puestos. Regresé a la habitación de

Duke y miré en el armario. Había cuatro pares. Nada que yo hubiera comprado para mí, pero tampoco estaban tan mal y además eran más o menos de mi número. De todos modos, los dejé donde estaban. Aparecer de pronto con otros zapatos habría sido como hacer sonar una alarma. Iba a deshacerme de los míos pero como es debido. Ni hablar de dejarlos en la habitación para que fueran objeto de una inspección fortuita. Debería sacarlos de la casa. Y en ese preciso momento no había un modo fácil de hacerlo. Al menos no después de la reunión en la cocina. No podía bajar sin más llevándolos en las manos. ¿Qué diría? «¿Qué? —me pregunté—. ¿Esto? Nada, son mis zapatos. Sólo iba a arrojarlos al mar». O sea, que seguí llevándolos.

Y es que aún me hacían falta. Aunque sentí la tentación de hacerlo, no estaba dispuesto a cortar la comunicación con Duffy. Aún no. Me encerré en el baño de Duke y saqué el aparatito. Había un mensaje: «Hemos de vernos». Pulsé «contestar» y tecleé: «Desde luego, puedes apostar el cuello». Acto seguido apagué el trasto, volví a meterlo en el tacón y bajé otra vez a la cocina.

—Vaya con Harley —me ordenó Beck—. Hay que traer el Saab.

La cocinera no estaba. La encimera se veía limpia, todo en su sitio. Había sido fregada. Los fogones estaban fríos. Daba la impresión de que en la puerta habían colgado el cartel de «Cerrado».

—¿Hoy no se almuerza? —pregunté.

—¿Tiene hambre?

Recordé el modo en que el mar había hinchado la bolsa y reclamado el cadáver. Vi el cabello hundiéndose en el agua, inestable y finísimo. Vi la sangre escurrirse, rosada y diluida. No tenía hambre.

—Un hambre canina —contesté.

Beck sonrió socarronamente.

—Es usted un impasible hijo de puta, Reacher.

—Ya he visto antes a gente muerta. Y supongo que veré más.

Él asintió.

—La cocinera tiene el día libre. Coma fuera, ¿vale?

—No tengo dinero.

Del bolsillo de los pantalones sacó un fajo de billetes. Comenzó a contarlos pero se interrumpió, se encogió de hombros y me lo dio todo. Habría cerca de mil dólares.

—Para gastos —dijo—. Después hablaremos del salario.

Me guardé el dinero en el bolsillo.

—Harley está esperando en el coche —indicó.

Salí fuera y me alcé el cuello del abrigo. El viento estaba amainando. La lluvia volvía a caer verticalmente. El Lincoln seguía en la esquina de la casa. Con el maletero cerrado. Harley tamborileaba con los pulgares en el volante. Subí y eché el asiento hacia atrás para hacer sitio a las piernas. Él encendió el motor, puso en marcha los limpiaparabrisas y arrancó. Tuvimos que aguardar a que Paulie quitara el candado de la puerta. Harley puso la calefacción alta. Teníamos la ropa mojada y las

ventanas se empañaron. Paulie no se daba prisa. Harley volvió a tamborilear el volante.

—¿Los dos trabajáis para el mismo tipo? —le pregunté.

—¿Paulie y yo? Claro.

—¿Quién es?

—¿Beck no te lo ha dicho?

—No.

—Entonces creo que yo tampoco te lo diré.

—Sin información me resulta difícil hacer mi trabajo —puntualicé.

—Éste es problema tuyo —observó—. No mío.

Me dirigió otra vez su sonrisa amarillenta y desdentada. Pensé que si le golpeaba lo bastante fuerte, mi puño haría saltar todos sus muñones dentales y terminaría en la parte posterior de su flacucha garganta. Pero no le pegué. Paulie liberó el picaporte y abrió. Harley arrancó y yo me arrellané en el asiento. Él encendió los faros y pisó el acelerador. El coche levantó una estela de surtidores de agua pulverizada. En los primeros veinte kilómetros no había nada. Después giramos hacia el norte por la carretera 1, lejos de donde me había llevado Elizabeth Beck, lejos de Old Orchard Beach y Saco, hacia Portland. El tiempo era tan horroroso que no se veía nada. Apenas se alcanzaba a distinguir las luces traseras de los coches de delante. Harley no hablaba. Sólo se balanceaba de un lado a otro en su asiento, tamborileaba con los pulgares el volante y conducía. No tenía una conducción suave. Estaba todo el rato acelerando o frenando. Aumentaba la marcha, la reducía, aumentaba, reducía. Los treinta kilómetros se hicieron largos.

De repente la carretera se desvió al oeste y entonces vi cerca, a la izquierda, la I-295. Más allá se apreciaba una estrecha lengua de agua, detrás de la cual estaba el aeropuerto de Portland. En aquel momento despegaba un avión inmerso en un enorme nubarrón, que pasó rugiendo bajo por encima de nuestras cabezas y viró hacia el sur, sobre el Atlántico. Después, a nuestra izquierda, vimos un centro comercial con un estrecho aparcamiento en la parte delantera. Había allí las tiendas que cabe encontrar en un lugar atrapado entre dos carreteras cerca de un aeropuerto. En el aparcamiento había unos veinte coches colocados en fila, todos de morro y perpendicularmente al bordillo. El viejo Saab era el quinto contando desde la izquierda. Harley entró con el Lincoln y se paró exactamente detrás del otro. Tamborileó el volante.

—Todo tuyo —dijo—. La llave está en el portamapas.

Salí a la lluvia y él se marchó en cuanto hube cerrado la puerta. Pero no volvió por la carretera 1. Al final del aparcamiento dobló a la izquierda y luego a la derecha. Vi que hacía pasar el enorme coche por una improvisada salida que daba al aparcamiento adyacente. Volví a alzarme el cuello y observé que Harley conducía despacio y desaparecía tras una serie de alargadas naves bajas de brillante metal corrugado. Era una especie de recinto empresarial recién estrenado. Se advertía un

entramado de estrechas calles asfaltadas, húmedas y relucientes por la lluvia. Los bordillos de hormigón eran altos. Vi otra vez el Lincoln a través de un hueco entre edificios. Se desplazaba lento, como si buscara sitio para aparcar. De súbito desapareció tras otro edificio y no volví a verlo.

Di media vuelta. El Saab estaba aparcado de morro frente a una tienda de bebidas alcohólicas. A un lado había un sitio donde se vendían aparatos estéreo para coches y en el otro un lugar con un escaparate lleno de arañas de plástico. No creí que la hubieran mandado a comprar un nuevo artefacto de luz para el techo, ni para que instalaran un nuevo reproductor de discos compactos en el Saab. Así que debió de ir a la tienda de licores. Y allí se encontraría con un montón de gente esperándola. Cuatro, tal vez cinco. Al menos. Tras un primer momento de sorpresa pasaría de ser una desconcertada criada a ser una agente experta que se defendería a muerte. Pero ellos lo habrían previsto. Miré a ambos lados de la acera. Y luego la tienda de bebidas alcohólicas. El escaparate estaba lleno de cajas. Desde allí prácticamente no se veía nada. Entré.

La tienda estaba llena de cajas pero vacía de gente. Me dio la sensación de que eso era lo habitual. Dentro hacía frío y estaba lleno de polvo. El dependiente de detrás del mostrador era un tipo gris de unos cincuenta años. Cabello gris, camisa gris, piel gris. Parecía que llevaba una década sin salir fuera. No se me ocurría nada que comprar para romper el hielo, así que formulé directamente la pregunta.

—¿Ve ese Saab ahí fuera? —dije.

Hizo un gran alarde para alinear sus ojos con el exterior.

—Sí, lo veo —contestó.

—¿Vio qué le pasó a la conductora?

—No.

Por lo general, la gente que dice no enseguida está mintiendo. Una persona veraz puede decir no, pero normalmente se tomará primero su tiempo antes de responder. Y añadirá un lo siento o algo parecido. Quizás en ese momento se le planteen interrogantes. Es humano. Diría: «Lo siento, no, ¿por qué?, ¿qué pasó?». Llevé la mano al bolsillo y cogí un billete del fajo de Beck. Lo saqué. Era de cien. Lo doblé en dos y lo sostuve entre el índice y el pulgar.

—¿De verdad que no lo vio?

El hombre miró a su izquierda, hacia el recinto empresarial. Fue sólo una mirada rápida, furtiva, de ida y vuelta.

—No —repitió.

—¿Un Black Town Car? ¿Pasó por ahí? —inquirí.

—No vi nada —insistió—. Estaba ocupado.

Asentí.

—Aquí anda usted muy liado. Ya me he dado cuenta. Aguantar la presión ha de ser un verdadero milagro.

—Estaba en la trastienda. Al teléfono, me parece.

Meneé el billete de cien. Imaginé que cien dólares libres de impuestos supondrían una buena parte de sus ingresos netos semanales. No obstante, el tipo apartó la mirada. Lo cual fue también muy revelador.

—De acuerdo —dije. Guardé el dinero en el bolsillo y salí.

Conduje el Saab doscientos metros al sur por la carretera 1 y me detuve en una gasolinera. Allí compré una botella de agua mineral y dos golosinas en barra. Si calculamos por galones, pagué cuatro veces más por el agua que por la gasolina. Después salí y me resguardé cerca de la puerta, quité el envoltorio de la golosina y empecé a comérmela. Aproveché para echar un vistazo. No había vigilancia. Así que me acerqué a los teléfonos públicos y usé las monedas sueltas para llamar a Duffy. Había memorizado el número de su habitación de hotel. Me puse en cuclillas bajo la burbuja de plástico y procuré mantenerme seco. Ella respondió al segundo tono.

—Ve al norte, a Saco —dije—. Ahora mismo. Quedamos en el gran centro comercial de ladrillo que hay en la isla del río, en una cafetería llamada Café Café. El último paga los cafés.

Terminé la golosina mientras me dirigía al sur. El Saab no iba tan bien como el Cadillac de Beck o el Lincoln de Harley y hacía más ruido. Estaba viejo y hecho polvo. Las alfombrillas, gastadas y flojas. En el cuentakilómetros ya se veían seis cifras. Pero cumplía con su cometido. Los neumáticos eran bastante decentes y los limpiaparabrisas funcionaban. Por la lluvia andaba bien. Y tenía unos retrovisores de buen tamaño. Miraba por ellos todo el rato. No me seguía nadie. Llegué a la cafetería el primero. Pedí un café exprés largo para quitarme de la boca el sabor de chocolate.

Unos seis minutos después apareció Duffy. Se detuvo en la puerta, miró alrededor y se dirigió hacia mí sonriendo. Llevaba unos tejanos nuevos y otra blusa de algodón —azul, no blanca—, la cazadora de piel y encima un viejo y ajado impermeable que le venía grande. Tal vez pertenecía al tipo más mayor. Quizás ella se lo había pedido prestado. De Eliot no era, seguro; gastaba una talla más pequeña. Seguramente Duffy había ido al norte sin contar con el posible mal tiempo.

—¿Es éste un lugar seguro? —preguntó.

No respondí.

—¿Qué? —dijo.

—Pagas tú —precisé—. Tomaré otro. Me debes el primero.

Me miró inexpresiva y acto seguido fue al mostrador y regresó con un café exprés para mí y un capuchino para ella. Tenía el pelo algo mojado. Se lo había peinado con los dedos. Habría aparcado en la calle y andado bajo la lluvia y luego seguramente se miró en el escaparate de alguna tienda. Contó el cambio en silencio y me dio las monedas correspondientes a mi primera taza. Allí, en Maine, el café también era bastante más caro que la gasolina. Aunque creo que pasaba lo mismo en todas partes.

—¿Qué pasa? —preguntó.

No respondí.

—Reacher, ¿de qué se trata?

—Hace ocho semanas infiltraste a otra agente. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Qué?

—Pues eso.

—¿Qué agente?

—Ha muerto esta mañana. Ha sufrido una mastectomía radical doble sin anestesia.

Me miró fijamente.

—¿Teresa?

Negué con la cabeza.

—Teresa no —dije—. La otra.

—¿Qué otra?

—No me vengas con sandeces —solté.

—¿Qué otra?

Le clavé la mirada. Penetrante. Después más benigna. En la luz de aquella cafetería había algo especial. Acaso el modo en que se reflejaba en la madera clara, el metal pulido, el cristal y el cromo. Era como rayos X. Como el suero de la verdad. Me había mostrado un genuino e incontrolable rubor en Elizabeth Beck. Ahora esperaba que ocurriera lo mismo con Duffy. Esperaba que apareciera un subido sonrojo de vergüenza y turbación porque yo la había descubierto. Sin embargo, ella exhibió una sorpresa total. Se apreciaba en su cara. Había palidecido completamente, como si se le hubiera escurrido toda la sangre. Y nadie puede hacer esto a voluntad, igual que nadie puede ruborizarse sólo con desearlo.

—¿Qué otra? —repitió—. Sólo estaba Teresa. ¿Qué me estás diciendo? ¿Qué está muerta?

—No me refiero a Teresa. Había otra mujer. La contrataron como criada.

—No —dijo—. Sólo estaba Teresa.

Meneé otra vez la cabeza.

—He visto el cadáver. No era Teresa.

—¿Una criada?

—En el zapato llevaba un artilugio que le permitía enviar y recibir correo electrónico —expliqué—. Igual que el mío. El tacón fue ahuecado con la misma técnica.

—Es imposible —replicó.

La miré fijamente a los ojos.

—Te lo habría dicho —se defendió—. Claro que te lo habría dicho. Y además, si hubiera tenido a otro agente ahí no te habría necesitado. ¿No lo entiendes?

Aparté la vista. Miré hacia atrás. De pronto el azorado era yo.

—Así pues, ¿quién diablos era? —pregunté.

Duffy no contestó. Empezó a dar golpecitos a la taza en el platillo, empujando el

asa con el dedo índice y haciéndola girar cada vez unos diez grados. Mientras la taza giraba, la espesa espuma y el polvo de chocolate no se movían. Duffy se estaba devanando los sesos.

—¿Hace ocho semanas? —dijo.

Asentí.

—¿Qué los puso sobre aviso? —preguntó.

—Entraron en tu ordenador. Esta mañana, o tal vez anoche.

Alzó la vista de su taza.

—¿Por eso estuviste preguntándome?

Asentí sin decir nada.

—Teresa no sale en el ordenador —señaló—. No figura en ningún sitio.

—¿Has consultado con Eliot?

—He hecho más que eso —respondió—. He registrado el disco duro entero. Y también sus archivos en el servidor principal en D.C. Tengo acceso a todo. He buscado por Teresa, Daniel, Justice, Beck, Maine y operación clandestina. Y él nunca escribió ninguna de esas palabras.

Guardé silencio.

—¿Cómo sucedió? —preguntó.

—No estoy muy seguro. Supongo que en principio averiguaron por el ordenador que tenías a alguien aquí, y luego que era una mujer. Ni el nombre ni ningún otro dato. Así que la buscaron. Y creo que la encontraron en parte por culpa mía.

—¿Por qué?

—Yo tenía ciertas cosas escondidas —expliqué—. Tu Glock, la munición y otras cosas. Ella lo descubrió y lo ocultó en el coche que solía utilizar.

Duffy se quedó en silencio unos instantes.

—Muy bien —dijo—. Crees que registraron el coche y luego sospecharon de ella, ¿no?

—Así es.

—Pero también puede ser que la registraran primero a ella y encontraran el zapato.

Aparté la mirada.

—Ojalá fuera así, sinceramente.

Duffy torció el gesto.

—No te culpes. No fue por ti. Tras entrar en el ordenador sólo era cuestión de tiempo que echaran el ojo a una. Ambas reunían todos los requisitos. Vamos a ver, ¿cuántas mujeres había ahí para escoger? Seguramente sólo ella y Teresa. No podían equivocarse.

Asentí. También estaba Elizabeth. Y la cocinera. Pero ni una ni otra estarían de las primeras en la lista de personas sospechosas. Elizabeth era la esposa del jefe. Y probablemente la cocinera llevaba allí más de veinte años.

—Entonces ¿quién era? —dije.



Duffy jugueteó con la taza hasta dejarla en la posición inicial tras haber trazado un círculo completo. La base emitió un débil chirrido.

—Me temo que está claro —repuso—. Piensa en el tiempo transcurrido. Cuenta hacia atrás desde hoy. Hace once semanas metí la pata con las fotos de vigilancia. Hace diez semanas me sacaron del caso. Pero como Beck es un pez gordo yo no podía darme por vencida y nueve semanas atrás infiltré a Teresa sin que ellos lo supieran. Pero como Beck es un pez gordo, sin que yo lo supiera ellos seguramente volvieron a asignar el caso a otra persona, quien, hace ocho semanas, decidiría meter a esa criada allí dentro, estando ya Teresa. Teresa no sabía que la criada iba a llegar, y la criada no sabía que Teresa ya se encontraba allí.

—¿Por qué metió las narices en mis cosas?

—Supongo que quería controlar la situación. Procedimientos habituales. Por lo que a ella se refería, tú no eras un tío legal. Eras sólo un elemento peligroso. Un asesino de polis que escondía armas. Acaso pensó que participabas en una misión rival. Igual estaba contemplando la posibilidad de traicionarte y contárselo a Beck. Eso habría aumentado su credibilidad ante él. Y a ella le convenía que tú te quitaras de en medio, pues ya sólo le faltaban complicaciones añadidas. Si no te vendía, te entregaría a nosotros, como asesino de polis. Me sorprende que no llegara a hacerlo.

—La batería estaba agotada.

Ella asintió.

—Ocho semanas. Supongo que las criadas no tienen fácil acceso a los cargadores de móviles.

—Beck dijo que venía de Boston.

—Sería lógico —dijo—. Probablemente encargaron el trabajo a la oficina de Boston. Desde un punto de vista geográfico tiene sentido. Además eso explicaría por qué en D.C. no oímos ningún rumor en la máquina de café.

—Dijo que se la habían recomendado unos amigos suyos.

Duffy volvió a asentir con la cabeza.

—Negociaciones con fiscales, seguro. Nos valemos de ellas constantemente. Se tienden trampas unos a otros encantados. Con esa gente no funcionan los códigos de silencio.

Entonces recordé otra cosa que me había dicho Beck.

—¿Cómo se comunicaba Teresa? —inquirí.

—Tenía un dispositivo de *email* como el tuyo.

—¿En el zapato?

Duffy asintió. Se quedó callada. Yo oía la voz de Beck resonando en mi cabeza: «A partir de ahora registraré los zapatos de la gente, maldita sea. Téngalo por seguro».

—¿Cuándo supiste de ella por última vez?

—El segundo día ya se cortó la conexión.

—¿Dónde vivía? —pregunté.

—En Portland. La instalamos en un piso. Era una secretaria, no una criada.

—¿Has estado en el piso?

Asintió con la cabeza.

—Desde el segundo día nadie la ha visto.

—¿Miraste en su armario?

—¿Por qué?

—Hemos de saber qué zapatos llevaba cuando la capturaron.

Duffy palideció otra vez.

—Mierda —soltó.

—Bien —dijo—. ¿Qué zapatos había en el armario?

—Otros, no los del artilugio.

—¿Pensaría ella en deshacerse del artilugio?

—También debería haberse deshecho de los zapatos. El agujero en el tacón sería muy revelador, ¿no?

—Hemos de encontrarla —señalé.

—Desde luego —dijo ella. Hizo una breve pausa—. Hoy ha tenido suerte. Ellos andaban buscando una mujer, y dio la casualidad que se fijaron primero en la criada. No podemos contar con que siga teniendo tanta fortuna.

No dije nada. «Mucha suerte para Teresa, mucha desgracia para la criada», pensé. No hay mal que por bien no venga. Duffy tomó un sorbo de café. Hizo una ligera mueca como si el café no estuviera bueno y dejó la taza en el platillo.

—¿Qué delató a Teresa? —dijo—. Esto es lo que quiero saber. Vamos a ver, estuvo sólo dos días. Y pasaron nueve semanas antes de que ellos se introdujeran en el ordenador.

—¿Qué tipo de historial le proporcionaste?

—El habitual para esta clase de trabajo. Soltera, sin ataduras, sin familia, sin raíces. Como tú, sólo que tú no tenías que fingir.

Asentí despacio. Una atractiva mujer de treinta años a la que nadie echaría jamás en falta. Una gran tentación para tipos como Paulie o Angel Doll. Acaso irresistible. Para tener diversión a mano. Y los demás de la cuadrilla quizás eran peores. Como Harley, por ejemplo, quien no me había parecido precisamente una prueba tangible de las ventajas de la civilización.

—Tal vez no hubo nada que la delatara —dijo—. Quizá sólo desapareció, ya sabes, como sucede a veces. Muchas mujeres desaparecen. Jóvenes, sobre todo. Mujeres solteras, libres. Pasa continuamente. Miles cada año.

—Pero tú encontraste la habitación donde la tenían encerrada.

—Todas las mujeres desaparecidas han de estar en alguna parte. Sólo están desaparecidas para nosotros. Ellas saben dónde están, y los hombres que las han capturado también.

Me miró fijamente.

—¿Crees que es eso?

—Podría ser.

—¿Estará bien ella?

—No sé —dije—. Espero que sí.

—¿La mantendrán con vida?

Asentí.

—Creo que la quieren viva. Porque no saben que es una agente federal. Creen que es sólo una mujer.

Para tener diversión a mano.

—¿Puedes encontrarla antes de que examinen sus zapatos?

—Quizá nunca se los miren —precisé—. No sé, si la ven bajo una óptica concreta, por así decirlo, sería difícil que empezaran a verla de otra forma.

Ella desvió los ojos.

—Una óptica concreta —repitió—. ¿Por qué no decimos exactamente lo que queremos decir?

—Porque no queremos.

Duffy permaneció en silencio. Un minuto. Dos. De pronto me miró fijamente. Un pensamiento recién alumbrado.

—¿Y qué hay de tus zapatos?

Meneé la cabeza.

—Lo mismo —repuse—. Ellos se están acostumbrando a mí. Les resultaría difícil comenzar a verme con otra óptica.

—Aun así es un riesgo.

Me encogí de hombros.

—Beck me dio una Beretta M9 —expliqué—. Así que esperaré a ver qué pasa. Si se agacha para echar un vistazo a mis zapatos le pegaré un tiro entre ceja y ceja.

—Pero él es sólo un hombre de negocios, ¿no? En esencia es eso. ¿Le haría realmente daño a Teresa sin saber que ella supone una amenaza para sus actividades?

—No lo sé —respondí.

—¿Ha matado él a la criada?

Negué con la cabeza.

—Fue Quinn —dije.

—¿Has sido testigo?

—No.

—Entonces ¿cómo lo sabes?

Aparté la vista.

—He reconocido la técnica.

La cuarta vez que vi a la sargento de primera Dominique Kohl fue una semana después de la noche que nos reunimos en el bar. Aún hacía calor. Se hablaba de una tormenta tropical procedente de las Bermudas. Yo tenía sobre la mesa cientos de

expedientes. Incluían violaciones, homicidios, suicidios, robos de armas, agresiones; la noche anterior se había producido un motín porque al estropearse la refrigeración en las cocinas de los comedores de la tropa el helado se había licuado. Había acabado de hablar por teléfono con un colega de Fort Irwin, California, quien me explicó que allí sucedía lo mismo cada vez que soplaba el viento del desierto.

Kohl apareció con pantalones cortos y una camiseta sin mangas. Su piel aún parecía cubierta de polvo. Llevaba el expediente, que ya era ocho veces más grueso que cuando se lo entregué el primer día.

—La bota ha de ser de metal —dijo—. Esta es la conclusión final.

—Vaya —exclamé.

—Habrían preferido plástico, pero creo que lo dicen por fardar.

—Muy bien —dije.

—Lo que quiero decir es que han terminado el diseño de la bota. Ahora están listos para pasar al asunto importante.

—Sobre el tipo ese, Gorowski, ¿sigue sintiéndose confusa pero aun así le respalda?

Asintió.

—Detenerle sería un drama. Es un buen tío y una víctima inocente. Al fin y al cabo, en su trabajo es competente y útil para el ejército.

—Entonces ¿qué quiere hacer?

—Es delicado —dijo—. Supongo que quiero subirlo a bordo y hacer que empiece a pasar material falso a quienquiera que le tenga pillado. Es la manera de mantener la investigación en marcha sin arriesgarnos a revelar nada verdadero.

—¿Pero...?

—Lo verdadero también parece falso. Es un ingenio muy extraño. Parece un dardo gigante. No lleva carga explosiva.

—¿Cómo funciona?

—Energía cinética, metales pesados, uranio empobrecido, calor, todo eso. ¿Ha estudiado física?

—No.

—Entonces no lo entenderá. Pero creo que si tergiversamos los diseños, el chico malo se va a dar cuenta. Y por tanto Gorowski correría peligro. O sus niñas, o quien sea.

—O sea, quiere darles el diseño original.

—Pienso que es lo mejor.

—Es un riesgo —dije.

—Usted decide. Para eso gana un buen sueldo.

—Sólo soy capitán —observé—. Si tuviera tiempo de comer, utilizaría los vales canjeables por alimentos.

—¿Cuál es la decisión?

—¿Hay información sobre el chico malo?

—No.

—¿Está segura de que no se le escapará de las manos?

—Del todo —repuso.

Sonreí. En aquel momento ella parecía el ser humano más dueño de sí mismo que yo jamás había conocido. Ojos brillantes, semblante serio, el cabello tras las orejas, pantalones caqui cortos, escueta camiseta caqui, calcetines y botas de paracaidista, piel bronceada y con aspecto polvoriento por todas partes.

—Pues adelante —dije.

—Nunca bailo —dijo ella.

—¿Qué?

—No era por usted —puntualizó—. De hecho me habría gustado. Agradecí la invitación. Pero nunca bailo con nadie.

—¿Por qué?

—Una manía —respondió—. Me siento cohibida. No coordino muy bien los movimientos.

—Yo tampoco.

—Quizá deberíamos practicar en privado —indicó.

—¿Por separado?

—Los consejeros individuales son de gran ayuda —dijo—. Como en el alcoholismo.

Entonces me guiñó un ojo y salió dejando un débil rastro de su perfume en el aire cargado y caliente.

Duffy y yo terminamos el café en silencio. El mío sabía aguado, frío y amargo. No me apetecía. El zapato derecho me apretaba. No era exactamente mi número. Empezaba a ser como si llevara grilletas. Al principio parecían algo muy ingenioso. Elegantes, fríos, inteligentes. Recordé la primera vez que abrí el tacón, tres días atrás, poco después de llegar a la casa, poco después de que Duke cerrara la puerta de mi cuarto. Me sentía como en una película. Luego recordé la última vez que lo abrí. En el cuarto de baño de Duke, hacía hora y media. Me esperaba un mensaje de Duffy: «Hemos de vernos».

—¿Por qué querías que nos viéramos? —le pregunté.

Meneó la cabeza.

—Ahora ya no importa. Estoy revisando la misión. Estoy desechando todos los objetivos menos el de rescatar a Teresa. Sólo localizarla y sacarla de ahí, ¿vale?

—¿Y qué hay de Beck?

—No vamos a coger a Beck. La he fastidiado otra vez. Esa criada era una agente legítima y Teresa no. Y tú tampoco. Y la criada ha muerto, así que van a despedirme por actuar extraoficialmente con Teresa y contigo y van a abandonar el caso de Beck porque he comprometido tanto las normas que cualquier tribunal va a desestimarnos

en el futuro. Así que saca a Teresa de ahí cagando hostias y volvamos a casa.

—Muy bien —dije.

—Y olvídate de Quinn —añadió ella—. Déjalo correr todo.

No contesté.

—En todo caso, hemos fracasado —dijo—. Tú no has descubierto nada útil. Nada. Ni una sola prueba. Ha sido una completa pérdida de tiempo, desde el principio al final.

Seguí sin decir nada.

—Como mi carrera —remató.

—¿Cuándo vas a contárselo al Departamento de Justicia?

—¿Lo de la criada?

Asentí.

—Ahora mismo —respondió—. Inmediatamente. Debo hacerlo. No tengo elección. Pero primero buscaré en los archivos para saber quién la infiltró ahí. Porque prefiero dar las malas noticias cara a cara a quien supongo que está en mi mismo nivel. Eso me ofrece la oportunidad de disculparme. Cualquier otra vía lo haría saltar todo por los aires antes de tener yo siquiera la oportunidad de hablar. Cancelarán todos mis códigos de acceso, me entregarán una caja de cartón y me dirán que tenga mi mesa limpia en media hora.

—¿Cuánto tiempo has estado allí?

—Mucho. Pensé que iba a ser la primera mujer directora.

No dije nada.

—Te lo habría dicho, créeme. Si hubiera tenido ahí a otro agente te lo habría dicho.

—Lo sé. Lamento haber sacado conclusiones precipitadas.

—Es la tensión —señaló—. La clandestinidad es dura.

Asentí con la cabeza.

—Aquello parece un salón lleno de espejos. Una maldita cosa tras otra. Todo suena irreal.

Dejamos nuestras tazas a medias y salimos a las aceras interiores del centro comercial y luego a la lluvia exterior. Habíamos aparcado uno cerca de otro. Duffy me dio un beso en la mejilla. Acto seguido subió al Taurus y se dirigió al sur y yo subí al Saab y puse rumbo norte.

Paulie se tomó con pachorra lo de abrirme la verja. Me hizo esperar un par de minutos antes de salir de la caseta moviéndose pesadamente. Aún llevaba puesto el impermeable. De pronto se detuvo y me miró por unos instantes antes de acercarse al picaporte. Pero no me importó. Yo estaba enfrascado en mis pensamientos. Oía la voz de Duffy en mi cabeza: «Estoy revisando la misión». Durante la mayor parte de mi carrera militar tuve como jefe directo o indirecto a un tipo llamado Leon Garber,

quien se lo explicaba todo a sí mismo construyendo frases cortas o dichos. Tenía uno para cada ocasión. Solía decir: «Revisar objetivos es una idea inteligente porque impide que sigas malgastando dinero». No hablaba del dinero en un sentido literal. Se refería al personal, los recursos, el tiempo, la voluntad, el esfuerzo, el ánimo. También acostumbraba a contradecirse. A menudo decía: «Nunca te distraigas del cometido concreto que tengas entre manos». Desde luego, todos los proverbios suelen ser así. «Demasiados cocineros echan a perder el caldo, muchas manos aligeran el trabajo, las grandes mentes piensan igual, los tontos siempre están de acuerdo». Pero en conjunto, tras eliminar unas cuantas capas de contradicción, Leon aprobaba la revisión. Y tenía éxito. Principalmente porque la revisión consistía en pensar, y él entendía que pensar no perjudicaba a nadie. Así que yo estaba pensando, devanándome los sesos, porque era consciente de que de manera lenta e imperceptible algo se me acercaba sigilosamente, justo fuera del alcance de mi comprensión consciente. Estaba relacionado con algo que me había dicho Duffy: «No has descubierto nada útil. Nada. Ni una sola prueba».

Oí abrirse la verja. Alcé la vista y vi que Paulie esperaba que yo pasara. La lluvia le golpeaba en el impermeable. Aún no llevaba sombrero. Me vengué un poco demorándome en arrancar. La revisión de Duffy me parecía bastante bien. Beck no me importaba demasiado. En ningún sentido, ciertamente. Pero quería a Teresa. Y la encontraría. También quería a Quinn. Y también lo encontraría, a despecho de lo que dijera Duffy. La revisión tenía un límite.

Examiné otra vez a Paulie. Todavía aguardaba. Era un idiota. Él se estaba mojando, yo dentro de un coche. Quité el pie del freno y crucé despacio. A continuación pisé el acelerador y me dirigí a la casa.

Guardé el Saab en el sitio donde lo había visto una vez y salí al patio. El mecánico seguía en el tercer garaje. El vacío. No alcanzaba a ver lo que hacía. Tal vez sólo se protegía de la lluvia. Corrí hasta la casa. Beck oyó al detector de metales anunciar mi llegada y fue a la cocina para reunirse conmigo. Señaló la bolsa de deporte, que seguía sobre la mesa, justo en el centro.

—Deshágase de esto —dijo—. Arrójelo al mar.

—Muy bien —respondí.

Él se marchó y yo cogí la bolsa y di media vuelta. Una vez fuera de nuevo, me dirigí al edificio de los garajes, al lado que daba al mar. Volví a dejar el fardo en su escondite de la hondonada. «La extravagancia conduce a la pobreza», pensé. Además algún día quería devolverle la Glock a Duffy. Ella ya tenía suficiente apuro para encima tener que comunicar la pérdida de su arma reglamentaria. La mayoría de departamentos policiales conceden suma importancia a esa clase de cosas.

Después caminé hasta el borde de las elevaciones de granito, hice oscilar la bolsa y la lancé al agua, lejos. Giró en el aire, y los zapatos y el aparato del correo electrónico se salieron. Vi cómo el cacharro del *email* caía en el agua. Se hundió al instante. Le siguió el zapato izquierdo con la puntera por delante. La bolsa descendió

como una especie de paracaídas y llegó a la superficie del agua suavemente, boca abajo. Se llenó de agua y se hundió. El zapato derecho flotó un rato, como si fuera una minúscula barca negra. Cabeceaba, daba bandazos y se balanceaba como si tratara de escapar hacia el este. Se encaramó a la cresta de una ola y cayó del otro lado. Luego empezó a escorarse. Flotó quizás otros diez segundos y finalmente hizo agua y se hundió sin dejar rastro.

En la casa no había actividad alguna. La cocinera no estaba. Richard se hallaba en el comedor familiar comiéndose un bocadillo que se habría preparado él mismo y mirando llover. Elizabeth seguía en su gabinete, con su *Doctor Zhivago*. Al propio Beck no se le veía por ningún lado. Por eliminación imaginé que estaría en su estudio, acaso sentado en su sillón de cuero rojo contemplando su colección de armas. Todo estaba tranquilo. No lo entendí. Duffy me había informado de que habían recibido cinco contenedores y Beck había dicho que les esperaba un fin de semana ajetreado; pero nadie hacía nada.

Subí a la habitación de Duke. No la consideraba mía. Contaba con que nunca lo sería. Me tumbé en la cama y me puse otra vez a pensar. Intenté dar caza a cualquier cosa que rondara por los entresijos de mi mente. «Es fácil —habría dicho Leon Garber—. Fíjate en las pistas. Repasa todo lo que has visto, todo lo que has oído». Así que lo repasé todo. Pero siempre acababa viniéndome a la memoria Dominique Kohl. La quinta vez que la vi, me llevó a Aberdeen, Maryland, en un Chevrolet verde oliva. Me estaban entrando dudas sobre lo de dejar filtrar proyectos originales. Era un verdadero riesgo. No era algo que normalmente tuviera que preocuparme, pero el hecho es que debíamos hacer más progresos. Kohl había averiguado el lugar de la entrega, y el método, y dónde y cuándo Gorowski comunicaba a su contacto que la entrega se había llevado a cabo. Sin embargo, aún no había visto al contacto recoger nada. Todavía no sabía quién era.

Aberdeen era una ciudad pequeña a unos treinta y tantos kilómetros al norte y al este de Baltimore. El método de Gorowski consistía en conducir hasta la ciudad un domingo y dejar el material en la zona de Inner Harbor. Por entonces, allí las reformas urbanísticas se encontraban en su punto álgido y era un lugar agradable y luminoso, pero la gente aún no se había dado cuenta, por lo que permanecía bastante vacío casi todo el tiempo. Gorowski tenía un POV, un Mazda Miata de dos años, rojo brillante. Bien mirado, era un coche convincente. No era nuevo pero tampoco barato, pues se trataba de un modelo muy popular y nadie podía conseguir un descuento en el precio de venta al público, así que el de los vehículos de segunda mano se mantenía alto. Era de dos plazas, lo que no convenía demasiado a sus niñas pequeñas. O sea, debía de tener otro coche. Sabíamos que su mujer no era rica. Si hubiera sido otra persona quizás habría sospechado; pero el tío era ingeniero. Una opción típica. No fumaba ni bebía. Era del todo verosímil que juntara sus dólares sobrantes y se hiciera



con algo que tuviera un cambio suave y tracción en las ruedas traseras.

El domingo que lo seguimos, él dejó el coche en el aparcamiento que había cerca de uno de los puertos deportivos de Baltimore y fue a sentarse en un banco. Era un tipo achaparrado y peludo. Ancho pero no alto. Llevaba un periódico dominical. Estuvo un rato contemplando los barcos de vela. Después cerró los ojos y volvió el rostro hacia el cielo. Aún hacía un tiempo estupendo. Pasó unos cinco minutos tomando el sol como un lagarto. Acto seguido abrió los ojos, desplegó el periódico y empezó a leer.

—Es la quinta vez —me susurró Kohl—. El tercer viaje desde que terminaron con el rollo de la bota.

—¿Hasta ahora ha seguido el método corriente? —le pregunté.

—Siempre el mismo —confirmó ella.

El hombre permaneció ocupado con el periódico durante unos veinte minutos. Lo estaba leyendo de veras. Prestó atención a todas las secciones excepto los deportes, lo que a mi juicio era un poco extraño tratándose de un seguidor de los Yankees. Pero claro, supuse que a un forofo de los Yankees no le gustaría que le atiboraran todo el rato de Orioles.

—Ahora —musitó Kohl.

El tipo miró hacia arriba y sacó del periódico un sobre amarillo del ejército. Alzó bruscamente la mano izquierda para doblar la sección que estaba leyendo. Y también para distraer, pues al mismo tiempo la mano derecha dejaba caer el sobre en el cubo de basura que tenía al lado, en el extremo del banco.

—Fantástico —solté.

—Y que lo diga —confirmó ella—. El chico no es tonto.

Asentí. El tipo lo hacía muy bien. No se levantó enseguida. Se quedó allí sentado otros diez minutos más o menos, leyendo. Después dobló el periódico lenta y cuidadosamente, se puso en pie, se acercó al borde del muelle y miró otro rato las embarcaciones. A continuación dio media vuelta y regresó al coche andando, con el diario bajo el brazo izquierdo.

—Mire ahora —dijo Kohl.

El tipo sacó un trocito de tiza del bolsillo de los pantalones e hizo una marca en una farola de hierro. Era la quinta. Cinco semanas, cinco marcas. Las primeras cuatro se iban borrando a medida que pasaba el tiempo, por orden cronológico. Las observé con mis gemelos de campaña mientras él se dirigía al aparcamiento, se subía al biplaza y se alejaba despacio. Me volví y enfoqué el cubo de la basura.

—¿Y ahora qué pasa? —inquirí.

—Nada de nada —contestó Kohl—. Ya he hecho esto antes dos veces. Dos domingos enteros. No viene nadie a recogerlo. Ni de día ni de noche.

—¿Cuándo vacían el cubo?

—Mañana por la mañana, a primera hora.

—Tal vez el basurero es un intermediario.

Ella negó con la cabeza.

—Ya lo he mirado. A medida que se carga, el camión lo comprime todo en una masa sólida, y luego va directamente a la incineradora.

—¿O sea que nuestros proyectos originales se queman en una incineradora municipal?

—Lugar seguro lo es.

—Quizás alguien de esos veleros viene a escondidas en mitad de la noche.

—No, a menos que el Hombre Invisible haya comprado un velero.

—Así que a lo mejor no hay nadie —señalé—. A lo mejor todo esto se organizó con mucha antelación y detuvieron al tipo por alguna otra cosa. O le entró miedo y abandonó la ciudad. O cayó enfermo y se murió. Tal vez sea un plan inoperante.

—¿Usted cree?

—La verdad, no.

—¿Va a cancelar el proyecto? —preguntó ella.

Asentí con la cabeza.

—Debo hacerlo. Quizá sea idiota, pero no estúpido del todo. Esto se nos ha ido de las manos.

—¿Puedo pasar al plan B?

Asentí de nuevo.

—Suba a Gorowski a flote y amenácelo con un pelotón de fusilamiento. Luego dígame que si colabora y pasa planos falsos nos portaremos bien con él.

—Es difícil hacer que sean convincentes.

—Pues que los dibuje él mismo —dije—. Está en juego su pellejo.

—O el de sus niñas.

—Es lo que tiene ser padre. Así estará más concentrado.

Ella se quedó callada unos instantes. Luego dijo:

—¿Quiere ir a bailar?

—¿Aquí?

—Estamos muy lejos de casa. Nadie nos conoce.

—De acuerdo —dije.

Entonces pensamos que era muy temprano para bailar, así que tomamos un par de cervezas y esperamos a la noche. El bar donde estábamos era pequeño y oscuro. De madera y ladrillo. Un lugar agradable. Tenía una máquina de discos. Pasamos un buen rato apoyados en ella, uno junto al otro, intentando elegir nuestra primera canción. Lo discutimos acaloradamente. Aquello empezó a cobrar una importancia enorme. Traté de interpretar sus sugerencias analizando los ritmos. ¿Por dónde nos vamos a agarrar uno a otro? ¿Esa clase de baile? ¿Esto será lo de dar brincos idénticos? Al final habría hecho falta una resolución de las Naciones Unidas, de modo que pusimos veinticinco centavos en la máquina, cerramos los ojos y pulsamos botones al azar. Salió *Brown Sugar*, de los Rolling Stones. Gran canción. De toda la vida. Ella bailaba realmente bien. Pero yo era un desastre.

Cuando quedamos sin aliento, nos sentamos y pedimos más cerveza. Y de súbito comprendí qué había pretendido hacer Gorowski.

—No es el sobre —dije—. El sobre está vacío. Es el periódico. Los planos están en el periódico. En la sección de deportes. Él debería haber mirado la columna de resultados. Lo del sobre es para distraer la atención en caso de vigilancia. Lo ha ensayado mucho. Más tarde arroja el periódico en otro cubo de la basura. Después de haber hecho la marca de tiza. Seguramente al salir del aparcamiento.

—Mierda —soltó Kohl—. He desperdiciado cinco semanas.

—Y alguien tiene tres planos originales verdaderos.

—Es uno de nosotros —dijo—. Un militar, de la CIA o del FBI. Alguien tan astuto tiene que ser un profesional.

«El periódico, no el sobre», me dije. Diez años después estaba tendido en una cama, en Maine, pensando en Dominique Kohl bailando y en un tío llamado Gorowski doblando el periódico, despacio y con cuidado, y mirando un centenar de mástiles de veleros en el agua. El periódico, no el sobre. De algún modo aún parecía venir al caso. «Esto, no lo otro», pensé, y entonces recordé a la criada escondiendo mis cosas en el maletero del Saab. Allí no podía haber puesto nada más, de lo contrario Beck lo habría encontrado y añadido a las pruebas exhibidas en la mesa de la cocina. Pero las alfombrillas del Saab estaban viejas y sueltas. Si yo fuera de los que esconden un arma bajo una rueda de recambio, quizás escondería papeles bajo las alfombrillas de un coche. Y quizá sería de las personas que apunta cosas y toma notas.

Me levanté y fui a la ventana. La tarde tocaba a su fin. Pronto oscurecería. El decimocuarto día, un viernes, casi había concluido. Bajé la escalera pensando en el Saab. Beck cruzaba el vestíbulo con prisa. El semblante preocupado. Entró en la cocina y cogió el teléfono. Escuchó un momento y luego me lo pasó.

—No funciona ningún teléfono —dijo.

Llevé el receptor al oído y escuché. Nada. Ningún tono de marcar, ningún silbido chirriante procedente de circuitos abiertos. Sólo un silencio inerte y sin vida, y el sonido de la sangre circulando por mi cabeza a toda velocidad. Como una concha marina.

—Pruebe con el suyo —dijo.

Subí otra vez a la habitación de Duke. El interfono funcionaba bien. Paulie respondió al tercer tono. Le colgué. No obstante, la línea exterior estaba tesa. Sostuve el auricular como si eso cambiara algo, y Beck apareció en la puerta.

—Se puede hablar con la verja —anuncié.

Él asintió.

—Es un circuito independiente —explicó—. Lo instalamos nosotros mismos. ¿Y la línea exterior?

—Cortada —respondí.

—Qué extraño.

Colgué. Eché un vistazo a la ventana.

—Tal vez sea el tiempo —sugerí.

—No —replicó. Alzó su móvil. Era un minúsculo Nokia plateado—. Este tampoco va.

Me lo dio. En la diminuta pantalla, a la derecha, un diagrama de barras mostraba que la batería estaba cargada. Pero el medidor de cobertura estaba a cero. Se leía «Sin servicio», con letras grandes, negras y visibles. Se lo devolví.

—Tengo que ir al lavabo —dije—. Bajaré enseguida.

Me encerré en el cuarto de baño. Me quité el zapato. Abrí el tacón. Pulsé la tecla de encender. Y en la pantalla apareció la frase «Sin servicio». Lo apagué y lo coloqué otra vez en su sitio. Tiré de la cadena por una cuestión de forma y me senté en la tapa del retrete. Yo no era ningún experto en telecomunicaciones. Sabía que de vez en cuando las líneas telefónicas fallaban. Sabía que la tecnología de los móviles a veces no era fiable. Pero ¿cuántas posibilidades había de que las líneas terrestres de un lugar dejaran de funcionar exactamente al mismo tiempo que la torre de móviles más cercana? Me parece que muy pocas. Poquísimas, maldita sea. Así que habían cortado la línea deliberadamente. Pero ¿quién lo había solicitado? La compañía telefónica no. No efectuarían reparaciones en horas punta de un viernes. Esto podría pasar un domingo por la mañana a primera hora. Y en cualquier caso, no inutilizarían las líneas terrestres al mismo tiempo que las torres de los teléfonos móviles. Escalonarían ambos cometidos, sin duda.

Entonces ¿quién lo había organizado? Un organismo gubernamental para trabajos especiales. Como la DEA, tal vez. Quizá la DEA venía por la criada. Quizá los de operaciones especiales estaban llegando y no querían que Beck lo supiera antes de estar listos para irrumpir en la casa.

De todos modos, no era probable. La DEA dispondría de varios grupos de operaciones especiales, que llevarían a cabo acciones simultáneas. Y aunque no los tuviera, lo más fácil del mundo sería cortar la carretera entre la casa y el primer desvío. Podrían sellarla para siempre. Había una distancia de veinte kilómetros de posibilidades ilimitadas. Beck era un blanco facilísimo, con o sin teléfonos.

Entonces ¿quién?

Acaso Duffy, de manera extraoficial. Gracias a su estatus, Duffy habría conseguido uno de esos favores especialísimos tras un *tête à tête* con el gerente de alguna compañía de teléfonos. Un favor especial limitado a una zona geográfica. Un ramal secundario de línea terrestre. Y una torre de móviles, una que estuviera cerca de la I-95. Eso suponía crear una zona de silencio de más de cuarenta kilómetros, pero seguro que ella se las ingeniaría para conseguirlo. Sobre todo si el favor tenía una duración estrictamente limitada. Pongamos cuatro o cinco horas.

Pero ¿por qué Duffy tenía repentinamente miedo de los teléfonos durante cuatro o cinco horas? Sólo había una respuesta posible. Temía por mí.

Los guardaespaldas estaban en libertad.

Tiempo. El tiempo es igual a la distancia dividida por la velocidad en una dirección concreta. O me sobraba o ya no tenía. No lo sabía. Los guardaespaldas habían sido retenidos en el motel de Massachusetts donde planeamos la acción de ocho segundos. Eso estaba a menos de trescientos kilómetros al sur, no me cabía ninguna duda. Hechos tangibles. El resto, puras conjeturas. De todos modos, podía imaginar una historia probable. Se habían escapado del motel y habían cogido el Taurus oficial. Después habían conducido como locos durante más o menos una hora, tan aterrados que les faltaba el aliento. Antes de pasar a otra cosa querían estar totalmente a salvo. Quizás incluso se habían perdido al pasar por terreno despoblado. Después se orientaron y llegaron a la autopista. Aceleraron hacia el norte. Se sosegaron, miraron hacia atrás, redujeron la marcha a la velocidad permitida y empezaron a buscar un teléfono. Pero Duffy ya había cortado las líneas. Se había dado prisa. Así que la primera parada de los guardaespaldas les había supuesto una pérdida de tiempo. Quizás unos diez minutos, entre aparcar, llamar a la casa, llamar al móvil, arrancar de nuevo y tomar de nuevo la autopista. Después habrían repetido la operación en la siguiente área de descanso. En el primer caso habrían echado la culpa a alguna pega técnica fortuita. Otros diez minutos. Después, o habrían sospechado o habrían pensado que estaban lo bastante cerca para seguir adelante pasara lo que pasase. O ambas cosas.

En total unas cuatro horas. Pero ¿desde cuándo comenzar a contar? No tenía ni idea, desde luego. Evidentemente, desde algún momento comprendido entre treinta minutos y, pongamos, cuatro horas. En resumen, me sobraba tiempo o no me alcanzaba.

Salí del cuarto de baño y miré por la ventana. Ya no llovía y la noche había caído. A lo largo del muro estaban las luces encendidas. Las rodeaba un halo de niebla. Más allá, oscuridad total. No se veían faros a lo lejos. Bajé y me encontré con Beck en el vestíbulo. Seguía manipulando el Nokia para hacerlo funcionar.

—Voy a salir —dije—. Echaré un vistazo por la carretera.

—¿Por qué?

—No me gusta esto de los teléfonos. Probablemente no es nada, aunque podría responder a algo.

—¿Algo como qué?

—No lo sé. Quizás está viniendo alguien. Sólo saldrá de ésta si me dice cuánta gente quiere fastidiarle.

—Tenemos el muro.

—¿Alguna embarcación?

—No —contestó—. ¿Por qué?

—Si llegan hasta la verja, va a necesitar un bote. Podrían quedarse allí y obligarle a rendirse por hambre.

Se quedó callado.

—Cogeré el Saab —dije.

—¿Por qué?

«Porque es más ligero que el Cadillac», pensé.

—Prefiero dejarle el Cadillac a usted —repuse—. Es más grande.

—¿Qué va a hacer?

—Lo que haga falta —contesté—. Ahora soy su jefe de seguridad. Tal vez no está pasando nada, pero en caso contrario, me ocuparé de ello por usted.

—¿Qué hago yo?

—Mantenga la ventana abierta y escuche —dije—. De noche, con toda esa agua alrededor, si grito a tres kilómetros de distancia me oirá. Si me oye gritar, meta a todo el mundo en el Cadillac y salga zumbando. Conduzca rápido. Yo los mantendré a distancia hasta que usted haya pasado. ¿Tiene algún otro sitio adónde ir?

Beck asintió con la cabeza. Pero no dijo el lugar.

—Pues vaya allí —añadí—. Si logro mi propósito, iré a la oficina. Esperaré allí, en el coche. Puede detenerse allí después.

—Muy bien —dijo.

—Ahora llame a Paulie por el interfono y dígame que esté atento y me deje pasar.

—Muy bien —repitió.

Lo dejé en el vestíbulo. Salí a la noche. Rodeé los garajes y recogí mi bulto del agujero. Lo llevé al Saab y lo coloqué en el asiento trasero. Acto seguido me senté al volante, encendí el motor y salí marcha atrás. Rodeé lentamente la rotonda y ya en el camino de entrada aceleré. Las luces del muro brillaban a lo lejos. Vi a Paulie en la verja. Reduje un poco la marcha para no tener que pararme. Pasé directamente. Conduje hacia el oeste, mirando con atención, buscando faros que vinieran hacia mí.

Tras recorrer unos seis kilómetros vi un Taurus del gobierno. Estaba aparcado en el arcén. Orientado hacia mí. Con las luces apagadas. El tipo mayor se hallaba sentado al volante. Apagué las luces y aminoré la marcha hasta detenerme a su lado, ventanilla con ventanilla. Bajé el cristal. Él hizo lo mismo. Me apuntó a la cara con una linterna y un arma. Guardó ambas al ver quién era.

—Los guardaespaldas están libres —explicó.

Asentí.

—Me lo figuraba. ¿Desde cuándo?

—Desde hace casi cuatro horas.

Miré instintivamente hacia delante. No quedaba tiempo.

—Hemos perdido dos hombres —dijo.

—¿Muertos?

Asintió con un gesto.

—¿Duffy ha informado de ello?

—No puede —señaló él—. Todavía no. Estamos trabajando extraoficialmente. Todo esto ni siquiera está sucediendo.

—Tendrá que hacerlo —repliqué—. Son dos tíos.

—Lo hará. Más adelante. Después de que usted cumpla lo convenido. Porque volvemos a tener los mismos objetivos. Duffy necesita a Beck para justificarse, ahora más que nunca.

—¿Qué ha ocurrido?

Se encogió de hombros.

—Esperaron el momento oportuno. Ellos eran dos, nosotros cuatro. Debería haber sido fácil reducirlos. Pero supongo que los nuestros fueron poco contundentes. No es fácil tener a gente encerrada en un motel.

—¿Quiénes eran?

—Los dos chicos que iban en la Toyota.

No dije nada. Habíamos aguantado aproximadamente ochenta y cuatro horas. Tres días y medio. De hecho, había ido algo mejor de lo que yo imaginaba al principio.

—¿Dónde está Duffy ahora? —pregunté.

—Nos hemos desplegado todos en abanico. Se halla en Portland, con Eliot.

—Ha hecho muy bien lo de los teléfonos.

Él asintió.

—Ya. Se preocupa por usted.

—¿Cuánto tiempo estarán las líneas cortadas?

—Cuatro horas. Es todo lo que pudo conseguir. Así que pronto volverán a funcionar.

—Creo que los tipos vendrán directamente hacia aquí.

—Yo también lo creo —dijo—. Por eso he venido enseguida.

—Si hace casi cuatro horas, ahora estarán saliendo de la autopista. Así que los teléfonos ya no importan mucho, supongo.

—Eso me parece a mí.

—¿Tiene algún plan? —pregunté.

—Le esperaba a usted. Supusimos que lo deduciría.

—¿Van armados?

—Tienen dos Glock —precisó—. Con los cargadores llenos. —Hizo una breve pausa y apartó la mirada—. Menos cuatro disparos en el lugar de los hechos —aclaró—. Así nos lo han descrito. Cuatro tiros, dos tíos. Todos a la cabeza.

—No será fácil.

—Nunca lo es —dijo.

—Hemos de encontrar un sitio.

Le dije que subiera a mi coche. Se sentó en el asiento del acompañante. Llevaba



el mismo impermeable que lucía Duffy en la cafetería. Condujimos otro kilómetro y me puse a buscar un sitio. Encontré uno donde la carretera se estrechaba de golpe y describía una curva larga y abierta. El asfalto estaba un poco reforzado, a modo de terraplén de poca pendiente. Los arcones tenían apenas un palmo de anchura y descendían bruscamente hacia la vertiente rocosa. Paré el vehículo, giré bruscamente, di marcha atrás y luego avancé un poco hasta que quedó atravesado en la calzada. Salimos y echamos un vistazo. Era una buena barricada. No había sitio para pasar. Pero se veía mucho, como ya me había figurado. Los dos tíos aparecerían lanzados por la curva, frenarían en seco y luego darían marcha atrás y empezarían a disparar.

—Hemos de volcarlo —dije—. Como si hubiera sido un accidente.

Saqué el bulto del asiento trasero. Lo dejé en el arcén por si acaso. Después le dije a mi colega que colocara su impermeable sobre la calzada. Vací mis bolsillos y puse mi abrigo al lado del suyo. Quería que el Saab quedara sobre los abrigos. Tenía que devolverlo relativamente intacto. A continuación nos situamos hombro con hombro de espaldas al coche y comenzamos a balancearlo. Volcar un coche es bastante fácil. Lo he visto hacer en todas partes. Dejas que los neumáticos y la suspensión cooperen. Lo haces oscilar y luego botar, y sigues así sin parar hasta que se halla suspendido en el aire y entonces calculas el momento exacto para volcarlo. El tío mayor era fuerte. Cumplió su cometido. Hicimos botar el coche hasta unos cuarenta y cinco grados, luego nos volvimos y afirmamos las manos bajo el bastidor y lo impulsamos hasta hacerlo caer de lado. A continuación lo volcamos del todo hasta que descansó sobre el techo.

Los abrigos sirvieron para que se deslizara bien sin rozar el pavimento, y así pudimos situarlo en la posición adecuada. Después abrí la puerta del conductor al revés y le dije a mi compañero que entrara y fingiera estar muerto por segunda vez en cuatro días. Se deslizó dentro como pudo y se tendió en la parte delantera, mitad dentro y mitad fuera, con los brazos por encima de la cabeza. En la oscuridad parecía muy convincente, y en las sombras provocadas por los faros aún daría más el pego. Los abrigos no eran visibles a menos que uno los buscara de veras. Me alejé y cogí el fardo con mis armas. Luego bajé por las rocas que había tras el arcén y me agaché.

Ambos aguardamos.

La espera pareció larga. Cinco, seis, siete minutos. Recogí piedras, tres, más grandes que la palma de mi mano. Observé el horizonte al oeste. El cielo aún estaba lleno de nubes bajas y me figuré que las luces de los faros se reflejarían en ellas al subir y bajar. Pero el horizonte permanecía a oscuras. Y en silencio. No alcanzaba a oír nada salvo el lejano oleaje y la respiración de mi compañero.

—Ya deberían estar llegando —dijo.

—Vendrán —respondí.

Esperamos. La noche seguía negra y silenciosa.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—¿Por qué? —respondió.

—Sólo por saberlo. No me parece bien haberte matado dos veces y no saber siquiera tu nombre.

—Terry Villanueva —dijo.

—¿Es un nombre hispano?

—Claro.

—Tú no pareces hispano.

—Lo sé —confirmó—. Mi madre era irlandesa y mi padre hispano. Pero mi hermano y yo salimos a ella. Mi hermano cambió su nombre por el de Newton. Como el científico, o el barrio. Porque eso es lo que significa Villanueva, ciudad nueva. Pero yo me quedé con el nombre español. Por respeto al viejo.

—¿Dónde fue eso?

—En el sur de Boston —explicó—. Hace años, no fue fácil, con un matrimonio mixto y todo eso.

Nos quedamos otra vez callados. Yo miraba y escuchaba. Nada. Villanueva cambió de posición. No parecía cómodo.

—Eres un soldado, Terry —le dije.

—De la vieja escuela —repuso.

Entonces oí el coche.

Y sonó el móvil de Villanueva.

El coche estaría a un kilómetro. Podía oír el debilísimo sonido de un motor V-6 acelerando. Llegaba a ver el distante resplandor de los faros atrapado entre la carretera y las nubes. El tono del teléfono de Villanueva consistía en una insensata versión rápida de la *Tocata y fuga en re menor* de Bach. Él dejó de hacer el muerto, se revolvió y lo sacó del bolsillo. Pulsó un botón y contestó. Era un cacharro diminuto, perdido en su mano. Se lo llevó al oído. Escuchó un instante. Lo oí decir «muy bien». Y luego «lo vamos a hacer ahora mismo». Después «muy bien». Y finalmente «muy bien». Lo desconectó y volvió a tenderse. Tenía la mejilla pegada al asfalto. Y el móvil agarrado a medias.

—Acaban de restablecer el servicio —me dijo.

Y otro reloj empezó a hacer tictac. Miré a mi derecha, al este. Beck estaría probando las líneas. Supuse que en cuanto oyera señal de marcar intentaría encontrarme para decirme que ya no había peligro. Miré a la izquierda, al oeste. Oí el ruido del coche, fuerte y claro. Las luces de los faros rebotaban y oscilaban, brillantes en la negrura.

—Treinta segundos —anuncié.

El sonido fue aumentando. Alcancé a distinguir por separado los ruidos de los neumáticos y del cambio automático del motor. Me agaché más. Diez segundos, ocho, siete. El coche dobló embalado el recodo y las luces me azotaron la espalda encorvada. De pronto percibí el ruido sordo del sistema hidráulico y el chirrido de los frenos y el aullido del neumático bloqueado rozando el asfalto, y el coche quedó totalmente parado, ligeramente torcido, a unos seis metros del Saab.

Alcé la vista. Era un Taurus azul, gris a la nebulosa luz de la luna. Tras él, un cono de luz. Las luces de freno llameaban rojas en la parte trasera. Dos tíos dentro. Sus rostros alumbrados por las luces reflejadas en el Saab. Se quedaron quietos un instante. Miraron al frente. Reconocieron el Saab. Lo habrían visto antes cien veces. Advertí que el conductor se movía. Oí que ponían punto muerto. Las luces de freno se apagaron. El motor quedó al ralentí. Percibía los humos del tubo de escape y el calor de debajo del capó.

Los dos tipos abrieron sus respectivas puertas a la vez. Bajaron y se quedaron de pie tras ellas. Empuñaban las Glock. Aguardaron. Salieron de detrás de las puertas. Avanzaron, despacio, con las armas bajas. Los faros los iluminaban intensamente de cintura para abajo. Era difícil verles el tronco. Sin embargo distinguí sus rasgos. Sus siluetas. Eran los guardaespaldas. No cabía duda. Eran jóvenes y corpulentos, iban tensos y cautelosos. Vestían trajes oscuros y arrugados. Sin corbata. Las camisas habían pasado del blanco al gris.

Se acuclillaron junto a Villanueva, al que tapaban con su sombra. Se movieron un poco y giraron el rostro de mi colega hacia la luz. Yo sabía que ellos lo habían visto antes. Tan sólo un fugaz vislumbre cuando pasaron frente a él, fuera de la verja de la universidad, hacía ochenta y cuatro horas. Supuse que no lo recordarían. Y creo que así fue. Pero los habían engañado una vez y no querían que volviera a ocurrir. Se mostraban muy precavidos. No se dispusieron enseguida a prestarle los primeros auxilios. Tan sólo se agacharon y no hicieron nada. De repente, el más próximo a mí se puso en pie.

Yo me hallaba a metro y medio de él y tenía una piedra en la mano derecha. Algo más grande que una bola de béisbol. Estiré el brazo con rapidez, horizontalmente, como si fuera a abofetearle. Si hubiera fallado, el impulso habría sacado mi brazo al arcén. Pero no fallé. La piedra le dio de lleno en la sien y el tío se desplomó como si le hubiera caído un peso desde arriba. El otro fue más rápido. Se alejó gateando y se levantó a duras penas. Villanueva intentó sujetarlo por las piernas, pero falló. El tipo dio un salto y se volvió de repente. Su Glock se elevó en mi dirección. Yo sólo quería impedir que disparara, por lo que me dispuse a lanzarle la piedra directamente a la cabeza. Él se dio otra vez la vuelta, y el proyectil le dio de lleno en la parte posterior del cuello, en el preciso lugar donde el cráneo se curva para unirse a la columna. Fue como un puñetazo violento. Lo tiró hacia delante. El hombre soltó la Glock y cayó de bruces como un árbol y se quedó inmóvil.

Me quedé allí de pie y contemplé la oscuridad hacia el este. No vi nada. Ninguna luz. No oí nada salvo el mar lejano. Villanueva salió a gatas del coche volcado y se agachó sobre el primer tipo.

—Éste está muerto —dijo.

Comprobé que lo estaba. Es difícil sobrevivir a un golpe de una piedra de cuatro kilos en la sien. Tenía el cráneo nítidamente hundido y los ojos abiertos de par en par, en los cuales no se apreciaba vida alguna. Fui a echar un vistazo al segundo tío. Me

puse en cuclillas a su lado. También estaba muerto. Tenía el cuello bien roto. No me sorprendió demasiado. La piedra pesaba cuatro kilos y yo la había lanzado como Nolan Ryan.

—Dos pájaros de un tiro —dijo Villanueva.

Guardé silencio.

—¿Qué? —soltó—. ¿Querías llevarlos detenidos? ¿Después de lo que nos han hecho a nosotros? Para un policía eso sería lisa y llanamente suicida.

Seguí callado.

—¿Te pasa algo? —preguntó Villanueva.

Yo no era de los suyos. Yo no era de la DEA, y tampoco policía. Pero pensé en la señal privada que me envió Powell: «10-2, 10-28. Estos tipos han de estar muertos, no cometer errores al respecto». Y yo estaba dispuesto a creer en la palabra de Powell. Para eso son las lealtades en la unidad. Villanueva tenía las suyas y yo las mías.

—No pasa nada —contesté.

Encontré la piedra donde había ido a parar y la mandé rodando al arcén. Acto seguido me dirigí al Taurus, me incliné y apagué las luces. Indiqué a Villanueva que se acercara.

—Ahora hemos de darnos mucha prisa —dije—. Llama a Duffy para que Eliot venga aquí. Ha de retirar este coche.

Villanueva se valió de un sistema de marcado rápido y empezó a hablar, y yo vi en la carretera las dos Glock, que devolví a los bolsillos de los tipos muertos, una cada uno. Luego me acerqué al Saab. Ponerlo otra vez derecho iba a ser más difícil que volcarlo. Por un instante pensé que igual sería imposible. Los abrigos impedían todo agarre en el pavimento. Si lo empujábamos, sólo se deslizaría sobre el techo. Cerré la invertida puerta del conductor y esperé.

—Ya vienen —dijo Villanueva.

—Ayúdame con esto —respondí.

Movimos a pulso el Saab tirando de los abrigos en dirección a la casa hasta llevarlo lo más lejos que pudimos. Se deslizó por el abrigo de Villanueva hasta el mío, hasta su extremo, y paramos en seco cuando el metal tocó el firme de la calzada.

—Se va a rayar —señaló Villanueva.

Asentí.

—Es un riesgo —dije—. Ahora dale con el Taurus.

Hizo avanzar el Taurus hasta que el parachoques delantero tocó el Saab. El contacto se producía justo en el soporte que había entre las puertas. Indiqué a Villanueva que diera gas y el Saab se movió de lado a trompicones y el techo chirrió contra el asfalto. Me subí al capó del Taurus y empujé con fuerza el bastidor del Saab. Villanueva mantenía el Taurus apretando, lento y constante. El Saab se levantó de lado, cuarenta, cincuenta, sesenta grados. Apuntalé los pies en la base del parabrisas del Taurus, bajé las manos y las coloqué planas en el techo del Saab.

Villanueva dio gas, mi columna se comprimió unos centímetros y el coche cayó sobre las ruedas con un ruido sordo. Rebotó una vez. Villanueva pisó el freno y yo caí hacia delante y me golpeé la cabeza contra la puerta del Saab. Acabé tirado sobre la calzada, bajo el parachoques del Taurus. Villanueva dio marcha atrás, se detuvo y salió.

—¿Estás bien? —preguntó.

Me quedé allí tendido. Me dolía la cabeza. Me había dado fuerte.

—¿Cómo está el coche? —inquirí.

—¿Quieres las noticias buenas o las malas?

—Primero las buenas —dije.

—Los retrovisores laterales están intactos —explicó—. Vuelven a su posición original.

—¿Pero...?

—Grandes desconchados en la pintura —precisó—. Una pequeña abolladura en la puerta. Creo que la has hecho tú con la cabeza. El techo también está algo hundido.

—Diré que he atropellado un ciervo.

—No creo que haya ciervos por aquí.

—Pues entonces un oso —repliqué—. O lo que sea. Una ballena varada en la playa. Un monstruo marino. Un calamar gigante. Un enorme mamut peludo salido hace poco de un glaciar en proceso de derretimiento.

—¿Estás bien? —repitió él.

—Viviré —contesté.

Rodé de costado y me puse a cuatro patas. Me levanté, despacio y sin movimientos bruscos.

—¿Puedes llevarte los cadáveres? —preguntó—. Porque nosotros no podemos.

—Pues entonces supongo que tendré que hacerlo.

Abrimos a duras penas la puerta de atrás del Saab. Estaba un poco desalineado porque el techo se había deformado ligeramente. Metimos los cadáveres en el amplio maletero y los apretujamos. Volví al arcén, recogí mi bulto y lo puse encima de los cuerpos. Para cerrar las puertas debimos empujar los dos. Después cogimos los abrigos de la carretera, los sacudimos y nos los pusimos. Estaban húmedos y arrugados y en algunos sitios un poco rotos.

—¿Estás bien? —insistió Villanueva.

—Sube al coche —dije.

Subimos los cristales y nos montamos. Le di al contacto. El motor no se puso en marcha. Probé otra vez. Nada. Entre ambos intentos oí gimotear a la bomba de la gasolina.

—Deja la llave puesta un momento —señaló Villanueva—. El carburador se ha vaciado cuando el coche estaba del revés. Espera un poco a que la gasolina suba.

Esperé, y al tercer intento se encendió. Metí la marcha, arranqué sin perder un segundo y conduje hasta donde habíamos dejado el otro Taurus, un kilómetro atrás.

Nos aguardaba en el arcén, espectral a la luz de la luna.

—Ahora regresa y espera a Duffy y a Eliot —dije—. Y sugiero que después salgáis de aquí zumbando. Os veré luego.

Me estrechó la mano.

—De la vieja escuela —dijo.

—Diez-dieciocho —repuse. 10-18 era un código de radio de la PM para «misión cumplida». Pero supongo que él no lo sabía, pues se limitó a mirarme.

—Cuídate —dije.

Meneó la cabeza.

—Buzón de voz —indicó.

—¿Qué pasa con eso?

—Cuando un teléfono móvil no funciona, normalmente desvían las llamadas hacia un buzón de voz.

—¿No es que la torre ha sido inutilizada?

—Pero la red de móviles no lo sabía. En lo que a la maquinaria respecta, Beck sólo tenía su teléfono desconectado. Por lo que tendrán su buzón de voz en algún servidor central de por ahí. Quizás ellos le dejaron un mensaje.

—¿Por qué motivo?

Villanueva se encogió de hombros.

—Tal vez le dijeron que iban de regreso. No sé, a lo mejor suponían que él miraría enseguida si tenía algún mensaje. Acaso le contaron toda la historia. O quizá no fueron capaces de pensar con claridad y se imaginaron que era como un contestador normal y dijeron: «Eh, señor Beck, cójalo, ¿vale?».

No dije nada.

—En resumidas cuentas, que tal vez dejaron sus voces ahí —precisó—. Hoy.

—Muy bien —dije.

—¿Qué vas a hacer?

—Empezar a disparar —respondí—. Los zapatos, el buzón de voz. Ahora Beck nos lleva ventaja.

—No puedes hacerlo —me advirtió—. Duffy ha de llevarlo ante un tribunal. Ahora es la única posibilidad que tiene de salvar el pellejo.

Aparté la mirada.

—Dile que haré lo que pueda. Pero si se trata de él o yo, me lo cargo.

Villanueva se quedó callado.

—¿Qué pasa? ¿Es que ahora soy el chivo expiatorio?

—Haz lo que puedas —dijo—. Duffy es una buena chica.

—Ya lo sé.

Salió a duras penas del Saab, con una mano en el marco de la puerta y la otra en el respaldo del asiento. Cruzó la calzada, se subió a su coche y se alejó, despacio y en silencio, con las luces apagadas. Lo vi saludar con la mano. Lo observé hasta perderlo de vista y acto seguido di marcha atrás, giré y crucé el Saab en mitad de la calzada,

mirando al oeste. Supuse que, cuando me viera, Beck pensaría que yo estaba realizando tareas defensivas.

Pero o bien Beck no probaba los teléfonos o bien no pensaba demasiado en mí, porque me quedé allí sentado unos diez minutos y no hubo el menor indicio de él. Pasé parte del tiempo examinando mi anterior hipótesis de que una persona que oculta un arma bajo la rueda de recambio también escondería notas bajo las alfombrillas. Éstas ya estaban sueltas y al estar el coche al revés se habían salido de sitio. Pero debajo no había nada salvo manchas de herrumbre y una capa húmeda de guata acústica que parecía confeccionada a partir de viejos jerséis de color gris y rojo. Nada de notas. Hipótesis incorrecta. Puse las alfombrillas otra vez en su sitio lo mejor que pude, golpeándolas con los pies hasta dejarlas razonablemente planas.

A continuación salí y eché un vistazo a los daños externos. Con los rayones en la pintura no podía hacer nada. Se notaban, pero no había para tanto. No era un coche nuevo. Tampoco tenía remedio la abolladura de la puerta, a menos que quisiera desmontarla y alisar la plancha. El techo había quedado un poco hundido. Recordé que tenía una clara forma redondeada. Ahora estaba bastante plano. Sin embargo, me pareció que desde dentro podía hacer algo al respecto. Me coloqué en el asiento trasero y con ambas palmas en el revestimiento empujé con fuerza. Recibí el premio de dos sonidos. Uno fue el de la lámina de metal al volver a su sitio. El otro, el crujido de un papel.

No era un coche nuevo, por lo que el forro no era esa cosa de piel de ratón moldeada en una sola pieza que hoy tiene todo el mundo, sino un anticuado vinilo de color crema con varillas metálicas de lado a lado que lo dividían en tres secciones plisadas. Los bordes quedaban atrapados bajo una junta de goma negra que recorría todo el techo. Sobre el asiento del conductor el vinilo estaba un poco arrugado. Supuse que se podía tensar estirándolo y después despegarlo de la junta. Y luego tirar de él e irlo separando a lo largo de la goma. Eso daría acceso lateral a cualquiera de las secciones plisadas que uno decidiera usar. Después harían falta tiempo y buenas uñas para volver a encajar el vinilo en la junta. Si se ponía cuidado, en un coche tan hecho polvo como aquél sería una manipulación difícil de ver.

Me incliné y observé la sección que pasaba por encima de los asientos delanteros. Palpé el techo a todo lo ancho del coche. Allí no había nada. En la siguiente sección tampoco. Pero en la última había papeles escondidos. Podía incluso adivinar el tamaño y el peso. Un montón de hojas de formato estándar, tipo folio.

Pasé del asiento trasero al del conductor y examiné la junta. Ejercía cierta presión sobre el vinilo y lo cogía por el borde. Metí una uña bajo la goma y la aflojé formando una pequeña abertura de un centímetro. Raspé lateralmente con la otra mano a través del techo, y el vinilo se salió dócilmente de debajo de la junta y la abertura se agrandó lo suficiente para introducir el pulgar.

Fui metiendo el pulgar hacia atrás, y cuando ya había despegado unos veinticinco centímetros una luz me iluminó por detrás. Luz brillante, sombras hostiles. La carretera estaba alineada con mi hombro derecho, por lo que miré por el retrovisor del acompañante. El cristal estaba resquebrajado, colmado de juegos de luces. Recordé que los objetos están más cerca de lo que parece en el espejo. Me volví en el asiento y vi unas luces largas yendo de derecha a izquierda a medida que trazaba las curvas. Se acercaba rápido. Bajé un par de centímetros la ventanilla y percibí el lejano silbido de los gruesos neumáticos y el gruñido de un silencioso V-8 en segunda. El Cadillac, con prisas. Volví a meter el vinilo en su sitio. No tenía tiempo de fijarlo bien bajo la junta. Sólo empujé hacia arriba y recé para que se quedara así.

El Cadillac apareció justo detrás de mí y frenó en seco. Las luces permanecieron encendidas. Miré por el retrovisor y vi bajar a Beck. Me llevé la mano al bolsillo y quité el seguro de la Beretta. Que Duffy dijera lo que quisiese, pero yo no tenía ningún interés en mantener una larga discusión sobre buzones de voz. De todos modos, Beck no llevaba nada en las manos. Ninguna arma, ni el Nokia. Se acercó y salí para reunirme con él a la altura del parachoques trasero del Saab. Quería mantenerlo alejado de las abolladuras y los rayones. Se quedó a medio metro de los tíos que él había enviado para recoger a su hijo.

—Los teléfonos ya funcionan —anunció.

—¿Los móviles también? —pregunté.

Hizo un gesto afirmativo.

—Pero mire esto —indicó.

Sacó del bolsillo el pequeño móvil plateado. Yo seguí aferrando la Beretta sin que se viera. Haría un buen agujero en mi abrigo, pero el del suyo aún sería mayor. Me alcanzó el teléfono. Lo cogí con la izquierda. Lo sostuve a la luz de los faros del Cadillac. Miré la pantalla. No sabía qué estaba buscando. Ciertos móviles que había visto indicaban un mensaje de buzón de voz con el pictograma de un sobre pequeño. Algunos utilizaban un símbolo diminuto formado por dos círculos unidos por una barra en la parte inferior, como una cinta de carrete, lo que siempre me pareció extraño, pues pensaba que la mayoría de los usuarios de móviles no habían visto una cinta de ésas en su vida. Estaba casi seguro de que las compañías telefónicas no grababan los mensajes en cinta de carrete, sino digitalmente, quedando aquéllos inertes en algún tipo de circuito en estado sólido. Pero claro, en los cruces de las vías férreas todavía aparecen esas locomotoras de las que Casey Jones habría estado orgulloso.

—¿Ve esto? —dijo.

Yo no veía nada. Ni sobres ni cintas. Sólo las barras de la cobertura y la batería, y lo del menú. Y lo de los nombres.

—¿Qué?

—La cobertura —aclaró—. Sólo muestra tres segmentos de cinco. Normalmente tengo cuatro.



—Quizá la torre se ha estropeado —sugerí—. Se accionará de nuevo poco a poco. Será algo eléctrico.

—¿Usted cree?

—Hay microondas implicadas —expliqué—. Seguramente es complicado. Mírelo más tarde. Tal vez ya se haya normalizado.

Le devolví el teléfono con la mano izquierda. Él lo cogió y se lo guardó en el bolsillo, molesto aún por todo aquello.

—¿Todo tranquilo por aquí? —preguntó.

—Como un cementerio —dije.

—Así pues, falsa alarma —comentó.

—Supongo —dije—. Lo siento.

—Le agradezco su prudencia. En serio.

—Sólo hago mi trabajo —puntalicé.

—Vamos a comer.

Volvió al Cadillac y subió. Puse el seguro de la Beretta e hice lo propio en el Saab. Beck dio marcha atrás, hizo el cambio de sentido y me esperó. Supuse que quería que cruzáramos juntos la verja para que Paulie sólo tuviera que abrirla y cerrarla una vez. Regresamos en caravana recorriendo seis escasos kilómetros. El Saab no iba bien y los faros enfocaban un poco hacia arriba, formando cierto ángulo, y la conducción era poco segura. En el maletero había ciento sesenta kilos de peso. Y cuando pillé el primer bache, el extremo del revestimiento del techo se desprendió y me dio en la cara.

Dejamos los coches en los garajes y Beck me esperó en el patio. Estaba subiendo la marea. Alcanzaba a oír las olas al otro lado de las paredes. Descargaban enormes cantidades de agua contra las rocas. Notaba el impacto a través del suelo. Era una sensación física inequívoca. No sólo sonido. Me reuní con Beck y caminamos juntos hacia la puerta principal. El detector de metales pitó dos veces, una para cada uno. Él me dio un juego de llaves de la casa. Yo lo acepté, como un distintivo de mi cargo. Luego me informó de que la cena se serviría en treinta minutos y me invitó a compartirla con su familia.

Subí a la habitación de Duke y me planté frente a la alta ventana. A unos ocho kilómetros al este me pareció ver rojas luces traseras alejándose. Tres pares de luces. Esperaba que fueran Villanueva, Eliot y Duffy, en los Taurus oficiales. 10-18, misión cumplida. De todos modos, debido al resplandor procedente del muro era difícil estar seguro de que las luces fuesen reales. Acaso fueran manchas en mi campo visual, debido a la fatiga o al golpe en la cabeza.

Tomé una ducha rápida y cogí otro conjunto de prendas de Duke. Seguí con los mismos zapatos y la misma chaqueta y dejé en el armario el estropeado abrigo. No miré si tenía correo. Duffy habría estado demasiado ocupada para mandar mensajes.

Y en todo caso, ahora mismo nos encontrábamos en el mismo escenario. Ya no había nada más que ella pudiera decirme. Pronto le contaría yo algo a ella, en cuanto tuviera ocasión de arrancar el forro del Saab.

Agoté la tregua de treinta minutos y bajé la escalera. Encontré a la familia en el comedor. Aún no lo había visto. Era muy espacioso. Había una larga mesa rectangular, de roble, maciza, sin estilo. Cabían en ella veinte personas. Beck estaba a la cabecera. Elizabeth en el otro extremo. Richard se hallaba solo en un lado. Yo tenía que sentarme frente a él, de espaldas a la puerta. Pensé en pedirle que nos cambiáramos el sitio. No me gusta sentarme dando la espalda a ninguna puerta. Pero preferí no decir nada y me limité a tomar asiento.

Paulie no estaba. Naturalmente no lo habían invitado. La criada tampoco, por supuesto. La cocinera estaba haciendo todo el trabajo y no parecía muy contenta con ello. Pero la comida le había salido muy bien. De primero tomamos sopa francesa de cebolla. Muy auténtica pese a que mi madre no le habría dado el visto bueno; pero es que hay veinte millones de mujeres francesas que creen poseer la receta perfecta.

—Háblenos de su carrera militar —me dijo Beck, como si quisiera entablar conversación.

No iba a hablar de negocios, sin duda. Al menos no delante de la familia. Imaginé que acaso Elizabeth sabía más de lo que le convenía saber, pero Richard parecía bastante ajeno a todo. O tal vez sólo quería borrarlo de su mente. ¿Qué había dicho? ¿Qué lo malo no ha sucedido a menos que uno decida recordarlo?

—No hay mucho que contar —dije. No quería hablar de ello. Habían pasado cosas malas, y yo había decidido no recordarlas.

—Debe de haber algo —señaló Elizabeth.

Me estaban mirando los tres, por lo que me encogí de hombros y les referí una historia sobre la comprobación de un presupuesto del Pentágono y de unas facturas de ocho mil dólares correspondientes a herramientas de mantenimiento denominadas ARCTA. Les expliqué que, de puro aburrimiento, sentí curiosidad y tras un par de llamadas me enteré de que la sigla significaba «aplicadores rotatorios de cierres de torsión adaptable». Les dije que había seguido la pista de uno y localizado un destornillador de tres dólares. Esto condujo a martillos de trescientos dólares, asientos de retrete de mil dólares, todo el pastel. Era una buena historia. Una de esas que complace a todos los públicos. La mayoría de la gente reacciona ante la audacia y los contrarios al gobierno bufan de cólera. Pero era una invención. Tal vez sucedió, pero no a mí. Yo estaba en una sección totalmente distinta.

—¿Has matado a alguien? —preguntó Richard.

«En los últimos tres días, a cuatro», pensé.

—No preguntes esas cosas —dijo Elizabeth.

—La sopa está muy buena —señaló Beck—. Tal vez le falta un poco de queso.

—Papá —dijo Richard.

—¿Qué?

—Piensa en tus arterias. Quedarán obstruidas.

—Son mis arterias.

—Y tú eres mi padre.

Se miraron uno a otro. Ambos esbozaron tímidas sonrisas. Padre e hijo, los mejores colegas. Ambivalencia. Todo estaba dispuesto para que la comida se prolongara. Elizabeth pasó del colesterol a otra cosa. Empezó a hablar del Museo de Arte de Portland. Explicó que estaba ubicado en un edificio de I. M. Pei y que albergaba una colección de maestros americanos e impresionistas. No estaba seguro de si pretendía instruirme a mí o inducir a Richard a salir de la casa a hacer cualquier cosa. Dejé de prestarle atención. Yo quería ir al Saab. Pero en aquel preciso instante no podía, así que intenté predecir lo que hallaría en él. Era como un juego. Oí a Leon Garber en mi cabeza: «Piensa en todo lo que has visto y oído. Fíjate en las pistas». No había oído demasiado. Sin embargo, sí había visto muchas cosas. Y supuse que todas eran pistas de alguna clase. La mesa del comedor, por ejemplo. La casa entera y todo lo que contenía. Los coches. El Saab era pura chatarra. El Cadillac y los Lincoln eran buenos vehículos, pero distaban de ser Rolls-Royce o Bentley. Los muebles eran viejos, deslustrados y macizos. Baratos no, pero en todo caso no correspondían a un gasto reciente. Todo estaba pagado hacía mucho tiempo. ¿Qué había dicho Eliot en Boston acerca del gángster de Los Ángeles? «Sus beneficios ascienden a varios millones a la semana. Vive como un rajá». En principio Beck estaba un par de peldaños más arriba en el escalafón. Pero no vivía como un rajá. ¿Por qué? ¿Era tan sólo un yanqui tacaño al que no le interesaban las chucherías?

—Mire —dijo.

Salí de nuevo a la superficie y vi que me tendía el móvil. Lo tomé de sus manos y miré la pantalla. La intensidad de la cobertura había vuelto a los cuatro segmentos.

—Microondas —dije—. Se están recuperando poco a poco.

Me fijé otra vez. Ni sobres ni cintas. No obstante, era un teléfono minúsculo y como tengo los pulgares gordos toqué sin querer la tecla debajo de la pantalla, que al punto mostró una lista de nombres. Su agenda telefónica, pensé. La pantalla era tan pequeña que en ella sólo aparecían tres números a la vez. En la parte superior se leía «casa». Después aparecía «verja». El tercero de la lista era «Xavier». Lo observé con tal atención que la habitación quedó en silencio a mi alrededor y la sangre me zumbaba en los oídos.

—La sopa estaba muy buena —dijo Richard.

Devolví el móvil a Beck. Apareció la cocinera y retiró mi plato.

La primera vez que oí el nombre Xavier fue la sexta vez que vi a Dominique Kohl. Eso ocurrió diecisiete días después de que bailáramos en el bar de Baltimore. El tiempo se había estropeado. La temperatura había bajado en picado y el cielo estaba gris y despacible. Ella lucía el uniforme de gala. Por un instante pensé que tal vez

debía pasar revista y lo había olvidado. Pero mi ayudante, que siempre me recordaba esa clase de cosas, no había mencionado nada.

—Esto no le va a gustar —anunció Kohl.

—¿Por qué? ¿Ha sido ascendida y se embarca?

Sonrió. Reparé en que debía haber evitado que sonara como un cumplido personal.

—He encontrado al malo —dijo.

—¿Cómo?

—Aplicación ejemplar de las destrezas pertinentes —respondió.

La observé.

—¿Habíamos quedado para pasar revista?

—No, pero creo que deberíamos hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque he encontrado al chico malo. Y porque creo que las revistas siempre salen mejor después de que un caso recibe un impulso.

—Aún trabaja con Frasoni, ¿no?

—Somos compañeros —confirmó ella, aunque eso no era una respuesta a mi pregunta.

—¿Le ayuda?

Torció el gesto.

—¿Puedo hablar con franqueza?

Asentí.

—Es un derroche de buenas cualidades —dijo.

Asentí de nuevo. Yo también tenía esa impresión. El teniente Anthony Frasoni era serio y responsable, pero no un prototipo de dinamismo.

—Es un tío majo —añadió—. No quiero que me confunda.

—Pero usted está haciendo todo el trabajo —señalé.

Lo corroboró con un gesto. Llevaba el expediente original, el que yo le había entregado inmediatamente después de certificar que no era un tipo feo y grandote de Texas o Minnesota. Sus notas sobresalían por todos lados.

—Pero usted también ayudó —precisó—. Tenía razón. El documento en cuestión era el periódico. Gorowski deja el periódico entero en una papelera a la salida del aparcamiento. La misma papelera dos domingos seguidos.

—¿Y?

—Y dos domingos seguidos lo coge el mismo tío.

Era un plan ingenioso, salvo que la idea de escarbar en una papelera desvelaba cierta vulnerabilidad. Cierta falta de verosimilitud. No es fácil de hacer, a menos que uno esté dispuesto a revolverlo todo y vaya vestido como un vagabundo. Y si se quiere ser de veras convincente, tiene su miga. Los vagabundos recorren kilómetros, durante todo el día, husmeando en todos los cubos de basura y papeleras que se encuentran en el camino. Imitar su conducta de forma creíble requiere muchísimo

tiempo y dedicación.

—¿Qué clase de tío es? —inquirí.

—Me imagino lo que debe estar pensando —dijo ella—. Quién hurga en los cubos de basura salvo los sin techo, ¿no?

—Sí, ¿quién?

—Imagínese un domingo típico —explicó—. Un día cansino, estás paseando, quizá la persona que esperas se retrasa, quizás el impulso de seguir andando ha menguado un poco. Pero brilla el sol, y hay un banco para sentarse, y sabes que los periódicos del domingo son siempre gruesos e interesantes. Pero da la casualidad de que no llevas ninguno encima.

—Muy bien —dije—. Lo estoy imaginando.

—¿Se ha dado cuenta de que un periódico usado se convierte en propiedad comunal? Vea lo que pasa en un tren, o en el metro. Una persona lee el diario y cuando se va lo deja en el asiento, y llega otro, lo coge y empieza a leerlo. Ni se le ocurriría coger una golosina a medias, pero con el periódico no tiene ningún problema.

—Ya —dije.

—Nuestro hombre tiene unos cuarenta años —prosiguió—. Alto, más de uno ochenta, apuesto, unos ochenta y cinco kilos, pelo negro corto con canas, distinguido. Lleva ropa buena, y deambula por el aparcamiento hasta la papelera.

—¿Deambula?

—Es una forma de hablar. Hace como que pasea absorto en sus pensamientos, sin prestar atención a nada. Quizás acaba de tomar un *brunch* dominical. De pronto advierte el periódico en lo alto de la papelera, y lo coge y echa un vistazo a los titulares, ladea un poco la cabeza y se lo coloca debajo del brazo como para seguir leyendo después. Y continúa andando.

—Deambulando.

—Lo hace con una naturalidad increíble —dijo—. Yo estaba allí mismo, mirándolo todo, y por poco lo paso por alto. Era casi parte del paisaje.

Pensé en eso. Ella tenía razón. Era una buena observadora de la conducta humana. Sería una buena policía. Si llegaba a pasarle revista, Kohl se saldría de la tabla.

—Hay algo más sobre lo que usted hizo conjeturas —añadió—. El tipo deambula hasta el puerto deportivo y sube a una embarcación.

—¿Vive ahí?

—No lo creo. A ver, allí hay literas y todo, pero creo que es un barquito de recreo.

—¿Cómo sabe que hay literas?

—Subí a bordo.

—¿Cuándo?

—El segundo domingo —dijo—. Hasta ese momento todo lo que yo había visto era lo del periódico. Aún no había identificado definitivamente el documento. Pero él

subió a otra embarcación con otros tíos, y yo hice mis comprobaciones.

—¿Cómo?

—Aplicación ejemplar de las destrezas pertinentes. Llevaba puesto un bikini.

—¿Llevar un bikini es una destreza? —repuse, y aparté la mirada. En su caso, sería más bien una representación artística de máximo nivel.

—Entonces aún hacía calor. Me hice pasar por una de las conejitas del yate. Fui paseando y subí por la pequeña plancha. Nadie me prestó atención. Abrí la cerradura con una ganzúa y registré durante una hora.

Tenía que preguntarlo.

—¿Cómo escondió una ganzúa en el bikini?

—Llevaba zapatillas —precisó.

—¿Encontró el diseño original?

—Los encontré todos.

—¿La embarcación tenía nombre?

Kohl asintió.

—Lo he localizado. Hay un registro de yates y todo ese rollo.

—Entonces ¿quién es el tío?

—Eso es lo que no le va a gustar —dijo—. Es un oficial de contraespionaje militar de alto rango. Un teniente coronel, especialista en Oriente Medio. Precisamente le concedieron una medalla por algo que hizo en el Golfo.

—Mierda —solté—. Pero podría haber una explicación sencilla.

—Podría. Pero lo dudo. Hace apenas una hora he hablado con Gorowski.

—Muy bien —dije. Eso explicaba el uniforme. Mucho más intimidante que un bikini, supuse—. ¿Y...?

—He conseguido que me explicara su parte del trato. Sus niñas tienen doce meses y dos años. Hace un par de meses, la mayor desapareció durante un día entero. No explicó lo que le había sucedido mientras estuvo fuera. Sólo lloraba desconsolada. Una semana después apareció nuestro amigo del servicio de contraespionaje. Y sugirió que si papá no cooperaba, en otra ocasión el tiempo de ausencia de la niña podría prolongarse. No se me ocurre ninguna explicación sencilla para esa historia.

—Ya. A mí tampoco. ¿Quién es el tipo ese?

—Se llama Francis Xavier Quinn.

La cocinera apareció con el segundo plato, una suerte de costillar asado, pero la verdad es que apenas reparé en ello porque aún estaba pensando en Francis Xavier Quinn. Con toda evidencia, había abandonado el hospital de California y había desechado el «Quinn» junto con las batas usadas, los vendajes quirúrgicos y los brazaletes identificadores. Se había marchado llevándose puesta una nueva identidad. Una identidad con la que se sentía cómodo, una que en el fondo siempre le recordaría el nivel primario en que sabía que la gente infiltrada debía actuar. Ya no sería nunca

más el teniente coronel F. X. Quinn, contraespionaje militar de Estados Unidos. A partir de ese momento sería sólo Frank Xavier, ciudadano anónimo.

—¿Poco hecho o en el punto? —me preguntó Beck.

Estaba cortando el asado con uno de los cuchillos de mango negro colocados en un bloque de madera. Yo había pensado valerme de uno de ellos para matarlo. El que estaba utilizando en ese instante habría servido. Tenía unos veinticinco centímetros de largo y, a tenor de lo bien que se troceaba la carne, estaba afilado. A menos que fuese una carne increíblemente tierna.

—Poco hecho —contesté—. Gracias.

Me cortó dos trozos y lo lamenté inmediatamente. Mi mente voló a la bolsa para cadáveres, siete horas antes. Yo había abierto la cremallera y visto la labor realizada por otro cuchillo. La imagen era tan viva que aún notaba el frío de aquel momento. Luego retrocedí diez años, al inicio con Quinn, y se completó el recorrido.

—¿Rábano picante? —ofreció Elizabeth.

Tomé una cucharada. La vieja regla del ejército era «come siempre que puedas, duerme siempre que puedas, porque no sabes cuándo vas a tener otra oportunidad». Así que alejé a Quinn de mi cabeza, me serví verduras y empecé a comer. «Todo lo que he oído, todo lo que he visto», pensé. Regresé mentalmente al puerto deportivo de Baltimore, bajo la brillante luz del sol, al sobre y el periódico. «Esto no, aquello». Y a lo que me había dicho Duffy: «No has descubierto nada útil. Nada. Ni una sola prueba».

—¿Ha leído a Pasternak? —me preguntó Elizabeth.

—¿Qué opinas de Edward Hopper? —preguntó Richard.

—¿Cree que el M16 debe ser reemplazado? —preguntó Beck.

Emergí de nuevo. Todos me miraban. Era como si anhelaran conversar. Como si estuvieran solos. Oí las olas batiendo tres lados de la casa y comprendí que se sintieran así. Se encontraban muy aislados. De todos modos, era su elección. A mí me gusta el aislamiento. Puedo estar tres semanas sin abrir la boca.

—Vi *Doctor Zhivago* en el cine —dije—. Me gusta el cuadro de Hopper con la gente en el restaurante, de noche.

—*Nighthawks* —señaló Richard.

Asentí.

—Me gusta el tipo que aparece a la izquierda, allí solo.

—¿Recuerdas el nombre del restaurante?

—Phillies —contesté—. Y creo que el M16 es un excelente fusil de asalto.

—¿En serio? —dijo Beck.

—Hace lo que debe hacer un fusil de asalto —respondí—. No se le puede pedir mucho más que eso.

—Hopper era un genio —comentó Richard.

—Pasternak era un genio —dijo Elizabeth—. Por desgracia la película lo trivializó. Y no ha sido bien traducido. En comparación, Solzhenitsin está

sobrevalorado.

—Supongo que el M16 es un fusil perfeccionado —dijo Beck.

—Edward Hopper es como Raymond Chandler —indicó Richard—. Captaba un lugar y un momento concretos. Chandler también era genial, claro. Mucho mejor que Hammett.

—Igual que Pasternak es mejor que Solzhenitsin —terció su madre.

Siguieron así durante un buen rato. El decimocuarto día, un viernes, casi tocaba a su fin, mientras yo comía asado con tres personas condenadas al fracaso que hablaban de libros, cuadros y fusiles. «Esto no, aquello». Dejé de prestarles atención, rastree en los recuerdos de diez años atrás y escuché a la sargento primero Dominique Kohl.

—En el Pentágono tiene acceso a información confidencial —me explicó la séptima vez que nos vimos—. Vive cerca, en Virginia. Supongo que por eso tiene fondeada su embarcación en Baltimore.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté.

—Cuarenta.

—¿Ha visto todo su historial?

Negó con la cabeza.

—La mayor parte es secreto.

Asentí. Intenté ordenar cronológicamente los hechos. Un tío de cuarenta años habría reunido los requisitos necesarios para ser llamado a filas los dos últimos años de la guerra de Vietnam, a los dieciocho o diecinueve. Pero uno que terminara como coronel de contraespionaje antes de los cuarenta seguro que había ido a la universidad, quizá tenía un doctorado, lo que le habría permitido obtener prórrogas. Así que probablemente no fue a Indochina, lo que en circunstancias normales habría frenado su carrera ascendente. Ni guerras sangrientas ni enfermedades fatales. Sin embargo, su ascenso no había sido lento, pues a los cuarenta años era coronel.

—Sé lo que está pensando —dijo Kohl—. Cómo es que está dos rangos por encima de usted, con la paga correspondiente.

—La verdad es que la estaba imaginando a usted en bikini.

—No, no es verdad —dijo ella meneando la cabeza.

—Él es mayor que yo.

—Ascendió como un cohete.

—Quizá también es más listo que yo —señalé.

—Eso casi seguro —dijo ella—. Pero aun así, ha llegado muy lejos y muy deprisa.

Asentí para corroborarlo.

—Fantástico —solté—. Así que tenemos un lío con una figura laureada de la colectividad del contraespionaje.

—Tiene un montón de contactos con extranjeros —explicó—. Lo he visto con



toda clase de gente. Israelíes, libaneses, iraquíes, sirios.

—Es un especialista en Oriente Medio, ¿no?

—Procede de California —prosiguió Kohl—. Su padre trabajaba en el ferrocarril. Su madre se quedaba en casa. Vivían en una casita en el norte del estado. Él la heredó y es su única posesión. Y podemos presuponer que desde la universidad ha recibido una paga militar.

—Muy bien —dije.

—Es un chico de escasos recursos, Reacher. Entonces ¿cómo puede alquilar una casa grande en Maclean, Virginia? ¿Cómo es que tiene un yate?

—¿Es un yate?

—Un velero grande con camarotes. Eso es un yate, ¿verdad?

—¿Vehículo de propiedad?

—Un Lexus flamante.

No dije nada.

—¿Por qué no le formula estas preguntas su propia gente? —inquirió ella.

—Nunca lo hacen. ¿No se ha dado cuenta? Ocurre algo claro como la luz del día y no se enteran.

—Pues no entiendo por qué —dijo.

Me encogí de hombros.

—Son humanos —señalé—. Deberíamos comprenderlos. Hay muchas ideas preconcebidas que interfieren. Ellos se preguntan cuán bueno es, no cuán malo es.

Kohl asintió.

—Como cuando yo me pasé dos días mirando el sobre, no el periódico. Ideas preconcebidas.

—Pero ellos deberían estar mejor informados —dije.

—Supongo.

—Inteligencia militar.

—Oxímoron donde los haya —replicó, siguiendo el viejo y consabido ritual—. Como peligro seguro.

—Como agua seca —dije yo.

—¿Le ha gustado? —me preguntó Elizabeth Beck, diez años después.

No respondí. «Las ideas preconcebidas interfieren», pensé.

—¿Le ha gustado? —repitió.

La miré a los ojos. Ideas preconcebidas.

—¿Perdón? —dije. «Todo lo que he oído».

—La cena —aclaró—, si le ha gustado.

Bajé la mirada. Mi plato estaba vacío.

—Ha sido magnífica —contesté. «Todo lo que he visto».

—¿En serio?

—Sin ninguna duda —confirmé. «No has descubierto nada útil», decidí.

—Me alegro —dijo ella.

—Olvidemos a Hopper y Pasternak —dije—. Y también a Raymond Chandler. Su cocinera sí es un genio.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó Beck. Él había dejado la mitad de la carne en el plato.

—De maravilla —repuse. Nada.

—¿Seguro?

Respiré hondo. Ni una sola prueba.

—Sí, en serio —dije.

Y lo decía en serio. Porque sabía lo que había en el Saab. Con toda seguridad. No me cabía duda. Por eso me sentía de maravilla. Pero también me sentía algo avergonzado. Porque había sido muy, muy lento. Atrozmente lento. Escandalosamente lento. Había tardado ochenta y seis horas. Más de tres días y medio. Había sido absolutamente estúpido, como la vieja unidad de Quinn. «Ocurre algo claro como la luz del día y no se enteran», pensé. Volví la cabeza y miré fijamente a Beck como si lo viese por primera vez.

Lo sabía, pero durante el postre y el café me tranquilicé. Y poco a poco dejé de sentirme de maravilla. Y también dejé de sentirme avergonzado. Esas emociones habían quedado arrinconadas. Ahora comencé a preocuparme. Porque comencé a ver las dimensiones precisas del problema táctico. Eran enormes. Iban a obligar a una redefinición del trabajo en solitario y clandestino.

Acabó la cena y todos apartaron las sillas y se pusieron en pie. Me quedé en el comedor. No tenía prisa por ir al Saab. Iría luego. No tenía sentido meterme en un aprieto para confirmar algo que ya sabía. Así que ayudé a la cocinera a recoger. Me pareció lo correcto. Quizás incluso esperaban que así lo hiciera. Los Beck salieron a algún sitio y yo fui llevando los platos a la cocina. Allí estaba el mecánico, comiéndose un trozo de asado más grande que el mío. Lo miré y volví a sentirme algo avergonzado. No le había prestado ninguna atención. No había pensado mucho en él. Nunca me había preguntado para qué estaba él allí. Pero ahora ya lo sabía.

Metí los platos en el lavavajillas. La cocinera guardó los restos y limpió la encimera y en unos veinte minutos habíamos terminado. Después ella me dijo que se iba a acostar y yo le di las buenas noches. Salí por la puerta de atrás y caminé por las rocas. Quería mirar el mar; evaluar la marea. No tenía experiencia con el mar. Sabía que la marea subía y bajaba, quizá dos veces al día. No sabía cuándo ni por qué. Tenía que ver con la atracción de la luna o algo así. A lo mejor convertía el Atlántico en una bañera gigante chapoteando entre Europa y América. Quizá cuando bajaba en Portugal subía en Maine y viceversa. No tenía ni idea. En aquel preciso instante parecía estar bajando. Observé las olas cinco minutos más y después regresé a la cocina. El mecánico se había marchado. Con las llaves que me había dado Beck cerré la puerta de dentro. Dejé abierta la exterior. Luego crucé el vestíbulo y examiné la parte delantera. Supuse que ahora debía hacer todo eso. La puerta principal estaba cerrada a cal y canto. La casa estaba tranquila. Así que subí a la habitación de Duke y comencé a planear la fase final.

En el zapato me esperaba un mensaje de Duffy: «¿Estás bien?». Contesté: «Gracias por lo de los teléfonos. Me has salvado el pellejo».

«Y el mío. También lo he hecho por interés personal».

No contesté a eso. No se me ocurría nada que decir. Me limité a estar allí en silencio. Ella había conseguido un aplazamiento mínimo, nada más. Pasara lo que pasara, su pellejo estaba en un apuro. Y yo no podía hacer nada al respecto.

Después ella tecleó: «He buscado en todos los archivos y, adivina, no he encontrado ninguna autorización para ningún segundo agente».

«Ya lo sé».

Ella respondió sólo con dos caracteres: «¿?».

«Hemos de vernos —escribí—. Llamaré o simplemente apareceré. Mantente atenta».

Apagué el aparato, lo guardé en el tacón y me pregunté si alguna vez volvería a sacarlo. Miré el reloj. Era casi medianoche. El decimocuarto día, viernes, casi había acabado. Estaba a punto de empezar el decimoquinto, sábado. Habían pasado dos semanas desde el día en que me abrí paso entre la multitud en el exterior del Symphony Hall de Boston, camino de un bar al que nunca llegué.

Me tendí en la cama, vestido. Contaba con que las siguientes veinticuatro horas iban a ser decisivas, y quería pasar cinco de las seis primeras durmiendo a pierna suelta. Sé por experiencia que el cansancio provoca más errores que la torpeza y la estupidez juntas. Seguramente porque el propio cansancio origina estupidez y torpeza. De modo que me puse cómodo y cerré los ojos. Puse el despertador mental a las dos de la madrugada. Funcionó, como siempre. Me desperté tras descabezar un sueño de un par de horas. Me encontraba bien.

Salí y bajé las escaleras. Atravesé el vestíbulo y la cocina y abrí la puerta trasera. Dejé sobre la mesa todas mis cosas de metal. No quería que pitara el detector. Salí fuera. Estaba muy oscuro. No había luna. Ni estrellas. El mar sonaba fragoroso. El aire estaba frío. Soplaba brisa, que olía a humedad. Abrí las puertas del cuarto garaje. El Saab seguía allí. Cogí mi bulto y fui a esconderlo en la hondonada. Regresé por el primer guardaespaldas. Llevaba muerto varias horas y la baja temperatura causaba rigor mortis prematuro. Estaba bastante rígido. Lo saqué a rastras y me lo eché al hombro. Era como acarrear un tronco de noventa kilos. Los brazos sobresalían a ambos lados a modo de ramas.

Lo llevé a la hendidura en forma de V que Harley me había enseñado. Lo deposité en el suelo y empecé a contar las olas. Esperé a la séptima. Llegó, y justo antes de que me alcanzara empujé el cadáver a la grieta. El agua lo impulsó hacia arriba frente a mí. Era como si el tío intentara agarrarme con sus brazos tiesos y llevarme con él. O como si quisiera darme un beso de despedida. Flotó perezosamente por un instante y acto seguido la ola reculó, la hendidura se vació y del tipo no quedó ni rastro.

Con el segundo todo fue igual. El mar se lo llevó para que se reuniera con su colega, y con la criada. Me puse en cuclillas un momento, sintiendo la brisa en el rostro, oyendo la incansable marea. A continuación regresé, cerré el maletero del Saab y me subí al asiento del conductor. Terminé de despegar el revestimiento del techo y saqué las notas de la criada. Eran ocho folios. Los leí a la tenue luz de la bóveda celeste. Estaban llenos de datos. Rebosaban de detalles minuciosos. Pero en general no me decían nada que ya no supiera. Los examiné dos veces y luego los junté cuidadosamente. Los llevé al extremo del promontorio. Me senté en una roca y con cada hoja hice un barquito de papel. Alguien me había enseñado cuando yo era

pequeño. Quizá mi padre. No me acordaba. Tal vez mi hermano. Arrojé las pequeñas embarcaciones, una tras otra, a la marea en retirada y las contemplé navegar hacia el este balanceándose en la oscura superficie.

Después volví y pasé un rato arreglando el forro del techo. Al final quedó bastante presentable. Cerré el garaje. Calculé que me habría marchado antes de que alguien lo abriera de nuevo y reparara en los daños del vehículo. Regresé a la casa. Cargué de nuevo los bolsillos, cerré otra vez la puerta y subí las escaleras sin hacer ruido. Me desnudé hasta quedar en calzoncillos y me metí en la cama. Quería dormir otras tres horas. De modo que volví a poner el despertador mental, me tapé bien con la sábana y la manta, hice un buen hueco en la almohada y cerré los ojos nuevamente. Intenté dormir. Pero no podía. El sueño no llegaba. Quien sí llegaba era Dominique Kohl. Se me acercaba saliendo de las sombras, sin que ello me sorprendiera.

La octava vez que nos vimos había que discutir problemas tácticos. Detener a un oficial de contraespionaje era un tema peliagudo. Evidentemente, la PM se ocupa de los militares que se portan mal, por lo que actuar contra uno de los nuestros no era ninguna novedad. Pero los de contraespionaje constituían un caso aparte. Esos tíos eran diferentes, reservados, procuraban por todos los medios no darle cuentas a nadie. Era difícil entrar en contacto con ellos. Por lo general, cerraban filas más deprisa que el más experto escuadrón que uno pudiera imaginar. Así que Kohl y yo teníamos mucho de que hablar. Yo no quería que nos reuniésemos en mi despacho. No había silla para las visitas. No quería que ella tuviese que estar de pie todo el rato. Así que fuimos a aquel bar de la ciudad. Parecía un lugar adecuado. Todo el asunto se estaba complicando tanto que estábamos algo paranoicos. Salir de la base parecía atinado. Además, a mí me atraía la idea de discutir cuestiones de contraespionaje como si fuéramos un par de espías normales, en un oscuro rincón al fondo de un bar. Y creo que a Kohl también. Se presentó con ropa civil. Nada de vestido; tejanos y una camiseta blanca con una cazadora de piel encima. Yo iba en uniforme de faena. No tenía ropa de paisano. Hacía frío. Pedí café. Ella té. Queríamos estar despejados.

—Ahora me alegro de que utilizáramos los originales auténticos —dijo.

Asentí.

—Buen instinto —dije. Por lo que a las pruebas se refería, teníamos que planificar todos los detalles. Había que alargar al máximo el tiempo que Quinn estuviera en posesión de los originales. De lo contrario, comenzaría a contar historias sobre procedimientos experimentales, juegos de guerra, ejercicios o planes propios de incitación al delito.

—Son los sirios —señaló ella—. Le están pagando por adelantado. Es una venta a plazos.

—¿Cómo?

—Intercambio de maletines —explicó—. Se encuentra con un agregado de la embajada siria. Van a un café de Georgetown. Ambos llevan elegantes maletines de aluminio. Idénticos.

—Halliburton —dije.

Ella asintió con la cabeza.

—Los dejan bajo la mesa, uno al lado del otro, y cuando se va coge el del sirio.

—Dirá que el sirio es un contacto legal. Que el tío *le* está pasando material.

—Y nosotros decimos vale, enséñanos ese material.

—Dirá que no puede, que es material clasificado como secreto.

Kohl se calló. Yo sonreí.

—Nos soltará un buen rollo —añadí—. Nos pondrá la mano en el hombro, nos perforará con la mirada y dirá: «Eh, confíen en mí, amigos, está implicada la seguridad nacional».

—¿Se las ha visto antes con esos tipos?

—Una vez —contesté.

—¿Salió bien?

Asentí.

—Generalmente son unos mentirosos de mierda —dije—. Mi hermano estuvo en contraespionaje durante un tiempo. Ahora trabaja en Hacienda. Pero me lo contó todo sobre ellos. Creen que son muy listos cuando en realidad son igual que todo el mundo.

—Bien, ¿qué hacemos?

—Tendremos que reclutar al sirio.

—Entonces no podremos detenerle.

—¿Quería dos por el precio de uno? —repuse—. Eso no puede ser. El sirio está haciendo su trabajo. No podemos culparle por ello. El malo aquí es Quinn.

Se quedó unos instantes callada, algo decepcionada. Luego se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo—. Pero ¿cómo lo hacemos? El sirio no querrá saber nada de nosotros. Es agregado de una embajada. Tiene inmunidad diplomática.

Volví a sonreír.

—La inmunidad diplomática es sólo un trozo de papel. En aquella ocasión agarré al tío y le dije que sostuviera un trozo de papel sobre la barriga. Saqué la pistola y le pregunté si, a su juicio, el papel iba a impedir el paso de la bala. Me dijo que me iba a meter en un lío. Y yo le repliqué que por mucho lío en que yo me metiera, él iba a morir desangrado.

—¿Y el tío acabó compartiendo su opinión?

Asentí.

—Ayudó más que la madre Teresa de Calcuta.

Volvió a quedarse callada. Luego me hizo la primera de las dos preguntas que mucho después yo lamentaría no haber contestado de otra forma.

—¿Podemos vernos fuera del trabajo? —dijo.

Estábamos en un reservado de un bar en penumbras. Ella era muy atractiva, y se hallaba allí sentada, a mi lado. Yo entonces era un hombre joven, y pensaba que tenía

todo el tiempo del mundo.

—¿Me está proponiendo que salgamos juntos? —pregunté.

—Sí —respondió.

Me quedé en silencio.

—Hemos recorrido un largo camino, amigo —añadió—. Me refiero a las mujeres —aclaró.

Seguí callado.

—Sé lo que quiero —dijo.

Asentí. La creía. Y yo creía en la igualdad. Por encima de todo. No hacía mucho que había conocido a una coronel de la fuerza aérea que pilotaba un bombardero B52 y surcaba los cielos nocturnos llevando a bordo más explosivos que todas las bombas juntas arrojadas desde el principio de los tiempos. Me figuré que si a ella se le confiaba capacidad suficiente para hacer estallar el planeta entero, se podía confiar en que la sargento primero Dominique Kohl sabría escoger con quién quería salir.

—¿Entonces...?

Preguntas que lamentaría no haber contestado de otra forma.

—No —repuse.

—¿Por qué?

—Es poco profesional —señalé—. Usted no debería hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque esto supondría una mancha en su carrera —expliqué—. Es usted una persona con aptitudes que no puede ascender más allá de subteniente si no va a la academia militar, así que va allí, saca notas excelentes y consigue llegar a teniente coronel antes de diez años porque se lo merece, pero todo el mundo dice que lo ha conseguido porque tiempo atrás salió con su capitán.

No replicó. Sólo llamó a la camarera y le pidió dos cervezas. A medida que el bar se iba llenando hacía más calor. Me quité la cazadora, ella hizo lo mismo. Yo llevaba una camiseta caqui que se había quedado pequeña y estaba cada vez más gastada y descolorida de tanto lavarla. Su camiseta era un artículo de *boutique*. Tenía más escote que la mayoría de camisetas, y las mangas estaban cortadas de tal modo que montaban sobre los pequeños músculos deltoides de la parte superior de los brazos. Contra la piel, la tela era blanca como la nieve. Advertí que debajo no llevaba nada.

—La vida militar está llena de sacrificios —dije, más para mí mismo que para ella.

—Lo superaré.

Después me formuló la segunda pregunta que ojalá yo hubiera respondido de otra manera.

—¿Me permite que haga yo la detención?

Diez años después me desperté solo en la cama de Duke a las seis de la mañana. La

habitación se encontraba en la parte delantera de la casa, por lo que desde allí no veía el mar. Estaba orientado hacia el oeste, hacia América. No lucía el sol. Tampoco se apreciaban las alargadas sombras del alba. Tan sólo las primeras luces pálidas en el sendero de entrada, y el muro, y el paisaje granítico detrás. Soplabla viento del mar. Veía los árboles moverse. Imaginé a mi espalda negros nubarrones, lejos en el Atlántico, acercándose deprisa a la costa. Imaginé aves marinas luchando contra las turbulencias con sus alas azotadas y alborotadas por el vendaval. El decimoquinto día, que empezaba gris, frío e inhóspito, y que seguramente iría a peor.

Me duché, pero no me afeité. Me puse más ropa tejana de Duke, me até los cordones de los zapatos y bajé llevando doblados en el brazo la chaqueta y el abrigo. Entré en la cocina discretamente. La cocinera ya había preparado café. Me tendió una taza, la cogí y me senté a la mesa. Ella sacó una rebanada de pan del congelador y la introdujo en el microondas. Supuse que en algún momento, antes de que las cosas se pusieran feas, tendría que evacuarla. Igual que a Elizabeth y Richard. Beck y el mecánico podían quedarse a apechugar con las consecuencias.

Desde la cocina oía el mar, claro y fuerte. Rompían las olas, absorbidas por la implacable resaca. Se formaban charcos que se vaciaban al punto, la grava repiqueteaba entre las rocas. El viento gemía débilmente por las rendijas de la puerta exterior del porche. Oía los frenéticos chillidos de las gaviotas. Mientras las escuchaba, tomaba sorbos de café y aguardaba.

Richard apareció diez minutos después. Iba despeinado y se le veía la cicatriz de la oreja cercenada. Cogió una taza de café y se sentó frente a mí. Había vuelto su ambivalencia. Vi que afrontaba el hecho de no ir más a la universidad y de pasar el resto de su vida oculto con su familia. Pensé que si su madre conseguía quedar libre sin cargos, podrían empezar de nuevo en cualquier otro lugar. Según fuese su capacidad de recuperación, Richard podría volver a las clases sin perder apenas algo más de una semana del semestre. Si así lo deseaba. A menos que fuera una universidad cara, como imaginé que era. Habría dificultades económicas. Tendrían que marcharse sin otra cosa que lo puesto. Eso si llegaban a marcharse.

La cocinera salió a poner la mesa para el desayuno. Richard la vio alejarse y yo lo miré a él y otra vez a su oreja, y una pieza del rompecabezas encajó en su sitio.

—Hace cinco años —dije—. El secuestro.

Mantuvo la calma. Se quedó mirando la mesa y luego alzó la vista hacia mí y se peinó con los dedos hasta tapar la cicatriz.

—¿Sabes en qué está metido realmente tu padre? —pregunté.

Asintió.

—No son sólo alfombras, ¿verdad?

—No —confirmó—. No sólo alfombras.

—¿Y qué te parece?

—Hay cosas peores —dijo.

—¿Quieres contarme qué pasó hace cinco años?



Negó con la cabeza. Apartó la mirada.

—No —dijo—. No quiero.

—Conocí a un tipo llamado Gorowski. Su hija de dos años fue secuestrada. Sólo durante un día. ¿Cuánto tiempo te retuvieron a ti?

—Ocho días.

—Gorowski cedió enseguida —añadí—. Con un día bastó.

Richard no dijo nada.

—Tu padre no es quien manda aquí —dije.

Siguió callado.

—Cedió hace cinco años —proseguí—. Después de que tú desaparecieras durante ocho días. Eso supongo.

Richard continuaba en silencio. Pensé en la hija de Gorowski. Habría cumplido ya doce años. En su habitación seguramente tenía Internet, un reproductor de discos compactos y teléfono. Y pósters en las paredes. Y en su cabeza un lejano y pequeño dolor por algo ocurrido mucho tiempo atrás. Como la molestia debida a una vieja fractura.

—Los detalles me dan igual —dije—. Sólo quiero que me digas su nombre.

—¿El nombre de quién?

—Del tipo que te retuvo durante ocho días.

Richard se limitó a menear la cabeza.

—He oído el nombre de Xavier —señalé—. Alguien lo ha mencionado.

Richard desvió los ojos y se llevó la mano izquierda al mismo lado de la cabeza, la confirmación que yo necesitaba.

—Me violaron —dijo.

Yo oía el mar, que aporreaba las rocas.

—¿Fue Xavier?

Negó con la cabeza.

—Paulie —dijo—. Acababa de salir de la cárcel. Aún le gustaba esa clase de cosas.

Me quedé unos instantes en silencio.

—¿Lo sabe tu padre?

—No —contestó.

—¿Y tu madre?

—Tampoco.

No sabía qué decir. Richard no añadió nada más. Nos quedamos allí sentados sin hablar. Luego llegó la cocinera y encendió el fuego. Puso manteca en una sartén y empezó a calentarla. El olor me daba náuseas.

—Vamos a dar un paseo —propuse.

Richard me siguió fuera, hasta las rocas. El aire era salado y vigorizante, pero también hacía un frío gélido. La luz era gris. El viento, fuerte. Nos soplaba directamente en la cara. A Richard el cabello le ondeaba hacia atrás, casi horizontal al

suelo. Las olas estallaban elevándose unos seis metros y las gotas espumosas nos azotaban como si fueran balas.

—No hay mal que por bien no venga —dije. Tenía que hablar en voz alta para que me oyera por encima del viento y el oleaje—. Quizás algún día Xavier y Paulie reciban su castigo, pero entretanto tu padre acabará en la cárcel.

Richard asintió. Había lágrimas en sus ojos. Debidas al viento frío. O quizá no.

—Se lo merece —soltó.

«Es muy leal —habría dicho su padre—. Somos los mejores colegas».

—Estuve secuestrado ocho días —indicó Richard—. Con uno habría bastado. Como en el caso del tío que has mencionado.

—¿Gorowski?

—Quien sea. El de la niña de dos años. ¿Crees que la violaron?

—Espero que no.

—Yo también.

—¿Sabes conducir? —pregunté.

—Sí.

—Quizá tengáis que salir de aquí. Pronto. Tú, tu madre y la cocinera. Así que debéis estar preparados. Atentos a mi posible aviso.

—¿Quién eres?

—Un tipo que cobra por proteger a tu padre. Tanto de sus supuestos amigos como de sus enemigos.

—Paulie no nos dejará pasar.

—Pronto ya no estará.

Richard meneó la cabeza.

—Paulie te matará —dijo—. No te enteras. Seas quien seas, no puedes enfrentarte a Paulie. Nadie puede.

—Me enfrenté con aquellos tíos fuera de la universidad.

Cabeceó de nuevo. Su cabello flotaba en el viento. Me recordó el pelo de la criada, bajo el agua.

—Fue una simulación —soltó—. Mi madre y yo lo hemos hablado. Un montaje.

Me quedé callado un momento. ¿Confiaba ya en él?

—No, fue en serio —dije. No, aún no confiaba en él.

—Es una población pequeña —señaló—. Habrá unos cinco polis. No había visto a aquel tipo en mi vida.

No dije nada.

—Y tampoco a aquellos policías de la universidad —agregó—. Y llevaba allí casi tres años.

Seguí callado. Errores que volvían a atormentarme.

—Entonces, si todo fue un montaje, ¿por qué has dejado de ir a clase? —repuse.

No contestó.

—¿Y cómo es que a Duke y a mí nos tendieron una emboscada?

Siguió callado.

—Así pues, ¿qué fue? ¿Verdadero o falso? —insistí.

Se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Viste cómo les disparaba —le recordé.

No dijo nada. Yo aparté la vista. Se acercaba la séptima ola. Se encrespó a unos cuarenta metros y golpeó las rocas más deprisa de lo que puede correr un hombre. La tierra se estremeció y el agua estalló hacia arriba como una bengala.

—¿Alguno de los dos lo ha hablado con tu padre? —inquirí.

—Yo no —repuso—. Ni pienso hacerlo. De mi madre no sé nada.

«Y yo no sé nada de ti», pensé. La ambivalencia funciona en ambos sentidos. Es como jugar con dos barajas. Quizás ahora mismo la idea de que su padre fuera a la cárcel le parecía muy bien. A lo mejor después cambiaba de parecer. Cuando veía venir el empujón, ese tío era capaz de inclinarse a un lado o al otro indistintamente.

—Te salvé el pellejo —observé—. Quieres hacerme creer que no fue así, y eso no me gusta.

—Es igual. En cualquier caso no puedes hacer nada —dijo—. Va a ser un fin de semana muy ajetreado. Has de ocuparte del cargamento. Y de todos modos, después serás uno de ellos.

—Pues échame una mano.

—No voy a traicionar a mi padre.

Muy leal. Los mejores colegas.

—No tienes por qué hacerlo —señalé.

—Entonces ¿cómo puedo ayudarte?

—Dile sólo que quieres que me quede. Dile que ahora no deberías estar solo. En cosas como ésta él te hace caso.

No dijo nada. Simplemente se alejó en dirección a la casa. Fue hacia el vestíbulo. Supuse que iba a tomar el desayuno en el comedor. Yo también regresé y me quedé en la cocina. La cocinera había puesto mi cubierto en la mesa de pino. Yo no tenía hambre, pero me obligué a comer. El cansancio y el hambre son malos compañeros. Había dormido y ahora iba a comer. No quería sentirme débil y mareado en el momento más inoportuno. Comí una tostada y tomé otra taza de café. Me fui animando y luego comí unos huevos con beicon. Iba ya por mi tercera taza de café cuando entró Beck, que me buscaba. Llevaba ropa de sábado. Tejanos azules y una camisa roja de franela.

—Vamos a Portland —dijo—. Al almacén. Enseguida.

Volvió al vestíbulo. Supuse que me esperaba en la parte delantera. Y también que Richard no había hablado con él. Porque no había podido o no había querido. Me limpié la boca con el dorso de la mano. Inspeccioné los bolsillos para asegurarme de que tenía las llaves y que la Beretta estaba bien guardada. Luego salí y fui en busca del coche. Lo llevé hasta la entrada. Beck me estaba aguardando. Se había puesto una

chaqueta de lona. Parecía un tipo corriente de Maine que fuera a cortar troncos o a sangrar sus arces para extraer jarabe. Pero no lo era.

Paulie aún estaba abriendo la verja, por lo que tuve que aminorar la marcha aunque no hizo falta que me detuviera. Al cruzar le eché una mirada. Imaginé que ese día sería su último día. O quizás el siguiente. O quizá moriría yo. Lo dejé atrás y aceleré por la ya bien conocida carretera. Al cabo de un rato pasé por el lugar donde Villanueva había aparcado. Poco después tomé la estrecha curva donde habíamos sorprendido a los guardaespaldas. Beck permanecía en silencio. Llevaba las rodillas separadas con las manos colgando en medio. Se inclinaba hacia delante en el asiento. La cabeza baja, miraba fijamente a través del parabrisas. Estaba nervioso.

—Aún no hemos hablado —dije—. Necesito información que me ponga en antecedentes.

—Luego —dijo.

Dejé la carretera 1 y tomé la I-95. Me dirigí al norte, hacia la ciudad. El cielo seguía gris. El viento era tan fuerte que el coche se salía del carril. Cogí la I-295 y pasé junto al aeropuerto, a mi izquierda, más allá de la lengua de agua. A mi derecha estaba la parte posterior del centro comercial donde habían apresado a la criada, y también la parte de atrás del nuevo recinto empresarial donde supuse que ella había muerto. Seguí adelante y puse rumbo a la zona del puerto. Dejé a un lado el aparcamiento donde Beck guardaba sus vehículos. Un minuto después llegábamos al almacén.

Estaba rodeado de vehículos, cinco, aparcados de cara a la pared, como aviones en una terminal. Como animales en un pesebre. Como rémoras en un cadáver. Había dos Lincoln Town Car negros, dos Chevy Suburban azules y un Mercury Grand Marquis gris. Uno de los Lincoln era el coche en que Harley me había llevado a recoger el Saab. Después de haber arrojado la criada al mar. Busqué sitio para el Cadillac.

—Déjeme aquí y ya está —dijo Beck.

Aminoré la marcha hasta parar.

—¿Y qué hago?

—Vuelva a casa —ordenó—. Cuide de mi familia.

Asentí. Así que, después de todo, tal vez Richard había hablado con él. Quizá su ambivalencia estaba ahora de mi lado, aunque fuera de momento.

—Muy bien —dije—. Lo que haga falta. ¿Quiere que después venga a recogerle? Negó con la cabeza.

—Seguro que alguien me llevará.

Bajó del coche y se encaminó a la deteriorada puerta gris. Rodeé el almacén y enfilé hacia el sur.

En vez de la I-295, tomé la carretera 1 y fui directamente al recinto empresarial. Entré

y recorrí el entramado de calles flamantes. Habría tres docenas de edificios de metal idénticos. Muy sencillos. No era uno de esos sitios que confía en atraer transeúntes ocasionales. Había muy poca gente paseando a pie. No se veían tiendas. Tampoco letreros llamativos. Ni vallas publicitarias. Tan sólo discretos rótulos numerados con los nombres de las empresas en letras pequeñas. Había cerrajerías, comercios de baldosas de cerámica, un par de imprentas. Y un mayorista de productos de belleza. Unidad 26 era un distribuidor de sillones de ruedas eléctricos. Y junto a él estaba la Unidad 27: «Empresa de eXportación Xavier». Las equis eran mucho mayores que las otras letras. En el letrero se leía la dirección de una oficina principal que no coincidía con la ubicación del recinto. Supuse que sería algún lugar del centro de Portland. Así que me dirigí de nuevo al norte, y volví a cruzar el río con la idea de conducir un rato por la ciudad.

Entré por la carretera 1 dejando un estadio a mi izquierda. Doblé a la derecha y me metí en una calle llena de edificios de oficinas. No eran los edificios que buscaba. La calle tampoco. Seguí buscando por el distrito durante cinco largos minutos hasta divisar un indicador callejero con el nombre correcto. Después miré los números y me detuve junto a una boca de incendios frente a una torre donde unas inmaculadas letras de acero desplegadas en toda su anchura deletreaban un nombre: «Casa de Misiones». Debajo había un aparcamiento. Observé la entrada de vehículos y estuve casi seguro de que Susan Duffy la había cruzado once semanas antes cámara en mano. Luego recordé una lección de historia en el instituto, sobre algún lugar de España cuatro siglos atrás, y al profesor hablándonos de un jesuita español llamado Francisco Javier. Incluso recordé las fechas de su nacimiento y su muerte: 1506-1552. Francisco Javier, misionero español. Francis Xavier, Casa de Misiones. En Boston, al principio, Eliot había acusado a Beck de gastar bromas. Se equivocaba. Era Quinn quien tenía un retorcido sentido del humor.

Me alejé de la boca de incendios y tomé otra vez la carretera 1 para dirigirme al sur. Conduje rápido pero tardé unos buenos treinta minutos en llegar al río Kennebunk. Fuera del motel había tres Ford Taurus aparcados, todos sencillos e idénticos salvo en el color, aunque tampoco en eso había mucha diferencia: gris, azul grisáceo y azul. Dejé el Cadillac donde la otra vez, tras el depósito de propano. Caminé en el aire frío hasta la puerta de Duffy y llamé. Vi la mirilla negra un instante, y ella abrió. No nos abrazamos. Detrás estaban Eliot y Villanueva.

—No he podido encontrar a la segunda agente —dijo ella.

—¿Dónde ha buscado?

—Por todas partes —dijo.

Duffy llevaba tejanos y una camiseta blanca de Oxford. Tejanos diferentes, camiseta diferente. Seguramente tenía un buen surtido. Calzaba zapatillas náuticas en los pies desnudos. Presentaba buen aspecto, aunque sus ojos revelaban preocupación.

—¿Puedo entrar? —pregunté.

Ella vaciló un instante, ensimismada. Acto seguido se hizo a un lado y yo la seguí dentro. Villanueva estaba sentado en la silla del escritorio. La inclinaba un poco hacia atrás. Rogué que las patas fueran lo bastante fuertes, pues él no era pequeño. Eliot se hallaba en el extremo de la cama, igual que cuando había estado en mi habitación de Boston. Duffy se sentaba en la cabecera. No había duda. Las almohadas estaban apiladas verticalmente, evidenciando la forma de su espalda.

—¿Dónde ha buscado? —repetí.

—En todo el sistema —respondió ella—. Por todo el Departamento de Justicia, de arriba abajo, lo que incluye tanto el FBI como la DEA. Y la mujer no aparece.

—¿Conclusión?

—Que también efectuaba una misión extraoficial.

—Lo que nos plantea una pregunta —dijo Eliot—. ¿Qué demonios está pasando?

Duffy volvió a sentarse en la cabecera de la cama y yo me coloqué a su lado. No había otro sitio. Ella sacó como pudo una de las almohadas y la encajó tras mi espalda. Conservaba el calor de su cuerpo.

—No está pasando nada —dije—. Salvo que los tres empezamos hace dos semanas como los de la loca academia de policía.

—¿Qué?

Hice una mueca.

—Yo estaba obsesionado con Quinn y ustedes con Teresa Daniel. Estábamos todos tan obsesionados que pusimos la directa y construimos un castillo de naipes.

—¿Qué? —repitió Eliot.

—Es más culpa mía que de ustedes —señalé—. Remontémonos al principio, hace once semanas.

—Lo de las once semanas no tiene nada que ver con usted. Aún no estaba con nosotros.

—Cuénteme qué pasó exactamente.

Se encogió de hombros. Lo ensayó mentalmente.

—De Los Ángeles nos llegó la información de que un pez gordo acababa de comprar un billete de primera clase para Portland, Maine.

Asentí.

—Y entonces lo siguieron hasta su cita con Beck —dije—. ¿Y le sacaron fotos haciendo qué?

—Inspeccionando muestras —explicó Duffy—. Haciendo una transacción.

—En un aparcamiento privado —añadí—. Y, dicho sea de paso, si era lo bastante privado para meterle a usted en problemas con la Cuarta Enmienda, quizá podría haberse preguntado cómo Beck había entrado ahí.

Duffy no dijo nada.

—¿Qué más? —inquirí.

—Nos fijamos en Beck —explicó Eliot—. Llegamos a la conclusión de que era

un importador y distribuidor importante.

—Desde luego que lo es —repuse—. Y mandaron a Teresa a que lo trincara.

—Extraoficialmente —puntualizó Eliot.

—Ése es un dato sin importancia —dije.

—Entonces ¿qué salió mal?

—Era un castillo de naipes —repetí—. Ustedes cometieron al principio un pequeño error de apreciación. Lo que invalidó todo lo que vino después.

—¿Qué fue?

—Algo de lo que debería haberme dado cuenta muchísimo antes.

—¿El qué?

—Pregúntense tan sólo por qué no encuentran ni rastro de la criada en el ordenador.

—No constaba en ningún registro. Es la única explicación.

Meneé la cabeza.

—Ella era todo lo legal que se puede ser. Estaba en todos los puñeteros registros. Encontré algunas notas suyas. No cabe ninguna duda.

Duffy me taladró con la mirada.

—Reacher, ¿qué pasa exactamente?

—Beck tiene un mecánico —expliqué—. Una especie de técnico. ¿Para qué?

—No lo sé —dijo ella.

—Yo ni siquiera pensé en ello —precisé—. Debería haberlo hecho. Aunque, la verdad, tampoco tenía por qué, pues lo lógico es que lo hubiera sabido antes siquiera de conocer al maldito mecánico. Pero estaba bloqueado por una idea.

—¿Qué idea?

—Beck sabía el precio de venta al por menor de una Colt Anaconda —dije—. Sabía cuánto pesaba. Duke tenía una Steyr SPP, un arma australiana poco común. Angel Doll una PSM, un arma rusa nada frecuente. Paulie dispone de una NSV, seguramente la única dentro de Estados Unidos. A Beck le obsesionaba el hecho de que hubiéramos atacado con Uzi y no con H&K. Sabía lo bastante para modificar una Beretta 92FS con el fin de que pareciera exactamente una M9 militar reglamentaria.

—¿Por tanto...?

—No es quien creíamos que era.

—¿Qué es, entonces? Acaba de admitir que sin duda es un importador y distribuidor importante.

—Así es.

—¿Y...?

—Miraron en el ordenador equivocado —señalé—. La criada no trabajaba para el Departamento de Justicia, sino para Hacienda.

—¿Hacienda?

—ATF —precisé—. Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego.

La habitación quedó en silencio.

—Beck no es un traficante de drogas —rematé—, sino un traficante de armas.

El silencio se prolongó un buen rato. Duffy miró a Eliot. Éste le devolvió la mirada. Ambos miraron a Villanueva. Éste me miró a mí, y luego por la ventana. Aguardé a que cayeran en la cuenta del problema táctico. Pero no. Al menos no inmediatamente.

—Así pues, ¿qué hacía el tipo de Los Ángeles? —preguntó Duffy.

—Examinaba muestras —respondí—. En el maletero del Cadillac. Exactamente lo que usted pensaba. Pero muestras de las armas que Beck estaba distribuyendo. Prácticamente me lo dijo él mismo. Me contó que los traficantes de droga son esclavos de la moda. Les gustan las cosas nuevas y elegantes. Cambian de armas continuamente, buscando siempre la última novedad.

—¿Le dijo eso?

—La verdad es que yo apenas ponía atención —precisé—. Estaba cansado. Y en su discurso todo eran zapatillas, coches, chaquetas y relojes.

—Duke trabajó en Hacienda —observó ella—. Después de ser poli.

Asentí.

—Probablemente Beck lo conoció allí. Seguramente lo sobornó.

—¿Y dónde encaja Quinn en todo eso?

—Supongo que estaba dirigiendo una misión rival —dije—. Puede que desde el principio, ya desde que abandonara el hospital de California. Tuvo seis meses para elaborar sus planes. Y a un tipo como Quinn le van más las armas que los estupefacientes. Imaginé que en algún momento consideraría la actividad de Beck como un objetivo a conquistar. A lo mejor le gustaba el modo en que Beck estaba explotando el mercado de los narcotraficantes. O acaso le gustara la parte del negocio relacionada con las alfombras. Es una tapadera fantástica. Así que movió pieza. Hace cinco años secuestró a Richard para que Beck firmara en la línea de puntos.

—Pero Beck le dijo que los tipos de Hartford eran clientes suyos —indicó Eliot.

—Y lo eran —confirmé—. Pero le compraban armas, no drogas. Por eso lo de las Uzi lo desconcertaba. ¿Les había estado vendiendo un montón de H&K y ahora usaban Uzi? No lo entendía. Pensaría que habían cambiado de proveedores.

—Fuimos muy tontos —dijo Villanueva.

—Yo más que ustedes —puntalicé—. Increíblemente tonto. Había indicios por todas partes. Beck no es lo bastante rico para ser un traficante de drogas. Gana dinero, desde luego, pero no millones a la semana. Advirtió las marcas que yo había hecho en las recámaras del Colt. Conocía el precio y el peso de una mira láser para acoplar a la Beretta que me dio. Cuando tuvo que ir a Connecticut a ocuparse de unos negocios, metió en una bolsa un par de H&K sin usar. Las cogería directamente del almacén. Tiene una colección personal de pistolas Thompson relucientes.

—¿Qué hace el mecánico?

—Prepara las armas para la venta —contesté—. Supongo. Hace ajustes finos, las



pone a punto, las comprueba. Algunos clientes de Beck no reaccionarían bien ante un material no del todo satisfactorio.

—Los que nosotros conocemos, no —corroboró Duffy.

—Durante una cena, Beck habló del M16 —proseguí—. De un fusil de asalto, por el amor de Dios. Y quería saber mi opinión sobre las Uzi en comparación con las H&K, como si estuviera realmente fascinado. Claro, pensé que se trataba sólo de un obseso de las armas, pero no, lo cierto es que su interés era profesional. Tiene acceso informático a la fábrica Glock de Deutsch-Wagram, Austria.

Todos se quedaron callados.

—En el sótano había un olor peculiar —proseguí—. Tenía que haberlo reconocido. Era el olor del lubricante de armas en el cartón. Es lo que se huele tras amontonar cajas de armas nuevas y dejarlas ahí una semana.

Nadie hablaba.

—Y encima los precios de los papeles de Bizarre Bazaar —continué—. Bajos, medianos y altos. Bajos para las municiones, medianos para las armas cortas, altos para las armas largas y cosas exóticas.

Duffy estaba mirando fijamente la pared. Se devanaba los sesos.

—Muy bien —dijo Villanueva—. Creo que todos hemos sido un poco tontos.

Duffy lo miró. Luego me miró a mí fijamente. Por fin había caído en la cuenta del problema táctico.

—No tenemos jurisdicción —dijo.

Nadie respondió.

—Es un asunto de la ATF —prosiguió—. No de la DEA.

—Fue un error comprensible —señaló Eliot.

Ella meneó la cabeza.

—No me refiero a entonces sino a ahora. No podemos estar aquí. Hemos de pirarnos, ahora mismo, ya.

—Yo no me piro —solté.

—Debe hacerlo porque nosotros debemos hacerlo. Hemos de liar los bártulos y largarnos. Y no puede quedarse aquí por su cuenta y sin apoyo.

Era una redefinición del trabajo solitario y clandestino.

—Me quedo —dije.

Después de que sucediera, estuve un año entero escarbando en mi interior hasta llegar a la conclusión de que no habría respondido ninguna otra cosa por mucho que ella hubiera estado perfumada y desnuda bajo su fina camiseta y sentada a mi lado en un bar al formularme la fatídica pregunta: «¿Me permite que haga yo la detención?». Habría respondido que sí en cualquier circunstancia. Sin lugar a dudas. A un tío feo y grandote de Texas o Minnesota en posición de firmes en mi despacho también le habría dicho que sí. Ella había hecho el trabajo. Merecía el honor. Por entonces yo

estaba vagamente interesado en progresar, quizás algo menos que la mayoría de la gente, y es que, claro, cualquier estructura con un sistema de rangos tienta a uno a ascender por ella. Así que tenía un vago interés.

De todos modos, yo no era de esos que se apropian de los logros de sus subordinados para exhibirlos luego como propios. Jamás lo hice. Si alguien desempeñaba bien sus funciones, hacía un buen trabajo, a mí siempre me satisfacía hacerme a un lado y dejar que el otro recogiera el fruto. Era un principio. Y lo observé toda mi vida. Siempre podía consolarme dejándome acariciar por el reflejo de su resplandor. Al fin y al cabo era mi compañía. En cierto modo había un reconocimiento colectivo. A veces.

En cualquier caso, me gustaba de veras la idea de que un suboficial de la PM detuviera a un coronel del servicio de contraespionaje. Porque sabía que para un tipo como Quinn sería un verdadero golpe. Él lo consideraría el colmo de la indignidad. A un tipo que compraba Lexus y veleros y llevaba camisas de golf le sentaría como un tiro que lo humillara un maldito sargento.

«¿Me permite que haga yo la detención?», preguntó de nuevo ella.

«Quiero que la haga usted», respondí.

—Es una cuestión puramente legal —señaló Duffy.

—Para mí, no —objeté.

—No tenemos competencia.

—Yo no trabajo para ustedes.

—Es un suicidio —dijo Eliot.

—Hasta ahora he sobrevivido.

—Sólo porque ella cortó los teléfonos.

—Los teléfonos ya no cuentan —repuse—. Se ha resuelto el problema de los guardaespaldas. Así que ya no necesito su apoyo.

—Todo el mundo necesita apoyo. Sin él no puede emprender una misión secreta.

—Sí, el apoyo de la ATF a la criada le sirvió de mucho —espeté irónico.

—Le prestamos un coche. Le ayudamos a dar todos los pasos necesarios.

—Ya no me harán falta más coches. Beck me ha dado mi propio juego de llaves. Y un arma. Y balas. Soy su nuevo brazo derecho. Me ha confiado la protección de su familia.

Se quedaron callados.

—Estoy muy cerca de trincarlo —añadí—. No voy a pirarme ahora.

Siguieron sin decir nada.

—Y puedo salvar a Teresa Daniel.

—La ATF puede salvar a Teresa Daniel —indicó Eliot—. Ahora hemos de acudir a la ATF, hemos perdido contacto con nuestra gente. La criada era suya, no nuestra. No vamos a correr riesgos.

—La ATF no es capaz de actuar con rapidez —protesté—. Teresa se verá cogida entre dos fuegos.

Hubo un largo silencio.

—Hasta el lunes —dijo Villanueva—. Seguiremos hasta el lunes. Se lo diremos a la ATF el lunes a más tardar.

—Deberíamos decírselo ahora mismo —señaló Eliot.

Villanueva asintió.

—Pero no lo haremos. Y si hace falta me aseguraré de que no lo hagamos. Demos tiempo a Reacher hasta el lunes.

Eliot no replicó más. Sólo apartó la mirada. Duffy apoyó la cabeza en la almohada y posó la mirada en el techo.

—Mierda —soltó.

—Para el lunes habré terminado —dije—. Les traeré a Teresa y entonces podrán volver a casa y hacer todas las llamadas que quieran.

Duffy permaneció en silencio un largo minuto antes de hablar.

—De acuerdo —dijo—. Puede volver. Y debería hacerlo enseguida. Ha estado fuera mucho rato. Esto puede levantar sospechas.

—Muy bien —dije.

—Pero primero piénselo —añadió—. ¿Está absolutamente seguro?

—No estoy bajo su responsabilidad.

—Eso da igual. Sólo responda la pregunta. ¿Está seguro?

—Sí —repuse.

—Ahora piénselo otra vez. ¿Todavía está seguro?

—Sí —repetí.

—Estaremos aquí —dijo—. Si nos necesita, llámenos.

—De acuerdo.

—¿Aún está seguro?

—Sí —contesté.

—Pues váyase.

Duffy no se movió. Los demás tampoco. Yo me incorporé y me marché de la silenciosa habitación. Estaba a mitad de camino del Cadillac cuando Villanueva salió tras de mí. Me indicó con la mano que esperara y se acercó. Andaba rígido y lento, como correspondía a sus años.

—Méteme dentro —dijo—. Si tienes alguna posibilidad, quiero estar ahí.

No dije nada.

—Te puedo echar una mano.

—Ya lo hiciste.

—He de hacer más. Por la chica.

—¿Duffy?

Negó con la cabeza.

—No. Teresa.

—¿Tienes algo que ver con ella?

—Cierta responsabilidad —contestó.

—¿Cómo?

—Era su tutor. Se decidió así. ¿Sabes qué significa?

Asentí. Sabía exactamente qué significaba, en todos sus extremos.

—Teresa trabajó una temporada para mí —explicó—. Yo la adiestré. Básicamente me encargué de curtirla. Después fue ascendida. Pero hace diez semanas vino a verme, quería saber mi parecer sobre lo de aceptar o no esa misión. Ella tenía algunas dudas.

—Pero le dijiste que sí.

Asintió.

—Como un maldito estúpido —reconoció.

—¿Podías haberlo impedido realmente?

Volvió a asentir con la cabeza.

—Seguramente. Si yo le hubiera expuesto razones para no aceptar, me habría escuchado. Habría tomado su propia decisión, pero me habría hecho caso.

—Entiendo —dije.

Y lo entendía, por supuesto que sí. Lo dejé allí de pie, en el aparcamiento del motel, subí al coche y vi que me miraba al alejarme.

Fui todo el rato por la carretera 1 a través de Biddeford, Saco y Old Orchard Beach, y a continuación giré hacia el este y enfilé la larga y solitaria carretera que llevaba a la casa. Mientras me iba acercando, miré el reloj y calculé que había estado fuera dos horas enteras, de las que sólo cuarenta minutos estaban justificados. Veinte para ir al almacén y otros veinte para regresar. Pero supuse que no tendría que dar explicaciones a nadie. Beck nunca sabría que yo no había vuelto inmediatamente y los otros jamás sabrían que debía hacerlo. Imaginé que estaba próximo el final, que volaba libre hacia la victoria.

Pero me equivocaba.

Lo supe antes de que Paulie hubiera abierto la verja hasta la mitad. Salió de la caseta y se acercó a la puerta. Llevaba traje. Sin abrigo. Alzó el picaporte golpeándolo hacia arriba con el puño cerrado. Hasta aquí todo normal. Lo había visto abrir la puerta una docena de veces, y ahora no estaba haciendo nada distinto. Cerró los puños en torno a los barrotes. Empujó la puerta. Pero antes de llegar a la mitad se paró en seco. Sólo dejó espacio para su enorme corpachón. Salió y se acercó a mi ventanilla, y cuando estuvo a un par de metros del vehículo se quedó quieto, sonrió y sacó dos armas de los bolsillos. Todo pasó en menos de un segundo. Dos bolsillos, dos manos, dos armas. Eran mis Colt Anaconda. A la luz grisácea, el acero no brillaba. Advertí que ambos revólveres estaban cargados. Desde cada recámara, brillantes casquillos chatos de cobre me echaban guiños. Remington Magnum 44, sin

duda. Munición encamisada. Una caja de veinte, dieciocho dólares. Más IVA. Noventa y nueve centavos cada bala. Doce balas. Munición de precisión por valor de once dólares y cuarenta centavos, lista para salir, cinco dólares y setenta centavos en cada mano. Y Paulie mantenía las manos muy firmes. Eran como rocas. La izquierda apuntaba al morro del Cadillac. La derecha, directamente a mi cabeza. Los dedos, tensos en los gatillos. Las bocas de los cañones no se movían un ápice. Parecía una estatua.

Hice lo habitual. Repasé todas las posibilidades. El Cadillac era un coche grande con puertas alargadas, pero Paulie se había colocado lo bastante lejos para evitar que yo abriera la mía de golpe y le diera con ella. Y el coche estaba parado. Si pisaba el acelerador, él dispararía ambas armas al instante. La bala del revólver de la derecha quizá me pasaría por detrás de la cabeza, pero la rueda delantera se cruzaría en el camino de la de la izquierda. Acto seguido, yo me estrellaría contra la verja y perdería impulso, y con un neumático reventado y quizá la dirección averiada sería una presa fácil. Él tiraría otras diez veces, y aunque no me matara en el acto, me dejaría muy malherido y el coche quedaría inmovilizado. Sólo tendría que acercarse y observar cómo me desangraba mientras recargaba las armas.

También podía plantearlo al revés y salir zumbando hacia atrás, pero en la mayoría de los coches la marcha atrás es muy corta, con lo que me movería bastante despacio. Además me alejaría de él siguiendo una línea indefectiblemente recta. No habría desplazamiento lateral. Ninguna de las ventajas habituales de un blanco móvil. Y una Remington Magnum 44 abandona el cañón a más de mil trescientos kilómetros por hora. No es fácil darle esquinazo.

Podía probar con la Beretta. Tendría que ser un tiro rapidísimo a través del cristal de la ventanilla. Pero el cristal del Cadillac es bastante grueso. Gracias a eso, el interior es silencioso. Y aunque sacara el arma y disparara antes que él, sólo le daría de pura casualidad. Naturalmente, el cristal se haría añicos, pero a menos que yo me tomara todo el tiempo necesario para asegurarme de que la trayectoria fuera exactamente perpendicular a la ventanilla, la bala se desviaría. Tal vez muchísimo. Acaso errara completamente el tiro. Sería pura casualidad que le hiriese siquiera. Recordé el puntapié en el riñón. Si no quería la suerte que le acertara en un ojo o en pleno corazón, él pensaría que le había picado una abeja.

También podía bajar la ventanilla. Pero iba muy despacio. Y podía predecir exactamente qué ocurriría. Paulie estiraría el brazo al mismo tiempo y acercaría el Colt de su mano derecha a menos de un metro de mi cabeza. Aunque yo sacara la Beretta muy rápido, él me llevaría muchísima ventaja. Mis posibilidades eran escasas. Escasísimas. «Conserva la vida —solía decir Leon Garber—. Conserva la vida y a ver qué te depara el próximo minuto».

Al minuto siguiente, Paulie dictó sus órdenes.

—¡Ponlo en punto muerto! —gritó.

Pese al grueso cristal, lo oí con nitidez. Obedecí.

—¡La mano derecha donde pueda verla!

La coloqué contra la ventanilla, los dedos extendidos, igual que cuando le indiqué a Duke «veo a cinco personas».

—¡Abre la puerta con la izquierda!

Busqué a tientas con la mano izquierda y alcé la manija. Empujé el cristal con la derecha. La puerta se abrió de par en par. Entró aire fresco. Lo noté en las rodillas.

—Las dos manos donde yo las vea —dijo.

Ahora que el cristal ya no se interponía entre nosotros, ya no gritaba. Ahora que el coche estaba en punto muerto, acercó el Colt de la izquierda. Observé las bocas idénticas. Era como estar sentado en la cubierta de proa de un buque de guerra y alzar la vista hacia un par de cañones navales. Puse las manos de forma que él las viera.

—Los pies fuera del coche —dijo.

Giré sobre mi culo, despacio sobre el cuero. Saqué los pies al asfalto. Me sentí como Terry Villanueva junto a la verja de la universidad, a primera hora de la mañana del undécimo día.

—De pie —ordenó—. Aléjate del coche.

Me levanté con ayuda de las manos. Me aparté del coche. Paulie me apuntaba con ambas armas directamente al pecho. Estaba a poco más de un metro.

—No te muevas ni un milímetro —dijo.

No me moví ni un milímetro.

—¡Richard! —gritó él.

Richard Beck salió de la caseta junto a la verja. Estaba pálido. Distinguí tras él a Elizabeth Beck en la penumbra, la blusa abierta por delante. Se la ceñía con fuerza al cuerpo. Paulie me dirigió una mueca. Una mueca brusca, propia de un demente. Pero las armas no vacilaban. Ni un ápice. Permanecían firmes como rocas.

—Has regresado demasiado pronto —soltó—. Estaba a punto de hacer que jodiera con su madre.

—¿Has perdido el juicio? —repuse—. ¿Qué demonios pasa?

—Que he recibido una llamada. Eso es lo que pasa.

«Debería haber regresado hace una hora y veinte minutos», pensé.

—¿Te ha llamado Beck?

Negó con la cabeza.

—Beck no —contestó—. Mi jefe.

—¿Xavier? —dije.

—El señor Xavier —precisó.

Me miró fijamente, a modo de desafío. Los revólveres no se movían.

—He ido de compras —dije. «Conserva la vida. A ver qué te depara el próximo minuto».

—No me importa lo que hayas hecho.

—No encontraba lo que quería. Por eso he llegado tarde.

—Esperábamos que llegaras tarde.

—¿Por qué?

—Tenemos nueva información.

No repliqué.

—Camina hacia atrás —ordenó—. Cruza la verja.

Mantuvo las dos armas a algo más de un metro de mi pecho y se aproximó mientras yo retrocedía hacia la puerta. Emparejaba sus pasos con los míos. Me detuve a unos seis metros, ya dentro, en mitad del camino de entrada. Paulie dio un paso a un lado y se volvió a medias de modo que me cubría a mí con la izquierda y a Richard y Elizabeth con la derecha.

—¡Richard! —gritó—. Cierra la puerta.

Siguió apuntándome con el Colt de la izquierda y giró el de la mano derecha hacia Richard. El chico empujó la verja hasta que se cerró con un ruido fuerte y metálico.

—Ahora ponle el candado.

Richard manejó el candado con torpeza. Oí que éste golpeaba contra el hierro. Oí el motor del Cadillac, al ralentí a unos doce metros, al otro lado de la verja. Oí las olas que batían la orilla a mi espalda, lentas, uniformes y lejanas. Vi a Elizabeth Beck en el umbral de la caseta. Se hallaba a unos tres metros de la enorme ametralladora colgada de su cadena, sin el seguro puesto. No obstante, Paulie constituía un punto ciego del campo visual. Desde la ventana de atrás era imposible verlo.

—Ciérralo —ordenó.

Richard cerró el candado.

—Ahora tú y mamá os ponéis detrás de Reacher.

Madre e hijo se me aproximaron. Pasaron justo por mi lado. Ambos estaban pálidos y temblaban. El cabello de Richard ondeaba al viento. Le vi la cicatriz. Elizabeth aún llevaba la blusa abierta, y los brazos cruzados y ceñidos al pecho. Oí que ambos se detenían detrás de mí. Oí sus zapatos en el asfalto al arrastrar los pies para volverse y colocarse de frente a mi espalda. Paulie dio unos pasos hasta el centro del camino de entrada. Estaba a tres metros. Ambos cañones apuntándome al pecho, uno al lado izquierdo, otro al derecho. Las Magnum del 44 encamisadas pasarían a través de mí y seguramente también de Richard y Elizabeth. Tal vez harían todo el recorrido hasta la casa. Acaso destrozarían un par de ventanas de la primera planta.

—Reacher, extiende los brazos a los lados —dijo Paulie.

Lo hice, separándolos del cuerpo, rígidos y rectos, haciendo ángulo hacia abajo.

—Richard, ahora quítale el abrigo a Reacher —ordenó Paulie—. Bájaselo desde el cuello.

Noté las manos de Richard en la nuca. Estaban frías. Asieron el cuello del abrigo y tiraron hacia abajo. La prenda se deslizó por los hombros y luego por los brazos. Primero se desprendió de una muñeca y después de la otra.

—Haz con él una bola.

Oí a Richard hacer una bola con mi abrigo.

—Tráelo.

Richard pasó por mi lado llevando el ovillado abrigo. Llegó a metro y medio de Paulie y se paró.

—Arrójaló al otro lado de la verja —dijo—. Bien lejos.

Richard lo lanzó por encima de la verja. Bien lejos. Las mangas se agitaron en el aire y el bulto ascendió vigorosamente. Luego bajó y oí el ruido sordo y amortiguado de la Beretta al caer sobre el capó del Cadillac.

—Haz lo mismo con la chaqueta —ordenó Paulie.

Richard repitió la operación con la chaqueta, que aterrizó cerca del abrigo, en el brillante capó del Cadillac, y se deslizó para acabar en el suelo en un montón arrugado. Sentí frío. El viento soplaba contra mi fina camisa. A mi espalda alcanzaba a oír la respiración de Elizabeth, superficial y entrecortada. Richard se quedó donde estaba, a metro y medio de Paulie, aguardando la siguiente orden.

—Ahora tú y tu mamá caminaréis cincuenta pasos —le dijo Paulie—. Hacia la casa.

Richard echó a andar y pasó otra vez por mi lado. Oí que su madre iniciaba la marcha y acomodaba su paso al de él. Los oí alejarse juntos. Giré la cabeza y los vi detenerse a unos cuarenta metros. Me volví y miré otra vez al frente. Paulie retrocedió hacia la verja, un paso, dos, tres. Se paró a algo más de un metro. De espaldas al enrejado. Quedé a cuatro metros y medio de él y supuse que podía ver a Richard y Elizabeth por encima de mi hombro, a unos treinta metros. Formábamos una línea recta perfecta en el camino de entrada, Paulie cerca de la verja y de cara a la casa, Richard y Elizabeth a mitad de camino y de espaldas a él, yo en medio, intentando conservar la vida y ver lo que me deparaba el siguiente minuto, enfrente de Paulie, mirándole fijamente a los ojos.

Él sonrió.

—Muy bien —dijo—. Ahora presta atención.

No dejó de observarme, sosteniéndome la mirada. Se agachó y dejó ambas armas cuidadosamente sobre el asfalto, a sus pies, y luego las empujó hacia atrás, hacia la base de la verja. Oí el acero rozar la rugosa superficie. Paulie se levantó y me mostró las palmas.

—Sin armas —dijo—. Voy a matarte a golpes.



Aún podía oír el Cadillac, suavemente al ralentí. Alcanzaba a oír el desigual susurro del V-8 y el leve borboteo en los tubos de escape. Oía las correas de transmisión girando despacio bajo el capó. Y el tictac del silenciador mientras se ajustaba a una nueva temperatura.

—Reglas —soltó Paulie—. Si logras pasarme, recuperas las armas.

No dije nada.

—Y si las recuperas, las puedes usar —aclaró.

Seguí callado. Él sonreía.

—¿Lo entiendes? —gritó.

Asentí. Le miré a los ojos.

—Muy bien —dijo—. Yo no tocaré las armas a menos que decidas huir. En ese caso, las cogeré y te dispararé por la espalda. Es lo justo, ¿no? Ahora tienes que apechugar y luchar.

No dije nada.

—Como un hombre —añadió.

Continué en silencio. Tenía frío. No llevaba chaqueta ni abrigo.

—Como un oficial y caballero —precisó.

Le miré a los ojos.

—¿Han quedado claras las reglas? —preguntó.

El viento soplaba en la espalda.

—¿Han quedado claras las reglas? —repitió.

—Clarísimas —respondí.

—¿Vas a huir? —preguntó.

No contesté.

—Creo que sí lo harás —dijo—. Porque eres una nena.

No reaccioné.

—Oficial nenaza —espetó—. Puta barata. Cobarde.

Podía insultarme todo lo que quisiera. «Los palos y las piedras pueden romperme los huesos, pero las palabras nunca me lastimarán». Y dudé que él conociera muchos de los epítetos que yo había oído antes más de un millón de veces. Los policías militares no son precisamente bien hablados. Dejé de escucharle. En lugar de ello me fijé en sus ojos, sus manos y sus pies. Hice un esfuerzo mental. Sabía muchas cosas de él. Ninguna buena. Era grande, rápido, y estaba loco.

—Maldito espía de la ATF —masculló.

«No exactamente», pensé.

—¡Allá voy! —gritó.

No se movió. Yo tampoco. Me limité a no ceder terreno. Él estaba atiborrado de

alcohol y esteroides. Tenía los ojos encendidos.

—Voy por ti —dijo con voz cantarina.

No se movió. Era grande. Grande y fuerte. Muy fuerte. Si me cazaba, yo caería. Y si caía, ya no volvería a levantarme. Lo observé. De pronto se acercó moviéndose deprisa. Hizo un amago a la izquierda y se paró. Yo seguí inmóvil. Sin retroceder. Lo observé. Me devané los sesos. Paulie pesaba mucho más de lo normal, quizás entre cincuenta y setenta kilos más. O sea que era rápido pero hasta un límite.

Respiré hondo.

—Elizabeth dice que no se te levanta —solté.

Me clavó la mirada. Aún alcanzaba a oír el Cadillac. Y las olas, que rompían mucho más allá de la casa.

—Eres un tío grande —añadí—. Pero no lo tienes todo grande.

No hubo reacción.

—Seguro que el dedo meñique de mi mano izquierda es mayor —precisé. Lo levanté, medio doblado en la palma—. Y más duro.

Se le ensombreció la cara. Pareció hincharse. Estalló de ira. Se lanzó hacia delante blandiendo el brazo derecho a modo de guadaña trazando un enorme círculo. Yo me hice a un lado para esquivarlo. Me agaché bajo su brazo y salté y me di la vuelta. Él se paró en seco y volvió a por mí al punto. Habíamos intercambiado la posición. Ahora yo estaba más cerca de las armas que él. Le entró el pánico y se lanzó hacia mí. El mismo movimiento. Intentó golpearme con el brazo derecho. Yo me aparté a un lado, me agaché y volvimos a quedar como al principio. Pero ahora él respiraba con más dificultad que yo.

—Eres una blusa grandota de chica —solté.

Era un insulto que yo había oído en algún sitio. Quizás en Inglaterra. No tenía ni idea de qué significaba. Pero con ciertos tipos surtía efecto. Con Paulie funcionó muy bien. Me atacó de nuevo, sin vacilar. Exactamente igual que antes. Esta vez, al girar bajo su brazo hundí el codo en su costado. No sirvió de nada. Arremetió nuevamente. Lo volví a evitar y noté la brisa originada por su puño gigante al pasar a un par de centímetros de mi cabeza.

Se detuvo, jadeando. Yo me estaba animando. Empecé a pensar que tenía alguna posibilidad. Paulie peleaba muy mal. A muchos tíos grandotes les ocurre. Su mero tamaño intimida tanto que los combates no llegan ni a empezar, o bien les permite vencer tras el primer puñetazo. En cualquier caso, no tienen demasiada práctica. Ni adquieren mucha astucia. Además están deformados. Los aparatos de musculación y las ruedas de andar no son buenos sustitutos de la actitud alerta e intensa, la máxima rapidez, el cuello tenso y la adrenalina disparada que hacen falta para pelear en la calle. Supuse que Paulie era un ejemplo clarísimo de eso. Habría levantado pesas hasta reventar el cuerpo por las costuras.

Le lancé un beso.

Se abalanzó sobre mí. Llegó como un martinete. Me aparté a la izquierda y le

clavé el codo en la cara, y él me dio con su mano izquierda y me arrojó a un lado como si yo fuera ingrávigo. Caí sobre una rodilla y me incorporé justo a tiempo de arquearme y evitar su siguiente arremetida enloquecida. Su puño no se hundió en mi estómago por medio centímetro y debido al frenético impulso pasó de largo bajando algo su centro de gravedad, con lo que el costado de su cabeza quedó en la posición idónea para que le atizara un gancho de izquierda. Le di con toda el alma. Estrellé el puño en su oído y él se tambaleó hacia atrás. Le aticé un formidable rechazazo en la mandíbula. Después retrocedí bailando, me tomé un respiro y traté de ver cuánto daño había hecho.

Ningún daño.

Le había golpeado cuatro veces y parecía que no le había tocado siquiera. Los dos codazos habían sido fuertes, y los dos puñetazos los más duros que había propinado en mi vida. Del segundo codazo quedaba como secuela un poco de sangre en el labio superior, pero en todo lo demás el tío estaba intacto. En teoría debía estar inconsciente. En coma. Haría unos treinta años desde la última vez que yo había tenido que golpear a alguien más de cuatro veces. Sin embargo, Paulie no revelaba el menor dolor. Ni preocupación alguna. No se hallaba inconsciente. Tampoco en coma. Bailaba alrededor y sonreía. Relajado. Moviéndose sin dificultad. Enorme. Invulnerable. «No hay manera de lastimarlo». Lo miré y me quedó clarísimo que mis posibilidades eran nulas. Y él me miró y supo exactamente qué estaba yo pensando. Esbozó una sonrisa. Guardó el equilibrio sobre ambos pies, hundió la cabeza entre los hombros y alargó las manos al frente a modo de garras. Dio patadas en el suelo, pie izquierdo, pie derecho, izquierdo, derecho. Parecía estar piafando. Parecía que iba a saltar sobre mí y hacerme papilla. Su sonrisa se deformó hasta convertirse en una enorme y espantosa mueca de placer.

Embistió directamente, y yo lo esquivé apartándome a la izquierda. Sin embargo, él había previsto esa maniobra y me asestó un gancho de derecha en todo el pecho. Sentí exactamente como si me hubiera golpeado un levantador de pesos de ciento ochenta kilos a diez kilómetros por hora. Mi esternón pareció partirse, y creí que el corazón dejaría de latir debido a la sacudida. Perdí el equilibrio y caí de espaldas. Había llegado el momento de decidir entre vivir o morir. Elegí vivir. Rodé dos veces sobre mí y, con ayuda de las manos, me levanté de golpe. Salté hacia atrás y a un lado y evité un directo de derecha que si me alcanza no lo cuento.

Después de eso, todo consistió en conservar la vida y ver qué ocurría al minuto siguiente. Me dolía mucho el pecho y mi movilidad estaba por debajo de su nivel óptimo, aunque durante un minuto me zafé de todos sus golpes. Paulie era rápido pero no habilidoso. Le di un codazo en la cara. El impacto le rompió la nariz. Debería haberle hecho un agujero hasta la parte posterior de la cabeza, pero al menos empezó a sangrar. Abrió la boca para respirar. Yo seguí esquivando, bailando y esperando. Me dio un tremendo puñetazo en el hombro izquierdo que casi me lo dejó paralizado. Luego falló por poco su rechazazo y durante una décima de segundo su posición

resultó vulnerable. Tenía la boca abierta porque la nariz le sangraba. Lo aproveché y solté un puñetazo-cigarrillo. Es un truco de pelea de bar que aprendí hace tiempo. Le ofreces a un tío un cigarrillo y él lo coge, se lo lleva a los labios y abre la boca dos o tres centímetros, después de lo cual calculas bien el tiempo y le lanzas un buen *uppercut* al mentón. Eso le cierra la boca de golpe, le rompe la mandíbula y le destroza los dientes, y a lo mejor se arranca la lengua de un mordisco. Gracias y buenas noches. No hizo falta ofrecer a Paulie ningún cigarrillo porque ya tenía la boca abierta. De modo que sólo le aticé el *uppercut*. Le di con todo. Fue un golpe perfecto. Yo aún estaba pensando y bien plantado en el suelo, y aunque era pequeño en comparación con él, en realidad soy un tipo grande con mucha preparación y experiencia. El puñetazo le dio justo donde la mandíbula se le estrechaba bajo la barbilla. Duro choque de hueso contra hueso. Me erguí sobre los dedos de los pies para acompañar el golpe. En condiciones normales debería haberle roto tanto el cuello como la mandíbula. La cabeza tendría que haberse desprendido y rodado por el suelo. Pero no sirvió de nada. De nada en absoluto. Tan sólo lo movió hacia atrás un par de centímetros. Él meneó la cabeza una vez y me lanzó un golpe a la cara. Lo vi venir y procedí convenientemente. Aparté al instante la cabeza hacia atrás y abrí la boca de par en par para no perder dientes de ambas mandíbulas. Al recular, mi cabeza adquirió cierto impulso, pero aun así el impacto fue tremendo. Fue como ser atropellado por un tren. Como una colisión yendo en coche. Se me apagaron las luces, me desplomé y perdí la noción de dónde estaba, con lo que el asfalto supuso una especie de segundo puñetazo en la espalda. Solté súbitamente aire de los pulmones y vi que de la boca me brotaba un surtidor de sangre pulverizada. Golpeé el firme con la parte posterior de la cabeza. El cielo se nubló.

Traté de moverme, pero yo era como un coche que no se pone en marcha al primer giro de la llave de contacto. *Clic...* Nada. Perdí medio segundo. Tenía el brazo izquierdo molido, así que usé el derecho. Me levanté a medias. Doblé los pies debajo del cuerpo y me impulsé hacia arriba. Me sentía mareado. Estaba hecho un caos total. En cambio Paulie seguía tranquilamente de pie y observándome. Y sonriendo.

Caí en la cuenta de que iba a tomarse su tiempo conmigo. De que procuraría pasárselo bien de verdad.

Busqué las armas. Aún estaban detrás de él. Fuera de mi alcance. Le había asestado seis golpes y se reía de mí. Él me había golpeado a mí tres veces y yo estaba hecho una pena. Llevaba una buena tunda encima. Iba a morir. Lo comprendí con repentina claridad. Iba a morir en Abbot, Maine, un triste sábado por la mañana de finales de abril. Una parte de mí decía: «Bueno, todos hemos de morir, ¿qué importa dónde o cuándo?». Pero la otra rebosaba de la furia y la arrogancia que tantas veces me habían ayudado en la vida: «¿Vas a dejar que este tipo acabe contigo?». Seguí atentamente la silenciosa discusión e hice mi elección, escupí sangre, respiré hondo y me dispuse a luchar de nuevo. Me dolía la boca. Y la cabeza. Y el hombro. También el pecho. Tenía náuseas y estaba mareado. Escupí otra vez. Recorrí mis dientes con la

lengua y me sentí como si estuviera sonriendo. «Pues miremos el lado positivo», pensé. No sufría lesiones graves. Todavía. No había recibido ningún disparo. Entonces sonreí de verdad, escupí por tercera vez y me dije: «Vale, a morir luchando».

Paulie conservaba su sonrisa. Tenía sangre en la cara, pero aparte de eso su aspecto era totalmente normal. Todavía llevaba la corbata en su sitio. Todavía llevaba puesta la chaqueta del traje. Aún parecía llevar pelotas de baloncesto metidas en los hombros. Vio que yo me aprestaba a continuar el combate y su sonrisa se ensanchó y volvió a agacharse y a hacer aquello de estirar las manos como si fueran garras, y se puso a piafar nuevamente. Supuse que podría esquivarlo una vez, quizá dos, o tres si me acompañaba la suerte, y luego todo habría terminado. Muerto, en Maine. Un sábado de abril. Me representé mentalmente a Dominique Kohl y dije: «Lo he intentado, Dom, lo he intentado de veras». Miré al frente. Advertí que Paulie tomaba aire. Después vi que se movía. Se volvió. Caminó tres metros. Se dio otra vez la vuelta. A continuación arremetió veloz contra mí. Lo evité. Su chaqueta me abofeteó al pasar. Por el rabillo del ojo divisé a Richard y Elizabeth, a lo lejos, mirando, la boca abierta, como si estuvieran diciendo: «Los que van a morir te saludan». Paulie cambió rápidamente de dirección y se me acercó a una velocidad endiablada.

Pero entonces le dio por hacer fiorituras y vi que después de todo podía vencerle.

Intentó patearme con un movimiento de artes marciales, que es lo más estúpido que se puede hacer en una pelea callejera cara a cara. En cuanto uno despega un pie del suelo ya no mantiene el equilibrio y se vuelve vulnerable. Es como pedir a gritos que te derroten. Se me acercó a la carrera con el cuerpo ladeado como alguno de esos idiotas de la tele que practican kung-fu. Atacó con el pie en el aire, el talón por delante, el enorme zapato paralelo al suelo. Si me hubiera dado, me habría matado, a no dudarlo. Pero no me dio. Retrocedí y le agarré el pie con las dos manos y simplemente empujé hacia arriba. «¿Sabías que en el gimnasio puedo levantar ciento ochenta kilos? Bueno, vas a comprobarlo, gilipollas», pensé. Concentré todas mis fuerzas en ello y tiré del pie para mantenerlo bien alto en el aire, y luego dejé que Paulie cayera de cabeza. Quedó despatarrado en un montón estupefacto con la cara vuelta hacia mí. La primera regla de las peleas callejeras es que cuando se tiene al otro en el suelo, hay que acabar con él, sin dudas ni dilaciones, sin inhibición alguna, nada de comportamientos caballerosos. Hay que acabar con él. Paulie había pasado por alto esa norma. Yo no. Le pateé el rostro con toda la fuerza de que fui capaz. La sangre le salió a chorros. Él se alejó rodando y yo le pisé la mano derecha con el tacón e hice añicos todos los carpos, metacarpos y falanges que allí había. Repetí la acción, cien kilos de peso pisoteando huesos rotos. Seguí con los zapatazos y le destruí la muñeca. Y después el antebrazo.

Paulie era un ser sobrenatural. Se apartó y logró incorporarse con ayuda de la mano izquierda. Luego se puso en pie y retrocedió. Yo me acerqué bailando y él me lanzó un imponente gancho de izquierda que desvié a un lado para acto seguido

asestarle un golpe corto de izquierda en la rota nariz. Se tambaleó hacia atrás y le pegué un rodillazo en la ingle. La cabeza se vino bruscamente hacia delante y con la derecha le propiné otro puñetazo-cigarrillo. Ahora la sacudida fue hacia atrás y entonces le coloqué el codo izquierdo en la garganta. Le pisé el empeine, una, dos veces, y a continuación le hundí los pulgares en los ojos. Se alejó dándose la vuelta y desde detrás le di un puntapié en la rodilla derecha que le hizo volver a caerse. Con el pie izquierdo le sujeté la muñeca izquierda. Paulie tenía el brazo derecho totalmente inservible, le colgaba desmadejado. Estaba inmovilizado a menos que pudiera levantar verticalmente cien kilos sólo con el brazo izquierdo. Y no podía. Supuse que los esteroides no daban para más. Así que le pisoteé la mano izquierda hasta que alcancé a ver los huesos hechos añicos asomando por la piel. Acto seguido me di la vuelta, salté y aterricé de lleno en su plexo solar. Me aparté un poco y le aticé duros puntapiés en la parte superior de la cabeza, una, dos, tres veces. Y aún una cuarta vez, con tanta fuerza que se me rompió el zapato y el artilugio del correo electrónico saltó y resbaló por el asfalto hasta acabar en el mismo sitio donde había caído el busca de Elizabeth tras arrojarlo yo desde el Cadillac. Paulie lo siguió con los ojos y lo miró fijamente. Le di otra patada en la cabeza.

Se incorporó. Se irguió haciendo fuerza con sus impresionantes abdominales. Los brazos le colgaban inútiles a los lados. Le así la muñeca izquierda y le doblé el antebrazo hasta que el codo se dislocó y finalmente se quebró. Lanzó su rota muñeca derecha hacia mí y me abofeteó con la mano ensangrentada. La agarré con la izquierda y estrujé los destrozados nudillos. Lo estuve mirando fijamente a los ojos mientras le trituraba los despedazados huesos. Paulie no emitió sonido alguno. Mantuve sujeta su viscosa mano, le volví el codo del revés y me dejé caer sobre él con ambas rodillas. Oí que se quebraba. Luego me sequé la palma de las manos en su cabello y me alejé. Me dirigí a la verja y cogí los Colt.

Él se levantó con movimientos torpes. No podía utilizar los brazos. Deslizó los pies hacia su trasero e impulsó su peso hacia delante y se mantuvo derecho. La aplastada nariz le sangraba a borbotones. Tenía los ojos enrojecidos y furiosos.

—Camina —ordené. Me faltaba el aliento—. Hacia las rocas.

Permaneció quieto como un buey aturdido. Yo tenía sangre en la boca. Había perdido algún diente. No estaba satisfecho. En absoluto. No le había derrotado. Se había derrotado a sí mismo con la tontería del kung-fu. Si me hubiera atacado golpeando con los brazos, yo no habría aguantado ni un minuto, y ambos lo sabíamos.

—Andando —dije—, o te pego un tiro.

Alzó la barbilla, como si no entendiera.

—Te vas a meter en el agua —dije.

Se quedó donde estaba. Yo no quería dispararle. No quería tener luego que arrastrar cien metros hasta el mar aquel cuerpo de ciento ochenta kilos. Paulie no se movía y yo empecé a darle vueltas al asunto. Tal vez podría atarle los tobillos.

¿Tenían los Cadillac ganchos para remolcar? No estaba seguro.

—Camina —repetí.

Vi que Richard y Elizabeth se acercaban dando un rodeo. Querían llegar por detrás de mí, para no acercarse demasiado a Paulie, que para ellos era como un ser mitológico capaz de cualquier cosa. Me imaginé cómo se sentían. Paulie tenía los brazos rotos, pero yo lo miraba como si mi vida estuviera en sus manos. Y así era, en efecto. Si se abalanzaba sobre mí y me derribaba, podía aplastarme y matarme con las rodillas. Comencé a dudar de si los Colt le harían algo. Imaginé que me embestía y que yo descargaba las doce balas sin que eso lo frenara siquiera.

—Andando —dije.

Lo hizo. Se volvió y enfiló el camino de entrada. Lo seguí a diez pasos. Richard y Elizabeth se apartaron hacia la hierba. Pasamos por su lado y ellos se colocaron detrás de mí. Al principio pensé en decirles que no me siguieran. Pero después entendí que, cada uno a su modo, tenían derecho a mirar.

Paulie bordeó la rotonda. Parecía saber dónde quería yo que fuera, y daba la impresión de que no le importaba. Pasó junto a los garajes y se dirigió a la parte de atrás de la casa y hacia las rocas. Me mantuve a diez pasos de distancia. Como se me había desprendido el tacón derecho, cojeaba un poco. El viento me daba en la cara. Nos rodeaba el fragor de las olas, encrespadas y furiosas. Paulie llegó hasta el extremo de la hendidura de Harley. Se detuvo y se quedó quieto. Luego se volvió hacia mí.

—No sé nadar —dijo. Articulaba mal. Le había roto algunos dientes y golpeado fuerte en la garganta. El viento bramaba a su alrededor. Le levantaba el cabello, y eso le hacía crecer un par de centímetros. El agua pulverizada le azotaba y superaba por ambos lados dándome a mí de lleno.

—No hará falta nadar —repliqué.

Le disparé doce veces en el pecho. Las doce balas lo atravesaron. Grandes trozos de carne las siguieron al mar. Un tío, dos armas, doce fuertes detonaciones. Once dólares y cuarenta centavos de munición. Paulie cayó hacia atrás, al agua. Salpicó como el mismo demonio. El mar estaba agitado, pero la marea no era la mejor. No tiraba de él. Paulie simplemente se quedó flotando en el agua revuelta. El mar se tornó rosado a su alrededor. Flotaba estático. Luego empezó a ser arrastrado por la corriente, muy despacio, dando violentas sacudidas arriba y abajo en el oleaje. Flotó durante un minuto. Dos minutos. Fue arrastrado tres metros. Luego fueron seis. Dio una voltereta con una sonora succión y quedó boca abajo en la corriente, como una girándula, a ras del agua. La chaqueta, hinchada de aire, rezumaba a través de doce agujeros de bala. El mar lo balanceaba arriba y abajo como si no pesara nada. Dejé las descargadas armas sobre las rocas, me puse en cuclillas y vomité en el mar. Permanecí agachado, respirando ruidosamente, mirando a Paulie flotar. Mirándole girar. Mirando cómo lo arrastraba la corriente. Richard y Elizabeth se quedaron a unos cuatro metros de mí. Ahuequé la mano y me enjuagué la cara con fría agua

salada. Cerré los ojos. Los mantuve cerrados un buen rato. Cuando volví a abrirlos miré el encrespado mar y vi que ya no estaba. Se había hundido por fin.

Seguí agachado. Suspiré. Miré el reloj. Sólo eran las once. Contemplé un rato el mar. Subía y bajaba. Las olas rompían y la rociada me envolvía. Vi otra vez la golondrina ártica. Regresaba en busca de un lugar para construir su nido. Se me había quedado la mente en blanco. Empecé a pensar. Empecé a recordar cosas. A evaluar la nueva situación. Reflexioné unos buenos cinco minutos y al final acabé sintiéndome bastante optimista. Con Paulie ya fuera de combate, supuse que nos habíamos acercado al desenlace definitivo mucho más fácil y rápidamente de lo previsto.

También me equivocaba en eso.

La primera dificultad fue que Elizabeth Beck no se iba a marchar. Le dije que ella, Richard y el Cadillac salieran pitando. Pero dijo que no. Se quedó allí de pie, en las rocas, con el cabello ondeando y la ropa agitada por el viento.

—Ésta es mi casa —dijo.

—Pronto será zona de guerra —señalé.

—Me quedo.

—No puedo dejar que se quede.

—No me voy —insistió—. Sin mi esposo, no.

No sabía qué decirle. Me quedé simplemente allí, enfriándome. Richard se me acercó por detrás, me rodeó para mirar el mar y luego volvió a mi lado.

—Ha sido portentoso —dijo—. Le has derrotado.

—No; se ha derrotado a sí mismo.

Volaban ruidosas gaviotas. Forcejeaban con el viento, dando vueltas en torno a un punto del mar a unos cuarenta metros. Se zambullían y picoteaban en las crestas de las olas. Se comían trozos flotantes de Paulie. Richard las observaba con semblante inexpresivo.

—Habla con tu madre —le dije—. Tienes que convencerla de que se vaya.

—No me iré —repitió Elizabeth.

—Yo tampoco —dijo Richard—. Aquí es donde vivimos. Somos una familia.

Habían sufrido una especie de *shock*. Era imposible discutir con ellos. Así que intenté mantenerlos activos. Regresamos al camino de entrada, despacio y en silencio. El viento parecía querer arrancarnos la ropa. Yo cojeaba por lo del zapato. Me paré donde empezaban las manchas de sangre y recuperé el dispositivo del *email*. Se había roto. La pantalla de plástico estaba agrietada y no se encendía. Me lo guardé en el bolsillo. Luego encontré el caucho del tacón, me senté en el suelo con las piernas cruzadas y lo coloqué en su sitio. Ahora andaba mejor. Llegamos a la verja, quitamos el candado, abrimos, recogí la chaqueta y el abrigo y me los puse. Me abotoné el abrigo y me subí el cuello. A continuación conduje el Cadillac a través de la verja y lo aparqué delante de la puerta de la caseta. Richard puso otra vez el



candado. Entré y abrí la recámara de la enorme ametralladora rusa y liberé la cartuchera de balas. Luego solté el arma de su cadena. La llevé fuera y la instalé de lado a lo largo del asiento trasero. Volví a entrar, enrollé la cartuchera en su caja, quité la cadena del gancho del techo y lo desenrosqué de la viga. Llevé fuera la caja, la cadena y el gancho y lo metí todo en el maletero.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Elizabeth.

—Hay otras veinte cajas de munición —dije—. Las quiero todas.

—No voy a entrar ahí —dijo—. Nunca más.

—En ese caso, me parece que no puede ayudar en nada.

Llevé dos cajas cada vez, por lo que precisé diez viajes. Aún tenía frío y me dolía todo. En la boca todavía notaba sabor a sangre. Amontoné las cajas en el maletero y por el suelo de atrás y en el espacio para las piernas del acompañante. Después me senté al volante e incliné el retrovisor. Tenía los labios partidos y las encías manchadas de sangre. Los dientes incisivos superiores estaban sueltos. Eso me disgustó. Siempre habían estado desalineados y durante años un poco rotos, pero me habían salido tras cumplir los ocho, estaba acostumbrado a ellos y eran los únicos que tenía.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Elizabeth.

Notaba algo en la parte de atrás de la cabeza. Donde me había dado contra el suelo había una zona dolorida. En el costado del hombro derecho se apreciaba un cardenal de consideración. Me dolía el pecho y respiraba con cierta dificultad. Pero en términos generales estaba bien. En mejor forma que Paulie, que es lo que importaba. Con ayuda de los pulgares, metí los dientes en las encías y los mantuve allí.

—Como nunca —respondí.

—Tiene el labio hinchado.

—Sobreviviré.

—Eso espero.

Salí del coche.

—Hemos de hablar sobre lo de irse de aquí —dije.

Ella no replicó. Empezó a sonar el teléfono de la caseta. Era un tono anticuado, bajo, lento y relajante. Se oía débil, amortiguado por el ruido del viento y el mar. Sonó una, dos veces. Rodeé el capó del Cadillac, entré y lo cogí. Pronuncié el nombre de Paulie, aguardé un instante y oí la voz de Quinn por primera vez en diez años.

—¿Ha aparecido ya? —preguntó.

Esperé un poco.

—Hace diez minutos —contesté. Tapaba a medias el micrófono con la otra mano y ponía voz aguda y suave.

—¿Está muerto ya? —inquirió Quinn.

—Hace cinco minutos.

—Muy bien, sigue atento. Va a ser un día largo.

«Has acertado», pensé. Después oí clic al otro lado. Colgué y salí fuera.

—¿Quién era? —preguntó Elizabeth.

—Quinn —repuse.

La primera vez que oí la voz de Quinn había sido diez años antes en una cinta de casete. Kohl le había pinchado el teléfono. No tenía autorización para ello, pero entonces las leyes militares eran más permisivas que las civiles. La casete era de plástico transparente y mostraba los pequeños carretes de la cinta en su interior. Kohl llevaba consigo un magnetófono del tamaño de una caja de zapatos, metió la cinta y pulsó un botón. La voz de Quinn llenó mi despacho. Hablaba con un banco de un paraíso fiscal, sobre asuntos financieros. Parecía tranquilo. Hablaba claro y despacio, con el acento neutro que uno adquiere tras pasarse la vida en el ejército. Leyó en voz alta unos números de cuentas y dio contraseñas e instrucciones sobre una suma de medio millón de dólares. Quería que la mayor parte de la misma se transfiriera a las Bahamas.

—Manda el efectivo por correo —explicó Kohl—. Primero a Gran Caimán.

—¿Es un sistema seguro? —pregunté.

Ella asintió.

—Más que seguro. El único riesgo sería que los empleados de correos se lo robaran. Pero la dirección de destino es un apartado postal y él lo envía con la tarifa de libros, y nadie roba libros del correo. Así que se sale con la suya.

—Medio millón es un montón de pasta.

—Es un arma valiosa.

—¿Tanto?

—¿No lo cree así?

Me encogí de hombros.

—Me parece mucho dinero por un dardo.

Ella señaló el magnetófono, la voz de Quinn impregnando el ambiente.

—Bueno, es lo que ellos pagan, está claro. Si no, ¿cómo iba a ganar medio millón de dólares? No han salido de su sueldo, eso seguro.

—¿Cuándo piensa actuar?

—Mañana —contestó—. Es preciso. Tiene el último original. Gorowski dice que es la clave de todo.

—¿Cuál es el plan?

—Frasconi está negociando con el sirio. Va a marcar el dinero con un auditor militar como testigo. Después observaremos todos el canje. Abriremos delante del auditor el maletín que Quinn le dé al sirio. Comprobaremos el contenido, es decir, el proyecto original clave. Luego iremos a coger a Quinn. Lo detendremos y le confiscaremos el maletín que el sirio le habrá entregado a él. El auditor militar podrá ver cómo lo abrimos. Dentro encontraremos el dinero marcado, de modo que

estaremos ante una transacción documentada oficialmente y con testigos, por lo que Quinn irá a la cárcel y allí se quedará.

—Perfecto —dije—. Buen trabajo.

—Gracias —dijo ella.

—¿Frasconi podrá hacerlo?

—Tiene que hacerlo. Yo no puedo negociar con el sirio. Esos tíos se conducen de forma extraña con las mujeres. No pueden tocarnos, no pueden mirarnos, a veces ni siquiera pueden hablar con nosotras. Así que ha de hacerlo Frasconi.

—¿Quiere que le eche una mano a su compañero?

—Tiene su papel fuera de escena. No es mucho lo que puede fastidiar.

—Creo que igualmente le echaré una mano.

—Gracias —repitió ella.

—Y él la acompañará a efectuar la detención.

Kohl no dijo nada.

—No puedo permitir que vaya sola —expliqué—. Ya lo sabe.

Asintió.

—Aunque le diré que es usted quien dirige la investigación —añadí—. Me aseguraré de que sobre eso no haya ninguna duda.

—Muy bien —dijo.

Pulsó el «stop» del magnetófono y la voz de Quinn se desvaneció a medio pronunciar una palabra. La palabra era dólares, siguiendo a doscientos mil, pero sólo llegó a oírse «dól...». Parecía satisfecho y despierto, como alguien que se halla en el momento culminante de la partida, plenamente consciente de que no para de jugar y ganar. Kohl sacó la cinta y se la metió en el bolsillo. Después me guiñó el ojo y salió del despacho.

—¿Quién es Quinn? —me preguntó Elizabeth diez años más tarde.

—Frank Xavier —dije—. Antes se llamaba Quinn. Su nombre completo es Francis Xavier Quinn.

—¿Usted lo conoce?

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué iba a estar aquí si no?

—¿Quién es usted?

—Alguien que conoció a Frank Xavier cuando se llamaba Francis Xavier Quinn.

—Usted es agente del gobierno.

Negué con la cabeza.

—Esto es exclusivamente personal.

—¿Qué le pasará a mi esposo?

—Ni idea —respondí—. Y en cualquier caso no me importa demasiado.

Volví a entrar en la caseta de Paulie y cerré la puerta. Salí por la puerta de atrás y

la cerré a mi espalda. Después eché un vistazo a la verja. Estaba bien asegurada. Podía impedir el paso a cualquier intruso durante un minuto, tal vez un minuto y medio, lo que acaso bastaría. Guardé la llave del candado en el bolsillo de los pantalones.

—Ahora regresen a la casa —dije—. Tendrán que andar, lo siento.

Conduje el Cadillac por el camino de entrada, con las cajas de municiones apiladas detrás y al lado. Vi a Elizabeth y Richard apresurarse. No querían marcharse, pero tampoco tenían muchas ganas de quedarse solos, desde luego. Paré el coche frente a la puerta principal y retrocedí un poco para facilitar la descarga. Abrí el maletero, cogí el gancho y la cadena y subí a toda prisa a la habitación de Duke. Desde su ventana se veía todo el camino de entrada. Sería una buena posición. Saqué la Beretta del bolsillo del abrigo, quité el seguro y disparé al techo. Vi que Elizabeth y Richard, a unos cincuenta metros, se detenían en seco y luego echaban a correr hacia la casa. Quizá pensaron que había disparado a la cocinera. O a mí mismo. Me subí a una silla y escarbé en el yeso y agrandé el agujero hasta encontrar la viga. Después apunté con cuidado, disparé nuevamente e hice en la madera un pulcro agujero de nueve milímetros. Fijé el gancho, pasé por él la cadena y lo probé con mi peso. Aguantaba.

Bajé otra vez y abrí las portezuelas traseras del Cadillac. A Elizabeth y Richard les dije que llevaran dentro las cajas de municiones. Yo cogí la enorme ametralladora. El detector de metales de la puerta principal chilló ruidosa e insistentemente. La subí, la colgué de la cadena y le introduje el extremo de la primera cartuchera. Giré la boca del cañón hacia el muro y abrí la ventana de guillotina. Hice oscilar la boca hacia atrás y apunté de lado a lado y luego de arriba abajo. Abarcaba toda la extensión del lejano muro y todo el trecho del camino de entrada hasta la rotonda. Richard estaba de pie observándome.

—Sigue amontonando las cajas —dije.

A continuación me acerqué a la mesilla y cogí el teléfono. Llamé a Duffy al motel.

—¿Aún quieres ayudar? —pregunté.

—Sí —contestó.

—Pues necesito que vengáis los tres a la casa. Lo antes posible.

Después de eso ya no había nada que hacer hasta que llegaran. Esperé junto a la ventana, me apreté los dientes en las encías con el pulgar y miré la carretera. Observé a Richard y Elizabeth acarrear las pesadas cajas. Contemplé el cielo. Era mediodía pero estaba oscureciendo. El tiempo empeoraba por momentos. El viento soplaba más fuerte. La costa del Atlántico Norte a finales de abril. Imprevisible. Entró Elizabeth Beck y descargó otra caja. Respiraba con dificultad.

—¿Qué va a pasar? —preguntó.

—Imposible saberlo —repuse.

—¿Para qué es esa arma?

—Precaución.

—¿Contra qué?

—La gente de Quinn. Estamos de espaldas al mar. Quizá tengamos que detenerlos en el camino de entrada.

—¿Va a dispararles?

—Si es preciso.

—¿Y qué pasa con mi esposo? —inquirió.

—¿Le importa mucho?

—Sí.

—También le dispararé.

Ella no dijo nada.

—Es un criminal —señalé—. Corre un riesgo.

—Las leyes que lo declaran criminal son inconstitucionales.

—¿De veras?

Asintió de nuevo.

—La Segunda Enmienda lo deja muy claro.

—Pues acuda al Tribunal Supremo —repuse—. No me dé la lata con eso.

—La gente tiene derecho a llevar armas.

—Los traficantes de droga no —objeté—. Jamás he visto una enmienda que diga que está bien disparar armas automáticas en medio de un barrio lleno de gente. Con balas que atraviesan las delgadas paredes una tras otra. Y que atraviesan a personas inocentes, una tras otra. Niños y bebés.

Ella siguió callada.

—¿Ha visto alguna vez qué sucede cuando una bala da en un bebé? —dije—. No penetra en él como una aguja hipodérmica. Lo tritura todo a su paso, como una cachiporra. Machacando y desgarrando.

Elizabeth permaneció en silencio.

—No le diga nunca a un soldado que las armas son divertidas —añadí.

—La ley es clara —indicó.

—Pues apúntese a la Asociación Nacional del Rifle —solté—. Yo prefiero seguir en el mundo real.

—Es mi esposo.

—Usted dijo que merecía ir a la cárcel.

—Sí. Pero no merece morir.

—¿Usted cree?

—Es mi esposo —repitió.

—¿Cómo efectúa las ventas? —pregunté.

—Utiliza la I-95. Corta la parte central de las alfombras baratas, mete ahí las armas y las envuelve, como si fueran tubos o cilindros. Las lleva a Boston o New Haven, donde se encuentra con los clientes.

Asentí con la cabeza. Recordé las fibras sueltas que había visto.

—Es mi esposo —insistió Elizabeth Beck.

Volví a asentir.

—Si tiene el suficiente sentido común para no ponerse al lado de Quinn, quizá no le pase nada.

—Si me promete que no le pasará nada me iré. Con Richard.

—No puedo prometer nada.

—Entonces nos quedamos.

No repliqué.

—Nunca fue una colaboración voluntaria, ya sabe —explicó ella—. Con Xavier, quiero decir. Por favor, usted tiene que entenderlo.

Se dirigió a la ventana y bajó la vista hacia Richard, que estaba sacando del Cadillac la última caja de municiones.

—Fue coacción —agregó.

—Sí, lo entiendo.

—Secuestró a mi hijo.

—Lo sé —dije.

Entonces se volvió y me miró a los ojos.

—¿Qué le hizo a usted? —preguntó.

Ese día vi a Kohl otras dos veces mientras ella preparaba el último paso de su misión. Lo estaba haciendo todo bien. Era como una jugadora de ajedrez. Nunca hacía nada sin anticipar dos futuras jugadas. Ella sabía que el auditor a quien había pedido que controlara la transacción no podría formar parte del posterior tribunal militar, por lo que escogió a uno a quien los fiscales detestaban. Más adelante eso supondría una dificultad menos. Kohl había tenido tiempo de ir a la casa de Quinn en Virginia. El expediente que yo le había dado al principio llenaba ahora dos cajas de cartón. La segunda vez que la vi las llevaba a cuestas, una encima de la otra, los bíceps tensos bajo tanto peso.

—¿Cómo lo lleva Gorowski? —le pregunté.

—No muy bien —respondió ella—. Pero mañana habrá salido del apuro.

—Va a ser famosa.

—Espero que no. Esto debería ser siempre información clasificada.

—Famosa en el mundo clasificado —corregí—. Mucha gente mira esas cosas.

—Pues supongo que debería solicitar que pasáramos revista —dijo—. Quizá pasado mañana.

—Esta noche podríamos cenar juntos. Salir por ahí. De fiesta. El mejor sitio que encuentre. Yo invito.

—Creí que andaba con los cupones de comida.

—He estado ahorrando un poco.

—Ha tenido tiempo para ello. La investigación ha sido lenta.

—Lenta como una tortuga —solté—. Es su único problema, Kohl. Es usted meticulosa pero lenta.

Ella volvió a sonreír y alzó un poco las cajas.

—Debería usted haber aceptado salir conmigo —dijo—. Le podría haber demostrado que es mejor despacio que deprisa.

Se llevó las cajas y nos vimos dos horas más tarde en un restaurante de la ciudad. Como era un sitio elegante, me duché y me puse un uniforme limpio. Ella apareció con un vestido negro. Distinto del de la otra vez. Sin puntitos blancos. Totalmente negro. Le favorecía mucho, aunque de hecho no le hacía demasiada falta. Aparentaba dieciocho años.

—Fantástico —dije—. Pensarán que está usted cenando con su papá.

—Tal vez mi tío. El hermano pequeño de mi papá.

Fue una de esas cenas en que la comida no es importante. Recuerdo todo lo que pasó aquella noche, pero no qué pedí de comer. Quizá filete. O raviolis. No sé. Pero seguro que comimos. Y hablamos mucho, de cosas que seguramente no hablaríamos con cualquiera. Estuve muy cerca de perder el control y preguntarle si quería que fuéramos a un hotel. Pero resistí. Tomamos un vaso de vino cada uno y luego pasamos al agua. Habíamos acordado tácitamente que al día siguiente debíamos estar bien despiertos. Pagué la cuenta y a medianoche nos marchamos, cada uno por su lado. Pese a lo avanzado de la hora, se mostraba brillante. Estaba llena de vida, de entusiasmo y lucidez. Rebosaba expectativas. Se le iluminaban los ojos. Me quedé en la calle viendo cómo se alejaba en su coche.

—Viene alguien —dijo Elizabeth Beck diez años después.

Miré por la ventana y divisé un Taurus gris a lo lejos. El color se confundía con las rocas, y debido al mal tiempo era difícil verlo bien. Estaría a unos tres kilómetros, tomando una curva, rápido. El coche de Villanueva. Le dije a Elizabeth que no se moviera de donde estaba y que no perdiera de vista a Richard, y bajé y salí por la puerta de atrás. Cogí las llaves de Angel Doll de mi bulto escondido. Me las metí en el bolsillo de la chaqueta. Agarré también la Glock de Duffy y sus cargadores de repuesto. Quería que lo recuperara todo intacto. Eso era importante para mí. Ella ya tenía suficientes líos. Lo guardé todo en el bolsillo del abrigo, con la Beretta, rodeé la casa y subí al Cadillac. Conduje hasta la verja, salí y aguardé oculto. El Taurus se detuvo ante la verja y vi a Villanueva al volante con Duffy al lado y Eliot detrás. Me dejé ver y abrí la verja. Villanueva pasó con cuidado y se paró a pocos metros del Cadillac. Acto seguido se abrieron tres puertas, todos salieron al frío y me miraron fijamente.

—¿Qué diablos te ha pasado? —preguntó Villanueva.

Me toqué la boca. La notaba hinchada y me dolía.

—Me di contra una puerta —expliqué.

Villanueva miró la caseta de la verja.

—¿No sería contra un portero?

—¿Estás bien? —preguntó Duffy.

—En mejor forma que el portero.

—¿Por qué estamos aquí?

—Plan B —dije—. Vamos a ir a Portland, pero si allí no encontramos lo que buscamos, tendremos que regresar aquí y esperar. Así que dos de vosotros venís conmigo ahora mismo y el otro se queda vigilando. —Me volví y señalé la casa—. En la ventana central de la segunda planta hay instalada una ametralladora que cubre todo el camino de acceso. Alguien tiene que encargarse de ella.

Nadie se ofreció voluntario. Miré a Villanueva. Era lo bastante mayor para haber hecho la mili. Las ametralladoras no le resultarían ajenas.

—Venga, Terry —dije.

—Yo no —dijo—. Iré contigo a buscar a Teresa.

Por el tono quedó claro que no valía la pena discutir.

—Vale, lo haré yo —indicó Eliot.

—Gracias —dije—. ¿Has visto alguna película del Vietnam? ¿El artillero en la portezuela de un helicóptero Huey? Pues ése eres tú. Si vienen, no intentarán entrar por la verja. Se meterán por la ventana de la caseta y saldrán por la puerta o la ventana de atrás. Así que has de estar preparado para acribillarlos a medida que vayan apareciendo.

—¿Y si está oscuro?

—Habremos regresado antes de anoecer.

—Muy bien. ¿Quién hay en la casa?

—La familia de Beck. No van a participar, pero tampoco quieren marcharse. Y la cocinera.

—¿Y Beck?

—Llegará con los otros. Si en medio de la confusión lograra escabullirse, eso no me destrozaría el corazón. Pero si es alcanzado, tampoco.

—De acuerdo.

—Seguramente no vendrán —dije—. Están ocupados. Es sólo por precaución.

—De acuerdo —repitió.

—Quédate el Cadillac —señalé.

Villanueva subió al Taurus y salió marcha atrás. Yo cerré por fuera, puse el candado y le lancé la llave a Eliot.

—Hasta luego —dije.

Dio la vuelta con el Cadillac y lo observé dirigirse a la casa. Luego me monté en el Taurus con Duffy y Villanueva. Ella se sentó delante. Yo detrás. Saqué del bolsillo la Glock y los cargadores y se los entregué, como si de una pequeña ceremonia se tratara.

—Gracias por el préstamo —dije.



Ella guardó la Glock en la funda del hombro y los cargadores en el bolso.

—No hay de qué —contestó.

—Primero Teresa —recordó Villanueva—. Después Quinn, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dije.

Enfiló la carretera rumbo al oeste.

—Entonces ¿dónde buscamos? —preguntó él.

—Hay tres sitios posibles —expliqué—. El almacén, la oficina del centro y un recinto empresarial cerca del aeropuerto. No se puede mantener preso a nadie en una oficina del centro durante el fin de semana. Y en el almacén hay demasiado movimiento. Les llegaba un cargamento importante. Así que voto por el recinto.

—¿La I-95 o la carretera 1?

—La 1 —respondí.

Fuimos en silencio durante veinticinco kilómetros tierra adentro y luego tomamos la carretera 1 hacia el norte, en dirección a Portland.

Era primera hora de la tarde de un sábado, de modo que el recinto empresarial estaba tranquilo. Aclarado por la lluvia, parecía limpio y nuevo. Los edificios de metal brillaban como peltre mate bajo el cielo gris. Atravesamos el entramado de calles a unos treinta por hora. No vimos a nadie. El edificio de Quinn parecía cerrado a cal y canto. Mientras pasábamos por delante, volví la cabeza y examiné otra vez el letrero: EMPRESA DE EXPORTACIÓN XAVIER. Las palabras habían sido grabadas en grueso e inmaculado acero por un profesional, pero las X de mayor tamaño parecían responder a una idea de diseño gráfico más propia de un aficionado.

—¿Por qué pone «exportación»? —preguntó Duffy—. Está importando, ¿no?

—¿Cómo entraremos? —inquirió Villanueva.

—Forzaremos la puerta —dije—. Quizá mejor la de atrás.

Los edificios estaban dispuestos uno junto a otro, con pulcros aparcamientos delante de cada uno. El resto del recinto era o bien calzada o bien áreas de césped nuevo delimitadas por impecables bordillos de hormigón. No se veían vallas por ninguna parte. En el edificio que había justo delante del de Quinn ponía «Servicios Profesionales de Catering Paul Keast & Chris Maden». Estaba cerrado y no había nadie dentro. Lo comprobé al recorrer todo el trecho hasta la puerta de atrás de la empresa de Quinn, que era un simple rectángulo metálico pintado de un rojo apagado.

—No hay nadie —dijo Duffy.

En la pared trasera, junto a la puerta roja, había una ventana de cristal grueso. Seguramente de un cuarto de baño. Tenía una reja de hierro.

—¿Sistemas de seguridad? —preguntó Villanueva.

—Siendo un sitio nuevo, es lo más probable —dije.

—¿Conectado directamente con la policía?

—Lo dudo —señalé—. Sería raro en un tipo listo como Quinn. No querría que la poli viniera a fisgar cada vez que un chaval le rompiera el cristal de la ventana.

—Entonces ¿una empresa privada?

—Supongo. O su propia gente.

—Así pues, ¿qué hacemos?

—Hemos de darnos mucha prisa. Entrar y salir antes de que nadie reaccione. Cinco o diez minutos.

—¿Uno delante y dos atrás?

—Exacto —dije—. Tú delante.

Le dije que abriera el maletero, y Duffy y yo salimos. El aire estaba húmedo y frío y soplaba viento. Saqué la llave de neumáticos de debajo de la rueda de recambio, cerré la tapa y miré el coche alejarse. Duffy y yo pasamos junto a la pared del sitio del catering y cruzamos el césped divisorio hasta la ventana del baño de

Quinn. Pegué el oído a la fría reja y escuché. Nada. Acto seguido miré las barras de hierro. Conformaban una suerte de rectángulo asegurado con ocho tornillos, dos en cada uno de las cuatro esquinas. Las cabezas de los tornillos eran como monedas de cinco centavos. Duffy sacó la Glock de su funda. Palpé la Beretta en el bolsillo del abrigo. Sujeté la llave con las dos manos. Apliqué otra vez el oído a la reja. Oí el coche de Villanueva detenerse en la parte delantera del edificio. Oí que se abría y cerraba la puerta. Dejó el motor en marcha. Percibí sus pies en la pasarela de delante.

—Atenta —dije.

Noté que Duffy se movía detrás de mí. Oí a Villanueva llamar ruidosamente a la puerta principal. Introduje el extremo de la llave junto a uno de los tornillos. Hice una pequeña abolladura en el metal. Metí la llave por debajo de las barras y tiré de ella. El tornillo aguantó. Así que rectificué la posición de la llave y di una, dos sacudidas, ahora con más fuerza. La cabeza del tornillo se rompió y las barras se movieron un poco.

Tuve que romper seis cabezas de tornillo. Tardé casi treinta segundos. Villanueva seguía llamando a la puerta. No contestaba nadie. Cuando se rompió el sexto tornillo, agarré la reja y tiré de ella hasta formar un ángulo de noventa grados, como si fuera una puerta. Los dos tornillos restantes protestaron con chirridos. Cogí de nuevo la llave y rompí el grueso cristal. Introduje la mano, encontré el pestillo y abrí la ventana. Saqué la Beretta y asomé la cabeza en el cuarto de baño.

Era un cubículo pequeño, de unos dos metros por uno y medio. Había un retrete y un lavabo con un pequeño espejo sin marco. También un cubo de la basura y un estante con rollos de papel higiénico y toallitas. En un rincón, un cubo y una fregona. En el suelo, linóleo limpio. Un fuerte olor a desinfectante. Eché un vistazo a la ventana. Había una pequeña alarma fijada al alféizar. No obstante, el edificio seguía en calma. Nada de sirenas. ¿Una alarma silenciosa? Ahora en alguna parte estaría sonando un teléfono. O se encendería una luz de alerta en la pantalla de un ordenador.

Desde el cuarto de baño salí a un pasillo interior. Nadie. Estaba oscuro. Retrocedí hasta la puerta de atrás mirando al frente. Hurgué a tientas sin mirar y abrí. Oí que Duffy entraba.

Seguramente Duffy había pasado seis semanas en Quantico durante su preparación básica y aún recordaba los movimientos. Sostuvo la Glock con ambas manos, pasó por mi lado y se apostó junto a una puerta que comunicaba el pasillo con el resto del edificio. Incluyó el hombro en la jamba, dobló el codo y levantó el arma para dejarme paso. Avancé, di un puntapié a la puerta, entré y me eché a la izquierda, y ella se dio la vuelta y entró hacia la derecha. Estábamos en otro pasillo. Era estrecho. Cruzaba todo el edificio hasta la parte delantera. Había habitaciones a ambos lados. Seis; tres y tres. Seis puertas, todas cerradas.

—Delante —susurré—. Villanueva.

Avanzamos pegados el uno al otro, comprobando una puerta tras otra. Pestillo corrido. Llegamos a la puerta principal y la abrimos. Villanueva entró y cerramos otra

vez tras él. Llevaba una Glock 17 en su nudosa mano. El arma parecía estar en su elemento.

—¿Alarma? —susurró.

—Silenciosa —susurré a mi vez.

—Pues démonos prisa.

— Habitación por habitación —dije.

Me daba mala espina. Habíamos hecho tanto ruido que nadie del edificio podía tener ninguna duda de que estábamos allí. Y el hecho de que no hubieran saltado sobre nosotros significaba que eran lo bastante listos para quedarse callados con las armas amartilladas y las miras puestas a la altura del pecho al otro lado de la puerta. Además el pasillo central tenía apenas un metro de ancho: poco espacio para maniobrar. No tenía buenas sensaciones. Todas las puertas se abrían hacia la izquierda, así que coloqué a Duffy a mi izquierda para que cubriera las puertas del lado contrario. No quería que los dos estuviéramos orientados hacia el mismo lado. Tampoco quería recibir un tiro por la espalda. Entonces situé a Villanueva a mi derecha. Se encargaría de echar las puertas abajo a patadas, una a una. Yo me quedé en el centro. Mi cometido consistía en entrar el primero en las habitaciones.

Empezamos con la primera a la izquierda. Villanueva pateó con fuerza. La cerradura se rompió, el marco se astilló y la puerta se abrió con estrépito. Entré al instante. La habitación estaba vacía. Era un cuadrado de tres por tres con una ventana, un escritorio y una pared llena de archivadores. Salí inmediatamente y todos nos volvimos hacia la puerta opuesta sin perder un segundo. Duffy nos cubrió las espaldas, Villanueva derribó la puerta y yo entré. También vacía. Pero aquí había premio. El tabique de separación entre esa habitación y la siguiente no estaba. Así que medía seis por seis, con dos puertas que daban al pasillo. Contenía tres escritorios. También ordenadores y teléfonos. En el rincón había un perchero con un impermeable de mujer.

Cruzamos el pasillo hacia la cuarta puerta. La tercera habitación. Villanueva pateó y yo entré. También vacía. Otro cuadrado de tres por tres. Sin ventana. Un escritorio con un enorme tablero de corcho detrás. Con notas prendidas. La mayor parte del linóleo estaba cubierto por una alfombra oriental.

Llevábamos cuatro. Quedaban dos. Elegimos la trasera de la derecha. Villanueva la pateó. Entré. Vacía. Tres por tres, pintada de blanco, linóleo gris. Sin nada dentro. Nada en absoluto. Salvo manchas de sangre. La habían limpiado, pero no del todo. Había remolinos marrones en el suelo, donde una empapada fregona las había extendido. En las paredes se veían salpicaduras. Algunas habían sido limpiadas. Otras se habían quedado allí tal cual. Regueros parecidos a encajes que llegaban a la altura de la cintura. Los ángulos comprendidos entre el zócalo y el linóleo estaban manchados de marrón y negro.

—La criada —dije.

Nadie respondió. Nos quedamos quietos y en silencio durante un largo instante.

Acto seguido retrocedimos y echamos abajo la última puerta, con fuerza. Entré, el arma por delante. Me detuve en seco.

Era una celda. Y estaba vacía.

Medía tres por tres. Tenía las paredes blancas y el techo bajo. Sin ventanas. El suelo, linóleo gris. Un colchón sobre el linóleo. Sábanas arrugadas sobre el colchón. Por todas partes envases de cartón de comida china. Y botellas de plástico de agua mineral vacías.

—Estaba aquí —dijo Duffy.

Asentí.

—Es igual que el sótano de la casa.

Me acerqué al colchón y lo levanté. La palabra JUSTICE embadurnaba el suelo, grande y notoria, pintada con un dedo. Debajo se leía la fecha de ese día, seis números, día, mes y año, decolorándose y recuperando el trazo después de que ella hubiera mojado el dedo en algo negro y marrón.

—Tiene la esperanza de que le sigamos la pista —señaló Villanueva—. Día a día, en un lugar tras otro. Una chica lista.

—¿Esto está escrito con sangre? —preguntó Duffy.

Toda la habitación olía a comida rancia y aire viciado. A miedo y desesperación. Se había enterado de que la criada había muerto. Dos puertas delgadas no obstaculizarían el paso de mucho sonido.

—Salsa de soja —dije—. Espero.

—¿Cuándo la han trasladado?

Miré en los envases más próximos.

—Hará unas dos horas.

—Mierda.

—Pues larguémonos —dijo Villanueva—. Vamos a buscarla.

—Necesito cinco minutos —repuso Duffy—. He de encontrar algo que llevarles a la ATF. Para atar todos los cabos.

—No disponemos de cinco minutos —indicó Villanueva.

—Dos minutos —dije yo—. Coge lo que necesites y ya lo mirarás luego.

Salimos de la celda. Nadie miró en el osario. Duffy nos condujo otra vez a la habitación con la alfombra oriental. «Ingeniosa elección», pensé. Seguramente era el despacho de Quinn. Era de esos que tendría una alfombra. De un cajón del escritorio ella cogió un grueso expediente en el que ponía «Asuntos pendientes» y arrancó todas las notas del tablón de corcho.

—Vámonos —repitió Villanueva.

Salimos por la puerta principal exactamente cuatro minutos después de que yo hubiera entrado por la ventana del cuarto de baño. Habían parecido más de cuatro horas. Nos metimos en el Taurus y al cabo de un minuto estábamos de nuevo en la carretera 1.

—Sigue hacia el norte —indiqué—. Vamos al centro de la ciudad.

Al principio guardamos silencio. Nadie miraba a nadie. Nadie hablaba. Pensábamos en la criada. Yo iba en el asiento de atrás y Duffy en el del acompañante con los papeles de Quinn sobre las rodillas. El tráfico por el puente era lento. Había gente que iba a la ciudad de compras. Se conducía con prudencia. La calzada estaba resbaladiza debido a la lluvia y el agua salada. Duffy revolvía los papeles, echándoles una ojeada, uno tras otro. De pronto rompió el silencio. Qué alivio.

—Todo es un poco enigmático —explicó—. Tenemos una XX y una BB.

—Empresa de Exportación Xavier y Bizarre Bazaar —precisé.

—BB se dedica a importar —prosiguió ella—. XX a exportar. Pero es evidente que están conectadas. Son como dos mitades de la misma actividad.

—Eso no me importa —señalé—. Yo sólo quiero a Quinn.

—Y a Teresa —puntualizó Villanueva.

—Hoja de cálculo del primer trimestre —dijo Duffy—. Este año van camino de facturar veintidós millones de dólares. Eso son muchas armas, ¿no?

—Un cuarto de millón de *Saturday Night Specials* —dije—. O cuatro tanques Abrams.

—Mossberg —comentó Duffy—. ¿Te suena este nombre?

—¿Por qué? —pregunté.

—El cargamento que XX acaba de recibir es de ellos.

—O. F. Mossberg e Hijos —concreté—. De New Haven, Connecticut. Fabricantes de escopetas cortas.

—¿Qué es una Persuader?

—Una de éstas —respondí—. La Mossberg M500 Persuader. Es un arma paramilitar.

—XX va a enviar de esas Persuader a algún sitio. Doscientas. La factura asciende a sesenta mil dólares. Básicamente a cambio de algo que recibirá BB.

—Importación-exportación —dije—. Es así como funciona.

—Pero los precios no cuadran —repuso ella—. La factura del cargamento que le llega a BB es de setenta mil. Así que XX se queda con diez mil.

—La magia del capitalismo —observé.

—No, espera, hay otro asiento. Ahora sí cuadra. Doscientas Persuader Mossberg más un artículo adicional de diez mil dólares para hacer que los valores coincidan.

—¿Qué artículo adicional? —inquirí.

—No lo pone. ¿Qué podría valer diez mil dólares?

—Eso a mí no me importa —repetí.

Duffy siguió hojeando.

—Keast y Maden —dijo—. ¿Dónde hemos visto esos nombres?

—En el edificio que hay detrás del de Quinn —contesté—. Los del catering.

—Los ha contratado. Hoy hacen un reparto de algo.

—¿Dónde?

—No lo pone.

—¿Algo como qué?

—No lo dice. Dieciocho artículos a cincuenta y cinco dólares cada uno. Ese algo cuesta casi mil dólares.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Villanueva.

Ya habíamos cruzado el puente y serpenteábamos hacia el norte y el oeste.

—Toma la segunda salida —indiqué.

Entramos directamente en el aparcamiento subterráneo de la Casa de Misiones. En una cabina había un guardia de seguridad luciendo un elegante uniforme. Nos miró sin prestarnos demasiada atención. Villanueva le enseñó su placa de la DEA y le dijo que se sentara y se quedara quietecito y callado. Y que no llamara a nadie. El aparcamiento estaba en calma. Habría unas ochenta plazas ocupadas por poco más de una docena de vehículos. Pero uno era el Gran Marquis gris que había visto frente al almacén de Beck esa misma mañana.

—Aquí es donde tomé las fotos —señaló Duffy.

Fuimos al fondo y aparcamos en un rincón. Salimos y cogimos el ascensor hasta el vestíbulo de la planta baja. Había el típico mármol y un directorio del edificio. La Empresa de Exportación Xavier compartía la cuarta planta con un bufete de abogados denominado Lewis, Strange y Greville. Eso nos alegró. Significaba que habría un pasillo interior. Que desde el ascensor no entraríamos directamente en las oficinas de Quinn.

Volvimos al ascensor y pulsamos el cuatro. La vista al frente. Las puertas se cerraron y el cubículo subió. Nos detuvimos en la cuarta planta. Oímos voces. Sonó la campanilla. Se abrieron las puertas. El pasillo estaba lleno de abogados. A la izquierda había una puerta de caoba con una placa de latón que ponía «Lewis, Strange & Greville, abogados». Estaba abierta; tres personas habían salido y esperaban a que alguien cerrara. Dos hombres y una mujer. Vestían ropa informal. Todos llevaban maletines. Parecían contentos. Se volvieron y nos miraron. Bajamos del ascensor. Nos sonrieron y nos saludaron con un gesto de la cabeza, como suele hacerse cuando uno se cruza con desconocidos en un pasillo. O tal vez creyeron que habíamos venido a consultar con ellos alguna cuestión legal. Villanueva les devolvió la sonrisa e indicó con la cabeza la puerta de Exportación Xavier. «No es a vosotros a quienes buscamos, sino a ellos». Una abogada apartó la mirada y subió al ascensor abriéndose paso entre nosotros. Sus colegas cerraron su oficina y la acompañaron. Las puertas del ascensor se cerraron con ellos dentro y lo oímos bajar.

—Testigos —susurró Duffy—. Mierda.

Villanueva señaló la puerta de Exportación Xavier.

—Seguro que hay alguien. Esos abogados no se han sorprendido de vernos aquí

un sábado a esta hora. Por tanto, deben de saber que hay alguien. Quizá pensaron que teníamos una cita o algo así.

Asentí.

—Uno de los coches del aparcamiento estaba esta mañana en el almacén de Beck.

—¿Quinn? —dijo Duffy.

—Espero que sí.

—Ha quedado bien claro. Primero Teresa y después Quinn —dijo Villanueva.

—Pues modifico el plan —repuse—. No voy a marcharme. Si él está aquí, no. No dejaré pasar la oportunidad.

—Pero en todo caso no podemos entrar —objetó Duffy—. Nos han visto.

—Tú no puedes entrar —precisé—. Yo sí.

—¿Cómo? ¿Solo?

—Mejor así. Él y yo.

—Hemos dejado pistas.

—Pues borradlas. Regresad al aparcamiento y marchaos. El guardia os quitará de la lista. Llamad a esta oficina pasados cinco minutos. Entre el registro del aparcamiento y el del teléfono constará que mientras estabais aquí no sucedió nada.

—Pero ¿y tú? Constará que te hemos dejado aquí.

—Lo dudo —dije—. No creo que el tipo del aparcamiento prestara mucha atención. No creo que contara las cabezas ni nada. Se ha limitado a anotar la matrícula.

Duffy no replicó.

—En cualquier caso me da igual —añadí—. Es difícil encontrarme. Y procuraré que aún lo sea más.

Ella miró la puerta del bufete. Luego la de Exportación Xavier. Después el ascensor y finalmente a mí.

—Muy bien —dijo—. Lo dejamos en tus manos. La verdad es que no quiero, pero no tengo más remedio, ¿lo entiendes?

—Con toda claridad.

—Tal vez Teresa esté ahí dentro con él —susurró Villanueva.

Asentí.

—Si es así, la llevaré con vosotros. Quedamos al final de la calle. Diez minutos después de la llamada.

Ambos vacilaron un instante y acto seguido Duffy pulsó el botón para llamar el ascensor. Cuando se puso en marcha el mecanismo, oímos ruidos en el hueco.

—Ten cuidado —dijo ella.

Sonó la campanilla y se abrieron las puertas. Subieron. Villanueva me echó una mirada y pulsó el botón del vestíbulo, las puertas se cerraron ante ellos como el telón de un teatro, y desaparecieron. Me alejé y me apoyé contra la pared enfrente de la puerta de Quinn. Solo me sentía bien. Empuñé la Beretta y esperé. Imaginé que Duffy y Villanueva salían del ascensor y se dirigían al coche. Abandonaban el



aparcamiento. El guardia reparaba en ellos. Aparcaban al doblar la esquina y llamaban a información. Conseguían el número de Quinn. Y miré fijamente la puerta. Imaginé a Quinn al otro lado, sentado a su mesa, con un teléfono delante. Miraba la puerta como si pudiera ver a través de ella.

De hecho, la primera vez que lo vi fue el día de la detención. A Frasconi le había ido bien con el sirio. El tío estaba totalmente de acuerdo. Frasconi era ideal para una situación como aquella. Si se le daba tiempo y un objetivo claro, cumplía con su cometido. El sirio llevaba consigo dinero en efectivo sacado de su embajada. Nos sentamos todos juntos frente al auditor militar y lo contamos. Cincuenta mil dólares. Supusimos que era el último de muchos plazos. Marcamos cada billete, uno a uno. Marcamos incluso el maletín con las iniciales del auditor cerca de una de las bisagras. El auditor redactó una declaración jurada para el expediente, Frasconi se quedó con el sirio y Kohl y yo nos instalamos en un lugar apropiado para vigilar. El fotógrafo de ella ya estaba listo en una ventana de la segunda planta de un edificio que había al otro lado de la calle, a unos veinte metros hacia el sur. El auditor se reunió con nosotros diez minutos después. Estábamos utilizando una furgoneta aparcada junto al bordillo. Tenía una suerte de portillas en los cristales opacos. Kohl la había tomado prestada del FBI. Para completar la escenificación había reclutado a tres veteranos que llevaban monos de la compañía eléctrica y estaban cavando de veras una zanja.

Aguardamos. Sin hablar. En la furgoneta no había mucho aire. Volvía a hacer calor. Al cabo de cuarenta minutos, Frasconi dejó ir al sirio. Apareció en nuestro campo visual andando, desde el norte. Se le había avisado de lo que podía pasarle si nos traicionaba. Kohl había escrito el guión y Frasconi se lo había transmitido. Contenía amenazas que seguramente no habríamos cumplido; pero eso él no lo sabía. Si pensamos en lo que le sucede a la gente en Siria, supongo que eran creíbles.

Se sentó a una mesa de una terraza. A tres metros de nosotros. Dejó el maletín en el suelo, junto a la mesa. Apareció el camarero y tomó nota de su pedido. Al cabo de un minuto le llevó un café. El sirio encendió un cigarrillo. Lo aplastó en el cenicero a medio fumar.

—El sirio está esperando —señaló Kohl, tranquila. Había puesto en marcha un magnetófono. Su intención era grabar la conversación en tiempo real para mayor seguridad. Vestía prendas verdes, lista para la detención. Le sentaban francamente bien.

—Comprobado —dijo el auditor—. El sirio está esperando.

El sirio terminó su café e hizo señas al camarero para que le sirviera otro. Encendió otro cigarrillo.

—¿Siempre fuma tanto? —pregunté.

—¿Por qué? —dijo Kohl.

—¿No estará mandando una señal a Quinn?

—No; fuma siempre.

—Muy bien —dije—. Pero seguramente disponen de una señal de cancelación.

—No creo que el tío la use. Frasconi lo ha asustado de veras.

Seguimos a la espera. El sirio acabó el segundo cigarrillo. Colocó las manos planas sobre la mesa. Tamborileó con los dedos. Parecía encontrarse bien. Parecía un tipo esperando a otro que se retrasa un poco. Encendió otro pitillo.

—No me gusta tanto humo —solté.

—Relájese, siempre es así —explicó Kohl.

—Parece nervioso. Quinn podría darse cuenta.

—Es normal. Es de Oriente Medio.

Aguardamos. Vi que cada vez pasaba más gente. Se acercaba la hora de almorzar.

—Ahora viene Quinn —indicó Kohl.

—Bien —certificó el auditor militar—. Ahora viene Quinn.

Miré hacia el sur. Vi un tío de aspecto aseado, pulcro y elegante. Uno ochenta y cinco y algo menos de ochenta kilos. No más de cuarenta años. Tenía el pelo negro con algunas canas en las sienes. Llevaba traje azul, camisa blanca y corbata de un rojo apagado. Parecía una persona corriente de D.C. Andaba deprisa, aunque no daba esa impresión. Se movía con garbo. Era atlético y estaba en buena forma, sin duda. Casi seguro que hacía *footing*. Llevaba un maletín Halliburton. Idéntico al del sirio. A la luz del sol despedía tenues destellos dorados.

El sirio dejó el cigarrillo en el cenicero e hizo un gesto con la mano. Parecía un poco preocupado, pero pensé que era lógico. El espionaje de alto nivel en pleno centro de la capital de tu enemigo no es ningún juego. Quinn lo vio y se acercó. El sirio se levantó y ambos se estrecharon la mano por encima de la mesa. Sonreí. Utilizaban un sistema muy ingenioso. En Georgetown era una escena tan familiar que pasaba totalmente inadvertida. Un americano con traje dando un apretón de manos a un forastero junto a una mesa con tazas de café y un cenicero rebosante. Se sentaron. Quinn recolocó la silla, se puso cómodo y dejó su maletín pegado al que ya estaba ahí. Si uno no miraba con atención, podía parecer que los dos maletines eran uno solo de mayor tamaño.

—Los maletines están uno junto al otro —dijo Kohl al micrófono.

—Bien —dijo el auditor—. Los maletines están uno junto al otro.

Apareció el camarero con el segundo café del sirio. Quinn le dijo algo, y el camarero se fue. El sirio le dijo algo a Quinn. Éste sonrió. Era una sonrisa de mero control. Mera satisfacción. El sirio dijo algo más. Estaba desempeñando su papel. Pensaría que estaba salvando la vida. Quinn estiró el cuello y buscó al camarero. El sirio cogió de nuevo su cigarrillo, volvió la cabeza y echó el humo directamente hacia nosotros. Acto seguido lo apagó en el cenicero. Acudió el camarero con la bebida de Quinn. Una taza grande. Seguramente café con leche. El sirio tomaba sorbos de su café. Quinn se bebía el suyo. No hablaban.

—Están nerviosos —dijo Kohl.

—Impacientes —dije yo—. Se acercan al final. Es el último encuentro. Ya ven la línea de meta. Los dos. Sólo quieren acabar ya.

—Atención a los maletines —dijo Kohl.

—Atención —repitió el auditor.

Quinn dejó la taza en el platillo. Apartó la silla hacia atrás. Alargó la mano derecha. Cogió la cartera del sirio.

—Quinn tiene la cartera del sirio —dijo el auditor.

Quinn se puso en pie. Dijo algo, se volvió y se alejó a paso ligero. Lo observamos hasta que desapareció. El sirio se quedó con la cuenta. La pagó y se marchó en dirección al norte, hasta que Frasconi salió de un portal, lo agarró del brazo y lo condujo hacia nosotros. Kohl abrió la puerta trasera de la furgoneta y Frasconi metió al tío dentro. Siendo cinco como éramos, no había mucho sitio.

—Abra el maletín —ordenó el auditor.

De cerca, el sirio parecía más nervioso que a través del cristal. Sudaba y olía mal. Dejó el maletín en el suelo y se agachó. Nos miró a uno tras otro sucesivamente, liberó los cierres y levantó la tapa.

El maletín estaba vacío.

Oí el teléfono en la oficina de la Empresa de Exportación Xavier. La puerta era gruesa y maciza, con lo que el tono quedaba amortiguado y parecía lejano. Pero era el tono de un teléfono y se oía exactamente cinco minutos después de que Duffy y Villanueva hubieran salido del aparcamiento. Sonó dos veces y alguien descolgó. No percibí conversación alguna. Supuse que Duffy diría que se había equivocado de número. Supuse que alargaría la conversación lo suficiente para que resultara significativa en un registro telefónico. Le di un minuto. Nadie alarga una llamada fingida más de sesenta segundos.

Saqué la Beretta del bolsillo y abrí la puerta. Entré en un amplio recibidor. Había madera oscura y alfombras. A la izquierda, un despacho cerrado. Otro a la derecha, también cerrado. Delante de mí, una mesa de recepción. Una persona sentada ante la mesa, en el momento de colgar un teléfono. No era Quinn. Era una mujer. De unos treinta años, cabello rubio, ojos azules. Frente a ella, en una placa plastificada pegada a un soporte de madera se leía: EMILY SMITH. Detrás se veía un perchero con un impermeable colgado. Y también, en una percha metálica, un vestido de cóctel cubierto por un plástico de la tintorería. Con la mano izquierda, cerré a tientas a mi espalda la puerta del pasillo. Observé los ojos de Emily Smith. Me miraban fijamente. Sin parpadear. No los giró a la derecha ni a la izquierda, hacia ninguna puerta. Tampoco los bajó al bolso o al cajón. Así que seguramente estaba desarmada.

—Usted debería estar muerto —dijo.

—¿Ah, sí?

Asintió ligeramente, como si no pudiera procesar lo que estaba viendo.

—Usted es Reacher —dijo—. Paulie nos dijo que lo había eliminado.

Asentí.

—Vale, soy un fantasma. No toque el teléfono.

Me acerqué y miré la mesa. No había armas encima. El teléfono era una complicada consola con muchas líneas. Toda llena de botones. Me agaché y con la mano izquierda arranqué el cordón del enchufe.

—Levántese —ordené.

Ella echó la silla hacia atrás y se levantó con ayuda de las manos.

—Miremos en las otras habitaciones —dije.

—No hay nadie —señaló. Había miedo en su voz, luego probablemente decía la verdad.

—Miremos igualmente —insistí.

Salió de detrás de la mesa. Era unos treinta centímetros más baja que yo. Llevaba una falda oscura y una blusa también oscura. Calzaba unos zapatos elegantes, que también harían juego con el vestido de cóctel. Apliqué el cañón de la Beretta a su espalda, la agarré del cuello de la blusa con la mano izquierda y la hice avanzar. Parecía frágil y poca cosa. Su cabello caía sobre mi mano. Olía a limpio. Primero inspeccionamos el despacho de la izquierda. Ella abrió la puerta, yo la empujé dentro de golpe y me eché a un lado apartándome del umbral. No quería que me dispararan por la espalda desde el recibidor.

Sólo era un despacho. Un espacio de dimensiones aceptables. Sin nadie dentro. Había una alfombra oriental y un escritorio. También un lavabo. Simplemente un pequeño cubículo con un retrete y una pica. Tampoco nadie allí. Así que empujé a la mujer por todo el recibidor hasta el despacho de la derecha. La misma decoración. La misma clase de alfombra oriental, el mismo estilo de mesa. Desocupado. Nadie. No había lavabo. Seguí sujetando con fuerza a la secretaria por el cuello de la blusa y la empujé hasta el centro del recibidor. La detuve justo al lado de su mesa.

—Aquí no hay nadie —solté.

—Ya se lo he dicho —replicó.

—Entonces ¿dónde están todos?

No respondió. Noté que se ponía rígida, dispuesta a no contestar.

—Más en concreto, ¿dónde está Teresa Daniel? —pregunté.

Nada.

—¿Dónde está Xavier? —inquirí.

Nada.

—¿Cómo es que sabe mi nombre?

—Beck se lo dijo a Xavier. Le pidió permiso para contratarle.

—¿Xavier hizo averiguaciones sobre mí?

—Todas las que pudo.

—¿Y le dio a Beck su conformidad?

—Evidentemente.

—Entonces ¿por qué ha mandado a Paulie que acabara conmigo esta mañana? Volvió a ponerse rígida y dijo:

—La situación ha cambiado.

—¿Esta mañana? ¿Por qué?

—Nos ha llegado nueva información.

—¿Qué información?

—No lo sé exactamente —dijo—. Algo sobre un coche.

¿El Saab? ¿Las desaparecidas notas de la criada?

—Llegó a determinadas conclusiones —añadió—. Ahora lo sabe todo acerca de usted.

—Eso es sólo una manera de hablar —corregí—. Nadie lo sabe todo acerca de mí.

—Se enteró de que usted habló con la ATF.

—Como digo, en realidad nadie sabe nada.

—Sabe lo que estaba haciendo aquí.

—¿Ah, sí? ¿Y lo sabe usted?

—No me lo dijo.

—¿Y qué pinta usted en todo esto?

—Soy la directora de operaciones.

Apreté la mano con que le asía el cuello de la blusa, acerqué el cañón de la Beretta y se lo hundí en la mejilla, tensándole la piel. Pensé en Angel Doll y John Chapman Duke, y en dos guardaespaldas de quienes ni siquiera sabía el nombre, y en Paulie. Imaginé que, en un sentido cósmico, añadir a Emily Smith a la lista de bajas no iba a costarme mucho. Coloqué el arma en su cabeza. Oí un avión a lo lejos, despegando del aeropuerto. Bramó a través del cielo, a menos de dos kilómetros. Calculé que podía esperar al siguiente y apretar el gatillo. Nadie oiría nada. Y ella seguramente se lo merecía.

O tal vez no.

—¿Dónde está él? —pregunté.

—No lo sé.

—¿Sabe lo que hizo hace diez años?

Si lo sabía, lo diría. Sin duda. Por orgullo, vanidad o sentido de pertenencia. Sería incapaz de callárselo. Y si lo sabía, merecía morir. Por saberlo y aun así seguir trabajando con quien hizo aquello.

—No, no me lo ha dicho nunca —contestó—. Hace diez años yo no le conocía.

—¿Está segura?

—Sí.

La creí.

—¿Sabe qué le pasó a la criada de Beck? —solté.

Una persona veraz es perfectamente capaz de decir que no, pero normalmente se tomará su tiempo antes de responder. Quizá se le planteen algunos interrogantes. Es humano.

—¿Quién? —dijo—. No, ¿qué?

Suspiré.

—Muy bien —dije.

Guardé la Beretta en el bolsillo, le solté el cuello de la blusa, la hice girar sobre los talones y con la mano izquierda le sujeté las dos muñecas juntas. Con la derecha cogí el cable del teléfono. A continuación, inmovilizados los brazos, la empujé hacia el despacho de la izquierda y luego hasta el lavabo. La metí dentro.

—Los abogados de al lado se han ido a casa —dije—. Hasta el lunes por la mañana no habrá nadie en el edificio. Así que ya puede gritar todo lo que quiera, que nadie va a oírle.

La mujer no dijo nada. Le cerré la puerta en las narices. Enrollé fuerte el cable del teléfono en el pomo. Abrí la puerta del despacho y até el otro extremo del cable al picaporte. Emily podía pasarse todo el fin de semana tirando desde dentro en vano. Nadie puede romper cable eléctrico estirando a lo largo. Supuse que al cabo de una hora se daría por vencida y se quedaría quieta, bebería agua del grifo, usaría el retrete y procuraría hacer tiempo.

Me senté a su mesa. Pensé que una directora de operaciones tendría papeles de interés. Pero no. Lo mejor que encontré fue una copia del encargo a Keast & Maden. Los del catering. 18 @ \$55. Alguien había anotado algo a lápiz en la parte inferior. Letra de mujer. Seguramente de Emily Smith. La nota decía: «¡Cordero, no cerdo!». Hice girar la silla y observé el vestido colgado en la percha. Volví a girar y miré el reloj. Había consumido mis diez minutos.

Bajé en el ascensor al aparcamiento y salí por la puerta de incendios de la parte trasera. El guardia no me vio. Rodeé el bloque y llegué hasta Duffy y Villanueva por detrás. Tenían el coche aparcado en la esquina y estaban en los asientos delanteros, mirando por el parabrisas. Supuse que esperaban ver a dos personas bajando la calle y dirigiéndose a ellos. Abrí la puerta y me deslicé en el asiento trasero, y ellos se volvieron y mostraron su semblante decepcionado.

—Ninguno de los dos —dije.

—Alguien ha cogido el teléfono —señaló Duffy.

—Una mujer llamada Emily Smith —expliqué—. La directora de operaciones. No me ha contado nada.

—¿Qué has hecho con ella?

—La encerré en el cuarto de baño. Estará fuera de juego hasta el lunes.

—Tenías que hacerla cantar —soltó Villanueva—. Arrancarle las uñas.

—Eso no va conmigo. Pero puedes hacerlo tú, si quieres. Aún está allí dentro. No va a ir a ninguna parte.

Villanueva se limitó a menear la cabeza.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Duffy.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Kohl.

Todavía estábamos dentro de la furgoneta. Kohl, el auditor militar y yo. Frasconi se había llevado al sirio. Kohl y yo nos devanábamos los sesos y el auditor estaba en vías de desentenderse de todo.

—Yo he venido sólo para observar —indicó—. No puedo ofrecerles asesoramiento legal. No sería adecuado. Y, sinceramente, tampoco sabría qué decirles.

Nos fulminó con la mirada, salió por la puerta de atrás y se marchó andando. No miró hacia atrás. Supongo que era el bajón que le pilla a un observador después de haber estado perdiendo el tiempo miserablemente. Eran consecuencias no deseadas.

—Vamos a ver, ¿qué ha pasado? —dijo Kohl—. ¿Qué ha sucedido exactamente?

—Sólo hay dos posibilidades —señalé—. Una, que simple y llanamente estaba estafando al tío. El clásico truco de la confianza. Vas pasando poco a poco el material poco importante, y de pronto retienes el último plazo. Dos, que estaba trabajando como agente legal de contraespionaje. Demostrando que Gorowski era fácil de sobornar, o que los sirios estaban dispuestos a pagar una buena pasta por cierto material.

—Secuestró a la hija de Gorowski —apuntó ella—. Imposible que esto estuviera autorizado.

—Cosas peores se han visto.

—Los estaba engañando.

Asentí.

—Estoy de acuerdo. Los estaba timando.

—Entonces ¿qué podemos hacer al respecto?

—Nada —repuse—. Porque si seguimos adelante y lo acusamos de chanchullos para obtener un beneficio personal, él dirá que no, que no es cierto, que en realidad estaba poniendo un cebo, y nos invitará a demostrar lo contrario. Y encima, nos dirá que no metamos las narices en los asuntos de contraespionaje.

Kohl se quedó callada.

—¿Y sabe otra cosa? —añadí—. Aunque los estuviera estafando, yo no sabría de qué acusarle. ¿El Código Penal Militar impide a uno aceptar dinero de extranjeros idiotas a cambio de maletines llenos de aire?

—No lo sé.

—Yo tampoco.

—En todo caso, los sirios se pondrán hechos un basilisco, ¿no? —dijo ella—. A ver, le han pagado medio millón de dólares. Reaccionarán. Está en juego su orgullo. Aunque fuera un agente legal, corrió muchísimo peligro. Corrió con medio millón de peligros. Irán por él. Y no puede desaparecer sin más. Tendrá que quedarse en su puesto.

Me tomé un respiro. La miré.

—Si no va a desaparecer, ¿por qué estaba transfiriendo todo ese dinero?

Kohl no contestó. Miré la hora. Pensé: «Esto, no lo otro». O quizás, y sólo por una vez, esto y lo otro.

—Medio millón es demasiado dinero —dije.

—¿En qué sentido?

—Para que lo pagaran los sirios. Simplemente esa cosa no lo vale. Pronto habrá un prototipo. Después se fabricará una remesa de preproducción. En cuestión de meses tendremos en intendencia cien armas terminadas. Seguramente podrían comprar una por diez mil dólares. Algún cabo corrupto se la vendería. Incluso podrían conseguir alguna gratis. Y luego simplemente aplicar la ingeniería invertida.

—Vale, o sea que como negociantes son idiotas —dijo Kohl—. Pero hemos oído a Quinn en la cinta. Metió medio kilo en el banco.

Miré otra vez el reloj.

—Lo sé. Es un hecho incontestable.

—Entonces ¿qué?

—Sigue siendo mucho dinero. Los sirios no son más idiotas que las demás personas. Nadie valoraría un dardo estrambótico en medio millón de dólares.

—Pero sabemos que eso es lo que han pagado. Acaba de decir que es un hecho incontestable.

—No —objeté—. Sabemos que Quinn ingresó medio millón en el banco. El hecho es éste. Lo que no demuestra que se lo pagaran los sirios. Eso es sólo una conjetura.

—¿Cómo?

—Quinn es un experto en Oriente Medio. Es un tipo listo, y también mal bicho. Me parece que usted dejó de buscar demasiado pronto.

—¿Buscar dónde?

—En él. Adónde va, con quién anda. ¿Cuántos regímenes sospechosos hay en Oriente Medio? Al menos cuatro o cinco. Supongamos que se mete en la cama con dos o tres, al mismo tiempo o por separado. Y que cada uno cree que es el único. Supongamos que ha efectuado la operación tres o cuatro veces. Eso explicaría por qué ha logrado meter medio millón en el banco a cambio de algo que no lo vale ni de lejos.

—¿Y los está timando a todos?

Volví a mirar el reloj.

—Es posible —respondí—. O acaso vaya en serio con uno de ellos. A lo mejor todo empezó así. Quizá Quinn quería que fuera en serio desde el principio, con un cliente predilecto. Pero como no le sacaba todo el dinero que quería, decidió ensanchar el campo.

—Tenía que haber mirado en más cafés —dijo—. Y no conformarme con el sirio.

—Probablemente tiene una ruta fija. Varias citas distintas, una tras otra. Como un maldito mensajero.

Kohl miró la hora.



—Muy bien —dijo—. Pues ahora mismo está llevándose a casa el dinero del sirio.

Asentí.

—Y luego saldrá otra vez enseguida para encontrarse con el siguiente tío. Así que coja a Frasconi y monten más vigilancia. Localicen a Quinn cuando vuelva a la ciudad. Detengan a cualquiera que intercambie un maletín con él. Quizás acaben ustedes juntando un montón de maletines vacíos, pero igual alguno no lo está, en cuyo caso reanudaremos las operaciones.

Ella miró el interior de la furgoneta. Bajó la vista al magnetófono.

—Déjelo correr —señalé—. No hay tiempo para conseguir material inteligente. Sólo usted y Frasconi, en la misma calle.

—El almacén —indiqué—. Tendremos que inspeccionarlo.

—Necesitamos refuerzos —dijo Duffy—. Estarán todos allí.

—Espero que así sea.

—Es demasiado peligroso. Sólo somos tres.

—De hecho, creo que tienen que ir a algún sitio. Es posible que ya hayan salido.

—¿Adónde han de ir?

—Luego —dije—. Vayamos paso a paso.

Villanueva arrancó y se alejó del bordillo.

—Espera —dije—. Dobla a la derecha. Antes quiero comprobar algo.

Le indiqué el camino a lo largo de dos bloques y luego otro hacia arriba y llegamos al aparcamiento público donde yo había dejado a Angel Doll en el maletero de su coche. Villanueva se detuvo junto a una boca de riego y yo bajé. Caminé hacia la entrada de vehículos y dejé que mis ojos se adaptaran a la penumbra. Me acerqué al sitio. Había un coche. Pero no era el Lincoln negro de Angel Doll, sino un Subaru Legacy de color verde metalizado. Era la versión Outback, con los refuerzos en el techo y los neumáticos grandes. En la ventanilla de atrás tenía un adhesivo con las barras y las estrellas. Un conductor patriota. Pero no lo bastante para comprar un coche americano.

Caminé por los dos pasillos adyacentes sólo para asegurarme del todo, pese a que no tenía ya esperanzas. No el Saab, sino el Lincoln. No las desaparecidas notas de la criada, sino los ya inexistentes latidos de Angel Doll. Nadie lo sabe todo de una persona, pero me pareció que ahora él sabía de mí lo suficiente para que yo me sintiera incómodo. Volví sobre mis pasos. Subí la rampa de entrada y salí a la luz exterior. Era un día gris y oscuro, nublado, y caían las sombras de los altos edificios, pero sentí como si me iluminara un reflector. Regresé al Taurus, subí y cerré la puerta sin hacer ruido.

—¿Todo bien? —preguntó Duffy.

No contesté. Ella se volvió en su asiento y me miró.

—¿Todo bien? —repitió.

—Hemos de sacar a Eliot de allí —expliqué.

—¿Por qué?

—Encontraron a Angel Doll.

—¿Quiénes?

—Los hombres de Quinn.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—¿Estás seguro? —preguntó ella—. Podría haber sido la policía de Portland. Un vehículo sospechoso. Demasiado tiempo aparcado.

Negué con la cabeza.

—Habrían abierto el maletero. Ahora considerarían todo el aparcamiento como escenario de un crimen. Habrían cortado los accesos con cinta. Habría polis por todas partes.

Duffy no respondió.

—Ahora todo se ha descontrolado —proseguí—. Así que llama a Eliot. Al móvil. Dile que se largue de allí. Y que se traiga con él a los Beck y la cocinera. Dile que si es preciso los arrastre a punta de pistola. Y que busque otro motel y se esconda.

Ella sacó el Nokia del bolso. Pulsó un botón de marcado rápido. Esperó. Cronometraba mentalmente. Un tono. Dos tonos. Tres. Cuatro. Duffy me miró inquieta. Entonces Eliot contestó. Duffy exhaló un suspiro y le dio las instrucciones, con voz alta, clara y apremiante. Luego desconectó.

—¿Todo bien? —pregunté.

Asintió.

—Parecía muy aliviado.

Yo también hice un gesto de asentimiento. Eliot se sentiría aliviado, sin duda. No es nada divertido permanecer agachado junto a la culata de una ametralladora, de espaldas al mar, mirando fijamente el paisaje gris, sin saber qué se te viene encima, ni cuándo.

—Pues vamos —dije—. Al almacén.

Villanueva arrancó de nuevo. Ya conocía el camino. Había vigilado el almacén en dos ocasiones acompañado de Eliot. Dos largos días. Puso rumbo al sudeste a través de la ciudad y se acercó al puerto desde el noroeste. Nos quedamos callados. Intenté evaluar los daños. Un desastre. No obstante, aquello también era una liberación. Todo había quedado claro. Se había acabado lo de fingir. El chanchullo se había disuelto como un azucarillo. Ahora su enemigo era simple y llanamente yo. Qué descanso.

Villanueva era un conductor muy listo. Todo lo hacía bien. Rodeó el almacén a una distancia de tres bloques. Cubrimos los cuatro lados. Nos limitamos a breves vislumbres por los callejones y los huecos entre edificios. Cuatro lados, cuatro vistazos. No se veían coches. La puerta corredera estaba cerrada a cal y canto. En las ventanas no había luz.

—¿Dónde están todos? —dijo Duffy—. Se supone que iba a ser un fin de semana movido.

—Y lo es —repuse—. Creo que es muy movido. Y lo que están haciendo tiene mucho sentido.

—¿Qué están haciendo?

—Luego —respondí—. Echemos un vistazo a las Persuader. Y veamos qué les dan a cambio.

Villanueva aparcó dos edificios más allá, frente a una puerta que ponía: «Taxidermia Fina Importada Brian». Cerró el Taurus y a continuación dimos un rodeo para llegar al edificio de Beck desde el lado ciego, donde no había ventanas. La puerta del personal que daba a la oficina del almacén estaba cerrada. Miré por la ventana trasera y no vi a nadie. Doblé la esquina y miré en el área administrativa. Nadie. Llegamos a la desconchada puerta gris y nos paramos. Estaba cerrada.

—¿Cómo entramos? —inquirió Villanueva.

—Con esto —dije.

Saqué las llaves de Angel Doll y abrí la puerta. La alarma empezó a pitar. Entré y hojeé los papeles del tablón de anuncios, encontré el código y lo introduje. La luz roja cambió a verde, los pitidos cesaron y el edificio quedó en silencio.

—No están aquí —dijo Duffy—. No tenemos tiempo para registrar a fondo. Hemos de encontrar a Teresa.

Yo ya olía el lubricante de las armas. Flotaba en el ambiente, por encima del olor a lana cruda de las alfombras.

—Cinco minutos —indiqué—. Y luego la ATF os pondrá una medalla.

—Deberían darle una medalla —dijo Kohl.

Estaba llamándome desde un teléfono público del campus de la Universidad de Georgetown.

—¿Ah, sí?

—Lo tenemos. Podemos cazarlo con un tridente. El tío está totalmente acabado.

—Entonces ¿qué era?

—Los iraquíes —explicó—. Inaudito, ¿no?

—Supongo que tiene su lógica —señalé—. Los están jodiendo y quieren estar preparados para la próxima.

—Pues vaya descaro.

—¿Cómo ha ido todo?

—Igual que la otra vez. Pero con Samsonites, no Halliburtons. De un libanés y de un iraní sólo obtuvimos maletines vacíos. Y luego encontramos el filón en el del iraquí. El original verdadero.

—¿Está segura?

—Del todo. He llamado a Gorowski y él lo ha autenticado por el número del

rincón inferior.

—¿Quién ha presenciado el intercambio?

—Los dos, Frasconi y yo. Y también algunos estudiantes. Lo han hecho en una cafetería de la facultad.

—¿Qué facultad?

—Contamos con un profesor de derecho.

—¿Qué ha visto?

—Todo. Aunque no puede jurar que haya visto el verdadero canje. Han sido hábiles de veras, como los trileros. Los maletines eran idénticos. ¿Es suficiente?

Preguntas que ojalá hubiera respondido de otra manera. Acaso Quinn afirmara que el iraquí habría conseguido el original por medios desconocidos. Acaso apuntara que al tío le gustaba llevar el maletín encima. Tal vez llegara incluso a negar que hubiera habido intercambio alguno. Pero entonces pensé en el sirio, y en el libanés, y en el iraní. Y en todo el dinero que Quinn tenía en el banco. Los estafados se sentirían resentidos. Quizás estarían dispuestos a declarar en una sesión a puerta cerrada. El Departamento de Estado tal vez podría ofrecerles alguna suerte de *quid pro quo*. Además las huellas dactilares de Quinn estarían en el maletín del iraquí. A una cita no habría ido con guantes. Demasiado sospechoso. Pensé que en conjunto era suficiente. Teníamos un patrón claro, unos dólares inexplicables en una cuenta bancaria de Quinn, un proyecto militar de alto secreto en manos de un agente iraquí, y dos PM y un profesor de derecho para explicar cómo sucedió todo, y también huellas dactilares en el asa de una cartera.

—Con eso basta —dije—. Practique la detención.

—¿Adónde voy? —preguntó Duffy.

—Ya te lo diré —respondí.

Me dirigí a la zona despejada. Al despacho del fondo. Crucé la puerta y entré en el cubículo del almacén. En la mesa seguía el ordenador de Angel Doll. De la silla continuaba desprendiéndose el relleno. Encontré el interruptor bueno e iluminé el almacén. A través de las mamparas de vidrio alcanzaba a verlo todo. Allí seguían los estantes de alfombras. También estaba la carretilla elevadora. Pero en el centro se veían cinco montones de cajones de embalaje que llegaban a la altura de la cabeza. Estaban apilados en dos grupos. Los más alejados de la puerta corredera eran tres montones de abolladas cajas de madera, todas con signos estarcidos de alfabetos extraños, la mayoría del cirílico, cubiertos por garabatos de derecha a izquierda correspondientes a una especie de lengua árabe. Supuse que eran las importaciones de Bizarre Bazaar. Más cerca de la puerta había dos montones de cajones nuevos con las palabras «Mossberg Connecticut». Debía de ser el cargamento de la Empresa de Exportación Xavier que había que embarcar. Importación-exportación, máximo exponente del trueque. «El intercambio equitativo no constituye un robo», habría

dicho Leon Garber.

—No es mucho, ¿verdad? —dijo Duffy—. Vamos a ver, cinco montones de cajas. ¿Ciento cuarenta mil dólares? Creía que iba a ser una operación importante.

—Creo que lo es —dije—. Pero quizá más en calidad que en cantidad.

—Echemos un vistazo —propuso Villanueva.

Fuimos al almacén. Villanueva y yo bajamos al suelo la caja de arriba de Mossberg. Pesaba. Yo aún tenía el brazo izquierdo algo débil. Y aún me dolía el pecho. Eso hizo que me olvidara por unos momentos de mi boca destrozada.

Mi compañero encontró en una mesa unas tenazas y quitó los clavos de la tapa. Después la alzó y la dejó en el suelo. El interior estaba lleno de virutas de espuma. Hundí la mano y saqué un arma larga envuelta en papel encerado. Arranqué el papel. Era una M500 Persuader. El modelo Crucero. Sin culata para el hombro. Sólo una empuñadura de pistola. Calibre 12, cañón de 45 cm, recámara de siete y medio, capacidad de seis tiros, metal pavonado, asidero frontal negro sintético, sin mira. Un arma callejera repugnante y brutal para distancias cortas. Comprobé la corredera, cric crac, suave como la seda. Apreté el gatillo. Hizo clic como una Nikon.

—¿Hay municiones? —pregunté.

—Aquí —contestó Villanueva. Sostenía en la mano un paquete de balas Brenneke Magnum. Tras él había una caja de cartón con docenas de paquetes idénticos.

Abrí dos, cargué seis proyectiles, dejé uno en la recámara y cargué un séptimo. Después puse el seguro, pues las Brenneke no eran perdigones, sino balas de cobre macizo de veintiocho gramos que saldrían del Persuader a casi mil ochocientos kilómetros por hora. En un bloque de hormigón ligero harían un agujero lo bastante grande para arrastrarse a través de él. Dejé el arma sobre la mesa y desarrollé otra. La cargué, puse el seguro y la dejé al lado de la primera. Sorprendí a Duffy con la vista clavada en mí.

—Son para esto —expliqué—. Un arma vacía no sirve de nada.

Devolví los paquetes vacíos de las Brenneke a la caja de cartón y cerré la tapa. Villanueva estaba mirando las cajas de Bizarre Bazaar.

—¿Qué te parece? ¿Serán alfombras? —me preguntó.

—No todas —respondí.

—Los de Aduana creen que sí. Un tal Taylor certifica que son alfombras procedentes de Libia tejidas a mano.

—Esto os conviene —dije—. Podéis entregar al Taylor ese a la ATF. Que investiguen sus cuentas bancarias. Quizás entonces caigáis más simpáticos.

—Pero ¿qué contienen realmente? —inquirió Duffy—. ¿Qué hacen en Libia?

—Nada —respondí—. Cultivan dátiles.

—Todo esto es material ruso —señaló Villanueva—. Ha pasado por Odesa dos veces. Importado de Libia, dobla a la derecha para luego dar la vuelta y es exportado aquí. A cambio de doscientas Persuader. Sólo porque alguien quiere hacerse el duro por las calles de Trípoli.

—Y en Rusia fabrican un montón de cosas —dijo Duffy.

Asentí.

—Veamos exactamente el qué.

Había nueve cajas de embalaje en tres pilas. Agarré la de arriba del montón más próximo y Villanueva puso manos a la obra con sus tenazas. Quitó la tapa, y vi una serie de AK-74 ocultos bajo virutas de madera. Fusiles de asalto Kalashnikov estándar, muy usados. Un fastidio del demonio, en la calle podrían llegar a valer doscientos dólares cada uno, según dónde se vendieran. No eran artículos de moda. No me cabía en la cabeza que ningún tío con cazadora North Face cambiara su hermosa H&K por uno de éstos.

La segunda caja era más pequeña. Estaba llena de virutas de madera y ametralladoras AKSU-74. Eran derivados del AK-74. Eficaces, pero toscas y pesadas. También estaban usadas, pero en buen estado. Nada del otro mundo. No eran mejores que media docena de equivalentes occidentales. La OTAN no ha pasado ninguna noche en vela preocupada por esto.

La tercera caja rebosaba de pistolas Makarov de nueve milímetros. La mayoría rayadas y viejas. Es un diseño rudimentario y nada original, copia de la antigua Walther PP. Los militares soviéticos nunca fueron muy entendidos en pistolas. Pensaban que usar armas de cinto era poco más o menos que arrojar piedras.

—Esto es una mierda —dije—. Lo mejor que se podría hacer con todo sería fundirlo y utilizarlo para fabricar anclas de barcos.

Pasamos al segundo montón y ya en la primera caja hallamos algo más interesante. Fusiles VAL Silent Sniper. Habían permanecido en secreto hasta 1994, cuando el Pentágono se hizo con uno. Eran negros, todo metal, con la culata hueca. Disparan pesados cartuchos especiales subsónicos. Según las pruebas efectuadas, penetraban cualquier chaleco antibalas a una distancia de quinientos metros. Recuerdo que en su momento se produjo un gran revuelo. Había doce. Y en la siguiente caja otros doce. Eran armas de calidad. Parecían en buen estado. Harían juego con las cazadoras North Face. Sobre todo con las negras de forro plateado.

—¿Son caras? —preguntó Villanueva.

Me encogí de hombros.

—Es difícil saberlo. Depende de lo que uno esté dispuesto a pagar, imagino. Pero en Estados Unidos, un Vaime o un SIG nuevos podrían costar más de cinco mil.

—Pues esto es todo lo que hay de valor aquí.

Lo admití con un gesto de la cabeza.

—Son armas para tomar en serio. Pero no muy útiles en el sur y el centro de Los Ángeles. O sea que su valor en la calle puede ser mucho menor.

—Deberíamos irnos —sugirió Duffy.

Retrocedí para mirar por el cristal de las mamparas y la ventana de atrás. Era media tarde. El cielo estaba encapotado pero aún había luz.

—Un momento más —dije.

Villanueva abrió la última caja del segundo montón.

—¿Qué demonios es esto? —soltó.

Me acerqué. Vi un nido de virutas de madera. Y un delgado tubo negro. Tenía una pequeña sección de madera como apoyo para el hombro y un bulboso misil ya cargado en el extremo. Para estar seguro, tuve que mirar dos veces.

—Es un RPG-7 —dije—. Un lanzacohetes antitanque. Un arma de infantería que se dispara apoyada en el hombro.

—RPG significa granada propulsada por un cohete —señaló él.

—Eso en inglés —advertí—. En ruso quiere decir *reaktivniy protivotankovyi granatomet*, lanzagranadas antitanque en un cohete. Pero no lleva una granada sino un misil.

—¿Cómo un penetrador de caña larga? —preguntó Duffy.

—Algo así —contesté—. Pero éste con explosivo.

—¿Revienta tanques?

—Ésa es la intención.

—Entonces ¿quién se lo va a comprar a Beck?

—No lo sé.

—¿Narcotraficantes?

—Cabe la posibilidad. Sería muy efectivo contra una casa. O contra una limusina blindada. Si tu rival ha comprado un BMW a prueba de balas, necesitas uno de éstos.

—O terroristas —apuntó ella.

Asentí.

—O milicianos majaretas.

—Esto es muy serio.

—Son difíciles de disparar —expliqué—. El misil es grande y lento. Incluso un ligero viento lateral puede hacerte fallar. Pero para quien resulte alcanzado por error no hay consuelo posible.

Villanueva arrancó la siguiente tapa.

—Otra —dijo—. Lo mismo.

—Hemos de llamar a la ATF —dijo Duffy—. Y seguramente también al FBI. Enseguida.

—Un momento más.

Villanueva abrió las dos últimas cajas. Los clavos chillaron y la madera se astilló.

—Más cosas raras —anunció.

Miré. Vi gruesos tubos de metal pintados de amarillo brillante. Por debajo, módulos electrónicos sujetos con tornillos. Aparté la vista.

—Grails —dije—. SA-7 Grails. Misiles rusos tierra-aire.

—¿Termodirigidos?

—Exacto.

—¿Para derribar aviones? —preguntó Duffy.

Asentí con la cabeza.

—Y muy efectivos contra los helicópteros —puntualicé.

—¿Cuál es su alcance? —preguntó Villanueva.

—Más de tres mil metros —repuse.

—Esto podría abatir aviones de pasajeros.

—Cerca de un aeropuerto —dije—. Poco después del despegue. Se podría usar desde una embarcación en East River. Imaginemos que le dan a un avión que despegue de La Guardia. Imaginemos que se estrella en Manhattan. Sería otro once de septiembre.

Duffy tenía la mirada clavada en los tubos amarillos.

—Inaudito —dijo.

—Esto ya no tiene nada que ver con traficantes de drogas —repuse—. Han ampliado el mercado. Está relacionado con el terrorismo. No puede ser otra cosa. Sólo este cargamento equiparía a toda una célula terrorista. Con él podrían hacer prácticamente cualquier cosa.

—Hemos de averiguar quién está haciendo cola para comprarlo. Y para qué lo quieren.

Entonces oí ruido de pies en el umbral. Y el chasquido de una bala al colocarse en la recámara de una pistola automática. Y una voz.

—Nosotros no preguntamos para qué lo quieren —dijo—. Nunca. Sólo cogemos su maldito dinero.



Era Harley. Su boca, un irregular agujero sobre sus barbas de chivo. Alcanzaba a verle los dientes amarillentos. Él sonreía. Sostenía en la derecha un Para Ordnance P14. El P14 es una excelente copia canadiense del Colt 1911, y para él pesaba demasiado. Tenía las muñecas débiles. Le habría ido mejor una Glock 19, como la de Duffy.

—He visto las luces encendidas —dijo—. Y he decidido entrar a echar un vistazo. —Me miró fijamente—. Me parece que Paulie metió la pata —prosiguió—. Y supongo que le imitaste la voz cuando el señor Xavier llamó por teléfono.

Miré el dedo del gatillo. Estaba listo. Dedicué medio segundo a enfadarme conmigo mismo por haberle dejado entrar sin anunciarse. Después pasé a pensar en cómo desarmarlo. «Villanueva me reñirá a gritos si me lo cargo sin preguntarle antes por Teresa», pensé.

—¿No vas a presentarme? —dijo.

—Os presento a Harley —dije yo.

Nadie habló.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó Harley.

Me quedé callado.

—Somos agentes federales —dijo Duffy.

—¿Y qué estáis haciendo aquí? —preguntó Harley.

Formuló la pregunta como si estuviera verdaderamente interesado. Llevaba un traje diferente. Negro brillante. Y una corbata plateada. Se había duchado y lavado el pelo. Llevaba la coleta sujeta con una vulgar goma marrón.

—Estamos trabajando —respondió Duffy.

Harley asintió.

—Reacher ha visto lo que hacemos a las agentes del gobierno. Lo ha visto con sus propios ojos.

—Deberías abandonar el barco, Harley —sugerí—. Todo se está viniendo abajo.

—¿Lo crees así?

—Lo sé.

—Pues los ordenadores no me dan esa sensación. Nuestra amiga de la bolsa no les llegó a decir nada. Aún están esperando su primer informe. De hecho, parece que se hayan olvidado de ella por completo.

—Nosotros no tenemos nada que ver con ordenadores.

—Pues aún mejor —soltó—. Si vais por libre, nadie sabe que estáis aquí, y os estoy apuntando a todos.

—Paulie también me apuntaba —observé.

—¿Con un arma?

—Con dos.

Bajó los párpados un segundo. Volvió a levantarlos.

—Yo soy más listo que Paulie —señaló—. Poned las manos detrás de la cabeza. Pusimos las manos detrás de la cabeza.

—Reacher lleva una Beretta —dijo—. Lo sé seguro. Y me parece que hay también aquí dos Glock. Probablemente una 17 y una 19. Quiero verlas en el suelo, despacito, una tras otra.

Nadie se movió. Harley acercó poco a poco el P14 a Duffy.

—Primero la mujer —dijo—. Índice y pulgar.

Duffy introdujo la mano en la cazadora y sacó la Glock cogida entre el pulgar y el índice. La dejó en el suelo. Yo empecé a dirigir la mano hacia el bolsillo.

—Espera —dijo Harley—. De ti no me fío.

Se acercó, alargó el brazo y me apretó el labio inferior con el cañón del P14, justo donde Paulie me había golpeado. Después bajó su mano izquierda y hurgó en mi bolsillo. Sacó la Beretta. La dejó junto a la Glock de Duffy.

—Ahora tú —le dijo a Villanueva. Mantuvo el P14 en el mismo sitio.

Estaba frío y duro. Notaba la presión de la boca del cañón en mis dientes flojos. Villanueva dejó su Glock en el suelo. Harley empujó con el pie hacia atrás las tres armas. Luego retrocedió.

—Muy bien —dijo—. Ahora colocaos junto a la pared.

Nos hizo mover hasta ponerse junto a las cajas embaladas y situarnos a nosotros en fila contra la pared del fondo.

—Ha venido alguien más con nosotros —dijo Villanueva—. Ahora no está aquí.

«Error», pensé. Harley se limitó a sonreír.

—Pues llámale —soltó—. Dile que venga.

Villanueva no dijo nada. Era un callejón sin salida. Que luego se convirtió en una trampa.

—Llámale —repitió Harley—. Ahora mismo o empezaré a disparar.

Nadie se movió.

—Llámale o le meto una bala a la mujer en el muslo.

—El teléfono lo tiene ella —dijo Villanueva.

—Está en mi bolso —precisó Duffy.

—¿Y dónde está tu bolso?

—En el coche.

«Buena respuesta», pensé.

—¿Dónde está el coche? —preguntó Harley.

—Cerca —dijo Duffy.

—¿Es el Taurus que hay donde los animales disecados?

Duffy asintió. Harley vaciló.

—Puedes utilizar el teléfono de la oficina —dijo—. Llama al tío.

—No sé el número —dijo Duffy.

Harley se quedó mirándola.

—Lo tengo en marcado rápido —aclaró—. No lo sé de memoria.

—¿Dónde está Teresa Daniel? —pregunté.

Harley se limitó a sonreír. «Preguntas y respuestas», pensé.

—¿Está bien ella? —inquirió Villanueva—. Más vale que sí.

—Ella está bien —respondió Harley—. En perfecto estado.

—¿Voy a buscar el teléfono? —dijo Duffy.

—Iremos todos —dijo Harley—. Pero primero volved a poner estas cajas en su sitio. Lo habéis desordenado todo. Mal hecho.

Se acercó a Duffy y le puso el cañón en la sien.

—Yo esperaré aquí —dijo—. Y la mujer puede esperar conmigo. Como si fuera mi seguro de vida.

Villanueva me echó una mirada. Yo me encogí de hombros. Imaginé que nos habían nombrado para llevar a cabo el trabajo de intendencia. Di unos pasos al frente y cogí las tenazas del suelo. Villanueva agarró la tapa de la primera caja de Grail. Me echó otra mirada. Meneé la cabeza lo suficiente para que él lo apreciara. Me habría encantado hundir las tenazas en la cabeza de Harley. O en la boca. Eso habría resuelto sus problemas dentales para siempre. Pero unas tenazas no sirven para nada con un tío que apunta con un arma a la cabeza de un rehén. Y en todo caso yo tenía una idea mejor. Y dependería de una señal de conformidad. Así que simplemente alcé las tenazas y aguardé cortésmente a que Villanueva pusiera la tapa en su sitio, sobre el grueso tubo amarillo para misiles. Di unos golpes con el pulpejo de la mano hasta que los clavos hallaron su agujero original. Luego los clavé, di un paso atrás y esperé de nuevo.

Hicimos lo mismo con la segunda caja de Grail. La levantamos y la colocamos encima de la primera. Después nos ocupamos de las de RPG-7. Volvimos a clavar las tapas y a amontonarlas exactamente como las habíamos encontrado. Luego le tocó el turno a los VAL Silent Sniper. Harley nos observaba atentamente. Pero se estaba relajando un poco. Nosotros éramos dóciles. Villanueva pareció entender lo que yo pretendía. Lo había captado. Encontró la tapa de la caja de las Makarov. Se detuvo a medio colocarla.

—¿La gente compra estas cosas? —preguntó.

«Perfecto», pensé. Su tono era coloquial y reflejaba algo de desconcierto. Y también cierto interés profesional, como correspondería realmente a un tío de la ATF.

—¿Y por qué no? —soltó Harley.

—Porque esto es chatarra —contesté—. ¿Has probado una alguna vez?

Harley negó con la cabeza.

—¿Quieres que te enseñe una cosa? —dije.

Harley mantuvo el arma apretada en la sien de Duffy.

—¿El qué?

Introduje la mano en la caja y saqué una pistola. Soplé para quitarle las virutas y

la sostuve en alto. Muy usada.

—Es un mecanismo rudimentario —señalé—. Simplificaron el diseño original de la Walther. Mejor dicho, lo fastidieron. De doble acción, como el original, pero el retroceso es de pesadilla.

Apunté al techo, coloqué el dedo en el gatillo y puse sólo el pulgar en la parte trasera de la culata para exagerar el efecto. El mecanismo chirrió como el cambio de marchas díscolo de un coche viejo y la pistola se retorció desgarbadamente en mi mano.

—Una porquería —dije.

Lo hice otra vez, escuchando el desagradable sonido y dejando que el arma temblara entre el pulgar y el índice.

—Sin remedio —solté—. No hay posibilidad de darle a nadie a menos que esté a tu lado.

Arrojé el arma a la caja. Villanueva deslizó la tapa hasta ajustarla bien.

—Yo en tu lugar no estaría tranquilo, Harley —añadí—. Si pones en circulación chatarra así, tu reputación quedará por los suelos.

—Ese no es mi problema. Mi reputación no tiene nada que ver. Yo sólo trabajo aquí.

Clavé los clavos despacio, como si estuviera cansado. A continuación nos ocupamos de la caja de las viejas ametralladoras AKSU-74. Y después los AK-74.

—Éstas podríais venderlas a la industria del cine —soltó Villanueva—. Para películas de época. Sólo sirven para eso.

Remaché todos los clavos y apilamos la caja con las otras hasta que tuvimos todas las importaciones de Bizarre Bazaar en un montón aparte, igual que las habíamos encontrado. Harley seguía observándonos. Mantenía el arma en la cabeza de Duffy. Sin embargo, tenía la muñeca cansada y su dedo ya no estaba tan tenso en el gatillo. Había dejado que éste resbalara hacia arriba, contra el armazón, donde ayudaba a soportar el peso. Villanueva empujó la caja de Mossberg por el suelo hacia mí. Encontró la tapa. Sólo habíamos abierto una.

—Casi estamos —dije.

Villanueva colocó la tapa en su sitio.

—Espera —dije—. Nos dejamos dos en la mesa.

Fui y cogí la primera Persuader. La miré fijamente.

—¿Ves esto? —le dije a Harley. Señalé el seguro—. Las embarcaron con el seguro puesto. No deberían haberlo hecho. Esto puede dañar el percutor.

Quité el seguro y envolví el arma con el papel encerado y la hundí en las virutas de espuma. Regresé por la otra.

—Y a ésta le pasa exactamente lo mismo —dije.

—Tíos, os van a cerrar el negocio, seguro —soltó Villanueva—. Vuestro control de calidad es pésimo.

Quité el seguro y me acerqué a la caja. Giré sobre el pie derecho como un jugador

de segunda base dispuesto a eliminar a dos contrarios y apreté el gatillo y le di a Harley en el estómago. La enorme bala Brenneke sonó como una bomba y cortó literalmente en dos a Harley, que estaba allí y de pronto ya no estuvo. Quedó en el suelo en dos grandes trozos, y el almacén se llenó de un humo acre y el aire se impregnó del caliente hedor de la sangre de Harley y su sistema digestivo y Duffy gritaba porque el hombre que había estado a su lado acababa de reventar. Me zumbaban los oídos. Sin dejar de chillar, Duffy se alejó saltando del charco que se formaba a sus pies. Villanueva la sujetó con fuerza y yo deslicé la corredera de la Persuader y vigilé la puerta por si todavía nos esperaba otra sorpresa. Pero no. El interior del almacén dejó de resonar; no se oía nada salvo la ruidosa y agitada respiración de Duffy.

—Estaba pegada a él —dijo.

—Pues ahora no lo estás —repuse—. Esta es la verdad primordial.

Villanueva la soltó, dio unos pasos, se agachó y cogió nuestras armas del lugar donde Harley las había mandado a puntapiés. Saqué de la caja la segunda Persuader cargada, la desenvolví otra vez y quité el seguro.

—Me gustan de veras —dije.

—Parece que funcionan —observó Villanueva.

Sostuve ambas armas con una mano y guardé la Beretta en el bolsillo.

—Trae el coche, Terry —indiqué—. A estas alturas alguien ya estará llamando a la policía.

Salió por la puerta principal, y yo miré el cielo a través de la ventana. Había muchas nubes pero también mucha luz.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Duffy.

—Ahora iremos a cierto sitio y esperaremos —contesté.

Estuve más de una hora sentado frente al escritorio, mirando el teléfono, esperando que Kohl me llamara. Ella había calculado que tardaría treinta y cinco minutos en llegar a Maclean. Si salía desde el campus de la Universidad de Georgetown se podrían añadir cinco o diez más dependiendo del tráfico. Aquilatar la situación en la casa de Quinn podía suponer otros diez. Para detenerle no haría falta ni un minuto. Esposarle y meterle en el coche, tres más. Cincuenta y cinco minutos en total. Pero había pasado una hora y ella no había llamado.

Transcurridos setenta minutos comencé a preocuparme. Al cabo de ochenta ya estaba alarmado. Pasada la hora y media me agencí un coche del departamento y salí a la carretera.

Terry Villanueva aparcó el Taurus en el trozo de asfalto roto frente a la oficina y dejó el motor en marcha.

—Llamemos a Eliot —sugerí—. Hemos de averiguar adónde ha ido. Iremos y esperaremos con él.

—¿Qué esperaremos? —inquirió Duffy.

—Que oscurezca —contesté.

Se dirigió al coche, que seguía al ralenti, y cogió el bolso. Sacó el móvil y marcó el número. Cronometré mentalmente. Un tono. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis.

—No contesta —dijo Duffy. Se animó de pronto. Puso cara larga nuevamente—. Va al buzón de voz —explicó—. Algo pasa.

—Vamos —dije.

—¿Adónde?

Miré el reloj, y a continuación el cielo a través de la ventana. Era demasiado temprano.

—La carretera de la costa —repuse.

Apagamos las luces del almacén y cerramos las puertas. Dentro había demasiadas cosas importantes para dejarlas accesibles y al descubierto. Conducía Villanueva. Duffy se sentó delante. Yo iba detrás con las Persuader en el asiento. Empezamos a salir de la zona portuaria. Pasamos por delante del aparcamiento donde Beck dejaba sus furgonetas azules. Nos metimos en la autopista, dejamos atrás el aeropuerto y abandonamos la ciudad rumbo al sur.

Salimos de la autopista y nos dirigimos hacia el este por la ya familiar carretera de la costa. No había tráfico. El cielo estaba bajo y gris y el viento procedente del mar era lo bastante fuerte para ulular en torno a los soportes del parabrisas. En el aire había gotas de agua. Quizás era lluvia. O tal vez agua pulverizada, lanzada por el temporal a varios kilómetros tierra adentro. Aún había mucha luz. Demasiado temprano.

—Intenta llamar otra vez a Eliot —dije.

Duffy sacó el teléfono. Pulsó el botón de marcado rápido. Oí seis débiles tonos y el susurro del contestador. Ella meneó la cabeza. Volvió a desconectar el móvil.

—Muy bien —dije.

Duffy se volvió en su asiento.

—¿Estás seguro de que se encuentran todos en la casa? —preguntó.

—¿Te has fijado en el traje de Harley? —dije.

—Negro —dijo ella—. De baratillo.

—Lo más parecido a un esmoquin que pudo conseguir. Era su idea de traje de etiqueta. Y Emily Smith tenía un vestido negro de cóctel colgado en su oficina. Estaba a punto de cambiarse. Ya se había puesto unos zapatos elegantes. Creo que va a haber un banquete.

—Keast y Maden —dijo Villanueva—. Los del catering.

—Exacto —confirmé—. Comidas para banquetes. Dieciocho personas a cincuenta y cinco dólares por cabeza. Esta noche. Y Emily Smith hizo una anotación

en el pedido. Cordero, no cerdo. ¿Quién come cordero y jamás prueba el cerdo?

—Los que comen *kosher*.

—Y los árabes —apunté—. Quizá los libios.

—Sus proveedores.

—Exacto —repetí—. Creo que están a punto de consolidar su relación comercial. Me parece que todo el material ruso de las cajas era una especie de cargamento de muestra. Como un detalle. Las Persuader, igual. Se han demostrado mutuamente que pueden cumplir. Ahora van a compartir mesa y mantel y empezarán a hacer negocios en serio.

—¿En la casa?

Asentí.

—Es un lugar imponente —dije—. Aislado, realmente espectacular. Y la mesa del comedor es enorme.

Villanueva encendió el limpiaparabrisas. El vidrio se llenó de vetas y manchas. Era agua rociada que azotaba horizontalmente desde el Atlántico. Llena de sal.

—Hay algo más —añadí.

—¿Qué?

—Sospecho que Teresa Daniel forma parte del trato.

—¿Cómo?

—Creo que quieren venderla junto con las armas. Una americana rubia y bonita... Me parece que es el artículo adicional de diez mil dólares.

Nadie habló.

—¿Recuerdas lo que dijo Harley sobre ella? En perfecto estado.

Nadie abrió la boca.

—Creo que la han mantenido viva y bien alimentada y ni la han tocado —dije, y pensé: «Si hubiera podido disponer de Teresa, Paulie no habría perdido el tiempo con Elizabeth Beck. Con el respeto debido a Elizabeth Beck».

Nadie abrió la boca.

—Ahora mismo estarán adecentándola —agregué.

Todos permanecieron callados.

—Supongo que su destino será Trípoli —continué—. Parte del acuerdo. Como un aliciente.

Villanueva pisó a fondo el acelerador. El viento bramaba contra el parabrisas y los retrovisores laterales. Al cabo de dos minutos llegamos al lugar donde habíamos tendido la emboscada a los guardaespaldas y aflojó la marcha. Nos hallábamos a unos ocho kilómetros de la casa. En teoría ya éramos visibles desde la primera planta. Nos paramos en medio de la carretera y escudriñamos hacia el este.

Cogí un Chevrolet verde oliva y llegué a Maclean en veintinueve minutos. Me paré en mitad de la carretera a doscientos metros escasos de la residencia de Quinn. Estaba

en una zona de postín. El sitio, con abundante agua, era tranquilo y verde y se cocía perezosamente al sol. Las casas se encontraban en parcelas enormes y ocultas tras espesos arriates de plantas perennes. Los senderos de entrada eran negros como el azabache. Alcanzaba a oír pájaros cantando y un aspersionero lejano girando despacio y siseando frente a una empapada acera. También vi libélulas volando.

Levanté el pie del freno y avancé lentamente un centenar de metros. La casa de Quinn estaba reforzada con negros tablones de cedro. Tenía un sendero empedrado y muros de piedra que llegaban a la altura de la rodilla y que ocultaban píceas bajas y rododendros. Las ventanas eran pequeñas, y el modo en que los aleros del tejado coincidían con la parte superior de las paredes producía la sensación de que la casa estaba agachada dándome la espalda.

Divisé el coche de Frasconi aparcado en el sendero de entrada. Era un Chevrolet verde oliva idéntico al mío. No había nadie dentro. El parachoques delantero estaba pegado a la puerta del garaje de Quinn. Era de tres plazas, largo y bajo. Se encontraba cerrado. No se oía nada en ninguna parte, salvo los pájaros, el lejano aspersionero y el zumbido de los insectos.

Aparqué detrás del coche de Frasconi. Mis neumáticos sonaron mojados en el caliente asfalto. Salí y desfundé la Beretta. Quité el seguro y me dirigí a la puerta principal. Cerrada. En la casa no se oía el menor ruido. Fisgué a través de una ventana del vestíbulo. No distinguí nada, excepto esos muebles macizos y neutros que van incluidos en un alquiler caro.

Rodeé la casa hasta la parte trasera. Había un patio de baldosas con una barbacoa. Una mesa cuadrada de teca que se estaba volviendo gris de permanecer a la intemperie y cuatro sillas. Una sombrilla de lona blancuzca sostenida en un palo. Césped y una gran cantidad de arbustos perennes de bajo mantenimiento. Una valla de cedro del mismo color oscuro que los refuerzos de la casa negaba la vista a los vecinos.

Intenté entrar por la cocina. La puerta se hallaba cerrada. Miré dentro por la ventana. No se veía nada. Recorrí todo el perímetro de la parte trasera. Llegué a la siguiente ventana, por la que tampoco se veía nada. Luego pasé a la siguiente y distinguí a Frasconi tumbado de espaldas.

Estaba en mitad del suelo del salón. Había un sofá y dos sillones, todo cubierto de una tela resistente del color del barro. Se apreciaba una alfombra que iba de pared a pared y que hacía juego con el verde oliva de su uniforme. Había recibido un solo disparo en la frente. De nueve milímetros. Mortal. A través de la ventana pude ver incluso el encostrado agujero y el tono marfil apagado del cráneo bajo la piel. Debajo de la cabeza había un charco de sangre. Había empapado la alfombra y ya estaba secándose y volviéndose oscuro.

No quería entrar por la planta baja. Si Quinn seguía allí, estaría esperándome arriba, desde donde gozaría de una ventaja estratégica. Así que arrastré la mesa del patio hasta la parte posterior del garaje y me valí de ella para trepar al tejado, por



donde llegué hasta una ventana de la planta superior. Rompí el cristal con el codo. A continuación me introduje en una habitación de invitados metiendo primero los pies. Olía a humedad y a cerrado. La crucé y salí a un pasillo. Me quedé quieto y escuché. Nada. La casa parecía completamente vacía. Se notaba falta de vida. Una ausencia total de sonido. Ninguna vibración humana.

Pero olí la sangre.

Crucé el pasillo y encontré a Dominique Kohl en el dormitorio principal. Estaba tendida de espaldas en la cama. Totalmente desnuda. Le habían arrancado la ropa. La habían golpeado en la cara hasta dejarla grogui y luego habían hecho con ella una carnicería. Le habían cortado los pechos con un cuchillo grande. Vi el cuchillo. Se había abierto paso hacia arriba a través de la blanda carne hasta la barbilla y luego a través del paladar hasta el cerebro.

Yo había visto muchas cosas en la vida. En una ocasión, tras un ataque terrorista, me encontré con parte de la mandíbula de otro hombre hundida en mi estómago. Tuve que limpiarme los ojos de carne y así poder ver lo suficiente para alejarme a cuatro patas. Me arrastré veinte metros entre piernas y brazos cortados mientras mis rodillas chocaban con cabezas seccionadas al tiempo que me apretaba el abdomen con fuerza para impedir que se me saliesen los intestinos. Había visto homicidios y accidentes y peleas entre hombres armados con metralletas y personas reducidas a una masa rosada tras explosiones y bultos retorcidos y ennegrecidos en hogueras. Pero jamás había visto nada como el destrozado cuerpo de Dominique Kohl. Vomité y, por primera vez en más de veinte años, me eché a llorar.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Villanueva diez años después.

—Entraré solo —dije.

—Voy contigo.

—No discutamos. Sólo acércame un poco. Y conduce muy despacio.

Era un coche gris en un día gris, y los objetos que se mueven despacio se perciben peor que los que van deprisa. Villanueva levantó el pie del freno, pisó ligeramente el acelerador y empezó a desplazarse a unos quince por hora. Comprobé la Beretta y los cargadores de recambio. Cuarenta y cinco balas menos dos disparadas al techo de la habitación de Duke. Inspeccioné las Persuader. Catorce balas, menos una disparada al estómago de Harley. Un total de cincuenta y seis contra menos de dieciocho personas. Yo no sabía quién había en la lista de invitados, pero en todo caso seguro que Emily Smith y Harley no se presentarían.

—Hacerlo solo es una estupidez —soltó Villanueva.

—Una estupidez sería hacerlo juntos —repliqué—. La aproximación va a ser suicida.

No contestó.

—Mejor que os quedéis aquí fuera, chicos —dije.

Villanueva no respondió a eso. Quería cubrirme la espalda y salvar a Teresa, pero era lo bastante listo para entender que acercarse a una casa fortificada y aislada con la última luz del día no iba a ser ninguna broma. Se limitó a dejar que el coche avanzara lentamente. Luego quitó el pie del acelerador, dejó el cambio en punto muerto y se deslizó hasta pararse. No quería arriesgarse a que se viera el destello de las luces de frenos en la niebla. Estábamos a unos cuatrocientos metros de la casa.

—Esperad aquí —dije—. Hasta que acabe todo.

Villanueva apartó la mirada.

—Dadme una hora —precisé.

Aguardé hasta que los dos asintieron.

—Después llamad a la ATF —proseguí—. Dentro de una hora, si no he regresado.

—Quizá deberíamos hacerlo ya —señaló Duffy.

—No —objeté—. Necesito disponer de esa hora.

—La ATF detendrá a Quinn —dijo ella—. No van a dejar que se salga con la suya.

Recordé lo que había visto y me limité a menear la cabeza.

Infringí todas las normas y pasé por alto todos los procedimientos preceptivos. Me alejé de la escena del crimen y no informé de nada. Obstruí la acción de la justicia a diestro y siniestro. Dejé a Kohl en el dormitorio y a Frasconi en el salón. Y su coche en el sendero de entrada. Simplemente regresé al despacho, cogí una Ruger Standard 22 con silenciador del arsenal de la compañía y fui donde Kohl guardaba los archivos. El instinto me decía que Quinn haría una parada en su camino a las Bahamas. En algún escondite de emergencia. Quizá para coger una identificación falsa, o un fajo de billetes, o para llenar una bolsa, o las tres cosas. No ocultaría nada de eso en su lugar de trabajo. Ni en su casa alquilada. Era demasiado profesional para hacer algo así. Demasiado precavido. Lo tendría en un lugar seguro y alejado. Confiaba en que sería el lugar que había heredado en el norte de California. De sus padres, el trabajador del ferrocarril y el ama de casa. Tenía que averiguar la dirección.

La letra de Kohl era clara. Las dos cajas estaban llenas de notas suyas. Se entendían bien. Eran meticulosas. Me partieron el corazón. Encontré la dirección de California en una biografía de ocho páginas que ella había redactado. Era un número de cinco dígitos en la carretera que pasaba por la oficina de correos de Eureka. Seguramente un lugar solitario, alejado de la ciudad. Me acerqué a la mesa del oficinista de mi compañía y firmé un montón de justificantes de viaje para mí. Metí la Beretta reglamentaria y la Ruger con silenciador en una bolsa de lona y conduje hasta el aeropuerto. Antes de dejarme entrar armas cargadas en la cabina me hicieron firmar unos papeles. No iba a facturarlas. Calculé que había ciertas posibilidades de que Quinn tomara el mismo vuelo. Pensé que si lo veía en la puerta o en el avión me

lo cargaría allí mismo.

Pero no lo vi. Me subí en un aparato que iba a Sacramento y tras el despegue recorrí el pasillo y escruté todas las caras, pero no estaba. Así que me senté para el resto del viaje. Con la mirada perdida. Las azafatas ni se me acercaron.

En el aeropuerto de Sacramento alquilé un coche. Conduje hacia el norte por la I-5 y luego al noroeste por la carretera 299. Serpenteaba a través de las montañas. Yo no miraba nada excepto la línea blanca de delante. Pese a que había recuperado tres horas porque había atravesado tres husos horarios, cuando llegué al límite de Eureka ya estaba oscureciendo. Encontré la carretera de Quinn. Era una franja llena de curvas que iba de norte a sur, a gran altura, por encima de la nacional 101. La autopista corría muy abajo. Alcanzaba a ver faros iluminando el norte. Y luces traseras dirigiéndose al sur. Supuse que habría por allí una línea férrea. Quizás una estación o un depósito de locomotoras cerca, algo muy práctico en la época en que el viejo Quinn aún trabajaba.

Llegué a la casa. Pasé de largo sin aminorar la marcha. Era una rudimentaria choza de una planta. En vez de un buzón de correos, una vieja lechera. El patio delantero se había echado a perder hacía una década. A quinientos metros al sur di la vuelta y recorrí doscientos de vuelta con las luces apagadas. Aparqué detrás de una cafetería abandonada con el techo hundido. Salí del coche y trepé unos treinta metros por la colina. Anduve hacia el norte unos trescientos metros y llegué a la casa por la parte de atrás.

A la luz del crepúsculo distinguí un estrecho porche trasero y al lado una zona para aparcar coches. Con toda evidencia, era uno de esos sitios en que se usa la puerta trasera, no la delantera. Dentro no había luz. En las ventanas atisbé polvorientas cortinas descoloridas por el sol y medio corridas. Todo el lugar parecía desierto y deshabitado. Con la vista abarcaba unos tres kilómetros al norte y al sur y en la carretera no se divisaba ningún coche.

Bajé la colina despacio. Rodeé la casa. Pegué el oído a cada ventana. Dentro no había nadie. Supuse que Quinn dejaría el coche en la parte de atrás y entraría por la puerta trasera, así que entré por la delantera. La puerta era delgada y vieja, y me limité a empujar con fuerza hasta que la jamba empezó a ceder y luego golpeé una vez por encima de la cerradura con el pulpejo de la mano. La madera se astilló y la puerta se abrió de par en par, entré, la cerré y la calcé con una silla. Desde fuera todo parecería normal.

Dentro olía a humedad y habría por lo menos diez grados menos que en el exterior. Estaba oscuro. Oí la nevera funcionar en la cocina, o sea que había electricidad. El empapelado de las paredes viejo, descolorido y amarillento. Había sólo cuatro habitaciones. Una cocina-comedor y un salón. También dos dormitorios. Uno pequeño y otro más pequeño aún. Pensé que el más pequeño había sido el de Quinn cuando niño. Había un solo cuarto de baño entre los dormitorios. Mobiliario blanco, manchado de orín.

Cuatro habitaciones y un cuarto de baño se registran sin dificultad. Casi enseguida encontré lo que buscaba. Levanté una alfombra andrajosa del suelo del salón y descubrí una trampilla cuadrada empotrada en las tablas. Si hubiera estado en el pasillo, habría imaginado que era la tapa del acceso a la despensa. Pero estaba en el salón. Cogí un tenedor de la cocina y la alcé haciendo palanca. Debajo había una bandeja de madera metida entre las viguetas del suelo. Contenía una caja de zapatos envuelta en un plástico de color lechoso. Dentro de la caja había tres mil dólares y dos llaves. Supuse que las llaves serían de cajas de seguridad o casillas de consignas automáticas. Cogí el dinero y dejé las llaves donde estaban. Luego volví a colocar la trampilla y encima la alfombra, cogí una silla y me senté a esperar con la Beretta en el bolsillo y la Ruger en el regazo.

—Ten cuidado —dijo Duffy.

—Descuida.

Villanueva no dijo nada. Bajé del Taurus con la Beretta en el bolsillo y una Persuader en cada mano. Crucé directamente al arcén, bajé por las rocas todo lo que pude y empecé a abrirme camino en dirección este. Tras las nubes aún había luz diurna, pero yo iba vestido de negro, portaba armas negras y no me hallaba exactamente en la carretera, por lo que pensé que valía la pena arriesgarse. El viento soplaba con fuerza hacia mí y en el aire había gotas de agua. Veía el mar al frente. Bramaba. Estaba bajando la marea. Alcanzaba a oír las lejanas olas batiendo y la larga succión de la resaca arrastrando grava y arena.

Doblé un recodo poco pronunciado y vi que las luces del muro estaban encendidas. El blanco azulado resplandecía en el cielo oscuro. El contraste que se producía más allá entre la luz eléctrica y las sombras de última hora de la tarde significaba que ellos me verían cada vez peor a medida que me fuera acercando. Así que subí a la calzada y empecé a andar a trote corto. Me aproximé hasta donde tuve valor y a continuación me deslicé rocas abajo y avancé pegado a la orilla. El mar estaba ahí mismo, a mis pies. Me llegaba el olor a sal y algas. Las rocas estaban resbaladizas. Batían las olas y el agua estallaba hacia arriba formando furiosos remolinos.

Me detuve. Tomé aire. Me di cuenta de que no podía rodear el muro nadando. Esta vez no. Sería una locura. El mar estaba demasiado encrespado. No tenía ninguna posibilidad. Ninguna en absoluto. Me vería zarandeado de un lado a otro como un corcho y arrojado contra las rocas, y quedaría demasiado maltrecho para contarlo. Eso si la resaca no me arrastraba hacia dentro y me hundía en las profundidades. «No puedo rodearlo —pensé—, no puedo saltarlo. Tengo que atravesarlo». Volví a subir por las rocas y me acerqué al muro lo más lejos que pude de la verja. Recorrí todo el tramo en que los cimientos bajaban hasta el agua, manteniéndome pegado a la pared. Estaba bañado en luz. Pero al este nadie podía verme porque el muro estaba entre yo

y la casa y porque era más alto que yo. Sólo tenía que preocuparme de no tropezar con los sensores enterrados en el suelo. Andaba con todo el cuidado posible y rezaba por que no hubieran colocado ninguno tan cerca.

Y así debía de ser, pues llegué a la caseta de la verja sin novedad. Me arriesgué a echar un vistazo dentro a través de un resquicio en las cortinas de la ventana y vi la salita brillantemente iluminada y al sustituto de Paulie absolutamente relajado en el pandeado sofá. Era un tío que no conocía. Sería de la edad y el tamaño de Duke. Cerca de los cuarenta, quizás algo más delgado que yo. Estuve unos instantes calculando su peso. Eso iba a ser importante. Mediría unos cinco centímetros menos que yo. Llevaba tejanos, una camiseta blanca y una cazadora de tela vaquera. Estaba claro que no iba a la fiesta. Era Cenicienta, encargada de vigilar la verja mientras los demás se divertían. Rogué que fuera el único. Rogué que estuvieran trabajando con los servicios mínimos. Pero no iba a apostar el cuello. Por poca precaución que hubieran tenido, habrían colocado a un segundo tío en la puerta principal y tal vez a un tercero en la ventana de Duke. Porque sabían que Paulie no había hecho su trabajo. Sabían que yo aún andaba suelto por ahí.

No podía dispararle al tío. Las olas batían con estrépito y el viento bramaba, pero ningún sonido amortiguaría el de la Beretta. Y no había nada en el mundo que pudiera amortiguar una Persuader que disparara una Magnum Brenneke. Así que retrocedí un par de metros, dejé las Persuader en el suelo y me quité el abrigo y la chaqueta. Luego me quité la camisa y la enrollé en el puño izquierdo. Apoyé la espalda desnuda contra el muro y me desplacé de lado hasta el borde de la ventana. Con las uñas di unos ligeros golpecitos en la esquina inferior del cristal, donde estaba la cortina, con pequeñas pausas, como redobles, como lo que hace un ratón que corretea por encima de un falso techo. Lo hice cuatro veces, y ya estaba a punto de intentarlo por quinta vez cuando, con el rabillo del ojo, vi que la luz se atenuaba de pronto. Eso significaba que el tipo se había levantado del sofá y había pegado la cara al cristal para ver qué clase de animalito había ido a molestarle. Así que me concentré en calibrar la altura exacta, efectué un giro de ciento ochenta grados y primero rompí la ventana y un milisegundo después la nariz del tío. Se desplomó como un saco y yo alargué la mano a través del agujero, descorrí el pestillo, abrí la ventana y salté dentro. El hombre estaba sentado en el suelo. Sangraba por la nariz y debido a los cortes de los vidrios en la cara. Grogui. En el sofá había una pistola. Él se hallaba a dos o tres metros y medio del arma y a tres o cuatro del teléfono. Meneó la cabeza para despejarse y alzó la vista hacia mí.

—Tú eres Reacher —dijo. Tenía sangre en la boca.

—Exacto —contesté.

—No tienes ninguna posibilidad.

—¿Ah, no?

Asintió.

—Hemos recibido órdenes de disparar a matar.

—¿Sobre mí?

Volvió a asentir.

—¿Quiénes?

—Todos.

—¿Órdenes de Xavier?

Asintió con la cabeza. Se llevó el dorso de la mano a la herida.

—¿Y la gente va a obedecer esas órdenes?

—Naturalmente.

—¿Y tú?

—Por supuesto que no.

—¿Lo prometes?

—Sí, claro.

—Muy bien —dije.

Hice una pausa y pensé en hacerle algunas preguntas más. Quizá se mostrara reticente. De todos modos, podía pegarle hasta conseguir todas las respuestas que tuviera que darme. Pero al final presumí que, en todo caso, esas respuestas no importaban demasiado. Me daba prácticamente lo mismo que dentro de la casa hubiera diez individuos hostiles o doce, o saber el tipo de armas que tenían. Había que disparar a matar. Eran ellos o yo. Así que di un paso atrás y mientras trataba de decidir qué hacer con el tío, él decidió por mí al incumplir su promesa. Se puso en pie y se lanzó por la pistola del sofá. Lo intercepté con un furioso golpe de izquierda. Fue un puñetazo duro, y afortunado. Aunque no para él. Le machaqué la laringe. Cayó nuevamente al suelo, asfixiándose. Todo fue bastante rápido. Duró aproximadamente un minuto y medio. No pude hacer nada por él. No soy médico.

Durante un minuto me quedé inmóvil. Después volví a ponerme la camisa, salté por la ventana, recogí las armas, la chaqueta y el abrigo y entré otra vez, crucé la habitación y miré hacia la casa por la ventana de atrás.

—Mierda —mascullé, y aparté la mirada.

El Cadillac seguía aparcado en la rotonda. Eliot no se había ido. Ni Elizabeth, ni Richard, ni la cocinera. O sea que había tres no combatientes en medio. Y si hay no combatientes, cualquier asalto es cien veces más difícil. Y ése ya era bastante difícil antes de empezar.

Miré de nuevo. Junto al Cadillac había un Lincoln Town Car negro. Y a su lado dos Suburban azul oscuro. Ninguna furgoneta de catering. Quizás había doblado la esquina y estaba frente a la puerta de la cocina. Acaso llegaría más tarde. O no llegaría siquiera. Tal vez no habría banquete. Quizá metí la pata y lo malinterpreté todo.

Observé la oscuridad que rodeaba la casa. En la puerta principal no distinguí a ningún vigilante. Pero claro, con aquel tiempo frío y húmedo cualquiera con sentido común estaría dentro, en el vestíbulo, mirando por el cristal. Tampoco veía a nadie en la ventana de Duke. Sin embargo, permanecía abierta, exactamente como yo la había

dejado. Seguramente la NSV seguiría allí, colgando de la cadena.

Volví a fijarme en los vehículos. En el Town Car podían haber llegado cuatro personas. En los Suburban, siete en cada uno. Como máximo, dieciocho. A lo mejor quince o dieciséis jefes y dos o tres guardaespaldas. También podía ser que sólo hubiese dos o tres chóferes. Quizá me había equivocado de medio a medio.

Sólo había un modo de averiguarlo.

Y ésa era la parte más difícil. Tenía que cruzar la parte iluminada por las luces del muro. Pensé en buscar el interruptor y apagarlas. Pero eso sería un aviso inmediato para la gente de la casa. Cinco segundos después de que se apagaran estarían al teléfono preguntándole al guardia qué había sucedido. Y el guardia no respondería porque estaba muerto. Después de lo cual por lo menos quince personas se precipitarían hacia mí. Sería fácil evitar a la mayoría. Pero el truco estaba en cómo saber a quién evitar y a quién echar mano. Porque no me cabía duda de que si esa noche Quinn se me escapaba, no volvería a verlo nunca más.

Bien, lo haría con las luces encendidas. Había dos posibilidades. Una era correr directamente hasta la casa. Eso reduciría al mínimo el tiempo que la luz me alumbraría. Ello conllevaría un movimiento rápido, y el movimiento rápido llama la atención. La otra consistiría en recorrer el muro en dirección al mar. Sesenta metros, despacio. Sería desesperante, pero probablemente la decisión más atinada.

Dado que las luces se hallaban instaladas en el muro, enfocaban algo más allá del mismo. Había una especie de estrecho túnel oscuro entre el muro y el borde de la zona iluminada. Podía deslizarme por él, despacio, a través de la línea de fuego de la NSV.

Abrí la puerta de atrás. En la caseta misma no había luces. Estas empezaban a unos seis metros a mi derecha, donde la pared de la caseta se convertía en el muro del recinto. Saqué medio cuerpo y me agaché. Giré noventa grados a la derecha y busqué el túnel de oscuridad. Allí estaba. A ras de suelo medía menos de un metro. A la altura de la cabeza quedaba en nada. Y no era muy oscuro. Había dispersión reflejada en tierra y rayos ocasionales desalineados así como resplandor procedente de la parte posterior de las propias lámparas. O sea, ni oscuro como boca de lobo ni radiantemente iluminado.

Me arrastré de rodillas, alargué el brazo hacia atrás y cerré la puerta a mi espalda. Cogí una Persuader en cada mano, me coloqué boca abajo y apoyé el hombro derecho contra la base del muro. Entonces aguardé. Lo bastante para que alguien que creyera haber visto movimiento en la caseta perdiera interés. A continuación empecé a arrastrarme. Lentamente.

Recorrí unos tres metros. Me detuve de súbito. Un vehículo se acercaba. No era un sedán, sino algo más grande. Quizás otro Suburban. Retrocedí a rastras hasta la puerta. Me erguí de rodillas, abrí y entré en la caseta. Dejé las Persuader en una silla y saqué la Beretta del bolsillo. Alcanzaba a oír un V-8 al ralenti al otro lado de la verja.

Quienquiera que fuese estaría esperando que el guarda saliese a abrir. Y diez contra uno que quienquiera que fuera sabría que yo no era el verdadero vigilante de la verja. Por tanto, supuse que debía abandonar la idea de arrastrarme. Que tendría que hacer un poco de ruido. Dispararles, coger el coche, y lanzarme hacia la casa a toda pastilla antes de que la NSV pudiera apuntarme. Y a continuación sacar todo el provecho posible del caos resultante.

Volví a la puerta de atrás. Quité el seguro de la Beretta y tomé aire. Tenía una ventaja. Yo sabía exactamente qué iba a hacer. Los demás primero deberían reaccionar. Y en eso tardarían al menos un segundo.

Entonces recordé la cámara en el poste. El monitor de vídeo. Podía ver con exactitud a qué me enfrentaba. Podía contar las cabezas. Hombre prevenido vale por dos, decidí. Crucé la estancia para fijarme mejor. La imagen era gris y lechosa. Una furgoneta blanca. Con un rótulo: «Catering Keast & Maden». Exhalé un suspiro. No tenían por qué conocer al hombre de la verja. Guardé la Beretta en el bolsillo. Me quité el abrigo y la chaqueta. Le quité al cadáver la cazadora tejana y me la puse. Me iba pequeña y tenía manchas de sangre. De todos modos, resultaba bastante convincente. Salí a la puerta y me puse de espaldas a la casa. Traté de parecer unos cinco centímetros más bajo. Me acerqué a la verja. Alcé el picaporte con el puño, como solía hacer Paulie. Tiré de los barrotes y abrí. La furgoneta blanca arrancó y llegó a mi altura. El pasajero bajó el cristal de la ventanilla. Llevaba esmoquin. Y el que estaba al volante también. Mas no combatientes.

—¿Adónde? —preguntó el pasajero.

—Rodead la casa por la derecha —contesté—. La puerta de la cocina está al final.

El cristal volvió a subir. El vehículo se alejó. Saludé con la mano. Volví a cerrar la verja. Entré en la caseta y observé la furgoneta desde la ventana. Fue directamente hacia la casa y en la rotonda giró a la derecha. Las luces de los faros bañaron el Cadillac, el Town Car y los dos Suburban, advertí el destello de las luces de freno y desaparecieron de mi vista.

Esperé dos minutos. Deseaba que estuviera más oscuro. Volví a ponerme la chaqueta y el abrigo y cogí las Persuader de la silla. Abrí la puerta con cuidado y salí a cuatro patas, cerré a mi espalda y me coloqué boca abajo. Me apreté contra la base del muro y de nuevo empecé a avanzar lentamente. Con el rostro vuelto respecto a la casa. Debajo de mí había arenisca, y notaba cortantes piedrecillas en los codos y las rodillas. Pero por encima de todo notaba un hormigueo en la espalda; me hallaba al alcance de un arma que podía disparar doce balas de media pulgada por segundo. Seguramente tras ella había algún tipo duro con las manos ligeramente apoyadas en las asas. Rezaba para que fallara la primera ráfaga. Pensé que eso sería lo más probable. Supuse que dispararía la primera andanada muy alta o muy baja. Después de lo cual yo me pondría en pie y correría en zigzag hacia la oscuridad antes de que él apuntara mejor.

Avanzaba palmo a palmo. Tres metros. Cinco. Siete. Iba despacio de veras. Con



la cara hacia el muro. Esperaba que así parecería una sombra vaga y confusa en la penumbra. Mi instinto me empujaba a hacer algo totalmente diferente. Estaba reprimiendo un intenso deseo de saltar y correr. El corazón me latía con violencia. Pese a que hacía frío, estaba sudando. El viento me azotaba. Llegaba del mar, golpeaba el muro y fluía hacia abajo como una corriente que intentara hacerme rodar hacia fuera, donde más brillaban las luces.

Seguí adelante. Estaba más o menos a mitad de camino. Había recorrido unos treinta metros, me faltaban otros treinta. Tenía los codos doloridos. Mantenía las Persuader sin tocar el suelo, el efecto de lo cual recaía en mis brazos. Hice un alto para descansar. Simplemente me pegué a la tierra. Traté de parecer una roca. Volví la cabeza y eché un vistazo a la casa. Estaba tranquila. Miré al frente. Miré hacia atrás. «Punto sin retorno». Me arrastré nuevamente. Tenía que esforzarme por mantener un ritmo lento. Cuanto más avanzaba, más fuerte era el hormigueo en la espalda. Respiraba ruidosamente. Estaba a punto de dejarme llevar por el pánico. Los niveles de adrenalina estaban por las nubes, gritando «corre, corre». Jadeaba, forzaba los brazos y las piernas para que siguieran coordinados. Para que siguieran moviéndose lentamente. Llegué a menos de diez metros del final y comencé a pensar que podía lograrlo. Me detuve. Tomé aire una vez. Y otra. Reinicié mi avance. A continuación del muro el terreno se inclinaba hacia abajo y yo lo seguí de cabeza. Llegué al agua. Noté lodo debajo. Me alcanzaban pequeñas olas encrespadas y las gotas de agua me golpeaban. Giré noventa grados a la izquierda e hice una pausa. Estaba muy lejos del campo visual de cualquiera, pero tenía que cruzar treinta metros de luz brillante. Dejé de ir lento. Agaché la cabeza, me levanté a medias y eché a correr.

Estuve unos cuatro segundos bajo la luz más intensa de mi vida. Parecieron cuatro años. Estaba deslumbrado. Después irrumpí de nuevo en la negrura, me puse en cuclillas y escuché. No oí nada salvo el mar agitado. No vi nada excepto puntitos púrpura en mis ojos. Fui dando traspiés otros diez pasos y me quedé quieto. Miré hacia atrás. Estaba dentro. Sonreí. «Quinn, voy a por ti», pensé.

Diez años atrás le había esperado dieciocho horas. Jamás dudé de que aparecería. Me senté en su sillón con la Ruger en el regazo y esperé. No dormí. Sólo estuve sentado. Toda la noche. Mientras amanecía. Durante la mañana. Y el mediodía. Me limité a permanecer sentado y esperar.

Llegó a las dos en punto de la tarde. Oí un coche que aminoraba la marcha y me puse en pie. Por la ventana observé cómo giraba. Era de alquiler, parecido al mío. Un Pontiac rojo. Distinguí a Quinn claramente. Iba acicalado y elegante. El pelo bien peinado. Llevaba una camisa azul con el cuello desabrochado. Sonreía. El coche pasó por el lado de la casa y percibí que crujía hasta pararse en la parte de atrás. Me dirigí al pasillo. Me arrimé a la pared junto a la puerta de la cocina.

Oí que introducía la llave en la cerradura. Abrió de golpe. Los goznes chirriaron en señal de protesta. La dejó abierta. Advertí que fuera el coche estaba al ralentí. No había apagado el motor. No pensaba quedarse mucho rato. Oí sus pies en el linóleo de la cocina. Pasos rápidos, ligeros, seguros. De un hombre que se veía jugando y ganando. Cruzó el umbral. Lo golpeé con el codo en el lado de la cabeza.

Se desplomó de espaldas y yo alargué la mano y le agarré por la garganta. Dejé la Ruger a un lado y lo palpé de arriba abajo. Iba desarmado. Le solté el cuello, él levantó la cabeza y yo le di en la barbilla con la base de la mano. Golpeó el suelo con la parte posterior de la cabeza y sus ojos quedaron vueltos hacia arriba. Crucé la cocina y cerré la puerta. Regresé y lo arrastré al salón asiéndole de las muñecas. Lo dejé en el suelo y le di dos bofetadas. Le apunté con la Ruger en el centro de la cara y aguardé a que abriera los ojos.

Se abrieron y se fijaron primero en el arma y después en mí. Yo llevaba uniforme e iba todo cubierto de distintivos de rango y designaciones de unidad, por lo que no tardó mucho en adivinar quién era yo y por qué estaba allí.

—Espere —dijo.

—¿A qué?

—Está cometiendo un error.

—¿Ah, sí?

—Lo ha entendido mal.

—No me diga.

—Se dejaban sobornar.

—¿Quiénes?

—Frasconi y Kohl.

—¿De veras?

Asintió.

—Y él trató de engañarla —dijo.

—¿Cómo?

—¿Puedo incorporarme?

Negué con la cabeza, sin mover el arma.

—No —respondí.

—Yo estaba poniendo un cebo —explicó—. Trabajaba para el Departamento de Estado. Contra embajadas hostiles. Intentaba pescar algo.

—¿Y qué hay de la niña de Gorowski?

Meneó la cabeza, impaciente.

—No sea imbécil, con la maldita cría no pasó nada —dijo—. Gorowski tenía un guión a seguir, nada más. Todo era un montaje. Por si gente hostil le investigaba. Estas cosas las hacemos a conciencia. Ha de haber unas pautas a seguir, por si aparece alguien desconfiado. Si nos vigilaban, dejábamos por el camino los cadáveres pertinentes.

—¿Qué hay de Frasconi y Kohl?

—Eran buenos. Me detectaron muy pronto. Presumían que yo no era legal. Lo cual me complacía. Significaba que estaba desempeñando bien mi papel. Después se portaron mal. Vinieron y me dijeron que si les pagaba retrasarían la investigación. Dijeron que me darían tiempo para abandonar el país. Creían que era lo que yo deseaba. Así que pensé, vale, ¿por qué no seguirles la corriente? Porque quién sabe de antemano qué tipo de gente mala se va a encontrar al recoger la red. Y cuantos más mejor, ¿no? De modo que les seguí el juego.

No dije nada.

—La investigación era lenta, ¿verdad? —añadió—. Se daría usted cuenta. Semanas y semanas. Realmente lenta.

«Lenta como una tortuga», pensé.

—Y ayer fue el día —prosiguió—. Tenía a los sirios, a los libaneses y a los iraníes en el zurrón. Y luego los iraquíes, que eran el pez gordo. Por tanto, pensé que también podía meter en el bote a su gente. Aparecieron para su último pago. Era un montón de dinero. Pero Frasconi lo quería todo. Me golpeó en la cabeza. Cuando recuperé el conocimiento vi que había hecho una carnicería con Kohl. Era un loco, créame. Saqué un arma de un cajón y le pegué un tiro.

—Entonces ¿por qué huyó usted?

—Porque estaba asustado. Soy un tío del Pentágono. Nunca antes había visto sangre. Y también ignoraba quién más podía estar con su gente. Quizás hubiese otros. Frasconi y Kohl.

—Usted es bueno —me dijo—. Vino directamente aquí.

Asentí. Recordé su biografía de ocho páginas, en la impecable letra de Kohl. «Las ocupaciones de los padres, la casa de la infancia».

—¿De quién fue la idea? —pregunté.

—¿En un principio? La idea fue de Frasconi, naturalmente —contestó—. Estaba jerárquicamente por encima de ella.

—¿Cómo se llamaba ella?

Parpadeó.

—Kohl —dijo.

Asentí nuevamente. Ella había ido a efectuar la detención vestida de uniforme. Una placa negra plastificada con su nombre sobre el pecho derecho: «KOHLE». Género neutro. Uniforme de mujer alistada, la placa se adaptaba a la silueta corporal y se centraba horizontalmente en el lado derecho, entre dos y tres centímetros por encima del botón superior de la chaqueta. Seguro que él se dio cuenta en cuanto ella cruzó el umbral.

—¿Nombre de pila?

No contestó de inmediato.

—No me acuerdo —dijo por fin.

—¿Nombre de pila de Frasconi?

Uniforme de oficial masculino, la placa se centraba en la solapa del bolsillo del pecho derecho, equidistante de la costura y el botón.

—No me acuerdo.

—Inténtelo.

—No lo recuerdo —insistió—. Es sólo un detalle.

—Tres sobre diez —dije.

—¿Qué?

—Su actuación —precisé—. Suspendido.

—¿Qué?

—Su padre trabajaba en el ferrocarril —añadí—. Su madre era ama de casa. Su nombre completo es Francis Xavier Quinn.

—¿Y?

—Las investigaciones son así —expliqué—. Si se planea pescar a alguien, primero se averigua todo sobre él. ¿Les estuvo siguiendo la corriente durante semanas y semanas y nunca supo sus nombres de pila? ¿Nunca miró sus expedientes de servicio? ¿Jamás anotó nada? ¿Jamás redactó un informe?

Se quedó callado.

—Además, Frasconi no tuvo una sola idea en su vida —proseguí—. Ni siquiera hizo caca jamás a menos que alguien se lo dijera. Nadie relacionado con ellos diría «Frasconi y Kohl», sino «Kohl y Frasconi». Usted ha jugado sucio desde el principio y nunca había visto a mis chicos hasta el preciso momento en que se presentaron en su casa para detenerle. Y los mató a los dos.

Al intentar resistirse y luchar conmigo demostró que yo estaba en lo cierto. Pero yo estaba preparado. Empezó a revolverse y le golpeé de nuevo, mucho más fuerte de lo necesario. Él estaba aún inconsciente cuando lo metí en el maletero de su coche. Seguía inconsciente cuando lo trasladé al maletero del mío, detrás de la cafetería abandonada. Conduje un trecho hacia el sur por la nacional 101 y tomé una salida a la derecha que llevaba al Pacífico. Me paré en un apartadero de grava. Había una vista

espléndida. Eran las tres de la tarde, el sol brillaba y el mar estaba azul. El apartadero tenía una valla metálica que llegaba a la altura de la rodilla, luego había otro medio metro de grava y finalmente un precipicio y abajo el oleaje. Había muy poco tráfico. Pasaba un coche más o menos cada dos minutos. La carretera era sólo una lazada arbitraria de la autopista.

Abrí el maletero y acto seguido lo cerré de golpe sólo por si había despertado y pensaba atacarme. Pero no. Le faltaba el aire y estaba apenas consciente. Lo saqué fuera a rastras y lo sostuve en pie sobre sus piernas de goma y lo obligué a andar. Para que viera el mar durante un minuto mientras yo comprobaba que no había testigos potenciales. Nadie. Entonces le hice dar la vuelta. Me alejé cinco pasos.

—Se llamaba Dominique —dije.

Y le disparé. Dos veces en la cabeza, una en el pecho. Pensaba que caería directamente a la grava, después de lo cual tenía intención de acercarme y dispararle una cuarta vez en la cuenca de un ojo antes de arrojarlo al mar. Pero no cayó inmediatamente a la grava. Se tambaleó, tropezó con la valla, cayó hacia atrás, golpeó con el hombro el último medio metro de América y rodó por el precipicio. Me agarré a la valla con una mano, me incliné y miré abajo. Lo vi estrellarse contra las rocas. El oleaje lo envolvió. No lo vi más. Me quedé allí un minuto entero. «Dos en la cabeza, uno en el corazón, una caída al mar desde seis metros, imposible sobrevivir a esto», pensé.

Recogí los casquillos vacíos y regresé al coche.

Diez años después estaba oscureciendo muy deprisa y yo me abría camino por detrás del edificio de los garajes. A mi derecha, el mar resollaba agitado. El viento me daba en la cara. No esperaba ver a nadie por allí. Sobre todo en los lados o en la parte trasera de la casa. Así que iba rápido, la cabeza erguida, atento, una Persuader en cada mano. «Voy a por ti, Quinn».

Cuando hube superado los garajes alcancé a ver la furgoneta del catering aparcada en la esquina trasera de la casa. Era el mismo lugar donde Harley había dejado el Lincoln para sacar del maletero el cadáver de la criada. Las puertas traseras del vehículo estaban abiertas y los dos hombres iban y venían descargando cosas. El detector de metales de la puerta de la cocina pitaba cada vez que pasaban con una bandeja envuelta en papel de aluminio. Tenía hambre. Podía oler la comida caliente en el aire. Los dos tíos llevaban esmoquin. Agachaban la cabeza contra el viento y no prestaban atención a nada salvo a su cometido. En cualquier caso, los evité dando un rodeo. Salvé la hendidura de Harley y seguí adelante.

Cuando me hube alejado todo lo posible de los del catering, me dirigí a la esquina trasera opuesta. Me sentía bien de veras. Me notaba silencioso e invisible. Como una suerte de fuerza primigenia surgiendo desde el mar. Me detuve y traté de calcular cuáles serían las ventanas del comedor. Las encontré. Las luces estaban encendidas.

Me acerqué más, arriesgándome a que descubrieran mi presencia.

La primera persona que vi fue Quinn. Estaba de pie, impecable en su traje oscuro. Tenía una copa en la mano. Su cabello era todo gris. Las cicatrices de la frente, pequeñas, rosas y brillantes. Iba algo encorvado. Algo más grueso que antes. Era diez años mayor.

A su lado estaba Beck. También llevaba traje oscuro. Sostenía una bebida en la mano. Hombro con hombro con su jefe. Estaban frente a tres árabes. Estos eran bajitos y tenían el cabello negro y lustroso. Llevaban ropa americana. Trajes de piel de zapa, en grises y azules claros. También bebían.

Detrás de ellos, Richard y Elizabeth estaban muy juntos, hablando. El conjunto parecía un cóctel de estructura irregular con la gente amontonada en el borde de la larga mesa. Había puestos dieciocho cubiertos. Todo muy ceremonioso. En cada sitio había tres vasos y suficientes platos y cubiertos para una semana. La cocinera iba y venía por la estancia con una bandeja de copas de champán y vasos de whisky. Llevaba falda oscura y blusa blanca. Había sido relegada a camarera. Tal vez su experiencia en los fogones no incluía la cocina de Oriente Medio.

No vi a Teresa Daniel. Quizá tenían pensado hacerla salir más tarde de dentro de un pastel. También había tres hombres. Seguramente los ayudantes de Quinn. Constituían un trío escogido al azar. Una mezcla. Tenían semblante duro, aunque probablemente no serían más peligrosos que Angel Doll o Harley.

Así que dieciocho cubiertos pero sólo diez comensales. Ocho ausencias. Duke, Angel Doll, Harley y Emily Smith sumaban cuatro. El quinto sería el tío que habían enviado a la caseta a sustituir a Paulie. Faltaban tres. Cabía suponer que uno estaría en la puerta principal, otro en la ventana de Duke y otro con Teresa Daniel.

Seguí espionando. Yo había asistido a muchos cócteles y cenas protocolarias. Según dónde estuviera uno destinado, desempeñaban una función importante en la vida de la base. Supuse que esa gente estaría allí al menos cuatro horas. No saldrían salvo para ir al lavabo. Quinn hablaba afablemente con los tres árabes. Les soltaba una perorata. Sonriendo, gesticulando, riendo. Parecía el típico tío que está jugando y ganando. Pero no era así. Sus planes se habían visto alterados. Un banquete para dieciocho se había convertido en uno para diez porque yo aún andaba por ahí.

Me agaché bajo la ventana y me deslicé hacia la cocina. Me arrodillé, me quité el abrigo y envolví con él las Persuader, que dejé donde luego pudiera encontrarlas. Acto seguido me puse en pie y entré en la cocina. El detector de metales pitó debido a la Beretta del bolsillo. Allí estaban los del catering, haciendo algo con papel de aluminio. Los saludé con la cabeza como si yo viviera allí y salí al vestíbulo. En las gruesas alfombras mis pasos eran silenciosos. Llegaba a mis oídos el murmullo de la conversación del comedor. Vi al tío de la puerta principal. Estaba mirando por la ventana. Tenía el hombro apoyado en el marco. Su cabello exhibía una aureola azul debida a las lejanas luces del muro. Me acerqué y me coloqué detrás de él. Había que disparar a matar. Eran ellos o yo. Me paré un instante. Alargué la mano derecha y la

ahuequé bajo su mentón. Apliqué los nudillos de la izquierda en la base de su cuello. Le torcí bruscamente la cabeza hacia arriba con la derecha y apreté hacia delante con la izquierda y le partí el cuello por la cuarta vértebra. Se desplomó sobre mí y yo lo arrastré hasta el gabinete de Elizabeth Beck y lo dejé caer en el sofá. *Doctor Zhivago* seguía sobre la mesita auxiliar.

Uno menos.

Cerré la puerta del gabinete y me encaminé hacia las escaleras. Las subí deprisa y en silencio. Me detuve junto a la puerta de la habitación de Duke. Eliot estaba despatarrado al otro lado del umbral. Muerto. Tendido de espaldas en el suelo. La chaqueta desabrochada y la camisa acartonada por la sangre y cosida a balazos. Debajo, la alfombra estaba encostrada. Me escondí detrás de la puerta y eché un vistazo a la habitación. Comprendí por qué había muerto. La NSV se había atascado. Seguramente recibió la llamada de Duffy y se disponía a marcharse cuando vio una caravana de coches acercándose por la carretera. Probablemente se precipitó hacia la ametralladora. Apretó el gatillo y notó que estaba bloqueado. Pura chatarra. El mecánico la tenía desmontada en el suelo y estaba intentando arreglar el mecanismo de alimentación de la cartuchera. Parecía concentrado en su tarea. No vio que me aproximaba. No me oyó.

Había que disparar a matar. Eran ellos o yo.

Dos menos.

Lo dejé tendido sobre la ametralladora. El cañón sobresalía por debajo como si fuera un tercer brazo. Atisbé por la ventana. Las luces del muro seguían brillando. Miré el reloj. Había consumido exactamente treinta minutos de mi hora.

Bajé las escaleras. Crucé el vestíbulo como un fantasma. Llegué a la puerta del sótano. Allá abajo las luces estaban encendidas. Bajé. Atravesé el gimnasio. Dejé atrás la lavadora. Empuñé la Beretta y le quité el seguro. La sostuve con ambas manos y me dirigí hacia las dos habitaciones cerradas. Una estaba vacía y tenía la puerta abierta. La otra estaba cerrada y delante había un tipo joven y delgado sentado en una silla inclinada hacia atrás, con el respaldo apoyado contra la puerta. Me miró al punto. Los ojos como platos. La boca entreabierta. De ella no brotó ningún sonido. El tío no parecía una amenaza seria. Llevaba una camiseta en la que ponía «Castigar». Quizá fuera Troya, el obseso de los ordenadores.

—Si quieres seguir vivo, no te muevas —dije.

No se movió.

—¿Tú eres Troya?

Asintió con la cabeza.

—Muy bien, Troya —dije.

Supuse que nos hallábamos justo debajo del comedor. No podía arriesgarme a disparar un arma en un sótano de piedra bajo los pies de todo el mundo. De modo que me guardé la Beretta en el bolsillo, lo cogí por el cuello y estrellé su cabeza contra la pared, dos veces. Quizá le partí el cráneo. La verdad es que me daba igual. Su teclado

había matado a la criada.

Tres menos.

Encontré la llave en su bolsillo. La introduje en la cerradura, abrí de golpe y vi a Teresa Daniel sentada en el colchón. Se volvió y me miró a los ojos. Era exactamente como en las fotos que me había enseñado Duffy en mi habitación de hotel la mañana del undécimo día. Daba la impresión de estar bien de salud. Tenía el pelo lavado y peinado. Lucía un vestido blanco inmaculado. Su piel era pálida, y los ojos azules. Parecía una doncella esperando que la llevaran al sacrificio.

Vacilé un instante. No era capaz de predecir su reacción. Seguramente ya se habría imaginado qué querían de ella. Y no me conocía. Por lo que Teresa sabía, yo era uno de ellos, listo para conducirla directamente al altar. Además era una agente federal cualificada. Si le decía que me acompañara, quizá se resistiría. Acaso estuviera haciendo acopio de energía, esperando su oportunidad. Y yo no quería que hubiera ruido. Aún no.

Pero entonces la miré de nuevo a los ojos. Una pupila era enorme. La otra diminuta. Estaba muy quieta. Muy tranquila. Lánguida y aturdida. La habían drogado. Quizá con alguna sustancia selecta. ¿Cómo se llamaba la droga de «violación de la pareja»? ¿Rohipnol? ¿Rophinol? No recordaba el nombre. No era mi especialidad. Eliot sí lo habría sabido. Y a lo mejor Duffy y Villanueva también. Esa sustancia vuelve a la gente obediente y sumisa. Induce a quienes la toman a aguantar todo lo que se les dice que aguanten.

—Teresa —susurré.

No contestó.

—¿Estás bien? —pregunté en voz baja.

Asintió.

—Estoy bien —repuso.

—¿Puedes caminar?

—Sí —dijo.

—Ven conmigo.

Se puso en pie. Le costaba conservar el equilibrio. Debilidad muscular, supuse. Había pasado nueve semanas enjaulada.

—Por aquí —dije.

No se movió. Simplemente se quedó de pie. Le tendí la mano. Ella extendió la suya y me la cogió. Tenía la piel caliente y seca.

—Vamos —indiqué—. No mires al hombre del suelo.

La hice parar justo al cruzar el umbral. Le solté la mano y arrastré a Troya dentro de la habitación y cerré la puerta con llave. Tomé nuevamente a Teresa de la mano y nos alejamos. Ella se limitó a mantener la mirada fija al frente y a andar a mi lado. Doblamos la esquina y pasamos junto a la lavadora. Cruzamos el gimnasio. Su vestido era como de seda y encaje. Me cogía de la mano como una novia. Me sentí como si fuera al baile de gala del instituto. Subimos las escaleras, uno al lado del



otro. Llegamos arriba.

—Espera aquí —dije—. No te muevas, ¿vale?

—Vale —susurró.

—No hagas ningún ruido, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Cerré la puerta y la dejé en el último escalón, con la mano apoyada ligeramente en la baranda y una bombilla desnuda encendida detrás. Inspeccioné el vestíbulo con cuidado y regresé a la cocina. Los tíos de la comida aún seguían ocupados.

—¿Vosotros os llamáis Keast y Maden? —pregunté.

El que estaba más cerca de mí asintió.

—Paul Keast —dijo.

—Chris Maden —dijo su socio.

—Tengo que mover vuestra furgoneta, Paul —les anuncié.

—¿Por qué?

—Porque obstruye el paso.

El tipo se quedó mirándome.

—Tú me has dicho que la pusiera aquí.

—Pero no que la dejaras aquí.

Se encogió de hombros, hurgó en una encimera y encontró sus llaves.

—Lo que tú digas.

Cogí las llaves, salí y eché un vistazo a la parte trasera del vehículo. En ambos lados tenía estantes metálicos empotrados. Para bandejas de comida. Había un estrecho pasillo central. Sin ventanas. Serviría. Dejé abiertas las puertas traseras, subí al asiento del conductor y encendí el motor. Giré y luego regresé a la puerta de la cocina dando marcha atrás. Ahora estaba bien encarada. Apagué el motor y dejé las llaves puestas. Entré otra vez en la cocina. El detector de metales pitó.

—¿Qué van a comer? —pregunté.

—Kebab de cordero —respondió Maden—. Con arroz, cuscús y humus. Como entrante, hojas de parra rellenas. De postre, *baklava*, un pastel de miel y nueces. Y café.

—¿Es un menú libio?

—Es universal —aclaró—. Se come en todas partes.

—Yo solía comerlo por un dólar —señalé—. Y vosotros cobráis cincuenta y cinco.

—¿Dónde? ¿En Portland?

—En Beirut —contesté.

Fui a inspeccionar el vestíbulo. Todo estaba tranquilo. Abrí la puerta del sótano. Teresa Daniel estaba esperando en el mismo sitio, como una autómatas. Le tendí la mano.

—Vamos —dije.

Dio un paso al frente y yo cerré la puerta a su espalda. La conduje a la cocina.

Keast y Maden la miraron fijamente. Yo los ignoré y llegué con ella hasta la puerta. Salimos. Nos dirigimos a la furgoneta. Ella temblaba de frío. La ayudé a subir a la parte de atrás.

—Ahora espérame aquí —dije—. En silencio, ¿vale?

Asintió y no dijo nada.

—Voy a cerrar las puertas —añadí.

Ella volvió a asentir.

—Pronto te sacaré de aquí.

—Gracias —dijo ella.

Cerré las puertas y regresé a la cocina. Escuché. La gente seguía en el comedor. Todo sonaba bastante amistoso.

—¿Cuándo van a comer? —pregunté.

—Dentro de veinte minutos —respondió Maden—. Cuando acaben con las copas. Los cincuenta y cinco dólares incluyen champán, claro.

—Vale, vale —dije—. No te enfades.

Miré la hora. Habían pasado cuarenta y cinco minutos. Me quedaban quince.

El espectáculo estaba por empezar.

Salí otra vez al frío exterior. Subí a la furgoneta y la puse en marcha. Avancé con cuidado, rodeé lentamente la casa, luego la rotonda y enfilé el camino de entrada. Llegué a la verja y luego a la carretera. Pisé el acelerador. Tomé las curvas deprisa. Frené en seco al llegar a la altura del Taurus de Villanueva. Bajé. Villanueva y Duffy salieron al punto.

—Teresa está en la parte de atrás —dije—. Se encuentra bien pero la han drogado.

Duffy agitó los puños, se arrojó sobre mí y me abrazó con fuerza mientras Villanueva abría las puertas. Teresa cayó en sus brazos. Él la bajó como si fuera una niña. A continuación Duffy se la llevó y a él le tocó el turno de abrazarme.

—Deberíais llevarla al hospital —sugerí.

—La llevaremos al motel —dijo Duffy—. Esto aún es extraoficial.

—¿Estás segura?

—No le pasará nada —dijo Villanueva—. Parece que le han dado *roofies*, la droga de la violación. Seguramente fueron los compinches camellos de esa gente. Pero no tienen efecto duradero. Se diluyen enseguida.

Duffy abrazaba a Teresa como una hermana. Villanueva me dio otro abrazo.

—Eliot está muerto —anuncié.

Eso fue un jarro de agua fría.

—Si no os llamo yo primero, llamad a la ATF desde el motel —dije.

Se quedaron mirándome.

—Yo vuelvo allí —agregué.

Subí a la furgoneta e inicié el camino de regreso. Veía la casa delante. Las ventanas estaban iluminadas de amarillo. Las luces del muro resplandecían azuladas en la niebla. La camioneta cortaba el viento. Había que recurrir al plan B, resolví. Yo me encargaría de Quinn; allá la ATF con los demás.

Me detuve en el extremo más alejado de la rotonda y di marcha atrás hacia el lado de la casa. Aparqué. Fui hasta la parte trasera y cogí el abrigo. Desenvolví las Persuader. Me puse el abrigo. Me hacía falta. Era una noche fría y en unos cinco minutos volvería a estar en la carretera.

Me acerqué a las ventanas del comedor para espiar. Habían corrido las cortinas. Tenía su lógica. Era una noche agitada y tempestuosa. El comedor presentaría mejor aspecto con las cortinas corridas. Resultaría más acogedor. Alfombras orientales, revestimientos de madera, cubertería de plata en los manteles de lino.

Cogí las Persuader y regresé a la cocina. El detector de metales pitó. Los encargados de la comida ya tenían en la encimera diez platos alineados con hojas de parra rellenas. Las hojas eran oscuras, y parecían grasientas y correosas. Yo tenía hambre pero habría sido incapaz de comerme una. Tal como tenía los dientes en aquel momento, ni hablar. Me pasó por la cabeza que, gracias a Paulie, estaría una semana a dieta de helados.

—Dejad la comida durante cinco minutos, ¿vale?

Keast y Maden clavaron la mirada en las armas.

—Tus llaves —dije.

Las dejé al lado de las hojas de parra. Ya no las necesitaría más. Tenía las llaves que Beck me había dado. Supuse que saldría por la puerta principal y cogería el Cadillac. Más rápido. Más cómodo. Cogí un cuchillo del bloque de madera. Con él hice una pequeña raja en el interior del bolsillo derecho del abrigo, lo bastante ancho para dejar pasar el cañón de la Persuader por el forro. Tomé el arma con la que había matado a Harley y la encajé ahí. Sostuve la otra con las dos manos. Inspiré hondo. Salí al vestíbulo. Keast y Maden me observaron mientras me iba. Lo primero que hice fue inspeccionar el lavabo. No tenía sentido montar el número si Quinn ni siquiera estaba en el comedor. Pero estaba vacío. Nadie hacía una pausa para ir a mear.

La puerta del comedor estaba cerrada. Inspiré hondo otra vez. Y otra. Acto seguido la abrí de un puntapié, entré y disparé dos Brenneke al techo. Eran como granadas aturdidoras. Las detonaciones fueron descomunales. Llovió yeso y madera. El aire se saturó de polvo y humo. Todos se quedaron rígidos como estatuas. Apunté al pecho de Quinn. Las reverberaciones se fueron desvaneciendo.

—¿No te acuerdas de mí? —dije.

Elizabeth Beck rompió el súbito silencio con un grito.

Di otro paso al frente sin dejar de apuntar a Quinn.

—¿Me recuerdas? —repetí.

Pasó un segundo. Dos. Empezó a abrir la boca.

—Te vi en Boston —contestó—. En la calle. Un sábado por la noche. Hará unas dos semanas.

—Vuelve a intentarlo —dije.

Su rostro estaba totalmente inexpresivo. No se acordaba de mí. «Diagnosticaron amnesia —había dicho Duffy—. Lógicamente, debido al trauma, pues es prácticamente inevitable. Supusieron que se había quedado de veras en blanco con respecto al percance sufrido y a uno o dos días previos».

—Soy Reacher —dije—. Tienes que acordarte de mí.

Miró a Beck con expresión de impotencia.

—Se llamaba Dominique —añadí.

Me miró fijamente, con los ojos como platos. Ahora ya sabía quién era yo. Se le demudó el semblante. Estaba lívido y hervía de furia. Y de miedo. Las cicatrices del calibre 22 eran níveas. Pensé en apuntar justo en medio. Sería un blanco difícil.

—¿De veras creías que no te encontraría? —dije.

—¿Podemos hablar? —pidió con nerviosismo.

—No. Ya has tenido diez años de más para hablar.

—Aquí todos vamos armados —señaló Beck. Parecía asustado. Los tres árabes me miraban fijamente. Tenían polvo de yeso pegado a su grasiento pelo.

—Pues dícales a todos que tengan las armas quietas —advertí—. No tiene por qué haber más víctimas de la cuenta.

Todos fueron apartándose de mí. La mesa estaba llena de polvo. Un trozo de yeso había aplastado un vaso. Con gestos de la pistola hice que los chicos malos se agruparan en un extremo de la habitación. Al mismo tiempo indiqué a Elizabeth, Richard y la cocinera que fueran hacia el otro. Donde estuvieran seguros, junto a la ventana. Puro lenguaje corporal. La pequeña concurrencia se dividió obediente en dos grupos, ocho y tres.

—Ahora que todos se aparten del señor Xavier —ordené.

Así lo hicieron, a excepción de Beck, que permaneció pegado al hombro de Quinn. Lo miré fijamente. De pronto reparé en que Quinn lo tenía agarrado del brazo. Lo asía justo por encima del codo. Tiraba de él. Con fuerza. Buscaba un escudo humano.

—Estas balas tienen una pulgada de espesor —le dije—. Mientras pueda ver una pulgada de ti, surtirán efecto.

No replicó. Se limitó a seguir tirando de Beck, que se resistía. También advertí miedo en los ojos de éste. Era como una contienda a cámara lenta. Pero me pareció que Quinn iba ganando. En diez segundos logró que Beck estuviera casi delante de él. El hombro izquierdo de Beck tapaba el lado derecho de Quinn. Los dos temblaban. Aunque la Persuader tenía un mango de pistola en vez de una culata, la levanté y apunté detenidamente.

—Aún puedo verte —dije.

—¡No dispaes! —gritó Richard Beck a mi espalda.

Había algo raro en su voz.

Eché un vistazo hacia atrás. Tan sólo un breve giro de la cabeza. Un instante fugaz. Y de nuevo al frente. Richard empuñaba una Beretta, idéntica a la que yo guardaba en el bolsillo. Me apuntaba a la cabeza. La luz eléctrica le daba un brillo chillón. Aunque la había visto sólo una fracción de segundo distinguí el fino grabado en la corredera. Pietro Beretta. Alcancé a ver las gotitas de lubricante. Y el puntito rojo que queda al descubierto cuando se quita el seguro.

—Baja el arma, Richard —dije.

—No mientras mi padre esté aquí.

—Suéltalo, Quinn —dije.

—No dispaes, Reacher —me advirtió Richard—. O te pego un tiro.

Quinn ya había conseguido colocar a Beck totalmente delante de él.

—No dispaes —repitió Richard.

—Deja eso, Richard —dije.

—No.

—Déjalo.

—No.

Escuché su voz con atención. El chico estaba quieto. Yo sabía dónde se hallaba exactamente. Sabía cuántos grados debería girarme. Lo ensayé en la cabeza. Giro. Fuego. Corazón. Giro. Fuego. Podía darles a los dos en menos de un segundo y cuarto. Demasiado rápido para que Quinn pudiera reaccionar. Tomé aire.

Después me representé mentalmente a Richard. El pelo ridículo, la oreja que le faltaba. Los largos dedos. Me imaginé la enorme bala Brenneke perforándolo, machacándolo, destrozándolo, la inmensa energía cinética rompiéndolo en pedazos. No me sentí capaz de hacerlo.

—Baja el arma —repetí.

—No.

—Por favor.

—No.

—Estás ayudándolos.

—Estoy ayudando a mi padre.

—No haré daño a tu padre.

—No puedo correr el riesgo. Es mi padre.

—Elizabeth, dígaselo.

—No —repuso ella—. Es mi esposo.

Punto muerto. No podía hacer absolutamente nada. No podía dispararle a Richard. No quería hacerlo. Por tanto, tampoco podía disparar a Quinn. Y no podía decir que no iba a dispararle a Quinn porque entonces ocho tíos me apuntarían con sus armas. Quizá podría cargarme a algunos, pero tarde o temprano uno me daría a

mí. Y no podía separar a Quinn de Beck. Era imposible lograr que Quinn soltara a Beck y saliera de la estancia sólo conmigo. Punto muerto.

Había que recurrir al plan C.

—Guárdala, Richard —dije.

Agucé el oído.

—No.

No se había movido. Volví a probar. Giro. Fuego. Respiré hondo. Di media vuelta y disparé. Treinta centímetros a la derecha de Richard, a la ventana. La bala perforó las cortinas, deshizo el cristal y arrancó un trozo de marco. Di tres zancadas y salté de cabeza por el agujero. Rodé dos veces envuelto en un trozo de cortina de terciopelo, me levanté a duras penas y corrí hacia las rocas.

Al cabo de veinte metros me detuve y me volví. Los restos de la cortina ondeaban al viento, entrando y saliendo del agujero. Alcancé a oír la tela chasqueando y golpeando. Tras ella brillaba una luz. Pude ver siluetas a contraluz agrupándose detrás. Se movía todo. La cortina, la gente. La luz se desvanecía o brillaba al compás de la cortina agitándose dentro o fuera. De pronto empezaron a lloverme balas. Disparaban con pistolas. Primero dos, luego cuatro, cinco. Después más. Los tiros zumbaban a mi alrededor. Daban en las rocas, producían chispas y rebotaban. Volaban esquirlas por todas partes. Los disparos no eran estrepitosos, sino detonaciones sordas e insignificantes. Su sonido se perdía en el bramido del viento y el batir de las olas. Me puse de rodillas. Alcé la Persuader. Entonces cesaron los tiros. Sostuve el arma en alto. La cortina desapareció. Alguien la había arrancado. Quedé iluminado. Vi a Richard y Elizabeth siendo empujados hacia la ventana. Los brazos retorcidos a la espalda. Distinguí el rostro de Quinn tras el hombro de Richard. Me apuntaba directamente con su arma.

—¡Dispárame ahora si te atreves! —gritó.

La voz casi se desvaneció en el viento. Oí la séptima ola romper a mi espalda. El agua estalló hacia arriba y el viento la diseminó mojándome la parte posterior de la cabeza. Vi a uno de los hombres de Quinn detrás de Elizabeth. El hombre la sujetaba por un hombro. Su cabeza detrás. Sostenía un arma en la mano. Una culata avanzó e hizo saltar fragmentos de vidrio del marco. Lo dejó limpio. A continuación Richard fue empujado hacia delante. Subió la rodilla al alféizar. Quinn lo hizo saltar fuera y él le siguió sin dejar de sujetarlo.

—¡Dispárame ahora! —chilló de nuevo.

Tras él, sacaron a Elizabeth por la ventana. Un grueso brazo le rodeaba la cintura. Ella pataleaba desesperada. El hombre que la sujetaba la plantó en el suelo y tiró de ella hacia atrás para que lo cubriese. Podía verle la cara, pálida, retorcida de dolor. Retrocedí arrastrando los pies. Saltó fuera más gente. Todos se apiñaron. Formaron en cuña. Colocaron al frente a Richard y Elizabeth, hombro con hombro. La cuña empezó a avanzar hacia mí dando bandazos. Iban descoordinados. Distinguía cinco armas. Retrocedí más. La cuña seguía aproximándose. Las armas volvieron a

disparar.

Apuntaban a fallar, buscando acorralarme. Fui hacia atrás. Conté los tiros. Cinco armas, cargadores llenos, entre todos tenían al menos setenta y cinco. Tal vez más. Ya habrían disparado unos veinte. Faltaba mucho para que se vaciaran. Y su fuego era controlado. No se limitaban a disparar sin más. Tiraban a derecha e izquierda, a las rocas, a intervalos de dos segundos. Disparos que llegaban como procedentes de una máquina. Como si fuera un tanque cuyo blindaje eran seres humanos. Yo resistía. Retrocediendo. La cuña proseguía su avance.

Richard estaba a la derecha y Elizabeth a la izquierda. Seleccioné un tío detrás de Richard y apunté. El tipo me vio y se arrimó más al grupo. La cuña se comprimió. Ahora era una columna estrecha. Seguía avanzando. Yo no podía disparar. Caminé hacia atrás, paso a paso.

Con el tacón izquierdo noté que había llegado a la hendidura de Harley. El agua entraba embravecida y me cubría el zapato. Oía las olas. La grava repiqueteaba y sorbía. Coloqué el pie derecho a la altura del izquierdo. Mantuve el equilibrio en el borde. Observé que Quinn me sonreía. Tan sólo el brillo de sus dientes en las sombras.

—¡Ahora da las buenas noches! —chilló.

«Conserva la vida. Y a ver qué te depara el próximo minuto».

A la columna le crecieron brazos. Seis o siete, extendiéndose, adelantándose con las armas. Apuntando. Esperaban una orden. Oí a mis pies la séptima ola. Me cubrió los tobillos y anegó el terreno tres metros por delante. Se detuvo un segundo y acto seguido se retiró, indiferente, como un metrónomo. Miré a Elizabeth y Richard. Miré sus caras. Respiré hondo. Pensé: «Ellos o yo». Dejé caer la Persuader y me lancé de espaldas al agua.

Primero fue la conmoción del frío, y luego como caer desde lo alto de un edificio. Salvo que no era una caída libre, sino como aterrizar en un tubo glacial y ser absorbido en una abrupta y controlada pendiente. Acelerando. Estaba bajando de cabeza. Había caído sobre mi espalda y durante una décima de segundo no había notado nada. Sólo el agua helada en los ojos, los oídos y la nariz. Los labios me escocían. Me hallaba a menos de medio metro de la superficie. No iba a ninguna parte. No quería emerger. Saldría a la superficie justo delante de ellos. Estarían todos amontonados en el borde de la grieta, apuntando al agua con sus armas.

Noté que se me levantaba el pelo. Era una sensación agradable, como si alguien lo estuviera peinando hacia arriba y tirara de él. Entonces sentí que me agarraban la cabeza. Como si un hombre muy fuerte con manos grandes me asiera con sus palmas a modo de abrazadera y estirara, suavemente al principio y luego con más fuerza. Y más fuerza. Lo notaba en el cuello. Era como si estuviera creciendo. Después tuve esa misma sensación en el pecho y los hombros. Mis brazos flotaban sueltos y de súbito

los sentí retorcidos por encima de la cabeza. Entonces fue como un salto del ángel perfecto, de espaldas. Simplemente me arqueé hacia abajo. Pero aceleré. Mucho más deprisa que en una caída libre. Parecía un pez arrastrado por un sedal gigantesco.

No veía nada. No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados. El frío aturdí tanto y la presión en mi cuerpo era tan uniforme que en realidad tampoco sentía nada. Ninguna presión física. Todo era completamente fluido, como una especie de transporte de ciencia ficción. Como si fuera teletransportado. Como si yo mismo fuera líquido. Como si me hubieran alargado. Como si de pronto midiera diez metros de largo y tres centímetros de ancho. Todo era frío y negro. Aguanté la respiración. Me abandonó toda tensión y eché la cabeza hacia atrás para notar el agua en el cuero cabelludo. Arqueé la columna. Alargué los brazos al frente. Estiré los dedos para percibir el agua entre ellos. Me sentía muy tranquilo. Era una bala. Me gustaba.

Noté una convulsión en todo el pecho y supe que me estaba ahogando. Así que empecé a luchar. Di una voltereta y el abrigo acabó envolviéndome la cabeza. Me lo quité de un tirón, girando y dando vueltas en la gélida agua. El abrigo me azotó la cara y se alejó como un rayo. Me deshice de la chaqueta, que desapareció. De pronto sentí un frío cortante. Aún estaba deslizándome deprisa. Notaba una gran presión en los oídos. Me silbaban. Daba volteretas a cámara lenta. Iba cada vez más rápido, como nunca antes en mi vida, rodando y dando tumbos como si estuviera envuelto en melaza.

Pataleaba desesperadamente y manoteaba el agua. Me sentía como en arenas movedizas. «No nades hacia abajo». Pataleé y forcejeé y traté de encontrar la orilla. Negocié conmigo mismo. «Concéntrate. Encuentra la orilla. Estate tranquilo. Déjate arrastrar quince metros por cada treinta centímetros que te desplaces de lado». Me detuve un instante, puse mis ideas en orden y comencé a nadar como es debido. Con todo mi empeño. Como si aquello fuera la superficie plana de una piscina y yo estuviera disputando una carrera. Como si para el vencedor hubiera una chica, una copa y una tumbona en el jardín.

¿Cuánto tiempo había estado sumergido? No lo sabía. Tal vez quince segundos. Podía aguantar la respiración más o menos durante un minuto. «Así que tranquilo. Nada con fuerza. Encuentra la orilla». Ha de haber una orilla. No se movería así todo el mar. Sería imposible, de lo contrario Portugal estaría bajo el agua. Y la mitad de España. Me zumbaban los oídos por la presión.

¿Hacia dónde estaba orientado? Daba igual. Sólo tenía que salirme de la corriente. Nadé hacia delante. Noté que la corriente me lo impedía. Era tremendamente fuerte. Antes había sido moderada. Ahora tiraba de mí. Como si le molestara mi decisión de resistir. Apreté los dientes y moví las piernas. Era como arrastrarse por el suelo con mil toneladas de ladrillos en la espalda. Los pulmones se me hinchaban y me ardían. Solté un poco de aire entre los labios. Seguí moviendo los pies y manoteando el agua.

Treinta segundos. Me estaba ahogando. Lo sabía. Me estaba debilitando. Tenía



los pulmones vacíos. Y el pecho destrozado. Y mil millones de toneladas de agua encima. El rostro se me crispaba por el dolor. Me zumbaban los oídos. Tenía un nudo en el estómago. Me ardía el hombro izquierdo, donde Paulie me había golpeado. Oí en mi cabeza la voz de Harley: «Nunca ha regresado ninguno». Seguí moviendo los pies.

Cuarenta segundos. No avanzaba. Me veía impulsado hacia las profundidades. Iba a estrellarme contra el fondo del mar. Seguí impulsándome con las piernas y los brazos.

Cincuenta segundos. Mi cabeza iba a reventar. Tenía los labios pegados a los dientes. Estaba enfadado. Quinn había logrado salir del mar. «¿Por qué yo no?», me pregunté.

Continué moviendo las piernas con desesperación. Un minuto entero. Tenía los dedos congelados y acalambrados. Los ojos irritados. Más de un minuto. Me revolví y me debatí. Me abrí paso en el agua a golpes. Pataleé y forcejeé. De pronto noté un cambio en la corriente. «He encontrado la orilla». Era como agarrarse a un poste de telégrafos desde un tren a toda velocidad. Una nueva corriente me sacudió y me golpeó la cabeza y la turbulencia me aporreó. De repente di unas volteretas laterales y acabé flotando bajo el agua, que ahora estaba quieta y helada.

Debía averiguar por dónde se subía. Utilicé hasta el último gramo de autocontrol que me quedaba y dejé de debatirme. Sólo floté. Traté de calcular la dirección. No iba a ninguna parte. Tenía los pulmones vacíos. Tenía los labios grapados. Flotaba sin subir ni bajar. No me movía. Estaba inerte en el agua. En un kilómetro cúbico de mar negro. Abrí los ojos. Miré alrededor. Arriba, abajo, a los lados. No veía nada. Era como el espacio exterior. Todo estaba oscuro como boca de lobo. «Nunca ha regresado ninguno».

Advertí en el pecho una ligera presión, que era menor en la espalda. Estaba colgando en el agua. Suspendido. Ahora ascendía, muy despacio, de espaldas. Me esforcé por concentrarme. Fijé mentalmente la sensación con toda claridad. Establecí mi posición. Arqueé la columna. Moví las manos. Agité las piernas. Estiré los brazos hacia la superficie. «Venga, vamos», pensé.

Pataleé con furia. Daba grandes brazadas. Apretaba los labios. «No me queda aire». Elevé la cabeza para que lo primero que llegara a la superficie fuera la boca. ¿Cuánto faltaba? Por encima estaba negro. Allí no había nada. Estaba a un kilómetro de profundidad. No tenía aire. Iba a morir. Abrí los labios. El agua me inundó la boca. Escupí y tragué. Me impulsé hacia arriba con los pies. En los ojos veía puntitos púrpura. Me zumbaba la cabeza. Me sentía febril. Era como si estuviera ardiendo y al punto congelando. Me parecía estar envuelto en gruesos y suaves edredones de pluma. No sentía absolutamente nada.

De pronto dejé de patalear porque estaba casi seguro de que había muerto. De modo que abrí la boca para respirar. Tragué agua. Sufrí espasmos en el pecho y tosí y escupí. Dentro y fuera, otras dos veces. Estaba respirando agua. Moví de nuevo las

piernas. Era todo lo que podía hacer. Un último impulso. Uno fuerte. Acto seguido me limité a cerrar los ojos y a tragar agua.

Llegué a la superficie medio segundo después. Sentí el aire en la cara como la caricia de una novia. Abrí la boca y mi pecho palpitaba. Escupí un chorro de agua y tragué aire con desesperación. Luché como un loco para mantener la cabeza erguida en el frío y grato aire. Sólo pataleaba, resollaba y respiraba, inspirando, exhalando, tosiendo, con arcadas.

Extendí los brazos y dejé que las piernas flotaran hacia arriba y eché la cabeza hacia atrás con la boca muy abierta. Veía mi pecho subir y bajar, llenarse y vaciarse. Se movía tremendamente deprisa. Me sentía exhausto. Y tranquilo. Y ausente. No tenía oxígeno en el cerebro. Me quedé bamboleando en el agua un minuto entero, sólo respirando. Se me aclaró la vista. Vi oscuras nubes encima de mí. Se me despejó la cabeza. Respiré un poco más, resoplando como una locomotora. Empezó a dolerme la cabeza. Pedaleé en el agua en posición vertical y busqué el horizonte. No lo veía. Cabeceaba en las olas urgentes, arriba y abajo, arriba y abajo, unos tres o cuatro metros cada vez. Pataleé un poco y procuré que la siguiente ola me alzara hasta la cresta. Miré al frente. No vi nada antes de volver a caer en su seno.

No tenía ni idea de dónde estaba. Giré noventa grados, esperé a alcanzar la cresta siguiente y oteé de nuevo. A mi derecha. Acaso hubiera una embarcación por ahí. Nada. No había nada. Me encontraba solo en medio del Atlántico. Empujado por la corriente. «Nunca ha regresado ninguno».

Giré ciento ochenta grados, me monté en una cresta y miré a la izquierda. Nada. Caí de nuevo y me subí a la ola siguiente y miré hacia atrás.

Me hallaba a cien metros de la orilla.

Vi la casa. Sus ventanas iluminadas. El muro. La azul neblina de sus luces. Tomé aire. Me impulsé hacia delante y empecé a nadar.

Cien metros. Cualquier nadador olímpico normalito nadaría cien metros en unos cuarenta y cinco segundos. Cualquier nadador de secundaria normalito lo haría en menos de un minuto. Tardé casi quince. Estaba bajando la marea. Sentía como si fuera hacia atrás. Como si aún me estuviera ahogando. Pero por fin llegué a la orilla y me aferré a una roca lisa cubierta de limo glacial. El mar seguía muy agitado. Enormes olas me golpeaban y estrellaban mi cabeza contra el granito, como un reloj. Me daba igual. Me recreaba en los impactos. Todos y cada uno. Me encantaba aquella roca.

Descansé ahí otro minuto y a continuación me desplazé por detrás del edificio de los garajes, chapoteando mitad dentro mitad fuera del agua, bien agachado. Después gateé sobre las manos y las rodillas. Me puse boca arriba. Miré al cielo. «Uno ha regresado, Harley», pensé.

Las olas me llegaban a la cintura. Me arrastré de espaldas hasta que sólo me

alcanzaron las rodillas. Volví a ponerme boca abajo. Me quedé tendido con la cara apretada contra la roca. Me notaba abotargado. Tenía mucho frío. Estaba congelado. Había perdido el abrigo. La chaqueta. Las Persuader. La Beretta.

Me puse en pie. Me tambaleé un par de pasos. Me pareció oír la voz de Leon Garber: «Lo que no te mata te hace más fuerte». Él creía que era JFK quien lo había dicho. Yo pensaba que en realidad había sido Nietzsche, y que no había dicho «mata» sino «destruye». «Lo que no nos destruye nos hace más fuertes». Avancé unos pasos tambaleándome, me apoyé contra el muro del patio y vomité unos cuatro litros de agua. Después de eso me sentí un poco mejor. Meneé los brazos y moví las piernas para recuperar la circulación y sacudirme el agua de la ropa. A continuación me alisé el empapado cabello hacia atrás y respiré hondo dos veces. Me preocupaba la tos. Tenía la garganta irritada y dolorida del frío y la sal.

Luego reseguí el muro trasero y encontré mi pequeña hondonada. Cogí por última vez mi bulto escondido. «Quinn, voy a por ti».

Mi reloj aún funcionaba y vi que mi hora había pasado de sobra. Haría unos veinte minutos que Duffy habría llamado a la ATF. Pero su respuesta sería lenta. Yo dudaba de que tuviesen agentes en Portland. Quizá la sección más cercana era la de Boston, desde donde habían mandado a la criada. Así que aún me quedaba tiempo.

La furgoneta de la comida ya no estaba. Evidentemente la cena se había anulado. Sin embargo, los otros vehículos —el Cadillac, el Town Car, los dos Suburban— seguían allí. En la casa todavía había ocho individuos hostiles. Además de Elizabeth y la cocinera. No sabía dónde encuadrar a Richard.

Me mantuve pegado a la pared de la casa y miré dentro por una ventana tras otra. La cocinera se hallaba en la cocina. Estaba limpiando. Keast y Maden habían dejado allí todas sus cosas. Me agaché bajo el alféizar y seguí adelante. El comedor estaba hecho una pena. El viento que soplaba a través de la destrozada ventana había enganchado el mantel de hilo y arrojado platos y vasos por todas partes. Había montañitas de polvo de yeso en los rincones, donde el viento lo había amontonado. En el techo se apreciaban dos grandes agujeros. Los habría también en la habitación de arriba. Y en la siguiente. Seguramente las Brenneke se habían abierto camino hasta el tejado, como naves espaciales lanzadas a la luna.

En la habitación cuadrada donde yo había jugado a la ruleta rusa estaban los tres libios y los tres hombres de Quinn. Se hallaban sentados a la mesa de roble sin hacer nada. Parecían perplejos y conmocionados. No irían a ninguna parte. Me agaché debajo del alféizar y seguí. Di toda la vuelta hasta el gabinete de Elizabeth Beck. Allí estaba ella. Con Richard. Se habían llevado al tipo muerto. Elizabeth se encontraba en el sofá, hablando deprisa. No alcanzaba a oír lo que decía, pero Richard escuchaba con mucha atención. Pasé agachado bajo el alféizar y proseguí mi camino.

Beck y Quinn estaban en el despacho de Beck. Quinn sentado en el sillón rojo y

Beck de pie, frente a la vitrina con la colección de armas. Beck tenía el semblante pálido, sombrío y ceñudo. Quinn sostenía un enorme puro sin encender. Estaba haciéndolo girar entre los dedos y disponiendo el filo de un cortador de plata.

Tras dar la vuelta completa, regresé a la cocina. Entré. No hice ningún ruido. El detector de metales no pitó. La cocinera no me oyó acercarme. La agarré por detrás. Le tapé la boca con la mano y la arrastré a la encimera. Después de la actitud de Richard, no iba a correr ningún riesgo. En un cajón encontré un trapo de hilo y lo usé como mordaza. Con otro le até las muñecas. Y aún con otro los tobillos. La dejé incómodamente sentada en el suelo, junto al fregadero. Encontré un cuarto trapo que me guardé en el bolsillo. Luego salí al vestíbulo.

No se oía nada. Percibía vagamente la voz de Elizabeth. La puerta de su gabinete estaba abierta. Ningún otro sonido. Fui a la puerta del estudio de Beck. La abrí. Entré. La cerré a mi espalda.

Me recibió una neblina de humo de cigarro. Quinn lo había encendido. Tuve la sensación de que acababa de reírse de algo. Ahora estaba paralizado por la sorpresa. Igual que Beck. Pálidos y paralizados. Se quedaron mirándome fijamente.

—Aquí estoy otra vez —dije.

Beck tenía la boca abierta. Le solté un puñetazo-cigarrillo para cerrársela. La cabeza sufrió una sacudida hacia atrás y los ojos le quedaron vueltos hacia arriba, y él se desplomó en las tres alfombras superpuestas del suelo. Fue un buen golpe, pero podía haber sido mejor. Bueno, después de todo, su hijo le había salvado la vida. Pero si yo no hubiera estado tan exhausto, un puñetazo más fuerte lo habría matado.

Quinn se abalanzó sobre mí. Dejó caer el puro y buscó en un bolsillo. Lo golpeé en el estómago. Soltó aire, se dobló hacia delante y cayó de rodillas. Le di en la cabeza y lo hice caer de bruces. Me puse a horcajadas en su espalda, hincando las rodillas entre los omóplatos.

—No... —jadeó—. Por favor.

Apoyé una mano en su cabeza. Saqué el escoplo y lo deslicé por detrás de su oreja hasta el interior del cerebro, despacio, centímetro a centímetro. Ya estaba muerto antes de llegar a la mitad, pero seguí clavándolo hasta que estuvo hundido del todo. Lo dejé allí. Limpié el mango con el trapo que llevaba en el bolsillo y luego lo extendí sobre su cabeza y me levanté pesadamente.

«Diez birdies, dieciocho hoyos, Dom», dije para mis adentros.

Apagué el puro de Quinn con el pie. Cogí las llaves del coche de Beck de su mismo bolsillo y salí al vestíbulo. Crucé la cocina. La cocinera me siguió con los ojos. Rodeé la casa dando traspiés hasta llegar a la parte delantera. Me subí al Cadillac. Encendí el motor y pisé el acelerador.

Tardé treinta minutos en llegar al motel de Duffy. Ella y Villanueva estaban en la habitación de éste con Teresa Justice. Ya no sería nunca más Teresa Daniel. Ya no iba

vestida como una muñeca. Llevaba puesto un albornoz del motel. Se había duchado. Se estaba recuperando de prisa. Tenía un aspecto débil y macilento, pero parecía una persona. Una agente federal. Me miró horrorizada. Al principio creí que me había confundido. Me había visto en el sótano. Quizá pensaba que yo era uno de los malos.

Pero en ese momento me miré en el espejo de la puerta del armario y comprendí. Estaba empapado de pies a cabeza. No paraba de temblar y sentir escalofríos. Tenía la piel completamente blanca. El corte del labio se había abierto y había pintado los bordes de azul. Exhibía cardenales de cuando las olas me habían golpeado contra la roca. Llevaba algas en el pelo y limo en la camisa.

—Me he caído al agua —expliqué.

Me miraron boquiabiertos.

—Tomaré una ducha —dije—. Será sólo un minuto. ¿Habéis llamado a la ATF?  
Duffy asintió.

—Están de camino. La policía de Portland ya ha precintado el almacén. También van a cerrar la carretera de la costa. Has salido justo a tiempo.

—¿Es que he estado alguna vez allí?

Villanueva meneó la cabeza.

—No existes. La verdad es que no te conocemos de nada.

—Gracias —dije.

—De la vieja escuela —dijo él.

Después de la ducha me sentí mejor. También ofrecía mejor aspecto. Pero no tenía ropa. Villanueva me prestó prendas suyas. Me venían un poco cortas y anchas. Para ocultarlas me eché encima su viejo impermeable. Me lo ceñí bien porque aún tenía frío. Encargamos unas pizzas. Todos estábamos hambrientos. Yo además tenía mucha sed debido al agua salada. Comimos y bebimos. No podía masticar la corteza de la pizza. Sólo sorbí los ingredientes de encima. Al cabo de una hora, Teresa Justice fue a acostarse. Me estrechó la mano y me dio las buenas noches muy educadamente. No tenía ni idea de quién era yo.

—Los *roofies* borran la memoria a corto plazo —me explicó Villanueva.

Después fuimos al grano. Duffy se sentía muy abatida. Estaba viviendo una pesadilla. Había perdido a tres agentes en una misión ilegal. Y haber salvado a Teresa no constituía ningún hecho positivo. Porque para empezar Teresa no debía haber estado allí.

—Pues abandona —sugerí—. Incorpórate a la ATF. Acabas de ofrecerles un gran éxito en bandeja. Serás reina por un día.

—Yo voy a jubilarme —dijo Villanueva—. Ya soy demasiado viejo y ya he visto demasiado.

—Yo no puedo jubilarme —soltó Duffy.

En el restaurante, la noche anterior a la detención. Dominique Kohl me había

preguntado:

—¿Por qué está haciendo esto?

No estaba seguro de qué quería decir.

—¿Cenar con usted?

—No, trabajando como PM. Podría estar en cualquier otro lado. Fuerzas Especiales, Contraespionaje, Caballería Aerotransportada, Blindados, lo que quisiera.

—Usted también.

—Lo sé. Y también sé por qué estoy haciendo esto. Quiero saber por qué lo hace usted.

Era la primera vez que alguien me lo preguntaba.

—Porque siempre he querido ser policía —respondí—. Pero estaba predestinado a ser militar. Antecedentes familiares, ninguna opción. Así que me hice policía militar.

—Eso no es exactamente una respuesta. ¿Por qué quería ser policía?

Me encogí de hombros.

—Porque soy así. Porque los polis ponen las cosas en su sitio.

—¿Qué cosas?

—Cuidan de la gente. Se aseguran de que la gente sencilla esté bien.

—¿Es eso? ¿La gente sencilla?

Meneé la cabeza.

—No —rectifiqué—. En realidad no. En realidad no me preocupa demasiado la gente sencilla. Simplemente detesto a los tipos importantes y pagados de sí mismos que se creen con derecho a hacer lo que les viene en gana.

—Entonces llega a buenos resultados partiendo de razones equivocadas.

Asentí.

—Pero intento hacer lo correcto. Creo que las razones no importan realmente. En todo caso, me gusta ver que se obra bien.

—A mí también —dijo ella—. Trato de hacer lo que es debido. Aunque todo el mundo nos deteste y nadie nos ayude ni después nos dé las gracias. Creo que hacer lo correcto es un fin en sí mismo. Así ha de ser, ¿no?

—¿Crees que has obrado bien? —pregunté diez años después.

—Sí —contestó Duffy.

—¿Tienes alguna duda?

—No.

—¿Estás segura?

—Del todo.

—Pues entonces tranquilízate —dije—. Esto es lo máximo que jamás podrás esperar. Nadie ayuda y nadie te da después las gracias.

Se quedó callada unos instantes.

—¿Has obrado bien tú? —preguntó.

—Sin duda —contesté.

Lo dejamos así. Duffy había acostado a Teresa Justice en la habitación de Eliot. Eso dejaba a Villanueva en la suya y a mí en la de Duffy. Parecía algo incómoda por lo que ella misma había dicho antes. Sobre nuestra falta de profesionalidad. No estaba yo seguro de si intentaba reforzar sus palabras o rectificar.

—No te asustes —le dije—. Estoy cansadísimo.

Y esta vez demostré que era cierto. No fue por no intentarlo. Empezamos. Ella dejó claro que quería retirar su anterior objeción. Admitió que era mejor decir sí que decir no. Eso me alegró de veras, pues ella me gustaba mucho. Nos desnudamos y nos metimos en la cama y recuerdo estar besándola tan fuerte que me dolía la boca. Pero es todo lo que recuerdo. Me quedé dormido. Dormí el sueño de los justos. Once horas seguidas. Cuando desperté se habían ido todos. A enfrentarse a lo que les reservara el futuro. Estaba solo en la habitación, con un montón de recuerdos. Era última hora de la mañana. La luz del sol entraba por la persiana. En el aire bailaban motas de polvo. La ropa de Villanueva había desaparecido del respaldo de la silla. En su lugar había ahora una bolsa. Llena de ropa barata. Parecía que me iría bien. Susan Duffy entendía de tallas. Había dos conjuntos completos. Uno para el frío y otro para el calor. Ella no sabía adónde me dirigiría. Así que había contemplado ambas posibilidades. Era una mujer práctica. Pensé que la echaría de menos. Durante un tiempo.

Me puse la ropa de verano. Dejé la de invierno en la habitación. Pensé que podía conducir el Cadillac de Beck por la I-95 hasta el área de descanso de Kennebunk. Pensé que podía abandonarlo allí. Pensé que podía hacer autoestop y que no sería difícil que alguien me llevara al sur. Y camino de Miami, la I-95 va a toda clase de sitios.



LEE CHILD (Coventry, Reino Unido, 1954). Es un escritor británico cuyo verdadero nombre es Jim Grant. Sus novelas son thrillers protagonizados por el personaje de ficción Jack Reacher, un exoficial de la policía militar del ejército americano que decide después de dejar el ejército comenzar una vida de vagabundo a lo largo de los Estados Unidos.

Lee Child nació en Coventry en 1954 pero a los cuatro años se mudó con sus padres y sus tres hermanos a Birmingham. Su padre era funcionario. En 1974 ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Sheffield pero sin la intención de desarrollar esos estudios profesionalmente. Trabajó en teatro, y durante dieciocho años en la productora Granada Televisión, hasta 1995.

Abandonó la televisión tras una reestructuración de la compañía y fue entonces cuando comenzó a escribir novelas. En 1997 fue publicada su primera novela, *Killing Floor*, y en 1998 se trasladó a vivir a los Estados Unidos.

Child no sólo tiene la capacidad de atraparnos con narraciones de alta tensión y pulso narrativo, sino que ha hecho gala en sus novelas de un minucioso conocimiento del engranaje de la Defensa y la política norteamericana. Sus novelas poseen tramas con grandes dosis de realismo, que ha sabido encajar en episodios recientes de la política exterior de Estados Unidos. Es el único escritor británico que, después de J. K. Rowling, ha liderado la lista de los más vendidos en todos los formatos a ambos lados del Atlántico. Su famosa serie protagonizada por Jack Reacher ha vendido más de 40 millones de ejemplares en todo el mundo.